

881225



UNIVERSIDAD ANÁHUAC

CON ESTUDIOS INCORPORADOS A LA UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTÓNOMA DE MÉXICO

ESCUELA DE PSICOLOGÍA

“LA PERCEPCIÓN DE LA CRIANZA A TRAVÉS DEL CICLO VITAL”

**TESIS PROFESIONAL
QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE:
LICENCIADA EN PSICOLOGÍA**

PRESENTAN:

**PAMELA MEADE WILBURN
MARTHA DE TAVIRA NORIEGA**

DIRECTOR DE TESIS:
DR. ENRIQUE CHÁVEZ LEÓN

HUIXQUILUCAN, EDO. DE MÉXICO

2004

**TESIS CON
FALLA DE ORIGEN**



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

ESTA TESIS NO SALE
DE LA BIBLIOTECA

Autorizo a la Dirección General de Bibliotecas de la UNAM a difundir en formato electrónico e impreso el contenido de mi trabajo recepcional.

NOMBRE: MARTHA MARIBEL

FECHA: 23/Junio/04

FIRMA: Martha Maribel

A mi Universidad, Facultad y Profesores:

Por hacer posible uno de mis sueños.

A mi asesor:

Gracias al Dr. Enrique Chávez León, por compartir su tiempo y sus conocimientos, con infinita gratitud.

A mis Padres:

Antonio y Martha, con mi mayor amor por su bondad, cariño y formación los llevo conmigo en todo momento, gracias. Descansen en Paz.

A mis Hermanos:

A todos y cada uno, por lo que contribuyeron e influenciaron en mi vida académica, especialmente a mi amado hermano Juan Pablo + el más cercano a quien admiré siempre por su ejemplo de integridad y honorabilidad, te llevo en mi corazón; a Federico, por ser el modelo profesional que me hizo seguir siempre adelante, gracias.

A mis Hijos:

Enrique y Rodrigo, que sepan que todo esfuerzo y realización personal se las dedico, ya que son la razón más importante, los amo.

A Carlos Giraud Arnáiz:

Gracias, por ser tan importante en mi vida y especialmente por motivarme a terminar este trabajo, espero sigas conmigo como hasta hoy, te amo.

RESUMEN

La presente investigación destacó la repercusión que tiene de la crianza en el individuo a través del ciclo vital (infancia, adolescencia y madurez). Para ello se utilizaron, la teoría del apego y las aportaciones desarrolladas por los psicoanalistas en el área de las relaciones objetales y del ciclo vital.

Objetivos. Este estudio examinó si había cambios en la percepción del de la crianza a lo largo de la vida, y si la percepción de la crianza temprana mejora conforme el sujeto madura y envejece.

Procedimiento. Fue determinado a través de el Instrumento de Evaluación del Vínculo Parental (Parental Bonding Instrument) PBI con sus cuatro dimensiones del crianza (afecto/aceptación, frialdad, control/ sobreprotección, independencia/ autonomía parental), en una muestra no clínica de varones (N = 69) y mujeres (N = 116) con edades entre los 11 años hasta 80 años, los cuales han vivido con sus padres biológicos hasta los 16 años por lo menos, o si fueran menores que estuvieran viviendo con ambos padres, en una clase social media alta mexicana.

Resultados. El grupo de mayor edad (61 años hasta 80 años) tuvo una puntuación más alta en la subescala de sobreprotección paterna que el grupo de adolescentes, en estas dos etapas de la vida difieren en cuanto a la percepción del control y sobreprotección paterna. El grupo de adolescentes (15 a 21 años) tuvo una puntuación más alta en la subescala de frialdad materna de acuerdo con la prueba, que el grupo de adultos medios (31 a 50 años) lo que sugiere que cuando el sujeto es adolescente, percibe a su madre como más fría o que no estuvo igualmente disponible que en otras etapas del ciclo vital en comparación al etapa adulta media. En relación a la percepción de la crianza materna, se observó que a mayor edad se percibió a la madre menos fría en el trato. Respecto la

percepción de la crianza paterna se observó una correlación positiva entre la mayor edad del sujeto y la subescala de sobreprotección. La crianza del padre fue ligada en todos los sujetos a una percepción como de mayor control / sobreprotección. En el caso de la crianza de la madre, no fue posible ninguna conclusión sobre si los sujetos la percibían como de mayor cuidado. No se encontraron diferencias cuando se dividió a la muestra de acuerdo al género.

Conclusiones. Se llegó a cinco conclusiones importantes de acuerdo a la muestra:

- ° La percepción de la crianza no cambia a través del ciclo vital.
- ° El grupo de mayor edad tuvo una percepción del padre como sobreprotector, en comparación sólo con el grupo de los adolescentes.
- ° El grupo de adolescentes tuvo una percepción de la madre como fría, en comparación con el grupo de adultos medios.
- ° La persona percibe la crianza por el padre como de mayor control
- ° No hubo diferencias en las percepciones de la crianza en hombres y mujeres de ésta muestra

INTRODUCCIÓN

En la investigación que se llevó a cabo, con el “Instrumento de Evaluación del Vínculo Parental” (PBI), con el cual se ha abordado la percepción que tienen los sujetos sanos de sus padres a lo largo de la vida, para determinar si existen variaciones a lo largo del ciclo vital. Si la persona percibe la crianza del padre como de mayor control y la de la madre como de mayor cuidado.

La percepción de la crianza a través del ciclo vital fue el punto de partida de este estudio, donde se ha tomado la teoría del apego (Bowlby, 1998^a) como marco teórico para la conceptualización de las relaciones madre-hijo y padre-hijo. La premisa básica de esta teoría, es que la calidad de las relaciones de apego se dan por las interacciones entre los infantes y los cuidadores especialmente por el grado en que los niños pueden confiar en sus figuras parentales como fuentes de seguridad y de apego.

Cuando los cuidadores son sensibles y responden consistentemente a las necesidades de los infantes, son adecuados para desarrollar un apego seguro en los niños. Los niños seguros se cree que desarrollan modelos activos de sí mismos, donde se ven a sí mismos como queridos o merecedores, y los modelos activos que tienen de los otros, como que siempre responden a sus necesidades.

Por otro lado, la inconsistencia o insensibilidad de los cuidadores pueden producir un apego inseguro en los niños (Anisworth y cols., 1978). Estos niños inseguros parecen haber desarrollado modelos activos de sí mismos, en los que se ven como no merecedores o como incompetentes, y los modelos activos de los otros como de rechazo o que no responden a sus necesidades.

Bowlby (1998^a) consideró el apego, como una organización interna para toda la vida por la cual se mantienen los vínculos con los padres a través de la niñez y en de la edad adulta. Los nuevos modelos teóricos sobre la teoría del apego se basan en el punto de vista de Bowlby del ciclo vital, enfatizando la importancia del apego o de las conexiones con las figuras parentales durante los años de la adolescencia y la edad adulta, aun cuando decrecen las actividades compartidas y las interacciones (Larson, Richards, Moneta, Holmbeck, y Duckett, ; Steinberg, citados en Cassidy y Shaver, 1999).

Para Bowlby (1998^a), el sistema de apego sirve para regular la distancia física; para los nuevos modelos teóricos es el sentirse “seguro” (Sroufe y Walters, citado en Fonagy, 2001). Sentir seguridad es un concepto del apego con una aplicabilidad que se extiende desde la niñez hasta los adultos (Cicchetti y col., citado en Fonagy, 2001). Sroufe (citado en Fonagy, 2001) fue capaz de reconceptuar la teoría del apego en términos de regulación del afecto y de una organización cognoscitiva.

Siempre que las relaciones familiares continúen siendo favorables, no solo continuarán estas pautas primeras de pensamiento, sentimientos y conducta, sino que la personalidad se volverá cada vez más estructurada, para actuar de modo moderadamente controlado y flexible, y será cada vez más capaz de continuar haciéndolo a pesar de circunstancias externas adversas.

En cambio otro tipo de experiencias en la infancia temprana posteriormente tendrán otro efecto , que suele conducir a estructuras de la personalidad, de menor flexibilidad y de un control defectuoso de estructuras vulnerables que suelen persistir. Debe mencionarse que la estructura de la personalidad, depende también de los acontecimientos adversos posteriores entre los cuales los más importantes son los rechazos, las separaciones y las pérdidas.

Bowlby (1998b) tenía la convicción que las diferencias en la seguridad del apego infante-madre tienen implicaciones a largo plazo, como para las futuras relaciones íntimas, para el auto-entendimiento y para los trastornos psicológicos. Las diferencias individuales del apego, han sido estudiadas en relación con un amplio rango de respuestas posteriores, como con mediciones de capacidad cognitiva (CI verbal), capacidades interpersonales, habilidades y psicopatología.

En el primer capítulo se da una visión panorámica de la teoría del apego, algunos teóricos psicoanalíticos como M. Mahler, R. Spitz, M. Klein y A. Freud y los nuevos modelos de la teoría del apego. Este capítulo muestra como llega Bowlby a destacar que el elemento más importante de la dinámica afectiva es el vínculo madre-infante y como emerge originalmente por las presiones evolutivas, que eran y son necesarias para la protección del infante. El término vínculo de afecto hace referencia a una forma de conducta. Las conductas de apego están organizadas en un sistema de conductas. La conducta de apego es la que se pone en marcha para alcanzar y/o mantener la proximidad deseada con la madre o figura de apego. El niño es el que decide, el grado de proximidad deseada. Las emociones están fuertemente asociadas con el apego, ya que estas aparecen durante la formación, el mantenimiento y la renovación de las relaciones de apego. Poco a poco el niño va formando una imagen de sus relaciones con sus figuras de apego y como estas responden a sus señales, estos modelos mentales, dan como resultado que el sujeto pueda generar interpretaciones del presente y del pasado y evaluar alternativas futuras; no solo como guía de experiencia sino de toda la conducta donde se incluyan componentes afectivos y cognitivos. Estos modelos son una representación de las figuras de apego, del sí mismo y del medio ambiente.

Bowlby (1998b) describió varios términos psicoanalíticos operacionalmente donde mostró las conductas y la parte cognoscitiva que las acompañan, lo cual permitió la investigación empírica. Una de ellas fue el sistema de apego, que se refiere a la proximidad física o psicológica con la madre; otra es el sistema de cuidados que es la respuesta de la madre o el cuidador a las conductas del niño o bebé. Esta interacción irá formando poco a poco una representación mental en el infante, la cual formará la pauta de apego que se irá consolidando durante la infancia y la niñez. La pauta de apego incluye, los patrones de interacción que han sido repetidos frecuentemente y así el sujeto irá formando los modelos activos de sí mismo y de las figuras de apego. De acuerdo a la interacción que se haya dado, el sujeto percibirá, si la figura de apego es o no el tipo de persona que puede responder a sus requerimientos de apoyo y protección y, de acuerdo a esta estimación él, a su vez, es el tipo de persona hacia quien un tercero pueda responder con muestras de apoyo y protección.

En el primer capítulo también se muestra como se va dando la pauta de apego y su evolución. Se explica como se crea la confianza en la disponibilidad de las figuras de apego, o la ausencia de está, a lo largo de la infancia, niñez y adolescencia, donde de alguna manera se encuentran implícitas las preguntas del instrumento usado en la investigación. Preguntas que van dirigidas a los modelos activos de los padres como por ejemplo: ¿Frecuentemente me sonreía? (tanto la madre como el padre) ¿Era afectuosa/o conmigo? O por el contrario ¿No platicaba conmigo? ¿Cuándo la o lo necesitaba, no me ayudaba lo suficiente?. En cuanto al control que ejercían para saber si era adecuado o no, hay preguntas como por ejemplo ¿Me permitía salir tan seguido como yo quería? ¿Invadía mi privacidad? En cuanto al apoyo de los padres hacia la autonomía ¿Me daba tanta libertad como yo quería?

El segundo y tercer capítulo describen la crianza, que en la teoría del apego, la característica central, será:

“la provisión por parte de ambos progenitores de una “base segura” a partir de la cual un niño o un adolescente pueden hacer salidas al mundo exterior y a la cual puedan regresar sabiendo con certeza, que será bien recibido, alimentado física y emocionalmente, reconfortado si se siente afligido y tranquilizado si está asustado... Existen indicios de que la pauta de apego que un niño no dañado en el momento de nacimiento desarrolla con su madre es el producto de cómo lo ha tratado su madre (Ainsworth y cols., 1978), es probable que, de manera similar, la pauta que desarrolle con su padre sea el producto de cómo lo ha tratado éste”.

(Bowlby, 19897)

Bowlby (1998^a) al hablar de la crianza de los niños, se centró en el rol de los padres y como estos proporcionan una base segura, ya que sintió que aunque estaba reconocido de una manera intuitiva, no había estado conceptualizado de un modo adecuado. Aclara que hay muchos otros roles que los padres tienen que realizar, pero para él este es el rol principal el ser una base segura. Bowlby (1998^a) propuso que el comportamiento de la figura de apego está organizada por un sistema de conductas del cuidador, pero pocas investigaciones se habían hecho sobre el tema. Estas investigaciones se han basado en el significado de dar protección y sus representaciones mentales del sistema de cuidados o crianza.

En el capítulo segundo revisa la conducta de crianza o cuidados de la madre, de acuerdo con la teoría del apego al igual que algunos psicoanalistas como Malher y Winnicott. La conducta de cuidados se caracteriza por las pautas de interacción que se desarrollan entre el pequeño y su madre, que mutuamente se influyen. La conducta de la crianza tiene poderosas raíces biológicas; pero su forma detallada, que la conducta adopta en cada uno, depende, sobre todo de las experiencias que la madre y/o el padre tuvieron en su infancia, niñez, adolescencia y de las experiencias individuales con cada hijo. Se define,

además, el sistema de conductas del cuidador y las diferencias entre el cuidado de madres y padres (que en el caso de estos últimos lo veremos en el capítulo tercero de una manera más amplia), la ontogénesis del cuidado maternal, donde se cree se modula el tipo de respuesta que la madre da a su hijo desde las primeras interacciones. En este sentido, como estas se van formando a través de la historia de la madre (y tal vez del padre). Los modelos de representación que producen todas estas variables en la madre, y como se da la inhabilidad del sistema de cuidados en algunas madres.

En el tercer capítulo se ha tratado de hacer una revisión sobre la relación padre-hijo desde el punto de vista psicoanalítico debido a insuficiente literatura en este tema, en la teoría del apego y tomando en cuenta que esta teoría tiene sus orígenes en las relaciones objetales de la teoría psicoanalítica. Donde se enfatiza al padre como promotor de la individuación y agente de la realidad, donde representa el mundo externo, se revisaron las relaciones tempranas del padre-hijo y como éste empieza a reconocer esta figura tan importante y como el padre lo va guiando para poder separarse de la madre y buscar su individuación, dejando atrás las relaciones diádicas y entrar en las relaciones triádicas con lo cual el niño entra en un mundo tridimensional y puede ir avanzando hasta su propia identificación en la adolescencia. Y la importancia en la relación padre-hijo con el juego.

El cuarto capítulo nos da una perspectiva de las situaciones que acompañan el desarrollo del individuo y su medio ambiente que es la familia que se conceptualiza como ciclo vital, que son las diferentes etapas en la vida y sus necesidades. Basándonos básicamente en el ciclo vital de Erik Erikson y en el ciclo vital de la familia de Estrada-Inda, lo cual nos dará una idea general de las necesidades emocionales de los padres y del niño desde su nacimiento hasta la vejez, para poder tener un marco de salud y normalidad.

Enseguida se presenta un trabajo de investigación con elementos descriptivos, correlacionales y de diferencias de grupo (genero y edad), el diseño es de seudocohorte, donde se utilizan sujetos de distintas edades para completar las distintas etapas del ciclo vital; el instrumento fue el PBI que esta validado tanto en México como en otros países para la percepción de la crianza.

Posteriormente, en un intento por vincular la percepción de la crianza con el ciclo vital, se exponen los resultados en las diferentes etapas y pretendemos dar una interpretación de éstos en la discusión y conclusiones. Finalmente se dan las referencias bibliográficas y los apéndices.

INDICE

	Página
CAPITULO I. TEORÍA DEL APEGO	
Antecedentes	1
La Teoría del Apego: una Perspectiva Evolutiva	4
Organización de la Conducta de Apego	5
El Papel del contexto	11
El Papel de la emoción	12
El apego como teoría de la regulación emocional	13
La teoría del apego actual	14
El Papel de lo Cognitivo	16
Modelos múltiples de la figura de afecto y del sí mismo	18
La teoría de apego: una teoría para la investigación	19
Apego, conducta de apego, sistema de conductas de apego y teoría del apego	21
Definición de Apego	23
Las pautas de apego	25
La Pauta de Apego y su Evolución	27
Fase I : orientación y señales con una discriminación limitada de la figura	28
Fase II : la orientación y las señales dirigidas hacia una o más figuras discriminadas	33
Fase III : el mantenimiento de la proximidad hacia una figura discriminada por señales y la locomoción	26
Las nuevas conductas de apego	34
Habilidades de la comunicación	36
Modelo activo interno	37
El sistema exploratorio	38
El sistema social	38
El sistema de alarma	39
Periodo crítico o sensitivo	40
Subordinación a las figuras de apego y el tipo de relación	41
Desarrollo del apego en la niñez temprana (2 – 4 años)	42
Cambio en las relaciones entre los sistemas de conducta durante el desarrollo	44
Cambio en las habilidades locomotoras y del auto-cuidado	45
Cambios en las habilidades de la comunicación	45
Cambios en la habilidad del procesamiento de información y los modelos activos internos	46
Fase IV : implicaciones de interactuar en sociedad: organización del apego que se da durante los años preescolares	48
Cambios en la conducta de apego más allá de la edad preescolar	50
Apego en la adolescencia	52
La transformación cognitiva y emocional	53
Transformación en la relación parental	54

La transformación de la relación con los iguales	58
Las relaciones románticas	60
Las diferencias individuales en las estrategias de apego en la adolescencia	
Apego romántico y relaciones de pareja en el adulto	62
CAPITULO II. CRIANZA	
La Madre	66
Aspectos de la conducta de recuperación	68
Consideraciones teóricas	70
Primeros estudios de Ainsworth	72
Una base segura	73
La responsabilidad por el mantenimiento de la proximidad	75
Sistema de Conductas del Cuidador	76
Definición del sistema de conductas del cuidador	78
El sistema de cuidados: interacciones y competencias entre los sistemas de conducta	82
El dador de cuidados: madres versus padres	84
Ontogénesis del Cuidado Materno	85
Factores importantes del sistema de cuidados	87
Influencias de la niñez	88
Influencias de la adolescencia	89
Transición al parentaje	90
El bebé	91
Factores del contexto social que se relacionan con la manera de cuidar al niño	91
Influencia del matrimonio	92
Modelos de Representación de Cuidados	93
Falla en el Sistema de Cuidados	95
CAPÍTULO III. EL PADRE	
El Padre	103
Ontogénesis de la Representación del Padre	107
Una Relación Específica del Infante con su Padre como una Persona Diferente	112
La Relación Específica del Niño con el Padre	113
El Padre y su Rol Temprano	114
El Padre Edípico	118
CAPITULO IV. EL CICLO VITAL DEL INDIVIDUO Y DE LA FAMILIA	
La Confianza Básica vs Desconfianza Básica	122
Autonomía vs Vergüenza y Duda	128
Iniciativa vs Culpa	132
Industria vs Inferioridad	136
Identidad vs. Confusión de la Identidad	140
Preadolescencia	140
Adolescencia	140

Intimidad vs Aislamiento.	147
Adulto joven	147
Generatividad vs Estancamiento.	152
Adulto medio	152
Adulto maduro	155
Integridad del Yo vs Desesperación.	158
Vejez	158
METODOLOGÍA	
Justificación y Planteamiento del Problema	163
Tipo de Estudio	164
Diseño	164
Hipótesis	164
Objetivos	165
Variables	165
Instrumento	166
Análisis Estadístico	173
Procedimiento	174
Algunas Investigaciones Llevadas a Cabo con el Parental Bonding Instrument (PBI)	174
Investigaciones en sujetos en población "general"	174
Investigaciones en sujetos con trastornos de la alimentación	176
Investigación en alcohólicos	178
Relación del PBI con la psicopatología	179
Muestra	182
RESULTADOS	189
DISCUSIÓN	193
CONCLUSIONES	205
SUGERENCIAS Y LIMITACIONES	208
BIBLIOGRAFÍA	209
APENDICE	215

CAPITULO 1

TEORÍA DEL APEGO

Antecedentes

John Bowlby psicoterapeuta de la clínica Tavistock, aceptó en 1950, un puesto temporal en la Organización Mundial de la Salud, para realizar un estudio de las necesidades de los niños sin hogar: “niños huérfanos” o “separados de sus familias”. Después de este estudio consideró esencial para la salud mental “que tanto el infante como un niño pequeño debería experimentar una relación afectuosa, íntima y continua con su madre (o sustituto materno permanente), relación en la cual ambos encuentren satisfacción y gozo. A la situación en que el bebé o un niño pequeño carece de esta relación le llamó “privación materna” la cual abarca diversas situaciones (Ballesteros, 2002).

“Así pues, un niño puede hallarse privado aunque viva en el seno de su hogar, si su madre (o sustituto materno permanente) es incapaz de darle cariño y el cuidado que necesitan todos los niños pequeños asimismo, si por cualquier motivo se le aleja del cuidado de su madre. En este último caso estaríamos hablando de “privación parcial” (Bowlby, 1981)

Bowlby llegó a esta conclusión después de observar en los niños un intenso malestar, cuando los separaban de la madre, incluso cuando eran cuidados y alimentados por otras personas. Y encontró un patrón predecible que aparecía cuando esto sucedía: una protesta por la desaparición de la madre, después de la cual, venía desesperanza y luego el desapego.

De su trabajo en la Organización Mundial de la Salud, obtuvo una serie de datos que le pareció no concordaban con las teorías existentes. Así, empezó a desarrollar la Teoría del Apego. Históricamente, la teoría del apego fue desarrollada como consecuencia de los recientes avances en la etología y como una variante de la teoría de las relaciones objetales. Se podría decir que conjunto una serie de conceptos clásicos de la investigación

psicoanalítica, de sus propias observaciones, de la experimentación y observación de animales, es decir de la etología y de la teoría del desarrollo cognoscitivo de Piaget (Bowlby, 1998a).

El enfoque de Bowlby (1998a) destaca la dinámica afectiva del vínculo progenitor-infante como el elemento de mayor influencia sobre el desarrollo total de los individuos, incluso sobre cualquier otro factor de la relación madre-hijo. La propuesta de Bowlby es que en el apego hay mecanismos encubiertos, en el lazo del hijo con la madre, que emergen originalmente como presiones evolutivas, y que este fuerte lazo no resulta de la asociación de un proceso aprendido, sino más bien, que el niño está absolutamente dispuesto a buscar proximidad y contacto con un individuo claramente identificado al que se considera mejor capacitado para enfrentar al mundo, y esto se da por un proceso de selección natural.

Bowlby dudaba, que la ansiedad de separación del infante experimentada durante la separación de la madre fuera secundaria a los instintos sexuales y agresivos. En cambio consideró, que era una respuesta primaria, un instinto psicológico con el que el niño nacía. Dada la dependencia del hijo con la madre, su razonamiento fue que el apego debería tener un valor significativo para la sobrevivencia. La protesta vigorosa destinada a ser oída por la madre y la necesidad de ésta de responder, representan una ventaja especial para el niño. Por lo tanto la vida del infante depende del proceso de apego, y la conducta de protesta y ansiedad de separación sirve como salvavidas (Bowlby, 1998a).

En ese tiempo las teorías más aceptadas proponían dos tipos de vías: la primaria y la secundaria. Se consideraba el alimento como la vía primaria y la relación personal se clasificaba de "dependencia" como secundaria. Al conocer las investigaciones de los etólogos, donde se revelaba que algunas especies animales podían desarrollar un fuerte vínculo con una figura materna individual, sin alimento como intermediario, descartó la primera vía. Respecto a la segunda vía Bowlby (1998a) dice:

“es muy diferente depender de una figura materna que sentirse apegado o unido a ella por un vínculo de afecto”

La palabra “dependencia” indica el grado en que un individuo se haya subordinado a otro para asegurar su supervivencia y por consiguiente, posee una connotación funcional.

En cambio el termino “vínculo de afecto”, tal como lo entiende Bowlby hace referencia a una forma de conducta, y es puramente descriptivo. La dependencia hacia la madre por ejemplo va disminuyendo gradualmente con la madurez; el vínculo afectivo se forja desde antes del nacimiento de su hijo, el cual se pone en evidencia después de los seis meses de vida, y es una pauta de conducta que se mantiene a lo largo de la vida del sujeto. Bowlby encontró, que aunque ciertas circunstancias y traumas físicos influyen y modifican la personalidad, el ambiente familiar contribuye de manera sustantiva. De las investigaciones realizadas, Bowlby concluyó que al faltar el cuidado materno, el desarrollo del niño casi siempre se retrasa física, intelectual y socialmente, además de que pueden aparecer síntomas y padecimientos físicos y mentales. Para ello hay tres puntos que considerar: la edad en que el niño pierde el cuidado de la madre, el período de tiempo que dura su privación y el grado de falta de cariño en el cuidado materno (Ballesteros, 2002). Para Lartigue (1994), la teoría del apego, es una teoría de desarrollo infantil, que nos muestra una relación, del niño y la madre, observable a simple vista e incluye representaciones subjetivas del ambiente en que se producen estas relaciones, con parámetros y categorizaciones preestablecidas que permite distinguir características de los diferentes tipos de relación.

Desde esta teoría, la personalidad adulta se visualiza como un producto de la interacción del individuo con las figuras de apego durante sus años inmaduros (Bowlby, 1998a).

La Teoría del Apego: Una Perspectiva Evolutiva

Bowlby propuso que durante el tiempo que los humanos se desarrollaron, en el pasado remoto, vivieron en lo que él llama “ambiente de adaptación” y en él la selección genética favoreció la conducta de apego, que aumentó la posibilidad de proximidad hijo- madre, lo cual incrementó la probabilidad de protección y proveyó ventajas para la sobrevivencia. Muchas son las consecuencias benéficas y predecibles para el niño por la cercanía con la madre (o figura de apego) esto incluye comida, aprendizaje sobre el ambiente e interacción social, todo lo cual es importante. Pero la consecuencia predecible de la proximidad privilegia la supervivencia del niño y lo protege del ataque de los depredadores. El “ambiente de adaptación” del hombre donde probablemente se desarrollo hace aproximadamente dos millones de años, hasta los cambios introducidos en el curso de los últimos milenios produjeron la extraordinaria diversidad de hábitat que actualmente ocupa el hombre, que ha traído como consecuencia, que las relaciones de este y su ambiente han llegado a ser cada vez más inestables y en particular en los ambientes urbanos (Bowlby, 1998a).

En el “ambiente de adaptabilidad evolutiva” (en la prehistoria), los infantes estaban biológicamente predispuestos para estar cerca de la madre donde tenían menos riesgos de ser atacados por los depredadores. Prácticamente, toda las especies animales comparte su hábitat con una serie de depredadores potencialmente muy peligrosos y para sobrevivir, tienen que estar equipados con sistemas de conducta que aseguren su protección. Esta es “la función biológica” de la conducta del apego, ya que sin esta protección, no habría a quien alimentar y el aprendizaje no tendría lugar. Bowlby concibió un marco teórico que incluye todos los sistemas de conducta como la nutrición, la seguridad y la reproducción, cada una de ellas constituye una exigencia vital, incluyendo el apego, que tiene sus propios sistemas de conducta, concretos y eficaces. La existencia de cada uno de estos sistemas puede comprenderse en función de la evolución de la especie. Existe un tipo de conducta instintiva

estructurada de tal modo que por lo general, cumple una función de beneficios obvios para algunos, aunque no necesariamente para quien las ejecuta. Un ejemplo es la conducta de crianza o del cuidado de los progenitores hacia sus crías. También puede incluirse aquí la conducta de ayuda, de los individuos hacia los miembros de la especie que no son sus descendientes (hermanos, sobrinos, primos, etc). En todos los casos, la conducta es fácilmente entendible en términos de “la supervivencia de los genes”. Bowlby propone que: “para comprender la función de una conducta, hay que estudiarla en una población de individuos ya que resulta imposible alcanzar la comprensión, si la unidad del estudio es un solo individuo” (Bowlby, 1998a).

Organización de la Conducta de Apego

La teoría del apego propone varios sistemas de conducta que son universales entre las especies, aunque puede ser que se encuentren diferencias sutiles entre el individuo y las grandes poblaciones de individuos. Cada sistema de conducta consiste en un grupo de conductas intercambiables y funcionalmente equivalentes, en otras palabras, conductas que tienen el mismo efecto o respuesta previsible. Al mismo tiempo, cada conducta sirve para más de un sistema de conducta. Por ejemplo, la locomoción, entre otras, sirve para los sistemas de apego, la exploración y la alarma. Es por esto que Soufe y Water (citado en Cassidy y Shaver, 1999) insistieron, que para que se pueda entender la conducta de apego en un infante, es a través de una perspectiva organizativa (Marvin y Britner; citado en Cassidy y Shaver, 1999).

Los sistemas conductuales tienen reglas que gobiernan la selección, activación y terminación de las conductas, como una función específica de los estados internos del organismo y del medio ambiente (Marvin y Britner; citado en Cassidy y Shaver, 1999).

La función de las conductas de apego y las conductas de alarma, es la protección del pequeño de una amplia variedad de peligros. La función biológica del sistema de exploración y el sistema social es el aprendizaje de las habilidades necesarias para tener confianza en sí mismo y en su supervivencia, tanto en términos individuales, como también para facilitar la integración del individuo en los grupos sociales.

Los teóricos del apego proponen que en un desarrollo normal, la operación de estos cuatro sistemas es afectada no sólo por un medio ambiente específico y eventos orgánicos. Si no que también por un balance complejo y dinámico entre los sistemas donde el resultado predecible debe ser el aseguramiento de que el pequeño desarrolle habilidades sociales sofisticadas, lo cual se da a través del vínculo protector de las figuras de apego.

Bowlby propuso que los sistemas de conducta, no sólo son diferentes en su función, sino que también en su complejidad estructural y su organización.

El bebé nace dotado con conductas aisladas y sistemas sencillos de conducta (como el sistema visual y auditivo) que no tienen conexión interna, cada una tiene su propia activación y terminación. En esta fase es importante el “control” de los sistemas sencillos y conductas aisladas. El cuidador provee las condiciones para la terminación de la conducta. Al poco tiempo se da un cambio donde los sistemas sencillos y las conductas aisladas se enlazan para organizarse en líneas más sofisticadas y quedan incorporados a un sistema más complejo. A los dos meses, el sistema visual se enlaza con el sistema motor y así, el infante puede hacer movimientos coordinados hacia un objeto en su campo visual, de esta manera el niño va tomando “control” de su conducta (Marvin y Britner; citado en Cassidy y Shaver, 1999).

El sistema más sencillo es un “reflejo”, conducta altamente estereotipada, que se activa por estímulos y mantienen un curso específico (como estornudar) (Marvin y Britner; citado en Cassidy y Shaver, 1999).

Una conducta más compleja, la “pauta de acción fija” o “conductas sencillas”, es también una conducta altamente estereotipada, es activada y terminada por un estímulo específico, pero su umbral de activación varía de acuerdo al estado del organismo; muchas veces hace uso de algunos indicios propioceptivos o exteroceptivos o ambos de retroalimentación durante su ejecución. Algunas de las conductas básicas de apego identificadas por Ainsworth, como agarrar, llorar y sonreír, pueden considerarse pautas de “acción fija” (Marvin y Britner; citado en Cassidy y Shaver, 1999).

Estas conductas se ven primitivas al estudiarse por separado, pero los patrones de las conductas sencillas pueden llegar a tener una gran complejidad, dentro del contexto donde se desarrollaron, como por ejemplo en el caso de el apego, donde estas conductas sirven para estar cerca del cuidador, el cual responde con conductas específicas que complementan la conducta del infante (Marvin y Britner; citado en Cassidy y Shaver, 1999).

El efecto inmediato de muchas conductas es provocar un cambio en el medio ambiente, este cambio sirve como *activador* para otra conducta, con lo cual muchas veces se forma una secuencia larga para una eventual respuesta, que es necesaria para la sobrevivencia del individuo (Marvin y Britner; citado en Cassidy y Shaver, 1999).

Por su manera de organizarse se les llama “conducta en cadena” en la cual cada eslabón constituye un sistema de conducta, así la conducta se desarrolla en una secuencia correcta, ya que al finalizar una actividad se inicia la siguiente (Bowlby, 1998^a).

Por ejemplo, cuando un neonato llora por hambre la *respuesta predecible* es la activación de la conducta materna para recoger al niño y ponérselo en el pecho. Al recogerlo o por lo menos el estímulo del pecho en la cara, termina con el llanto y activa la búsqueda del pezón. Esto atrae predeciblemente la boca del infante al pezón, lo que sirve como terminación de la condición de búsqueda y activa la condición de agarrar el pezón con los labios. Con el estímulo del pezón en la boca se activa el succionar y finalmente con el líquido en la boca se

estimula la deglución. Aunque la secuencia sea compleja y predecible y pueda parecer que tiene una conducta con “corrección de la meta” de parte del infante, en realidad no lo es. Ya que al interrumpir la secuencia en cualquier punto llevara al fracaso de toda la secuencia, a menos que el probable llanto lleve al cuidador a reactivar y corregir la secuencia. Bowlby llamó a esta secuencia de conductas “resultados previsibles” en tanto que la conducta es repetible en un ambiente similar a donde se desarrolló la conducta (Bowlby, Marvin y Britner, citado en Cassidy y Shaver, 1999).

El caso de la búsqueda del pezón es una respuesta previsible de las conductas de apego donde lo que se busca es la proximidad y/o el contacto con los cuidadores. Las “respuestas previsibles” son especialmente importantes por lo menos por dos razones (Marvin y Britner, citado en Cassidy y Shaver, 1999).

1.- Nos permite entender las formas relativamente simples de las conductas, como se va construyendo una respuesta importante sin inferir, que el niño la ejecuta de una manera intencional a pesar del hecho que la secuencia de la conducta ocurre de manera previsible.

2.- Nos muestra como un simple patrón de conductas se dan en un contexto diádico. Estas conductas tienen poco significado, si ellas no se describen y se entienden en un contexto de relaciones, que es donde se desenvuelven.

Más adelante se va desarrollando, en el niño, una imagen interna de las metas que le gustaría preservar (como el contacto físico con la madre). Esto le permite hacer un plan con un grupo de conductas seleccionadas que él controla y que puede alterar si no hay retroalimentación o dar por terminado el plan, si no hay respuesta. Así, el niño va tomando cada vez más conciencia de las metas propuestas y desarrolla planes cada vez más complejos para lograrlas, y aumenta su capacidad para integrar un plan con otro y para descubrir si existe incompatibilidad entre distintos planes, como para ordenarlos según su prioridad (corrección

de la meta con jerarquías). En la terminología psicoanalítica, tales cambios se describen en términos de que el ello es substituido por el yo (Bowlby, 1998^a).

Las conductas “con corrección de la meta”, tienen un patrón más complicado. Al igual que las formas más simples de conductas, las conductas con “corrección de la meta”, tienen condiciones que las activan y las terminan y resultados previsibles, pero ellas obtienen estos resultados en un proceso más sofisticado. En este proceso es donde se escoge, de un repertorio de conductas específicas y que de una manera progresiva llevan al individuo a estar más cerca de lograr la “meta deseable” (Marvin y Britner; citado en Cassidy y Shaver, 1999).

Por su organización conductual se les ha llamado de “jerarquía planificada” donde el “plan” es una estructura global de conducta corregida según la meta propuesta o “corrección de la meta”, la cual comprende de estructuras jerárquicas. La característica distintiva reside en su estructura global, dentro de la cual se integran subestructuras de todo tipo y cantidad, que se corrigen de acuerdo en función de la meta, tanto el plan, como los sistemas subordinados. La “jerarquía planificada” permite lograr flexibilidad. Su ventaja principal, es que se puede lograr la meta propuesta incluso cuando varían substancialmente las circunstancias, aunque siempre existe un límite para resolver las desviaciones ambientales. Si el ambiente se desvía excesivamente de los supuestos básicos del plan central, no se podrá ejecutarse y por lo tanto, cumplirse la meta propuesta (Bowlby, 1998^a).

La programación de una organización en cadena a una organización jerárquica, constituye, una característica del desarrollo de la conducta, tanto filogenético como ontogenética (Bowlby, 1998^a).

Para poder ajustarse a una conducta con “corrección de la meta”, un individuo debe tener una “representación interna” compleja y dinámica de los aspectos relevantes del sí mismo de su conducta, del medio ambiente y de los objetos o personas hacia las cuales su conducta es dirigida. Bowlby (1998b) uso el termino de “modelos activos internos” pero

también usó el término “modelos operantes” (Bowlby, 1998^a) que es equivalente con el concepto de Piaget de “esquemas” (Marvin y Britner; citados en Cassidy y Shaver, 1999).

Los “modelos activos internos”, no son imágenes estáticas, sino modelos flexibles que se usan para entender y predecir las relaciones del organismo con su medio ambiente, y construir secuencias complejas de conductas (planes que logren respuestas específicas, representados internamente con varias secuencias diferentes). Por ejemplo, cuando un niño camina hacia su cuidador, para poder hacer contacto físico, la conducta de apego es activada con “corrección de la meta”; el niño continuamente orienta su conducta y selecciona conductas alternativas, basadas en parte de en la retroalimentación recibida de los efectos de su conducta. Cuando la “meta propuesta” es lograda, la discrepancia que percibió durante la “meta propuesta” se reducirá a cero y el plan de conducta se termina (Marvin y Britner; citado en Cassidy y Shaver, 1999).

La teoría del apego propone que hay un paralelo lógico entre la organización de la conducta y los modelos activos internos. La estructura de los modelos activos internos se pueden inferir de la observación, de la organización de la conducta. Aunque las operaciones de los modelos activos internos casi siempre se da a un nivel conciente, por razones de eficiencia en el proceso de información, muchos de los cambios se dan fuera del nivel conciente, especialmente cuando se vuelven automáticos (Marvin y Britner; citado en Cassidy y Shaver, 1999).

El siguiente paso es que el niño pueda llegar a una corrección de objetivos con su pareja cuidadora (corrección de la meta en sociedad), lo cual implica una capacidad del niño para concebir a su madre como alguien que tiene sus propias metas e intereses distintos a los suyos, como para tenerlos en cuenta. Para Bowlby el perfeccionamiento del “control” conductual durante el desarrollo individual, desde los sistemas más sencillos hasta los más

complejos, se debe, a la maduración del sistema nervioso central que facilita la organización conductual (Bowlby; Marvin y Britner, citados en Cassidy y Shaver, 1999).

Esta organización de la conducta, está asociada al contexto, a la motivación y a la cognición (Bowlby, 1998a).

El Papel del Contexto

El niño decide, el grado de proximidad con los padres y se piensa que varía bajo diferentes circunstancias. Bowlby, se interesó en entender, como las diferentes circunstancias contribuían, en un relativo incremento y decremento, en la activación del sistema de apego. Él describe dos clases de factores: (Bowlby, 1998a)

a) Claves internas. Cuando en las condiciones del niño hay estrés, como enfermedad, fatiga, hambre o dolor activan el sistema de apego.

b) Claves externas. El peligro se relaciona con el medio ambiente, la presencia de un estímulo amenazante particularmente es importante la localización y el comportamiento de la madre, su ausencia, retiro o rechazo activan el sistema de apego.

La interacción entre los factores causales para la desactivación del sistema de apego, puede ser algo compleja. A veces sólo se necesita que este presente la madre, y otras necesita de múltiples conductas maternas. Para muchos niños con desasosiego, el contacto con la madre, es un efectivo estímulo de terminación, aunque la naturaleza del estímulo, sirve para detener la conducta de apego, difiere al grado de activación del sistema de apego si el sistema es intensamente activado, el contacto con uno de los padres puede ser necesario para terminarlo. Y si es moderadamente activado, la presencia o la voz de uno de los padres o hasta de un sustituto conocido puede ser suficiente. En cualquier caso, se ve al infante como usando una "base segura" para regresar en tiempos de problemas (Cassidy, citado en Cassidy y Shaver, 1999).

"...una niña cuya madre gozaba mucho de la cercanía fue muy capaz de mantener contacto con ella a cierta distancia; en verdad, la beba fue especialmente capaz durante este periodo de utilizar a su madre y se sentía resguardada con sólo tenerla a la vista u oír su voz. Al mismo tiempo, esta niña mostraba con bastante precocidad un decaimiento general de su ánimo cuando su madre no estaba en la habitación, es decir, cuando se interrumpía la fuente de reaseguro a distancia" (Mahler, 1975).

En resumen, la búsqueda de la proximidad es activada cuando el infante recibe información (interna o externa) de que la meta (la distancia deseada de la madre) se ha excedido. Y permanecerá activada, hasta que la meta sea lograda, y entonces se termina esta conducta. (Cassidy, citado en Cassidy y Shaver, 1999).

El Papel de Emoción

De acuerdo a Bowlby las emociones están fuertemente asociadas con el apego. Muchas de las más intensas emociones aparecen durante la formación, el mantenimiento, y la renovación de las relaciones de apego. La formación de un vínculo es descrita como enamorarse; mantener un vínculo es como amar a alguien, y perder al compañero es afligirse por alguien. Cuando hay amenaza de perder al compañero provoca ansiedad, y en una pérdida real nace el pesar, que también provoca enojo. El mantenimiento de un vínculo que no cambia se experimenta como fuente de alegría. Es como si esta respuesta afectiva resultara originalmente de las presiones evolutivas. Un infante está predispuesto a experimentar emociones positivas en relación con el apego, y tristeza con su pérdida, y cuando se cree que hay o puede haber una pérdida, el sujeto trabajara activamente para mantener el apego (Cassidy, citado en Cassidy y Shaver, 1999).

El concepto básico de Bowlby fue que las experiencias tempranas son las que dan forma a la conductas de apego, y que están codificadas en los modelos activos internos, y que a través de estos modelos las experiencias tempranas son llevadas a influenciar la personalidad y conductas posteriores. Estos modelos incluyen información tanto afectiva

como cognoscitiva y también consciente e inconsciente, van incrementando su complejidad con las nuevas experiencias, las cuales contribuyen tanto en su contenido como en su organización (Bowlby, 1998a).

Las emociones son en sí mismas organizadoras de la conducta y regulan las intervenciones con el medio ambiente (Thompson, citado Golberg, 2000). En la infancia, la respuesta del cuidador hacia el afecto del infante provee un modelo o patrón para la adquisición de las habilidades autorreguladoras (Feldam y cols.; Copp; Golberg, 2000). Los elementos centrales de este patrón son las habilidades del adulto para leer, interpretar y responder al afecto del infante. Además, a través del discurso y sus procesos selectivos de reforzamiento, modelado y enfocado emocionalmente, los cuidadores (y después sus iguales) modulan la expresión emocional en formas concientes con las expectativas sociales (Golberg, 2000).

El apego como teoría de la regulación emocional

El apego es usualmente definido en términos de un vínculo emocional entre dos individuos basado en la expectativa de un (o ambos) miembro de la pareja, que el otro lo cuidará y proveerá protección en tiempos de necesidad. De hecho los patrones de Ainsworth se pueden concebir como una estrategia para regular y expresar emociones. Se puede decir que los infantes seguros expresan sus necesidades de protección y confort de manera libre y directa; los infantes evitativos, expresan sus necesidades de manera limitada, y los infantes ansiosos, exagerando sus necesidades de apego. Estas descripciones divergen de alguna manera de las clásicas, pero sirven para clarificar el papel jugado por las emociones en la formulaciones básicas del apego. Cuando se clasifican los patrones de apego, el infante seguro es identificado por compartir afectos positivos con el cuidador antes de la separación, variando la cantidad de estrés durante las separaciones, y un rápido regreso al afecto positivo durante las reuniones. El infante evitativo es identificado por una distintiva falta de expresión afectiva (tanto positiva como negativa), y el infante resistente o ansioso es distinguido por el

predominio de afecto negativo antes, durante y después de la separación, La incomodidad del infante y también la respuesta parental, son considerados los eventos claves que guían el desarrollo de las diferencias que están emergiendo (Goiberg, 2000).

La teoría del apego actual

El germen de esta idea de ver al apego como una teoría de regulación de la emoción fue introducida por el ya clásico artículo de Soufe y Water (citado en Goiberg, 2000), donde el apego fue descrito como "como una formulación organizacional" y enfatizada la regulación de "sentirse seguro" como un componente central del apego. De acuerdo a este punto de vista, la respuesta parental a los signos efectivos del niño provee un contexto crítico con el cual el niño organiza las experiencias emocionales y regula el sentirse seguro. En su investigación con adolescentes, Kobak (Cassidy y Kobak; Kobak y cols.; Kobak y Sceery; citados en Golberg, 2000) ha amplificado y seguido la idea de la regulación del afecto como una importante característica del sistema de apego. Él describe el apego seguro como organizado por reglas que "permiten conocimiento del sufrimiento y volverse a otros para buscar apoyo", el apego evitativo organizado por reglas que "restringen el conocimiento del sufrimiento", y el apego ambivalente / resistente como organizado por reglas que "dirigen la atención hacia el dolor y las figuras de apego son hipervigiladas que inhibe el desarrollo de la autonomía y auto confianza". Estos modelos activos de las figuras de apego individualmente están ligados también o incluidas en las reglas para regular el dolor (Golberg, 2000).

Aún más, las estrategias de apego en niños pueden ser elaboradas de la siguiente manera. Cuando el modelo activo incluye la expectativa de que el cuidador responderá efectivamente a los signos de dolor, la experiencia de dolor lleva a un activo intento de contacto con el cuidador. Main (citada en Golberg, 2000) llamó a esta estrategia "primaria" por que es directa y efectiva para restaurar la seguridad y permite al niño regresar pronto a

otras actividades.. Cuando el modelo del niño incluye expectativas de signos emocionales elegirá respuestas selectivas del cuidador, él está forzado a usar estrategias secundarias. Hay dos estrategias, llamadas desactivación e hiperactivación (Kobak y cols., citados en Golberg, 2000). La desactivación involucra intentos de suprimir información asociada con las necesidades de apego, incluyendo afecto, y es la característica del apego evitativo. La hiperactivación involucra conductas de apego y emociones exageradas, y ésta es la característica del apego resistente o preocupado (Golberg, 2000).

Cassidy (citado en Golberg, 2000) propone una visión similar, donde considera que la regulación emocional puede ser un aspecto de las estrategias de apego. El apego seguro se asocia con la expresión abierta y flexible emocional. Con un progenitor que ha respondido a un amplio rango de emociones, el niño aprende que la expresión de la emoción sirve para las relaciones sociales y que los afectos negativos alertan al cuidador en tiempos de dolor. La evitación esta asociada con minimizar la expresión emocional. En este caso, se asume que el cuidador ha ignorado previamente o desairado la expresión de afectos negativos, y el niño a aprendido restringir o falsificar sus expresiones para poder prevenir rechazos dolorosos. Las emociones positivas están restringidas por la calidad de los signos para interactuar, y el entusiasmo por una relación que de hecho ha sido de desacuerdos. El resistente esta asociado con la expresión exagerada de las emociones. Esto es que refleja las experiencias previas de respuestas selectivas e inconsistentes a los afectos negativos. Si éstas se relajan lleva el riesgo de perder la atención del cuidador (Golberg, 2000).

Un poco diferente es el acercamiento que tiene sobre el papel de las emociones Crittenden (citado en Golberg, 2000). Desde su punto de vista, las estrategias diferentes de apego diferentes son descritas en términos de lo extenso en que ellos confían en la información afectiva y cognitiva. El apego evitativo se caracteriza por la confianza en la información cognitiva con la exclusión de una significativa cantidad de información afectiva.

El apego resistente se caracteriza por confiar en la información afectiva a expensas de excluir la información cognoscitiva. El apego seguro está marcado por un balance apropiado que integra tanto la información afectiva como cognoscitiva (Golberg, 2000).

Lo común a todas estas perspectivas es la afirmación que los diferentes patrones de apego están asociados con experiencias en las cuales los cuidadores mandan distintos mensajes sobre las reglas de la expresión emocional, y como resultado corresponden diferentes estilos de expresión emocional y en el desarrollo de la regulación. Es notable lo poco que se dice sobre el papel del apego desorganizado (o la falta de resolución de una pérdida o trauma) en el desarrollo de las emociones o en la regulación de las emociones. Esto en parte refleja la llegada tardía en la integración de la agenda del apego (Golberg, 2000).

El Papel de lo Cognitivo

Mientras que las emociones proveen la energía organizadora de los modelos activos internos, los procesos cognitivos mantienen y modifican los contenidos. Bowlby consideró que en el procesamiento de información hay un control central para la entrada sensorial, y que este procesamiento se da en varias etapas donde hay selección, interpretación y evaluación de la información, antes de que ejerza alguna influencia sobre la conducta. En el curso del procesamiento, una gran parte de la información queda excluida de manera rutinaria por varias razones. Lo más importante es lo que queda excluido, para poder entender los casos patogénicos, por que medios se le excluye y quizás, por encima de todo, porque debe excluirse, aunque la exclusión de información es necesaria tanto como adaptativa, ya que si no sobrecargan las capacidades, en ciertas circunstancias, la exclusión selectiva puede tener consecuencias que son de valor adaptativo dudoso o variable. Por ejemplo en ciertas circunstancias adversas durante la infancia, la exclusión selectiva puede tener consecuencias de valor adaptativo pero, cuando durante la adolescencia y la vida adulta la situación cambia,

y la exclusión persiste, ese mismo tipo de información puede dar origen a la inadaptación. Los psicoanalistas le llaman a esta exclusión “proceso defensivo”. En la teoría del apego se le llama “exclusión defensiva”. En este tipo de exclusión, hay cierto tipo de información que queda excluida de todo procesamiento ulterior durante periodos relativamente largos o incluso de forma permanente. Parte de dicha información ya está almacenada en la memoria de largo plazo, en cuyo caso la exclusión defensiva trae como resultado cierto grado de amnesia. Otro tipo de información llega a través de los órganos sensoriales, en cuyo caso la exclusión defensiva trae como resultado cierto grado de bloqueo perceptual, estas exclusiones están asociadas con sentimientos (Bowlby, 1998b).

Bowlby propuso que desde la infancia en adelante se construyen modelos del mundo, de los individuos significativos en el mundo, del sí mismo y de la relación entre entidades basadas en las experiencias actuales. Así, estos modelos guían y enfocan las experiencias subsecuentes. “Los modelos activos internos son concebidos como un proceso estructurado que sirve para obtener o limitar el acceso de la información”. Los modelos activos internos permiten atender selectivamente la información, predecir eventos futuros y construir planes (Main y cols.; citados en Cassidy y Shaver, 1999).

La pauta del apego es el resultado del sistema del apego que representa a la relación diádica. Con el fin de explicar la tendencia de las pautas de apego a convertirse cada vez más en una característica del niño, en la teoría de apego se recurre al concepto de los modelos operantes o activos del sujeto y de los padres. El término “modelos operantes o activos” es una metáfora conceptual con varias características. En primer lugar, remarca los aspectos dinámicos de las representaciones, que operan en los modelos mentales, da como resultado que el sujeto pueda generar interpretaciones del presente y evaluar alternativas futuras. En segundo lugar, la palabra “modelo” implica construcción y por tanto desarrollo. Este modelo es un componente integral de la teoría del apego; no sólo por que guía la apreciación de la

experiencia sino toda la conducta pues incluye componentes afectivos y cognitivos. El modelo operante del apego es un conjunto de reglas concientes y/o inconscientes para la organización de la información relevante y para la obtención o el acceso limitado a esta información, esto es, información relacionada con las experiencias, sentimientos e ideas ligadas al apego (Golberg, 2000).

Específicamente estos modelos, son una representación de las figuras de apego, del sí mismo y del medio ambiente. El modelo del mundo que toda persona construye, tiene la característica, de establecer quienes son sus figuras de apego, donde puede encontrarlas y de que manera predecible pueden responder. El modelo del sí mismo cuya característica clave, es el criterio sobre la aceptabilidad o inaceptabilidad de su propio ser a los ojos de la figura de apego. Y en la estructura de modelos complementarios se basan los pronósticos del individuo sobre otras figuras de apego (abuelos, tíos, amigos etc.) sobre su capacidad de respuesta en momentos que requieren su apoyo (Bowlby, 1998b).

Si estos modelos se revisan apropiadamente, de acuerdo con los cambios de desarrollo y del medio ambiente, se puede comunicar y reflexionar sobre el pasado y el futuro de las relaciones y de las situaciones; esto facilita la creación de planes para regular el acercamiento y la resolución de conflictos de la relación. Íntimamente ligado al tipo de pronóstico que elabora una persona con respecto a la disponibilidad probable de sus figuras de apego se halla, la propensión a responder con muestras de temor siempre que se deba enfrentar a una situación potencialmente alarmante en el curso normal de los acontecimientos (Bowlby, 1998b).

Modelos múltiples de la figura de afecto y del sí mismo

Guiados por el sentido común, presupondríamos que toda persona opera con modelos únicos de sus figuras de afecto y de sí misma. La escuela psicoanalítica, presentan amplias

pruebas, de que no es infrecuente, que en individuo opere de manera simultánea con dos o más modelos de figura o figuras de apego y dos o más modelos de sí mismo. Al entrar en funciones los modelos múltiples de una única figura, suelen diferir en su origen, preponderancia y en la medida que el sujeto toma conciencia de ellas.

En persona con perturbaciones emocionales, es común el descubrir que el modelo que ejerce mayor influencia sobre sus percepciones y pronósticos, por lo tanto sobre sus sentimientos y conducta, se desarrolló durante los primeros años de vida y que este se ha elaborado de acuerdo con lineamientos bastante primitivos aunque el sujeto mismo pueda tener poca o ninguna conciencia de ello. Simultáneamente, funciona en él un segundo modelo, que al haberse desarrollado después es mucho más complejo. La persona que tiene mayor conciencia de este segundo modelo puede de una manera errónea, suponer que reviste una importancia primordial. Esta hipótesis de los modelos múltiples es una versión en términos distintos de la hipótesis Freudiana del inconsciente Dinámico (Bowlby, 1998b).

La teoría de apego: una teoría para la investigación

Según Bowlby (1998B), esta teoría se puede dividir en dos etapas: en la primera, de los 3 primeros años de vida, la variable clave es la presencia o ausencia de la figura de apego, esto determinará que una persona se sienta o no alarmada en una situación potencialmente peligrosa; de los 3 años en adelante y durante toda la vida, una segunda variable de importancia es la confianza o falta de confianza que siente una persona sobre la disponibilidad de la figura de apego, y que aunque este físicamente ausente, se muestre accesible y capaz de responder a sus requerimientos cuando lo desee. Después de los tres años los pronósticos elaborados en torno a la accesibilidad, o inaccesibilidad de esa figura van adquiriendo preponderancia, hasta convertirse en la variable central a partir de la pubertad.

Para Bowlby (1998b), los modelos activos de las figuras de apego y del sí mismo, es una forma de describir la “introyección de objeto” en términos psicoanalíticos. Los beneficios de estos conceptos residen en facilitar una descripción más precisa de las circunstancias y de dar un marco de referencia más adecuado para la planificación de investigaciones empíricas y de su puesta en marcha. Al dividir el modelo de las figuras de apego y el modelo del sí mismo, nos damos cuenta que varían en muchos aspectos.

Uno de ellos es la simplicidad del concepto. Otro es la validez, que proporcionan los datos utilizados para la construcción del modelo se derivan de fuentes múltiples: sus experiencias cotidianas, las declaraciones que sobre él formulan los padres, información suministrada por terceros. Por lo general los datos que se recogen de esas fuentes diversas son razonablemente compartibles, los modelos que elabora de los padres y de sí mismo revestirán coherencia interna y se complementarán entre sí. Un tercero es la medida en que los roles de la figura de afecto, por un lado, y del sí mismo, por otro, se hallan diferenciados. Consideremos en primer lugar este último aspecto (Bowlby, 1998b).

El hecho de confiar en que una figura de afecto, que además de mostrarse accesible y que pueda ser capaz de responder a los requerimientos de un sujeto dependerá de por lo menos dos variables. Primero, que estime que la figura de apego es o no el tipo de persona que por lo general puede responder a los requerimientos de apoyo y protección. Segundo, que el sujeto, de acuerdo con las estimaciones sea o no el tipo de persona hacia quien un tercero (en particular la figura de apego) pueda responder con muestras de apoyo y protección (Bowlby, 1998b).

Estas variables son independientes pero suelen confundirse en la práctica. Ya que el resultado es, que el modelo de la figura de afecto y el modelo del sí mismo, suelen desarrollarse en manera tal que se complementan y reafirman mutuamente. Un ejemplo es: un niño no anhelado, no sólo, no se siente deseado por los padres sino en esencia no deseado por

nadie. Un niño que recibe grandes muestras de afecto, no sólo tiende a confiar en ser digno de amor de sus padres, sino del afecto de todo el mundo. Esta es la regla, y al ser adoptada, añadida e incorporada a la estructura de los modelos, rara vez es cuestionada seriamente Bowlby (1998b). Estos modelos del desarrollo del sí mismo y de los padres, al ponerlos juntos, representan ambos lados de la relación (Bretherton y Munholland, 1999; citados en Cassidy y Shaver, 1999).

Apego, conducta de apego, sistema de conductas del apego y teoría del apego

Estar apegado o tener apego a alguien, significa que sé esta absolutamente dispuesto a buscar la proximidad y el contacto con ese individuo y hacerlo sobre todo en circunstancias específicas. La disposición para comportarse de esa manera es un atributo persistente que cambia lentamente con el correr del tiempo y que no se ve afectado por la situación del momento (Bowlby, 1998a).

La conducta de apego se refiere a cualquiera de las diversas formas de conducta que la persona adopta de vez en cuando para obtener y/ o mantener una proximidad deseada. Un modelo para explicar la conducta de apego, consiste en pensar en la conservación de la proximidad por parte de un niño, al principio es el llanto y el estar a gusto, después viene la sonrisa y otras expresiones emocionales y la conducta que la acompaña, después vendrá la locomoción y el lenguaje "(Bowlby, 1998a).

"Por ejemplo: la conducta de apego del niño es activada especialmente por el dolor, la fatiga y cualquier cosa atemorizante, y también por el hecho de que la madre sea o parezca inaccesible. Las condiciones hacen que esta varíe de acuerdo con la intensidad de su activación. A baja intensidad, esas condiciones pueden ser simplemente oír o ver a la madre, algo especialmente efectivo ya que es una señal de que ella reconoce la presencia del niño. A una intensidad más alta, el cese puede requerir que el niño la toque o se aferré a ella. En el grado máximo de intensidad, cuando él está angustiado y ansioso, no habrá nada mejor que un abrazo prolongado" (Bowlby , 1998a).

En el sistema de conductas del apego su meta prefijada es la proximidad física o psicológica de la madre. La retroalimentación es interna o externa, la interna abarca las necesidades del niño y la externa es sobre la proximidad de la madre. El sistema interactúa o se relaciona con otros sistemas, como el sistema del miedo, alimentación. Y con el sistema exploratorio, cuando el sistema de apego está desactivado. La secuencia de conductas se vuelve funcional a través del tiempo. El niño va integrando las conductas que han tenido éxito en las diferentes circunstancias y además va incorporando las nuevas conductas que se van dando durante su desarrollo; ejemplos: sonríe, levanta los brazos y camina hacia la madre, para ser cargado por esta, si eso funciona la conducta llegará a ser casi automática. Para Mahler (1975) las conductas de acercamiento tienen una connotación de reabastecimiento emocional del niño, en cambio para Bowlby estas conductas son para verificar que el niño es cuidado y protegido y por lo tanto puede desactivar la conducta de apego y activar la exploración”(Bowlby, 1998a).

“Debe notarse, ... que durante la subfase de ejercitación la madre siempre es necesaria como punto estable, como la “ base de operaciones” que satisface la necesidad de reabastecimiento mediante el contacto físico. Vimos infantes de 7 a 10 meses que gateaban o hacían rápidos pinitos hacia la madre, parándose agarrado a las piernas de ésta, tocándola de otras maneras o simplemente apoyándose contra ella.... Es fácil observar cómo el infante decaído y fatigado se anima y vigoriza en brevísimo tiempo luego de tal contacto; después prosigue rápidamente sus exploraciones y queda de nuevo absorbido por su placer de funcionamiento.

Nunca se insistirá demasiado en la importancia que tiene la disponibilidad emocional óptima de la madre durante esta subfase. Es el amor de la madre por el deambulador y su aceptación de la ambivalencia de éste, lo que permitirá al niño catectizar su autorepresentación con energía neutralizada” (Mahler, 1975).

Cognitivamente hará poco a poco una representación mental de cómo es la figura de apego, que le gusta (que conductas la hacen acercarse) y que no le gusta (que conductas la alejan, la molestan o la enojan), esta representación se irá haciendo más compleja a través del desarrollo” (Bowlby, 1998b).

La teoría del apego es un intento para explicar tanto la conducta de apego – con sus episódicas aparición y desaparición – como los apegos duraderos que los niños y otros individuos tienen con otras personas determinadas. En esta teoría, el concepto clave es el sistema conductual, este está concebido sobre la analogía de un sistema fisiológico organizado homeostáticamente para asegurar una medida fisiológica – como la temperatura sanguínea o la tensión arterial – se mantengan en los límites adecuados. Se propone el concepto de un sistema conductual para explicar el modo en que un niño o una persona mayor mantienen su relación con una figura de apego entre ciertos límites de distancia o accesibilidad, no se hace más que utilizar estos principios bien entendidos para explicar una forma diferente de homeóstasis, o sea personas claramente identificadas del entorno y en el cual los límites se mantienen por medios conductuales en lugar de fisiológicos” (Bowlby, 1998a).

Definición de Apego (Attachment)

“La conducta de apego es cualquier forma de conducta que tiene como resultado el logro o la conservación de la proximidad con otro individuo claramente identificado al que se considera mejor capacitado para enfrentarse al mundo. Desde una perspectiva etológica, el vínculo del niño con su madre es el resultado de un conjunto de pautas de conducta características, en parte preprogramadas, que se desarrollan en el entorno corriente durante los primeros meses de vida y tienen el efecto de mantener al niño en una proximidad más o menos estrecha con su figura materna. Hacia el final del primer año, la conducta se organiza cibernéticamente, es decir, se vuelve activa cada vez que se dan condiciones determinadas y cesa cuando se dan otras condiciones determinadas. Se considera que la condición biológica de esta conducta es la protección ante los depredadores ”(Bowlby, 1998a).

“Cuando el niño, a través del proceso de maduración de su aparato locomotor, comienza a aventurarse alejándose cada vez más de los pies de la madre, esta a menudo tan absorbido en sus propias actividades que por

largos periodos de tiempo parece olvidado de la presencia de la madre. Sin embargo, vuelve periódicamente a ella, pues parece necesitar cada tanto su proximidad física" (Mahler, 1975).

Además de su función biológica, la conducta de apego tiene consecuencias importantes, propone que el saber que la figura de apego es accesible y sensible le da a la persona un fuerte y penetrante sentimiento de seguridad y la alienta a valorar y continuar la relación (Bowlby, 1998a).

"La madre amante enseña a su hijo a caminar solo. Esta bastante lejos de él, de modo que en realidad no puede servirle de sostén, pero le tiende sus brazos. Ella imita los movimientos del niño, y si este tambalea, se inclina rápidamente como para agarrarlo, de modo que el niño puede creer que no está caminado solo ...Y sin embargo, la madre hace más aún. Su rostro anuncia una especie de recompensa, de aliento. Así, el niño camina solo con sus ojos fijos en el rostro de la madre, no en las dificultades del camino. Lo apoyan brazos que no agarran, se esfuerza constantemente por alcanzar el refugio del brazo de su madre, casi sin sospechar que en el camino mismo en que insiste en que la necesita, esta demostrando que puede valerse sin ella, porque está caminado solo" (Kierkegaard, citado en Mahler, 1975).

Pero en el caso de la otra madre, la situación es muy diferente:

"No hay ninguna señal de aliento, ninguna bendición al final del recorrido. Hay el mismo deseo de enseñar al niño a caminar solo, pero no como lo hace la madre amante. En efecto hay ahora temor, que envuelve al niño. Ese temor lo abrumea y no lo deja avanzar. Hay el mismo deseo de guiarlo a la meta, pero la meta se vuelve de repente aterradora" (Kierkegaard, citado en Mahler, 1975).

Si bien la conducta de apego es muy obvia en la primera infancia, puede observarse a lo largo del ciclo vida, sobre todo en situaciones de emergencia. Dado que se observa en casi todos los seres humanos (de maneras diferentes según la cultura), se le ha considerado parte integral de la naturaleza humana. Bowlby opina que el bebé llega al mundo influido genéticamente para desarrollar este tipo de pautas de conducta. Se conceptualiza el apego como una forma fundamental de conducta con su propia motivación interna distinta de la alimentación y el sexo, y no menos importante para la supervivencia que éstas (Bowlby, 1998a).

Las pautas de apego

La pauta de apego que un individuo desarrolla durante las primeras épocas de la vida – la primera infancia, la niñez y la adolescencia- esta profundamente influida por el modo en que sus padres (u otras figuras de apego) lo tratan. Bowlby describe tres pautas principales de apego, descritas en primer lugar por Ainsworth, y que actualmente están bien identificadas junto con las circunstancias familiares que las favorecen (Bowlby: Ainsworth y cols.; citado en Cassidy y Shaver, 1999).

La pauta de apego seguro, en la que el individuo confía en que sus padres serán accesibles, sensibles y colaboradores si el se encuentra en una situación adversa o riesgosa. Con esta seguridad se atreve hacer sus exploraciones del mundo. Esta pauta es favorecida por el progenitor –en los primeros años, especialmente por la madre- cuando se muestra fácilmente accesible y sensible a las señales de su hijo, y amorosamente sensible cuando éste busca su protección y consuelo. También es necesario el aliento de los padres de modo paulatino pero oportuno, para que vayan adquiriendo una autonomía cada vez mayor, y por el modelo franco que se transmiten de sí mismos, de cómo ven a su hijo y terceros (Bowlby, 1998a).

Sin embargo, la madre del niño no siempre promueve este tipo de apego, lo que puede provocar graves consecuencias. De hecho explica Bowlby, una prolongada y repetida frustración de la conducta de apego, puede desactivar el sistema o sistemas que la rigen. Y como resultado encontramos, además del apego seguro, dos pautas de apego provocadas por situaciones de este tipo: un apego caracterizado por la ansiedad y otro apego caracterizado por la agresividad (Bowlby, 1998b).

La pauta de apego inseguro ambivalente o ansioso, en la cual el individuo está inseguro de si su progenitor será accesible o sensible o si lo ayudará cuando lo necesite. A causa de esta incertidumbre, siempre tiene tendencia a la separación ansiosa, es propenso al

aferramiento y se muestra ansioso ante la exploración del mundo. El sujeto ha adoptado la estrategia de mantenerse muy cerca de la madre, con el fin de asegurarse de su disponibilidad en la medida de lo posible. Esta pauta en que el conflicto es evidente, se ve favorecida por el progenitor que se muestra accesible y colaborador en algunas ocasiones pero no en otras, como medio de control utiliza las separaciones y las amenazas de abandono (esto produce temor de que la relación llegue a su fin). El modelo operante de la madre es inconsistente en su accesibilidad y responsabilidad. El patrón de organización interna lleva al niño a diversas situaciones que provocan que sea un niño ambivalente e inseguro y por lo tanto, más ansioso, más exigente y quejumbroso (Bowby, 1998b).

La pauta de apego inseguro evitativo, en la que el individuo no confía en recibir una respuesta servicial cuando busca cuidados sino que, por el contrario, espera ser desairado. Debido a un régimen impredecible de cuidados el niño parece que llega a un punto de desesperación en el que ya no confía en su figura de apego. Este individuo puede tratar de volverse emocionalmente autosuficiente y con posteridad puede ser diagnosticado como narcisista o poseedor de un falso sí mismo (Winnicott, 1960). Esta pauta en la que el conflicto está más oculto, es el resultado del constante rechazo de la madre cuando el individuo se acerca en busca de consuelo y protección. Los casos más extremos son consecuencia de rechazos repetidos. Un niño inseguro evitativo mantiene las distancias y es propenso a tiranizar a otros niños, es agresivo, desobediente y son propensos a tomar represalias. El modelo operante es la madre rechazaste que repele cualquier intento del niño por obtener contacto físico. El patrón de organización interna lleva al niño evitativo a diversas situaciones que provocan el a mostrar un relativo desapego, aparentemente sin confianza en los demás y sin preocupación por sí mismo (George y Solomon, citadas en Cassidy y Shaver, 1999).

La pauta del apego desorganizado, Main y cols. encontraron que un apego inseguro ya sea ambivalente o evitativo puede llegar a bloquear las señales que activan el sistema de apego, provocando una inmovilización del sistema conductual. Esto es cuando el individuo se encuentra con un problema sin solución, ya que al sentir ansiedad o miedo, no se puede alejar o acercarse a la figura de apego, y al repetirse con suficiente frecuencia, el infante no puede aprender, una estrategia organizada para manejar la angustia. Esta pauta, es el resultado de un cuidador que es miedoso o que produce miedo. Un niño miedoso puede mostrarse como desorientado, inmovilizado con conductas huidizas, expresiones y movimientos congelados, índices directos de aprensión al progenitor en la época infantil aproximadamente cinco años después parece destacarse por su tendencia a controlar o dominar al progenitor. Una forma de esta conducta consiste en tratar al progenitor de una manera humillante o rechazaste; y otra en ser solícito y protector. Estos son ejemplos de lo que los clínicos han calificado como inversión en el papel del hijo y el progenitor. El modelo operante es la madre que simultáneamente abdica de los cuidados y que esta impermeable a las señales del infante cuando este pide cuidados (Main y Cassidy, citado en Cassidy y Shaver, 1999).

La Pauta de Apego y su Evolución

La teoría del apego considera la tendencia a establecer lazos emocionales íntimos con individuos determinados como un componente básico de la naturaleza humana, presente de forma embrionaria en el neonato y que prosigue a lo largo de la vida, hasta la vejez. Durante la infancia, los lazos se establecen con los padres, a los que se recurre en busca de protección, consuelo y apoyo. Durante la adolescencia sana y la vida adulta, estos lazos persisten, pero son complementados por nuevos lazos, primero con iguales y después, con lazos románticos generalmente de naturaleza heterosexual (Cassidy y Shaver, 1999).

La confianza en la disponibilidad de las figuras de apego, o la ausencia de ésta, se construye a lo largo de la infancia, niñez y adolescencia, y cualquiera que sea la expectativa desarrollada tiende a conservarse el resto de la vida. Bowlby propuso cuatro fases del desarrollo del sistema de conductas de apego –las tres primeras ocurren durante el primer año de vida y la cuarta empieza en algún momento alrededor del tercer cumpleaños del niño (Bowlby, 1998a).

Fase I : orientación y señales con una discriminación limitada de la figura

Desde el nacimiento o un poco después, los bebés responden a los estímulos de una manera que aumenta la posibilidad de contacto continuo con otros seres humanos. De una forma complementaria, las señales del bebé y su sistema motor están especialmente adaptados para atraer el interés y cuidados de otros seres humanos, el contacto físico, la nutrición y el calor son los resultados predecibles. En este sentido, el desarrollo del comportamiento de apego en el infante, no podría ser entendido, excepto como tomando lugar en el contexto de los cambios complementarios en el comportamiento del cuidador (Marvin y Britner; citados en Cassidy y Shaver, 1999).

El bebé y el cuidador se enfrasan en una interacción intensa. Desde el punto de vista del cuidador su conducta, en muchas ocasiones se adecuan a las necesidades del niño (conductas con corrección de objetivos). Desde el punto de vista del bebé, sus conductas tienen resultados previsibles, en lugar de una conducta que este fijando metas. El bebé es incapaz de distinguir la conducta de una persona, por lo tanto él se comporta de la misma forma con cualquier persona que interactúe con él. (Marvin y Britner; citados en Cassidy y Shaver, 1999).

En esta fase, los modelos internos del bebé son extremadamente primitivos y están limitados a las experiencias internas de activación y terminación de conductas individuales.

Los sistemas sensoriales están estructurados para que el bebé responda a las conductas humanas, aunque su discriminación sea relativamente pobre. Los sistemas sensoriales importantes para la conducta de apego en esta fase son el visual y auditivo, y cada uno de estos sistemas tiene su propia activación y terminación, ya que no tienen conexión interna. Por ejemplo: Al oír la voz humana en los recién nacidos no se activa la búsqueda visual. A los 2 meses: el sistema visual se enlaza en cadena con el sistema motor y así, el infante puede hacer movimientos coordinados hacia un objeto en su campo visual. Al principio el cuidador se encargara de la proximidad y la protección del infante (Marvin y Britner; citados en Cassidy y Shaver, 1999).

Spitz le da un mayor peso a la percepción y dice "Así, la experiencia de amamantamiento.... , no es simplemente una experiencia de satisfacción de necesidad. Inicia el transito de la percepción exclusiva por contacto a la percepción a distancia. Activa el sistema perceptual diacrítico, que reemplaza gradualmente a la organización original y primitiva cenestésica ...hasta el tercer mes de vida (y aún más) el niño que mama no mira al pecho de la madre, sino al rostro de ésta. ...no mira el pecho cuando la madre se acerca a él, sino al rostro y continúa mirando al rostro de ella, mientras tiene el pezón en la boca y palpa su pecho. Desde el momento en que la madre entra en la habitación, hasta el fin del acto de mamar, mirará fijamente el rostro materno al principio, la cavidad oral constituye la cuna de la percepción" así, "la región oral y la cavidad oral tienen dos funciones diferentes,... la ingestión, asegura la supervivencia física inmediata del individuo. La segunda es la percepción,... que se ramificará en cinco modalidades ejecutivas; el tacto, el gusto, el olfato, la vista y el oído". "la percepción estará estrechamente ligada con el afecto "El afecto coloreará la percepción y esta hace que sea importante o no" (Spitz, 1965).

En las primeras semanas de vida, los patrones de interacción del infante-cuidador serán repetidos frecuentemente, si la iniciación y las respuestas están bien armonizadas los patrones de integración estarán bien establecidos. Estos patrones recíprocos de conductas del infante-cuidador minimizarán la frecuencia e intensidad de la conducta de llanto y se producirán otras conductas, como orientación visual y las sonrisas. Así, el infante es visto como estableciendo su conducta y sus ritmos autorreguladores, dándose la estabilidad interna y los ritmos diádicos

los cuales se establecen al mismo tiempo. Bowlby propuso que tales sistemas de conducta se desarrollan en el bebé como resultado de su interacción con el ambiente adaptación y en especial, con la principal figura de este ambiente, es decir la madre; ya que la conducta de apego tiene lugar cuando se activan determinados sistemas de conductas; por lo tanto, la fase I durará desde el nacimiento a un cierto punto entre las 8 y 12 semanas, y sugirió que en condiciones desfavorables esta fase durará mucho más (Bowlby, 1998a).

Fase II: la orientación y las señales dirigidas hacia una o más figuras discriminadas

El paso de la primera a la segunda fase es gradual, y se da primero con algunas conductas de apego y luego con patrones de conducta más complejos. La segunda fase se da entre los dos y tres meses hasta los seis meses. Los siguientes tres puntos son importantes para definir la transición: Primero, hay una elaboración de los sistemas sencillos o conductas aisladas dentro de sistemas más complejos. Segundo, se restringe el rango de la efectividad en las condiciones para activar o terminar con una conducta. Tercero, se incrementa la actividad para iniciar la interacción apego-cuidado (Marvin y Britner; citados en Cassidy y Shaver, 1999).

1. Elaboración de los sistemas sencillos conductas y/o conductas aisladas dentro de los más complejos. El sistema sencillo de conducta es característico de la fase I y cambia al enlazarse en cadena con otros sistemas de conducta, y por lo tanto se vuelve más complejo. En esta fase lo importante es el *control* de los sistemas sencillos o conductas aisladas.

En la primera fase, el cuidador proveía las condiciones para la terminación de la conducta, durante esta fase el infante asume el control de los sistemas de conductas sencillas. Los avances sensoriomotrices de los 3-6 meses ilustran el cambio de control de la conducta.

A los 3 meses, la percepción del pecho o la botella, sirven como estímulo para que el bebé abra la boca y muchas veces trae la mano hacia la boca (Ainsworth,; Bowlby; Marvin y Britner; citados en Cassidy y Shaver, 1999).

“En el tercer mes, este “volverse hacia” en respuesta al estímulo del rostro humano culmina en una respuesta nueva, claramente definida, específicamente propia de la especie... La “sonrisa es la primera manifestación de conducta activa, dirigida e intencional; la primera indicación de tránsito del infante desde la pasividad completa al comienzo de la conducta activa, que desde ahora en adelante desempeñará un papel de creciente importancia” (Spitz, 1965).

A los 4 meses, el sistema visual empieza a activar la conducta motora a través de la retroalimentación; el infante alterna su mirada entre la mano y el objeto y luego trata de agarrarlo. A los 5 meses, el infante es apto para coger partes del cuerpo de la madre. A los 6 meses la sonrisa y el llanto, conductas importantes para el apego, se incrementan selectivamente al integrarse con sistemas de conductas más complejos. La sonrisa tiende a activar la conducta del cuidador y el llanto a terminarla. Estos son ejemplos de cómo un sistema sencillo de conducta se enlaza en cadena con otros sistemas y la toma de control de la conducta por el infante (Marvin y Britner; citados en Cassidy y Shaver, 1999).

2. Restricciones para la activación y terminación de la conducta. Operacionalmente, se define como la *diferenciación* entre los cuidadores familiares a los que se dirige la conducta de apego y otras personas. Bowlby propuso, que al repetirse las secuencias en la interacción entre el infante y el cuidador, estas se enlazan en cadena y pasan al control del infante ya con un estilo y ahí se podría encontrar una tendencia en las condiciones de activación y terminación y la conducta se restringiría a las partes más comunes de la secuencia anterior. Algunas de las conductas complejas dirigidas a una figura única, usualmente hacia la madre son: terminación del llanto cuando es cargado por la madre; el llanto cuando la madre se va; la sonrisa; la vocalización; la orientación viso-motora; la respuesta de saludo; el escalamiento y la exploración (Marvin y Britner; citados en Cassidy y Shaver, 1999).

“la respuesta sonriente, como tal, es sólo el síntoma visible de la convergencia de diversas corrientes diferentes del desarrollo dentro del aparato psíquico. El establecimiento de la respuesta sonriente indica que estas tendencias han quedado ahora integradas, organizadas y que de ahora en adelante actuarán como una unidad separada dentro del sistema psíquico” (Spitz, 1965).

Una manera sintetizada de cómo se desarrolla esta respuesta sonriente de acuerdo a Spitz

“ mientras el bebé atraviesa el periodo de percepción cenestésica (sensibilidad profunda, con experiencias en termino de totalidades y fundamentalmente de tipo viscerales), no puede haber diferenciación mayor entre estados de placer y displacer, pues ambos provocan respuestas globalizadoras; en cuanto se establece la percepción diacritica, es decir, la contigüidad entre una sensación placentera y el contacto visual con el rostro humano, se forma la primera condición para que surja el primer organizador: la sonrisa del bebé (término útil para describir el logro de nuevos niveles de integración en el proceso del desarrollo) de la psique”. Este fenómeno constituye un precursor vital de la relación objetal. Significa que un yo rudimentario se ha puesto en operación y que la función sintética es ya operativa” (Cueli, Redil, Lartigue, Menchaca, 1972).

3. El incremento en la actividad para iniciar la interacción apego-cuidador. Se incrementa la responsabilidad de ganarse y mantener el contacto en la interacción con las figuras de apego: esto es la iniciación de la interacción y esforzarse por el control en la interacción, y esto se da gracias al incremento y al uso de complejos enlaces en cadena de la conducta. La elaboración de enlaces en cadena de los sistemas de conductas, el incremento diferencial del apego en el infante y la conducta social, son los componentes para la diferenciación individual, y aquí es donde encontramos los patrones de apego (apego seguro, apego evitativo, apego resistente) descubiertos por Ainsworth. Lo más importante de esta fase es que el infante ha incrementado la diferenciación del cuidador primario (usualmente la madre) de otras personas, y por lo tanto sabe quien es el cuidador. Sin embargo, el infante aún no puede concebir a la figura de apego como alguien con existencia separada de su propia existencia. En la teoría de Bowlby encontramos que el modelo activo interno va paralelo a las

secuencias de enlaces en cadena de las conductas. La conciencia del infante se ha expandido al redondear la continuidad representada por estas secuencias, pero aún no ha desarrollado el punto donde él pueda usar la experimentación interna o la manipulación de imágenes, metas e interacciones para proyectar un plan usando la fijación de metas (Ainsworth,; Bowlby; Marvin y Britner; citados en Cassidy y Shaver, 1999).

Fase III: el mantenimiento de la proximidad hacia una figura discriminada por las señales y la locomoción

La fase tercera, va desde los seis - nueve meses hasta el tercer año, y es la fase durante la cual el infante consolida el apego hacia el cuidador o cuidadores; esta fase se caracteriza por muchos cambios importantes: en los sistemas motriz, cognitivo y comunicativo, al igual que cambios en la organización de los sistemas de conductas (Ainsworth,; Bowlby; Marvin y Britner; citados en Cassidy y Shaver, 1999).

Margaret Mahler llama a esta fase separación- individuación (objetal), de los 5-36 meses, y la divide en:

- a) Subfase de diferenciación, 5-10 meses;
- b) Subfase de prácticas, de 10 -15 meses; con un periodo temprano, y otro practico;
- c) Subfase de reaproximación, 15 -22 meses, con tres momentos:
 - 1) Comienzo de la fase;
 - 2) Crisis de reacercamiento;
 - 3) Resolución individual de la crisis.

“en algún punto durante la subfase de diferenciación, una cierta apariencia nueva de alerta, insistencia y orientación hacia fines...era una manifestación conductual de “ruptura del cascarón” ... la atención del infante, que durante los primeros meses de la simbiosis se dirigía en gran parte hacia dentro, o se enfocaba de una manera cenestésica dentro de la órbita simbiótica, se expanden gradualmente con el advenimiento de la actividad perceptual dirigida hacia el exterior durante los crecientes periodos de vigilia del niño...esa atención se va

combinado gradualmente con un repertorio creciente de recuerdos de idas y venidas de la madre, de experiencias “buenas” y “malas”; estas últimas no las podía aliviar en absoluto el yo, pero se podía “esperar con confianza” que las aliviarían las atenciones de la madre” (Mahler,1975).

Las nuevas conductas de apego

El cambio más notable es en la locomoción que dará al infante un incremento en el control de la proximidad hacia la figura de apego; el poder moverse para explorar y expandir sus horizontes de innumerables maneras, pero al mismo tiempo lo puede poner en peligro.

Ainsworth identificó seis conductas de apego basadas en el desarrollo motriz de las cuales cuatro son de esta etapa: seguimiento diferencial de la madre cuando sale del cuarto (24 semanas), acercamiento diferencial hacia la madre especialmente en reuniones con otras personas o cuando está molesto el infante (28 semanas), uso de la madre como base segura para explorar (28 semanas) y huida hacia la madre como un lugar seguro, cuando están alarmados (34 semanas). Otra conducta de apego que emerge en esta fase: el ocultar la cara y el subirse en la madre (Ainsworth,; Bowlby; Marvin y Britner; citados en Cassidy y Shaver, 1999).

“Alrededor de los 6 meses comienzan los intentos de experimentar con la separación-individuación. Esto puede observarse en conductas del infante tales como tirar del cabello, las orejas o la nariz de la madre, poner comida en al boca de la madre, y poner el cuerpo tenso para apartarse de la madre y poder contemplarla mejor, para escudriñarla a ella y al ambiente” (Malher,1975)

Proceso de información y el modelo activo interno

Un segundo cambio asociado a esta fase es una elaboración de habilidades cognitivas en el infante. Algunos de los sistemas mediadores de la conducta de apego y muchos de los tempranos enlaces en cadena de conducta se organizan en el *control intencional* del niño

Bowlby (1998a) sugiere que en la tercera fase, el infante tiene una imagen interna de metas fijadas que le gustaría preservar (como el contacto físico con la madre). Ya que el infante ahora puede operar internamente las conductas que tiene disponibles (hacer un plan)

con un grupo de conductas seleccionadas que sirven para alcanzar una meta fijada; ejecuta el plan y lo altera como si funcionara una retroalimentación, y termina el plan cuando la discrepancia entre el grupo de fines y la percepción es reducida a cero. Esta es una nueva habilidad en el infante donde puede diferenciar el significado de las metas. Esta habilidad de organizar las conductas de apego sobre la base de corrección de la meta, también implica que el infante ahora tiene una imagen interna de la figura de apego, que es independiente de la percepción (permanencia del objeto).

Paula Heiman explica con el marco conceptual de Meláin Klein el nacimiento del yo y la permanencia del objeto. "El yo se desarrolla gradualmente, por repetición de la experiencia, y en forma desigual en lo que respecta a sus diversas funciones...el yo se forma a partir de las experiencias del mundo exterior. Los primeros contactos (introyecciones y proyecciones) indican este proceso. La primera mamada del bebé no es entonces ni una actividad del ello, ni una actividad del yo; es ambas cosas, es una actividad del yo incipiente...Con el progreso de las funciones del yo (percepción memoria, síntesis, etc.) que llevan (del objeto parcial) al tipo de relación de "objeto total" la vida emocional infantil se vuelve mucho más compleja ...Y cuando el objeto, "fuente externa de gratificación está ausente, en la fantasía hay un "objeto interno gratificador que hace posible prescindir del objeto externo o abandonarlo". Pero aquí ya se reconoce "a los objetos como personas. El progreso en las funciones del yo tiene por consecuencia la capacidad de reconocer personas individuales, amplia decisivamente el mundo del bebé. Cuando llega a integrar las múltiples impresiones, previamente muy aisladas y disociadas, en el concepto de una persona, se encuentra en la realidad con dos personas, la madre y el padre, y esta situación incluye la relación entre ellos...su amor por la madre cuando la reconoce como persona, es una experiencia más profunda, rica y preciosa... Ahora con el reconocimiento de personas se abren para el niño más canales de gratificación, ahora que el padre juega más y más un papel en su vida y representa un objeto de amor, intereses y placer, el niño tiene que enfrentarse con todas las estimulaciones, excitaciones y conflictos inherentes a una relación entre tres personas" (Klein, Heiman, Isacs, Rivere, 1971).

Otra teoría psicoanalítica sobre las relaciones objetales es la Fairbairn (citado en Ballesteros, 2002) donde explica el desarrollo del infante durante los primeros meses de vida,

"Durante la fase oral primaria el pecho es el objeto (objeto parcial); la relación del objeto es preambivalente y se caracteriza por la succión e incorporación. En la fase oral secundaria el objeto pasa a ser la madre (objeto total).. De tal manera que el paso de la fase oral primaria a la secundaria lo constituye el hecho de

percibir un objeto total, la madre, a quien sin embargo, se sigue tratando como objeto parcial (como pecho)... (y) la búsqueda del objeto (es) su anhelo por satisfacer sus necesidades vitales.... La patología es entonces consecuencia de las dificultades que encuentra el individuo en la búsqueda de los objetos. Al internalizar la parte frustradora, agresiva de la relación de objeto, en la que el grado de patología dependerá de que tan negativa haya sido la relación temprana de objeto con la madre"(Ballesteros, 2002).

El bebé tiene metas fijadas en la interacción con la figura de apego, que varían de vez en cuando. Algunas veces en la fijación de la meta se busca tener alguna distancia con la figura de apego para poder explorar el mundo físico y social. En otro momento en la meta se busca una proximidad, o el contacto físico. Estos resultados se dan por varios factores, que son los que decidirían la fijación de la meta buscada, por ejemplo el hambre, la fatiga, algo interesante en el medio ambiente, la presencia o ausencia de eventos alarmantes, la accesibilidad de la atención del cuidador hacia el infante, y si el cuidador está presente, está saliendo, ausente o regresando. También dependerá de los patrones de apego relativamente estables que tiene la diada (Bowlby, 1998a).

Habilidades de la comunicación

Estas son las comunicaciones verbales y las no-verbales. El infante usa señales de comunicación con corrección de la meta, debido a que tiene un repertorio de planes con diferentes fines, donde si necesita puede involucrar conductas que tienen otros propósitos. La comunicación se da al principio a través de mostrar y entender las señales no verbales, después parecerá una sola palabra y luego (entre los 18 y 36 meses) una comunicación verbal compleja, los pequeños y los cuidadores podrán ahora indirectamente alterar la conducta de cada uno al cambiar las metas del otro (Marvin y Britner; citados en Cassidy y Shaver, 1999).

"La comunicación entre madre e hijo, durante los seis meses de vida y hasta fines del primer año también, se produce en el nivel no verbal, utilizando dispositivos comparables aquellos que prevalecen en el mundo animal ... En el neonato, donde el yo no existe ...sus vocalizaciones son la expresión de poderosos procesos internos y no están dirigidos a nadie ... el despliegue de la percepción afectiva y los intercambios afectivos

preceden a todas las demás funciones psíquicas ... la sensibilidad casi telepática de la madre en relación con su hijo. En mi opinión, durante el embarazo y durante el periodo que sigue inmediatamente al parto, las madres activan su capacidad cenestésica... Las señales afectivas generadas por la disposición de ánimo maternal se convierten en una forma de comunicación con el infante. Estos intercambios entre la madre y el niño prosiguen ininterrumpidamente, sin que la madre necesariamente se percate de ellos. Tal modo de comunicación entre madre e hijo ejerce una presión constante que conforman la psique infantil ... En la comunicación madre hijo "existe una desigualdad notable en los medios de comunicación. Durante algún tiempo el mensaje que procede del infante, al menos durante los primeros meses de vida, consta de signos y nada más que de signos; los mensajes originados en la pareja adulta (madre) del infante son señales dirigidas volitivamente y percibidas como tales por el infante ... Debido a cambios filogenéticos en el hombre "La región facial se convierte .. en un instrumento adecuado para producir señales afectivas, y lo mismo puede aplicarse a la vocalización ... y a su uso para finalidades semánticas; esto llevo, al surgimiento del lenguaje ... Durante los primeros seis meses y, en cierta medida, aún después, el sistema perceptual, el sensorium del infante se halla en estado de transición. Este cambia gradualmente... la recepción cenestésica hacia la percepción diacritica, la operación de la organización cenestésica no esta localizada, no está separada; es extensiva" (Spitz, 1965).

Modelo activo interno

Estos cambios tienen implicaciones importantes. Ya en este punto el bebé ha separado los modelos de los cuidadores y el modelo de él mismo. La imagen consciente y los planes se ordenaron de una forma jerárquica en el modelo del si mismo y de los otros, con bases en la nueva habilidad desarrollada para operar imágenes internas y en las conductas que han sido enlazadas en cadena en sistemas durante la fase anterior. El contenido de los modelos operativos internos del infante se derivan de una combinación de interacciones estables y de enlaces en cadena que han sido desarrollados en la interacción con los cuidadores, estos nuevos patrones estabilizados han emergido con las habilidades motoras, cognitivas y de comunicación que también se desarrollaran en esta fase (Marvin y Britner; citados en Cassidy y Shaver, 1999).

A pesar de su desarrollo, los modelos activos internos siguen siendo primitivos por lo menos de dos maneras. Primero el infante está limitado por lo menos al principio de esta fase, al pensar en sus cuidadores y en sí mismo sólo en términos de sus conductas; el infante tiene aún que comprender que la figura de apego tiene sus propias percepciones y fines, y éstos pueden ser diferentes de los de él. Segundo, también al principio de esta fase, el infante es incapaz de pensar en las conductas de secuencias largas, ya que la habilidad para operar internamente está limitada a los planes con fines jerárquicos o a esquemas de los eventos, que serán activados sólo por un estímulo específico (Marvin y Britner; citados en Cassidy y Shaver, 1999).

El sistema exploratorio

El desarrollo de la locomoción y de la permanencia del objeto, unido con el sofisticado entendimiento de las finalidades de las relaciones, el incremento en la habilidad de organizar la exploración con las bases de la corrección de la meta y con la emergente imitación y las habilidades de la comunicación, todo esto se enlaza para la habilidad de aprender e interactuar con el medio físico y social, para comprobar y aprender las reglas que gobiernan estas interacciones y así, categorizarlas de manera simbólica y lingüística (Marvin y Britner; citados en Cassidy y Shaver, 1999).

El sistema social

Cercano al sistema de exploración está el sistema social del niño. En esta fase los niños son especialmente sensitivos en la alarma hacia otros, pero al mismo tiempo se sienten atraídos por ellos, aunque parezca que es parte del temperamento y de diferentes relaciones, los infantes paran la exploración cuando se encuentran con una persona extraña y parecen alarmados (hasta asustados) y en algunos momentos paralizados o se moverán hacia la madre,

y después de unos momentos, si el extraño muestra un afecto positivo, no intrusivo y acomoda su respuesta a la conducta del niño, este podrá interactuar socialmente con un rápido decrecimiento de la alarma (Marvin y Britner; citados en Cassidy y Shaver, 1999).

Margaret Mahler (1975) llama a esta pauta de comportamiento visual que se da en la primera subfase: "verificación de la madre"...(es) el signo más importante y bastante regular del comienzo de la diferenciación somatopsíquica. En realidad, parece ser la pauta normal más importante de desarrollo cognitivo y emocional... El infante empieza a discriminar entre la madre y él, o la, o lo que parece, produce la sensación, se mueve en forma diferente de, o similar a, madre... Uno de los rasgos más notables... era la curiosidad de los infantes: su afán de averiguar acerca del extraño" tan pronto como este desviaba su mirada...una vez que el infante ha llegado a individuarse lo suficiente como para reconocer el rostro de su madre... se aplica luego con mayor o menor asombro y aprensión a una prolongada exploración visual y táctil y al estudio de los rostros y la gestalt de otros...En niños que han tenido una fase simbiótica óptima y en los que ha prevalecido una confianza confiada, la curiosidad y el asombro...son los elementos predominantes en su examen de extraños. En contraste, en el caso cuya confianza básica no ha sido óptima, puede ocurrir un cambio abrupto que produce una aguda ansiedad ante extraños... Este fenómeno ... (es) un aspecto importante de nuestra evaluación del objeto libidinal, de la socialización y del primer paso para la constancia objetal".

El sistema de alarma

La cautela hacia lo nuevo, especialmente lo repentino, a los eventos que tienen que ver con la sobrevivencia, y aunque menos obvio es el papel jugado hacia los humanos desconocidos. A pesar de los primeros caminos de responder al estímulo de otros seres humanos, durante el último cuarto del primer año, los infantes aumentan su miedo hacia los adultos desconocidos más que a los objetos desconocidos, este cambio en el desarrollo parece existir donde quiera que el niño haya sido criado, en culturas donde lo normal es que haya un sólo cuidador o donde haya muchos cuidadores (Ainsworth y Bretherthon; Marvin y Britner citados en Cassidy y Shaver, 1999),

Los enlaces recíprocos de los sistemas de alarma, sociales y de apego, entre niños mayores son más obvios y predecibles de lo que fueron al principio. Si el sistema de alarma es

altamente activado, el infante tenderá a acercarse a alguno de los padres como a una base segura; si esto no es así, el infante tal vez continué compartiendo con el desconocido que no fue intrusivo o puede hacer una respuesta o inicio social. En muchos casos se puede ver un círculo de sistemas de conducta en conflicto y el niño moviéndose hacia delante y para atrás de su madre y así la distancia de cada uno tenderá a activar uno de los sistemas de conducta y terminar el otro (Marvin y Britner citados en Cassidy y Shaver, 1999),

René Spitz (1965) llama a esta respuesta de alarma: la angustia del octavo mes “ Ahora el infante distingue claramente entre el amigo y el extraño ... y consideró que era la primera manifestación de la angustia propiamente dicha... Si (el niño) reacciona al enfrentarse con un desconocido, es porque éste no es su madre: su madre “le ha dejado”. La angustia que manifiesta no es en recuerdo de una experiencia desagradable con el desconocido; es en respuesta de su percepción de que el rostro del desconocido no coincide con las huellas mnémicas del rostro de la madre... (esto refleja) que ha llegado a establecer una verdadera relación de objeto y que la madre se ha convertido en su objeto libidinal, su objeto amoroso. Antes de esto, apenas se podía hablar de amor, pues éste no existe hasta que el amado puede ser distinguido de los demás, y no hay objeto libidinal en tanto que este puede ser intercambiable”

Periodo crítico o sensitivo

El infante se volverá más miedoso hacia las figuras no familiares entre los seis meses y hasta los dieciséis y veinticuatro meses, esto es importante por lo menos por dos razones. Primero, los infantes son vulnerables de ser dañados por otros seres humanos, hasta que sean capaces de predecir cuales individuos son peligrosos, su reacción inicial será de alarma y esto se considera adaptativo. Segundo, uno de los mecanismos desarrollados se involucra en la consolidación del apego en el infante, esto significa reducir el rango de individuos que puedan activar y terminar la conducta de apego (Bowlby, 1998a).

Bowlby (1998a) propuso que la consolidación del apego del infante-cuidador se da en este periodo. La reorganización del infante incrementa la actividad en las conductas de apego, al mismo tiempo en la línea de corrección de la meta, y esto combinado con una alta alarma

en lo que no es familiar y fuertes emociones asociadas con la activación del apego, resulta ser un periodo durante el cual el infante esta particularmente listo para enfocar su conducta de apego a una o varias figuras familiares y también esta listo su modelo activo interno. Presumiblemente, se estarán dando cambios neurológicos. Cuando estos cambios ya se han estabilizado, y viniera la disrupción del vínculo dejarían en el pequeño efectos a corto y algunas veces a largo plazo. Esto fue lo que llevo a Bowlby al estudio de estos lazos tempranos.

Bowlby (1998a) también sugirió que la capacidad de apeparse rápidamente se daba al final del primer año. Esto no significa que después no se pueda dar, pero estos apegos corren el riesgo de ser organizados de una manera menos adaptativa.

Organización entre los Sistemas de Conductas. Para muchos infantes el balance culmina en una organización esencial con nuevos desarrollos en esta fase, lo cual Ainsworth, se refirió como el sello del apego – el infante usa a la figura de apego como base segura para la exploración-. Las variaciones estables en la organización son evidentes en las diferentes estrategias de los apegos inseguros. En la estrategia evitativa, el infante tiende, cuando el sistema de apego esta altamente activado a inhibir la conducta de apego y casi siempre a activar la conducta de exploración. En la estrategia del apego resistente o ansioso, los infantes tienden a sobreamplicar el apego y también el sistema de alarma. En la estrategia del apego desorganizado, la activación simultánea de las secuencias de activación y/ o terminación del sistema de conductas son especialmente contradictorias (la activación del sistema de apego sirve para activar el sistema de alarma hacia el cuidador) y toman una forma que pone al infante en riesgo de no ser protegido (Ainsworth y cols.; Main y Solomon; Marvin y Britner citados en Cassidy y Shaver, 1999),

Subordinación a las figuras de apego y el tipo de relación

Parece que a través de la evolución humana, los niños han sido criados en familia, las cuales han sido parte de grupos más grandes, que han sido de varios tamaños y composiciones, por lo tanto muchos niños han experimentado muchos cuidadores, dándoles la oportunidad de un apego específico a muchas figuras. Incluso en sus primeros escritos

Bowlby propuso que los infantes tendían a apegarse con cierto número de figuras, y que para un niño de dieciocho meses, el tener sólo una figura de apego era excepcional. Pero se ha encontrado que no todas las figuras de apego son tratadas por el infante de igual manera. Los infantes están apegados en diferentes grados a sus cuidadores; las conductas de apego tienden (especialmente cuando el infante está angustiado, hambriento, cansado o enfermo) a enfocarse en una persona particular, cuando la figura de apego primaria y otras figuras de apego se encuentran disponibles. Todos estos infantes parecían tener una red de figuras de apego, pero los datos disponibles sugieren que ellos tendían a escoger una figura de apego como primaria. Es importante que también podían escoger otras figuras primarias para jugar o algún otro tipo de interacción, si estos cambios ya se han estabilizado, y viniera la disrupción del vínculo dejarían en el pequeño efectos a corto y algunas veces a largo plazo (Ainsworth, ; Konner, ; Marvin, Van Devender, Iwanaga, LeVine,; Marvin y Britner; citados en Cassidy y Shaver, 1999).

Desarrollo del apego en la niñez temprana (2-4 años)

El apego cercano hacia los cuidadores sigue siendo crucial para la supervivencia del niño. Aún cuando el niño se esté volviendo más autónomo y más confiado, sigue vulnerable a múltiples peligros, ya que todavía no desarrolla las habilidades para la auto-protección. Que la conducta de apego sea fácilmente activada, es más adaptativa que regresiva. Cuando un niño cuando crece, se mueve del nivel conductual hacia el nivel de las representaciones internas; se vuelven capaces de procesar, manipular planes y metas a un nivel interno. Se debe recordar que la función de los modelos activos internos es la de organizar la conducta de maneras más flexibles. (Marvin y Britner; citados en Cassidy y Shaver, 1999).

Cambios en la conducta de apego durante los años preescolares

Bowlby (1998a) sugirió que durante el segundo y parte del tercer año, la conducta de apego, no se manifiesta ni con menor intensidad, ni con menor frecuencia que en el primer año. El usar las figuras de apego como base segura (componente crítico) favorece la rápida expansión física y social, y la conducta de apego sigue en la mayor parte de la organización de la conducta. A los dos años se tiende a mantener la misma (o más) proximidad con la madre como se hizo en el primer año de vida. Al mismo tiempo, hacen excursiones más largas para explorando con habilidades motoras-cognitivas más elaboradas. El niño pequeño tiende activamente a monitorear los movimientos de las madres y su atención, cuando la madre no está atendiéndolo a él, el niño siempre ejecuta conductas de apego con el fin de ganarse de nuevo la atención. La percepción de los movimientos de salida, es la típica condición para terminar la conducta de exploración del niño pequeño y activar la conducta de apego.

“Dos pautas características de la conducta del deambulador –el seguimiento de la madre y la huida de ella, con la expectativa de ser perseguido y arrebatado por los brazos de la madre-.....Se puede observar continuamente en el deambulador una pauta de “evitamiento”, dirigidas contra posibles intromisiones en su autonomía, de reciente adquisición... (Por otro lado) “La cualidad y medida de la conducta de cortejo del deambulador respecto de su madre durante esta subfase (de acercamiento) proporcionan importantes indicios de la normalidad del proceso de individuación. Se hace cada vez más evidente el temor de perder el amor del objeto...La exigencia por parte del deambulador, de constante participación de la madre,da indicios...de que espera que la madre comparta todos los aspectos de su vida...cuanto menos emocionalmente disponible esté la madre en la época del acercamiento, con tanta mayor insistencia e incluso desesperación el deambulador intentara cortejarla” (Mahler, 1975).

Cuando se da una separación de la madre que no ha sido iniciada por el niño de dos años, tiende a estar tan angustiado como un niño de un año, aunque a los dos años son más capaces para llamar a la madre y en una búsqueda activa, más que con el llanto.

Para el tercer cumpleaños las cosas han cambiado. Al menos parcialmente, ya que a esta edad los niños están menos ansiosos por las separaciones cortas, esto puede deberse a la

Cambio en las habilidades locomotoras y del auto-cuidado

Los humanos exhibimos un desarrollo en la organización del apego, durante los años preescolares, que sugiere la importancia crucial de seguir con la protección del apego, y mientras tanto proveer al niño pequeño con la independencia necesaria para aprender las habilidades que serán requeridas durante la fase siguiente. La salida de los dientes de leche, esta completa entre los dos y tres años, y para los tres años los niños son bastante independientes como para comer solos. En las culturas occidentales se ve ahora una gran diferencia en la forma de crianza con otras culturas no tan industrializadas, donde se les da pecho a los niños hasta los tres y cuatro años. Para la edad de tres años, las habilidades locomotoras se han desarrollado hasta el punto donde el niño puede asumir muchas más responsabilidades para ganar y mantener la proximidad con la figura de apego bajo muchas condiciones, lo mismo que enfrascarse en juegos rigurosos con otros niños y practicar muchas de las nuevas habilidades sociales que él usara de manera más estable durante la edad escolar. Al principio de la edad escolar estará ya capacitado en muchas habilidades motoras de un niño mayor, además la fuerza, la resistencia, la coordinación, continuarán mejorándose (Marvin y Britner; citados en Cassidy y Shaver, 1999).

Cambios en las habilidades de la comunicación

Durante el periodo preescolar es cuando los niños desarrollan muchas de las habilidades de comunicación que son necesarias para una integración estable dentro de los grupos sociales, independientes del lazo de cercanía física hacia sus figuras de apego.

Para los treinta meses, los niños incrementan la comunicación sobre los eventos del pasado y del futuro, y sobre estados emocionales, emergen los discursos narrativos con conexión, cuando el niño empieza a relatar secuencias lógicas de eventos a través de muchas expresiones, además se encontró que durante el segundo y tercer año, los niños incrementaban

la posibilidad de reconocer, entender y conversar sobre sentimientos y conductas de otros miembros de la familia; que ellos podían confortar, importunar, argüir, bromear y culpar; concluyó que para los tres años de edad –muchos más chicos de lo que previamente se pensó– los niños entendían de modo admirable las complejas reglas de la interacción social, interpretaban sentimientos de otros y sus fines, y usaban reglas para manipular los estados internos de otros. Ahora parece claro que a los cuatro años, muchos niños se hicieron competentes en las habilidades más sofisticadas de la comunicación –esto es pensar y conversar sobre sentimientos, fines y planes de los otros con los que están interactuando. Bowlby y Marvin han sugerido que esta habilidad tiene implicaciones importantes para la interacción y en la conducta de apego (Bowlby; Bretherton; Dunn; Marvin; citados en Cassidy y Shaver, 1999).

“La comunicación verbal se hace cada vez más necesaria; la coerción gestural por parte del deambulador o la empatía preverbal mutua entre madre e hijo ya no basta para alcanzar el fin de la satisfacción ...El deambulador pequeño se da cuenta gradualmente de que sus objetos de amor (sus padres) son individuos separados con sus propios intereses personales” (Mahler, 1975).

Cambios en la habilidad del procesamiento de información y los modelos activos internos

Los niños elaboran modelos activos internos cada vez más sofisticados y pulidos, tanto de sus propias conductas y eventos internos como de los demás. Al mismo tiempo, desarrollan de un modo admirable y sofisticado los modelos activos internos con reglas con explícitas e implícitas para la conducta social y para la interacción. El modelo de Bowlby del proceso de información durante los años preescolares se apoya en la teoría de Piaget en la etapa preoperacional y el papel jugado por el niño y su habilidad para la inferencia sobre las metas de los otros. (Marvin y Britner; citados en Cassidy y Shaver, 1999)

“En general,... la constancia del objeto libidinal es suficientemente estable en el niño normal de tres años, como lo representa socioculturalmente la elección de esta edad como punto común en la que se considera apto al

niño para entrar en el jardín de infantes... hay una acrecentada capacidad de jugar separadamente de la madre, con indicios de que el niño puede aferrarse automáticamente cada vez más a la imagen de la madre en ausencia de esta" (Mahler, 1975).

El niño de dos o tres años establece un número creciente de imágenes internas de acción con incremento en la complejidad y enlaces en cadena, los enlaces pueden tomar forma de red, más que una cadena lineal. Debido a esta estructura, el niño preescolar es tan curioso y energético para ir uniendo esta construcción de conocimientos, al preguntar ¿Por qué?, intenta establecer más enlaces en la red. Esto también pasa en el contexto de las conversaciones entre los pequeños y los cuidadores, donde muchos de estos enlaces son establecidos. Bretherton y Marvin (citados en Cassidy y Shaver, 1999) propusieron que un componente importante de esta elaboración es la eventual habilidad del niño para inhibir un plan y poder formular otro más complejo en el modelo activo interno de la situación, o posponer la ejecución de algún plan para otro momento. De esta manera el niño y el cuidador son capaces de interactuar con un plan jerárquico compartiendo metas en sociedad (Bowlby, 1998a). Esto nos recuerda alguna controversia sobre la edad en la cual, un niño pequeño es capaz de hacer inferencias complejas sobre los eventos internos de otros (Lewis y Mitchell; citados en Cassidy y Shaver, 1999). Hay una amplia evidencia que entre el segundo y tercer año, los niños empiezan a conceptualizar que los otros tienen sus propios sentimientos, metas y planes, sus modelos activos internos están influidos significativamente por esta conceptualización. Existen evidencias que en el cuarto cumpleaños muchos niños pueden distinguir exactamente sus perspectivas de otros, y mantienen la conciencia de las perspectivas simultáneamente, mientras consideran si las metas se pueden igualar o no (Marvin, Greenberg y Mossler; citados en Cassidy y Shaver, 1999). Aquí se encuentran todos los componentes de las habilidades que permiten al niño y al cuidador tomar responsabilidad, sin embargo cuando sus metas o planes están en conflicto, los corrigen mediante una negociación de la meta para poder compartir dichos planes (Marvin y Britner; citados en Cassidy y Shaver, 1999).

Fase IV: implicaciones de interactuar en sociedad: organización del comportamiento de apego que se da durante los años preescolares

“Una vez que la conducta de apego se ha organizado fundamentalmente sobre la base de corrección de las metas prefijadas, la relación que se desarrolla entre el niño y la madre se vuelve mucho más compleja. Ahora resulta posible una auténtica colaboración entre ambos, pero también pueden surgir conflictos sin solución. Cuando interactúan dos personas que son capaces de elaborar planes, hay posibilidades que compartan un objetivo común y un plan común. Este nuevo estilo de interacción es el de una “sociedad”. Al compartir una meta prefijada y participar en una plan conjunto para lograr su cumplimiento, los “socios” poseen la gratificante sensación de perseguir un fin común y suelen identificarse el uno con el otro” (Bowlby, 1998^a).

Alrededor de los cuatro años, hay un cambio adicional en la organización de la conducta del apego. Como se señaló anteriormente la reorganización jerárquica de las habilidades de un niño preescolar cuyos modelos activos internos de información le permiten operar en una forma no-egocéntrica y simultáneamente sobre perspectivas de él mismo y de otros, para poder lograr construir planes compartidos con el cuidador no obstante la corrección del objetivo que deberá tener importantes implicaciones para la organización de la conducta de apego (Marvin y Britner; citados en Cassidy y Shaver, 1999).

“la pareja con corrección de la meta ... se convierte en la capacidad del niño tanto para concebir a su madre como alguien que tiene sus propias metas e intereses distintos a los suyos propios, como para tenerlos encuentra... El periodo en que hay la mayor probabilidad de que ocurra tal transformación es entre el cuarto y quinto año de vida ...Para que una relación entre dos individuos cualesquiera se desarrolle armoniosamente, cada uno debe estar conciente del punto de vista del otro, de sus objetivos, sus sentimientos y sus intenciones, y cada uno debe ajustar su propia conducta de manera tal que se pueda llegar a una convergencia de objetivos (o metas) (Bowlby, 1988).

Marvin (citado en Cassidy y Shaver, 1999) sugiere que a los cuatro años, si los niños viven en hogares de bajo riesgo, cuando menos cinco habilidades se han incorporado.

1) La habilidad de reconocer que la figura de apego tiene eventos internos (incluyendo pensamientos, objetivos, planes, sentimientos etc.).

2) La habilidad para distinguir entre el punto de vista del cuidador y el propio, especialmente cuando son diferentes.

3) La habilidad para inferir de la lógica o de la experiencia, cuales son los factores que controlan los objetivos y los planes del cuidador.

4) La habilidad de determinar el grado de coordinación o equilibrio entre los respectivos puntos de vista.

5) La habilidad de influenciar los objetivos y planes del cuidador con corrección de la meta.

Las investigaciones de los diversos cambios en el desarrollo del apego durante los años preescolares coinciden consistentemente con lo señalado por Bowlby (1998a) que desde el primer año hasta alrededor de los tres años, la organización del apego del menor hacia el cuidador permanece relativamente estable. En este punto la conducta de apego del niño se ha organizado en términos de una sociedad emergente (el nacimiento de una sociedad), la calidad y la intensidad de la conducta de apego se ve disminuida. Sin embargo el establecimiento del objetivo del apego-cuidador en los componentes de la relación con el cuidador continúa en términos de proximidad física (Marvin y Britner; citados en Cassidy y Shaver, 1999).

Para los cuatro años con la recién desarrollada habilidad interna de operar simultáneamente tanto su perspectiva como la del cuidador, el niño ahora es capaz de funcionar en una relación que no es tan dependiente de la proximidad y del contacto, cuyo modelo activo interno sobre el cuidador y de él mismo ha alcanzado un punto donde puede concebir y mantener cierta corrección de la meta, ya que la fijación de los objetivos con

respecto a la interacción apego-cuidador se deberán cambiar en cierto grado de la proximidad y el contacto, hacia la disponibilidad de la figura de apego (Bowlby, 1998). En ese sentido la conducta de apego tiende a disminuir. Lo anterior no implica que los niños de cuatro años o mayores no quieran, necesiten o disfruten de la proximidad física o del contacto con sus figuras de apego. Bajo condiciones de angustia, enfermedad o miedo los niños –mucho mayores- continúan regresando a sus figuras de apego como una base segura. Tal como lo sugiere Cassidy y Marvin y Main y Cassidy (citados en Cassidy y Shaver, 1999) en su sistema de clasificación del apego: los niños de edad preescolar mantienen el disfrute de un lazo cercano a través de una gama de conductas internas (o de que han internalizado a sus figuras de apego de acuerdo a la teoría de las relaciones objetales de Klein, 1952). Lo que implica este modelo es que los niños mayores han podido organizar su conducta de apego de una manera nueva, lo cual permite al niño darse cuenta de que él y la figura de apego tienen una relación continua, aún cuando no estén cercanos físicamente, esta nueva organización en la cual el niño es cada vez más responsable de mantener la proximidad protectora que sea necesaria. En conjunción con otras recientes habilidades desarrolladas como la locomoción, la comunicación y el procesamiento de información, esta organización permitirá al niño entrar a la fase juvenil del desarrollo, y mantener un lazo cercano con la figura de apego mientras se separa cada vez más y pasa más tiempo con grupos de iguales, maestros y otros compañeros (Marvin y Britner; citados en Cassidy y Shaver, 1999).

Cambios en la conducta del apego más allá de la edad preescolar

Bowlby (1998a) sugirió que la sociedad con corrección de la meta (cuando interactúan dos personas que son capaces de elaborar planes y de desarrollar un plan común), es probablemente la última fase de la ontogénesis del apego. Al respecto parece decir que no hay más cambios en el sistema de conductas del apego, sin embargo mantiene su importancia

durante todo el periodo de la vida y conlleva algunas modificaciones que probablemente incluyen mayores elaboraciones de nivel, así como evolución en las relaciones entre el apego y otros sistemas conductuales (las estructuras de control del más alto orden), condiciones que activan y terminan en el modelo interno. Ciertamente también hay cambios en los individuos específicos que sirven como modelos de apego. Una clara implicación es que el apego se vuelve cada vez más difícil de medir, mientras se vuelve más sofisticado, más abstracto y menos dependiente de la proximidad y del contacto; así como los sistemas conductuales se elaboran en más y más sistemas complejos.

Durante la niñez media o periodo juvenil en términos de primates, los niños siguen siendo vulnerables en un amplio rango de peligros, y continúan usando sus figuras de apego como base segura desde la cual explorar, pero ellos usan a otros adultos específicos y algunos grupos de iguales de la misma forma. Con una habilidad en la comunicación mucho más sofisticada y sus modelos activos internos pueden asumir la responsabilidad primaria de su propia protección a través de la integración en una estructura social amplia por periodos de tiempo largos y en condiciones de una gran separación física de sus padres (Marvin y Britner, citados en Cassidy y Shaver, 1999).

La relación niño-padres, de alguna manera sigue cercana, y las interacciones de apego-cuidados siguen organizadas de acuerdo al incremento en la sofisticada sociedad con corrección de la meta. En los niños de edad escolar sistema de conductas de apego no es menos importante que antes, ya que siguen sin tener el conocimiento para hacer decisiones solos y necesitan supervisión o protección mientras los padres no estén. Es importante para los niños, el saber donde están sus padres y tener un sentido de seguridad en la accesibilidad; esto es igual para los padres, que deben de saber donde está el niño y quien es responsable su protección. Para que este sistema funcione bien, la sociedad necesita una efectiva corrección de la meta (Marvin y Britner, citados en Cassidy y Shaver, 1999).

Este complejo estado de negociaciones, que fue anticipado por Bowlby (1998) llamándolo “disponibilidad” de la figura de apego, más que de “proximidad física”, ya que esta se vuelve la fijación de la meta del sistema de apego en niños mayores, adolescentes y en adultos. Y esto dentro cognoscitivo, estructura el concepto constituido por la creencia de que las líneas de comunicación con la figura de apego están abiertas, la accesibilidad física es posible y que la figura de apego responderá si se le llama en busca de ayuda (Marvin y Britner; citados en Cassidy y Shaver, 1999).

Marvin, Greenberg (citados en Cassidy y Shaver, 1999) sugiere que este cambio empieza a darse durante los últimos años preescolares. Ciertamente se continúa elaborando y desarrollando a través de la niñez, y capacita al niño para mantener el apego con sus padres mientras se incrementa la separación física con ellos. Esta sociedad con corrección meta, en términos de Bowlby es una habilidad general –ya que se usa además de en el apego, en otras relaciones. La mayoría de los niños desarrollan otras relaciones cercanas y se ayudan con otros niños y adultos: niños mayores, algunos profesores, miembros adultos de la familia extensa, etc. Los que se convierten en personas muy importantes para ellos en la edad escolar y en la adolescencia.

Apego en la adolescencia

Desde la perspectiva del apego, la adolescencia es un periodo de transición. El adolescente empieza a hacer esfuerzos tremendos para volverse menos dependiente de los cuidados de las figuras de apego. La adolescencia no es simplemente el puente que une a dos periodos de intenso involucramiento con experiencias de apego (apego y crianza; o ser hijo y luego padre) (Ward y Carlson; citados en Cassidy y Shaver, 1999), sino un periodo de profunda transición, específicamente en los sistemas emocionales, cognitivos y de conducta, así, el adolescente se despegas de ser él quien recibe los cuidados y la protección de sus padres

para volverse un potencial cuidador y proveedor de cuidados (Allen y Land; citados en Cassidy y Shaver, 1999).

La transformación cognitiva y emocional

La adolescencia trae consigo, la capacidad de un pensamiento operativo, lógico, formal y habilidades para el pensamiento abstracto (Keating; citados en Cassidy y Shaver, 1999), lo cual permite al individuo, poder construir una generalización de las diferentes experiencias de apego. Esto produce un cambio en la organización del apego, o sea una gran reorganización; donde las diferentes experiencias de apego lo llevarán a una sola idea de lo que es la protección, idea que servirá para predecir la futura conducta con sus hijos y con su pareja. (Cox, Owen, Henderson y Margand; Fox Kimmerrly y Schafer; O'Connor, Pan Waters y Posada; Steele y Foagy; van Ijzendoorn; Waters, Merrick, Albersheim y Treboux; citados en Cassidy y Shaver, 1999). No se puede decir, que el adolescente no reconozca la diferencia entre las cualidades específicas de la relación con la madre, el padre y otras figuras, sino que realmente estas distinciones se aclaran y modelan durante este periodo. Lo que sucede es que está emergiendo una estrategia integrada de cómo involucrarse en las relaciones de apego. Main y Goldwyn; Steele y cols; citados en Cassidy y Shaver, 1999). Este cambio implica una síntesis abstracta, que permitirá tener una estrategia para sus relaciones de apego presentes y futuras aunque este desarrollo puede ocurrir en algún momento desde la niñez hasta la adolescencia, lo más común es que ocurra en la adolescencia debido a las nuevas capacidades del pensamiento operativo, lógico y formal (Allen y Land; citados en Cassidy y Shaver, 1999).

La visión de sí mismo del adolescente, dentro de las relaciones de apego, se mueve a bases más internas y menos centradas en una relación particular. Al alcanzar el pensamiento formal, el adolescente puede considerar de una manera abstracta, las diferentes relaciones con

sus figuras de apego, compararlas entre sí y contra ideas hipotéticas. El niño al representar las experiencias internas, lo hace de manera múltiple y divergente, sin considerar como se relacionan unas con otras, manteniendo visiones como “mi mamá siempre me ayuda a sentirme mejor” y “mi papá me ignora cuando estoy molesto”. El adolescente, en contraste, hace proposiciones más integradas como “yo puedo obtener ayuda cuando la necesito de algunas personas, pero no de toda la gente, así que tengo que ser cuidadoso para elegir a las personas en las que puedo confiar”. Esta potencial abstracción para considerar las relaciones de apego, trae consigo la habilidad de reconocer que los padres pueden ser deficientes en algunas necesidades de apego (Kobak y Cole; citados en Cassidy y Shaver, 1999). Este proceso puede dejar a un adolescente propenso a volverse preocupado y enojado con sus padres, o evitativo y anulador de sus deficientes padres; lo ideal, es que este proceso lleve al adolescente a una gran apertura, objetividad y flexibilidad al reevaluar las pasadas relaciones de apego –las características que marcan la presencia de la organización del apego seguro en la adolescencia temprana y en el adulto (Allen y Land; citados en Cassidy y Shaver, 1999).

Transformación en la relación parental

La reorganización es una tarea en el desarrollo del adolescente, y esta significa una mayor capacidad de funcionar con autonomía en las áreas cognitiva, social y emocional. De la misma manera los padres deberán reconocer esta tarea del desarrollo. Esta autonomía no se desarrolla de una manera ideal, en soledad, sino en un contexto de cercanía, donde la relación sea mantenida con los padres. Esto sugiere un balance adecuado entre los esfuerzos de obtener autonomía y el mantenimiento de interacciones entre el adolescente y el padre o la madre. Los elementos de la sociedad con corrección de la meta (ente hijo-padre, hijo-madre) se dan evidentemente mucho antes de la adolescencia estas sociedades alcanzan nuevos niveles de complejidad y coordinación, como resultado del enlace de habilidades y capacidades del

adolescente y de esta manera de poder considerar las relaciones de apego desde su punto de vista y el de sus padres (Bowlby, 1998b).

“ El adolescente aprende a perdonar a sus padres por ser menos poderosos de lo que una vez imaginara”.
(Kaplan, 1986)

Uno de los cambios más intrigantes e importantes de la adolescencia, es la disminución de la confianza en los padres como figuras de apego, si esto se ve en el contexto de una sociedad corrección de objetivos, se puede hacer una distinción importante, ya que este cambio, por lo menos al principio de la adolescencia, parece ser un reflejo del cambio donde el adolescente quiere ser menos dependiente de los padres de muchas maneras, no es que la relación no sea importante para él o para ella como tal (Buhrmester; citados en Cassidy y Shaver, 1999). Entre la temprana y mediana adolescencia, muchos jóvenes se volverán hacia los padres cuando se encuentran condiciones extremas de estrés; los padres serán usados todavía como figuras de apego inclusive por adultos jóvenes. Esto implica, de alguna manera, que las diferencias en la conducta de apego entre el adolescente y el infante no son tan grandes como parecía al principio (Allen y Land; citados en Cassidy y Shaver, 1999).

Veamos ahora otras conductas del adolescente hacia las figuras de apego que parecen representar un claro rompimiento con los anteriores patrones de conducta. Muy pocas conductas en las primeras etapas del desarrollo concuerdan con los esfuerzos para abandonar la dependencia de los padres. Lo que puede retener al adolescente en algunos momentos cuando está estresado, es que “evitan activamente” el apoyarse en los padres. (Steinmberg, 1990; citados en Cassidy y Shaver, 1999) Si se le pregunta a un adolescente enfrente de sus amigos y él esta en moderado estrés ¿tu quieres obtener ayuda de tu mami?, la respuesta es casi siempre contestada con un fuerte “no”. Este “no”, no ocurría al principio del ciclo vital, ocurre con más frecuencia y regularidad en la época adolescente. Esta conducta se diferencia de lo que hemos visto en la infancia donde el infante explora en el medio ambiente excepto

cuando esta estresado; el adolescente puede algunas veces evitar al padre o la madre, particularmente cuando esta estresado (Allen y Land; citados en Cassidy y Shaver, 1999).

El punto de vista de Bowlby (1998b) sobre la competencia entre los sistemas de conducta, y su énfasis en el balance del sistema de apego y el sistema exploratorio, se puede seguir acomodando en estas observaciones, si se ve al adolescente en esta etapa del ciclo vital, donde la tarea más importante es que el sistema exploratorio debe de estar altamente activado y desarrollado. Entonces la conducta adolescente de búsqueda de autonomía puede verse como parte del sistema exploratorio, el cual puede en momentos, no sólo estar en oposición con las metas del sistema de apego, sino que puede tener como meta la minimización del poder del sistema de apego (con respecto a los padres) (Allen, Kuperminc y Moore; citados en Cassidy y Shaver, 1999). Lo que el adolescente busca es explorar la vida sin depender emocionalmente de los padres. En la adolescencia, el sistema exploratorio tiene gran importancia, en particular con respecto al apego con relación a los padres (aunque no con sus iguales), las capacidades que ha desarrollado el adolescente, le hacen buscar la independencia de sus padres (Allen y Land; citados en Cassidy y Shaver, 1999).

La exploración, acompaña las tareas del desarrollo social, tanto en la adolescencia como en el adulto joven, ya que sin ellas sería difícil, sino imposible, establecer relaciones amistosas, románticas largas y un trabajo productivo. En principio esta competencia de sistemas, el exploratorio y el de apego, se encuentran en la conducta del infante, aunque en la adolescencia hay una gran presión para obtener autonomía emocional de los padres (Allen, Kupermic y Moore; citados en Cassidy y Shaver, 1999). Este conflicto de sistemas, es rescatado por las nuevas capacidades cognitivas, permitiendo al adolescente recordar que los padres siguen disponibles como figuras de apego cuando realmente se les necesita, hasta cuando ellos mismos hayan evitado por periodos largos de tiempo esta relación de seguridad. Aquí se puede ver la analogía, que hay entre el adolescente y el infante hacia la exploración y

la conducta de base segura: los adolescentes pueden explorar (emocionalmente) la posibilidad de vivir independientes de los padres, en parte porque ellos saben que pueden volver hacia sus padres en una necesidad real. Cuando el proceso de búsqueda de autonomía se manifiesta, aparecen también las capacidades de reevaluar la naturaleza de las relaciones de apego con los padres. Por y con el incremento de independencia de los padres como figuras de apego, puede venir un cierto grado de libertad en la necesidad de estar atentos y de asegurarse de la disponibilidad de los padres para responder a las necesidades de apego (Kobak y Cole; citados en Cassidy y Shaver, 1999)

Main y Goldwyn (citados en Cassidy y Shaver, 1999) refiriéndose a esta libertad cognitiva y emocional como a un “espacio epistemológico” (conocimiento de las cosas del mundo externo) sugieren que éste permite al sujeto, evaluar a sus padres como figuras de apego de una manera más objetiva. Este espacio epistemológico es muy importante para la capacidad de pensar autónomamente tanto de las relaciones de apego como de otras capacidades cognitivas de las que se habló antes. En una relación dependiente, sin espacio, los sentimientos negativos provocados por las evaluaciones de las figuras de apego pueden ser muy amenazadores para el conocimiento, dado que la expresión de estos conocimientos puede engendrar sentimientos y conductas negativas. Así, las capacidades cognitivas necesitan distancia emocional, la cual se da a través de la independencia emocional, para poder reevaluar la relación de apego con los padres. Para los padres, esta distancia y el ser evaluados es incómodo, esto es al parecer fundamental, para desarrollar una estrategia de apego para las siguientes relaciones importantes de la vida. Este cambio puede ser crucial para resolver las dificultades del apego en las relaciones con los padres y de muchas maneras permitirá a algunos adolescentes formar relaciones más seguras con sus iguales en el futuro (Allen y Land; citados en Cassidy y Shaver, 1999).

“...algunos aspectos de la vida mental , ... desaparecen transitoriamente muchas de las tendencias civilizadoras adquiridas sólo a fines de la niñez, ciertas formas mecánicas y concretas de dominio intelectual,

como memorizar, coleccionar y categorizar, las que antes brindaban una gran satisfacción a los padres y al niño, parecen desvanecerse, al igual que la honestidad, la obediencia, la ecuanimidad y la devoción filial. Pero estas disciplinas, manifestaciones del intelecto y bondad que se basan en sumisión infantil a la autoridad son objeto de revisión, no de destrucción. En aproximadamente una década, si todo va bien, estos atributos intelectuales y morales se habrán reincorporado al amparo de las capacidades intelectuales y morales más abstractas propias del protector y orientador de las siguientes generaciones de bebés y niños" (Kaplan, 1986).

La transformación de la relación con los iguales

La característica más importante de las relaciones con los iguales en la adolescencia, es la aparición gradual de las capacidades de apoyo, intimidad, retroalimentación de la conducta social (información e influencia social) que en el adulto joven servirán para establecer sociedades duraderas y nuevas relaciones de apego para toda la vida. En la niñez estos componentes se ven en forma embrionaria en las relaciones con iguales, pero se ven más claramente en la historia del desarrollo del apego individual con los padres (Garvin y Furman; citados en Cassidy y Shaver, 1999). Esto sugiere, que la naturaleza de la relación del adolescente con sus iguales deriva de la anterior relación de apego con sus padres, más que de las anteriores relaciones con sus iguales. Las relaciones con los iguales en la niñez, aunque es un aspecto esencial en el desarrollo social (Hartup; citado en Cassidy y Shaver, 1999), se ha visto como poco probable que sirvan mucho en la función de apego bajo diversas condiciones (Ainsworth; citada en Cassidy y Shaver, 1999). En la adolescencia algunas relaciones sirven como figuras de apego y otras no, para poder distinguirlas se usan las cuatro características que Ainsworth delinea: 1) Búsqueda de proximidad; 2) Conducta de base segura (exploración libre en presencia de una figura de apego); 3) Conducta de búsqueda de un lugar seguro (regreso a la figura de apego cuando hay percepción de miedo); 4) Protesta por separación, cuando esta es involuntaria (Allen y Land; citados en Cassidy y Shaver, 1999).

Las distinciones que hace Ainsworth dejan claro, que los compañeros de la niñez son diferentes a las figuras de apego. Al considerar estas relaciones entre adolescentes con sus

iguales, al principio volátiles, después irán madurando. En la adolescencia temprana, parecería como que el adolescente depende inapropiadamente de sus iguales, pero esto se puede ver como el primer paso, en la determinación de usar a los iguales como figuras de apego. De acuerdo a esto, se pueden ver fenómenos como el aumento de susceptibilidad a la presión de sus iguales (es más importante lo que opine el amigo que lo que opinen los padres). De esta manera se empieza a reemplazar múltiples funciones parentales para extenderlas hacia sus iguales, el adolescente puede tender a “obedecer” las directivas de sus iguales justo como previamente habían hecho con las directivas de los padres, y pueden experimentar un deseo de complacer a sus iguales justo como anteriormente lo hicieron con sus padres. La transición de usar a los iguales como figuras de apego es un poco tosca al principio y puede ser hasta disfuncional en algunos momentos, pero esto se debe a la necesidad de soltarse o de liberarse del gran apego emocional con los padres, a este proceso lo animan las nuevas capacidades desarrolladas, que en el futuro le permitirán tener relaciones de apego como las de un adulto. Para la mitad de la adolescencia, la interacción con sus iguales ha tomado un lugar importante, en muchas funciones de apego (Allen y Land; citados en Cassidy y Shaver, 1999).

En la adolescencia tardía, las relaciones largas ya pueden haberse formado con iguales (como compañeros románticos o amigos íntimos) y éstos realmente sirven como figuras de apego en todos los sentidos del término (Buhrmester; citado en Cassidy y Shaver, 1999). Desde esta perspectiva, la adolescencia no es un periodo en el cual las necesidades y la conducta de apego se abandonen, sino que es una etapa en la cual las necesidades y la conducta de apego se transfieren a iguales. Esta transferencia involucra, una transformación de las relaciones de apego con jerarquías (en la cual uno es el que recibe y otro es el que da protección y cuidados) hacia el apego con iguales (en la cual ambos reciben y dan cuidados y protección). Este crecimiento es impulsado en general por los cambios cognoscitivos y sociales, debido que al mejorar la capacidad del adolescente para usar a sus iguales como

figuras de apego (Youniss y Haynie; citados en Cassidy y Shaver, 1999), y en lo particular, el crecimiento empuja hacia la autonomía de los padres, lo cual crea una saludable presión para empezar a usar a los iguales como figuras de apego, y de esta manera las necesidades de apego pueden ser resueltas mientras se establece la autonomía con los padres.(Steimberg; citado en Cassidy y Shaver, 1999)

Las relaciones románticas

No sólo resultan del desarrollo de intereses en la formulación del apego con iguales, por supuesto, éstas también reflejan la operación del sistema sexual / reproductivo, esto sería como si todas las partes biológicas arraigadas y que son críticas para la sobrevivencia de la especie se unieran en el sistema de apego (Ainsworth; Hazan y Shaver; Shaver, Hazan y Bradshaw; citados en Cassidy y Shaver, 1999). El sistema sexual y el sistema de apego, empujan hacia el establecimiento de nuevas relaciones con iguales, caracterizada por la suficiente intensidad para así poder competir con anteriores intereses y afectos fuertes, y empezar a tomar el lugar sobre muchas funciones donde la prioridad serán las relaciones padre-hijo / madre-hijo. El componente sexual en estas relaciones puede ayudar al avance competente del apego al proveer una motivación consistente para la interacción con afectos íntimos e intensos; una historia donde se compartirán experiencias únicas. También parece, como sí las anteriores experiencias de apego y los patrones actuales de acercamiento hacia los pensamientos y sentimientos del apego tomaran forma natural en el desarrollo de las relaciones románticas (Hazan y Shaver; citados en Cassidy y Shaver, 1999).

Las diferencias individuales en las estrategias de apego en la adolescencia

Ya con algunas nociones sobre la transformación en la cognición, en los sentimientos y en la conducta de apego que ocurren durante la adolescencia, ahora ya es posible considerar

las diferencias individuales y donde las podemos encontrar reflejadas: a) En la estrategia característica, con la cual se maneja pensamientos, sentimientos y recuerdos relacionados con el apego; b) Memorias y representaciones específicas de las interacciones con las figuras de apego; c) Las relaciones que se estén dando con las figuras de apego. Las investigaciones recientes sugieren una alta concordancia entre la organización del apego individual en adultos y la organización del apego con sus padres (Beinot y Parker; citados en Cassidy y Shaver, 1999), aumentando la posibilidad de que tenga sentido el hablar de diadas seguras y diadas inseguras bajo algunas condiciones (Allen y Land; citados en Cassidy y Shaver, 1999).

Para Peter Bloss (1962), la terminación de la adolescencia se da con las siguientes características:

“(La) terminación (de la adolescencia), se evidencia en la disminución de cambios de humor adolescente y en un cambio de actitudes extremas de idealismo y cinismo, a una actitud que automáticamente toma en cuenta la realidad... la adquisición de metas razonables y por la aceptación de logros y gratificaciones que están al alcance de un ser correctamente percibido. Así, se delimita un área operacional dentro del alcance de la autorrealización, cuyos límites son determinados por factores tales como dotes, circunstancias y tiempo.

Sobre la terminación de la adolescencia también escribe Jacobson (citado por Bloss, 1962)

En esta etapa (fin de la adolescencia) de maduración el yo “logra al menos una victoria parcial en el principio de realidad, no sólo sobre el principio del placer, sino también sobre el idealismo exagerado, y por tanto, sobre el superyo”

Así, el ser humano al final de la adolescencia sale preparado para responder a las exigencias de la genitalidad, la competencia sexual y a la reproducción y a los requerimientos que suponen la paternidad para la especie humana. Ya puede ser un cuidador en potencia (Allen y Land; citados en Cassidy y Shaver, 1999).

Apego Romántico y Relaciones de Pareja en el Adulto

Aunque la teoría de apego se enfoca primordialmente en los lazos que forman entre los infantes y el cuidador, el trabajo teórico se ha dirigido últimamente en una dirección, la cual es que el amor romántico se puede conceptualizar como un apego en proceso, el cual está influenciado en parte por las experiencias tempranas con el cuidador. Los argumentos de esta propuesta se han centrado en el análisis de las *funciones* de los vínculos de apego. Específicamente, en los lazos de apego infantil que involucran el “mantenimiento de la proximidad” y la “protesta de separación” (buscar la proximidad con la figura de apego, y la resistencia a la separación), la “base segura” (el uso de la figura de apego como una base desde la cual explorar el ambiente), y un “lugar seguro”(volver a la figura de apego para ser confortado en tiempos difíciles). Esto es que la persona obtiene confort y seguridad de su compañero, quiere estar con el compañero (especialmente en tiempos difíciles), y protesta cuando el compañero amenaza con volverse inaccesible (Feeney; citada en Cassidy y Shaver, 1999).

Otra de las claves de los conceptos de la teoría del apego, sugiere ligas entre la *calidad* de las relaciones del infante hasta el adulto. Bowlby propuso que durante los años inmaduros (desde la infancia hasta la adolescencia) los individuos gradualmente construyen expectativas de las figuras de apego, basadas en las experiencias con ellas. Expectativas sobre la disponibilidad y la manera de responder de las figuras de apego eran incorporadas en los “modelos activos internos” de esas figuras, las cuales guiaban las percepciones y las conductas en las futuras relaciones. A pesar de la necesaria continuidad entre el apego del niño y el adulto, las investigaciones tienen poco de haberse hecho. Hazan y Shaver, (citados en Cassidy y Shaver, 1999) propusieron que el amor romántico se podía conceptualizar como un “apego en proceso”. Esto es que la relación entre esposos o parejas con un compromiso tienen lazos de afecto que involucra un proceso socioemocional complejo. Después propusieron que

variaciones en la experiencia social temprana producen diferentes estilos, y que los tres estilos globales descritos en la literatura de infantes (seguro, evitativo y ansioso) se manifiestan en el amor romántico. Collins y Read (citados en Cassidy y Shaver, 1999) propusieron que los *modelos activos* forman las respuestas cognitivas, emocionales y de conducta de los individuos hacia otras personas. Los modelos activos afectan las respuestas cognitivas, al dirigir a los individuos a poner atención a ciertos aspectos del estímulo que los confronta a ellos, al crear vías en la memoria con códigos y respuestas, influenciando el proceso de explicación. Por ejemplo, los adultos seguros muestran un reconocimiento rápido de las palabras positivas, mientras que los adultos evitativos muestran un rápido reconocimiento de las palabras negativas. En relación con la influencia de las experiencias en las relaciones en los modelos activos, varios factores promueven la estabilidad: primero, los individuos tienden a seleccionar medios ambientes que encajen con sus creencias sobre sí mismos y de otros; segundo, los modelos activos tal vez se autoperpetúan, al buscar situaciones donde se les confirme su creencia al llegar de una manera dada, que producirán rechazo por ejemplo; tercero, las vías del procesamiento de información del cual se habló antes, deja a las personas percibir los eventos sociales de una manera que apoye la exigencia de los modelos (Feeney; citada en Cassidy y Shaver, 1999).

Un tercer enfoque de los primeros estudios de apego adulto se basó en la *regulación del afecto* – esto es, en las maneras en que se maneja la emoción negativa. Las diferencias en los estilos de apego, se piensa que reflejan las experiencias en la regulación de la ansiedad con los cuidadores. A través de estas experiencias, un individuo aprende estrategias en la regulación para la organización emocional y el manejo de sentimientos negativos, estas estrategias se vuelven a aplicar en otras situaciones molestas o producen ansiedad. Los individuos seguros, habiendo experimentado un cuidado adecuado, se espera que ellos manejen los sentimientos negativos en una manera constructiva, reconociendo la molestia y buscando apoyo en otro.

Los sujetos evitativos, normalmente restringen su reconocimiento de lo que les molesta pero expresan sentimientos negativos, ya que han aprendido a apoyarse sólo en ellos como manera de reducir el conflicto con padres rechazantes o insensibles. Los individuos ambivalentes se espera que manifiesten estar demasiado concientes de lo que les molesta y que expresen sentimientos negativos, ya que así aprendieron que era la manera de mantener contacto con sus cuidadores inconsistentes (Feeney; citada en Cassidy y Shaver, 1999).

Influencia de los modelos activos en las experiencias en las relaciones. A pesar de estas fuerzas que promueven la estabilidad, los cambios en los modelos activos pueden ocurrir, particularmente cuando eventos significativos en el medio ambiente social no confirman la existencia de las expectativas. Por ejemplo, verse involucrado en una relación estable y satisfactoria puede llevar a cambiar a esos cuyos modelos del sí mismo y de otros, lo han llevado al escepticismo sobre la posibilidad de tener ese tipo de relación. De manera similar, una persona segura que se involucra en una relación particularmente negativa se puede volver inseguro como resultado de la experiencia. Los modelos activos también pueden cambiar, cuando el individuo llega a un nuevo entendimiento de sus pasadas experiencias particularmente las que están relacionadas con el apego (Feeney; citada en Cassidy y Shaver, 1999).

Algunas investigaciones han reportado diferentes tipos de apego relacionados con el tipo de educación. La relevancia del apego en los *patrones de comunicación* esta ampliamente apoyada, por la proposición de que los infantes y los niños por medio de la comunicación negocian los conflictos para llegar a una meta y las relaciones de apego se mantienen. (Bretherton, 1990; Kobak y Dummer; citados en Cassidy y Shaver, 1999)

La calidad de la relación romántica se da con la *integración* de los cuidados y protección del apego con la sexualidad Shaver y cols. (citados en Cassidy y Shaver, 1999), propusieron que los sistemas de sexualidad y de cuidados son conductas independientes que

se integran en el sistema de apego en un prototípico amor romántico. En otras palabras, el amor romántico involucra componentes del apego, cuidados y sexualidad, y estos componentes siguen un patrón predecible en el tiempo (Hazan y Shaver, citados en Cassidy y Shaver, 1999). Debido a que el sistema de apego aparece muy temprano en el curso del desarrollo del individuo, y por lo tanto juega un rol vital en la formación de los modelos activos, el sistema de apego influencia la expresión de los cuidados y de la sexualidad. Así, el sistema de apego es visto como el eje para el establecimiento y mantenimiento de las relaciones románticas (Feeney; citada en Cassidy y Shaver, 1999).

CAPÍTULO II

CRIANZA

La Madre

La teoría del apego postula que el vínculo entre madre e hijo es una consecuencia de una conducta característica por parte de cada uno de ellos. En primer lugar, está la conducta de la madre, es decir la conducta de crianza. En segundo lugar, está la conducta del niño, que es determinada por la conducta de la madre, es decir la conducta de apego. “Las pautas de interacción que gradualmente se desarrollan entre el pequeño y su madre sólo son comprensibles como resultado de las contribuciones de uno y otro, en particular, del modo en que cada uno de ellos, a su vez, influyen sobre la conducta del otro”. Es así como la relación entre madre e hijo tiene el aspecto de un diálogo mucho antes de la aparición de las palabras (Bowby, 1998a).

Inicialmente, el llanto es el único medio del que dispone el pequeño, para señalar su necesidad de cuidados; y el estar contento, el único medio para señalar que ha quedado satisfecho. Ya durante el segundo mes, su sonrisa alienta a la madre y de ahí en adelante, el repertorio de comunicaciones emocionales se extiende rápidamente. La madre se adapta de inmediato a los ritmos naturales de su hijo y al prestar atención a los detalles de la conducta, descubre qué lo satisface y actúa en consecuencia. Al hacerlo no sólo lo hace feliz, sino también obtiene su cooperación. Así, la crianza es la integración de los fines de los padres (proteger) con las necesidades del niño (ser protegido) (Bowby, 1998a).

Desde la perspectiva de la etología presupone que la conducta de la crianza, y la conducta del apego, está en cierto grado preprogramada y por lo tanto preparada para desarrollarse, en cierto sentido, cuando las condiciones lo hacen posible. Bowlby explica, que la conducta de crianza tiene poderosas raíces biológicas; pero la forma detallada que la conducta adopta en cada uno de nosotros, depende, sobre todo de las experiencias durante la infancia, adolescencia y las experiencias antes y durante el matrimonio y de las experiencias individuales con cada niño. La conducta y sentimientos de una madre con su bebé, están profundamente influenciado, por sus experiencias anteriores, actuales y de su propio apego con sus padres (Bowlby, 1998a).

La actitud del padre se ha investigado poco, pero las evidencias apuntan en el mismo sentido, un padre puede estar desempeñando un papel muy parecido al de la madre, aunque en la mayoría de las culturas, los padres cumplen ese papel con menos frecuencia, al menos cuando los niños son pequeños aún. En la mayoría de las familias el papel del padre es diferente, es probable que él y no la madre, participe en juegos ingeniosos y físicamente activos (Bowlby, 1998a).

Una de las características más importantes de la conducta de crianza y la conducta de apego es la distancia entre el niño y la madre, que se mantiene dentro de límites estables, y esto se da como un equilibrio en la pareja madre-hijo. Por ejemplo para Margaret Mahler (1975):

“A todos los infantes les gusta aventurarse y permanecer a corta distancia de los protectores brazos de la madre; tan pronto como su motricidad les permite hacerlo, tratan de deslizarse del regazo materno, pero tienden a quedarse lo más cerca posible de los pies de ésta, gateando jugando. La distancia óptima, en ésta subfase temprana de ejercitación locomotriz, parece ser la que permite al gateador en movimiento y exploración, la libertad y oportunidad de realizar tales actividades a cierta distancia física de su madre. Debe notarse, sin embargo, que durante la subfase de ejercitación la madre es siempre necesaria como punto estable, como “base de operaciones” que satisface la necesidad de restablecimiento (comunicación personal) mediante el contacto físico”.

En la mayoría de los casos, la madre y el niño trabajan juntos para tener un grado confortable de proximidad. Si el niño se mueve, la madre procura la recuperación de la distancia, ya sea acercándose ó acercando al niño; si la madre se mueve, el niño la seguirá o hará señales para que la madre regrese. La mayor parte de la conducta materna tiene que ver con reducir la distancia entre el bebé y la madre, y mantener a éste en estrecho contacto físico con la madre. A esto le llamamos recuperación, aunque ha recibido diferentes nombre: maternaje, cuidados maternos, crianza etc. La conducta de recuperación está asociada con una serie de sistemas de conductas cuyo resultado previsible es mantener la proximidad del bebé. Hay condiciones que activan e interrumpen el funcionamiento de estos sistemas de conducta materna, por ejemplo entre las variables orgánicas que afectan la activación, está el nivel hormonal de la madre. Entre las variables ambientales están las andanzas y la conducta del bebé (Bowlby, 1998a).

Aspectos de la conducta de recuperación

Siempre está latente la tendencia a recuperar al hijo, por lo cual suele vigilarlo y prestar atención a sus llamados, y la madre siempre está preparada para actuar ante la más mínima señal de alarma. La conducta de recuperación materna se dirige hacia su hijo en particular, al igual como la conducta de apego se dirige a la figura materna. La función biológica de la conducta de recuperación de la madre se parece a la conducta de apego del hijo. El hecho de que la madre se mantenga junto al hijo y lo recoja ante cualquier señal de alarma, evidentemente contribuye a su función protectora. En las sociedades primitivas, la madre suele permanecer en estrecho contacto con el bebé y esté casi siempre se mantiene dentro de su campo visual o auditivo. La alarma de la madre o la angustia del niño induce de inmediato a la acción. En las comunidades más desarrolladas, la escena se vuelve más compleja, en parte porque, con frecuencia, la madre

designa un sustituto que cumpla con sus funciones durante un período más o menos prolongado del día. Pero, incluso en estas sociedades, la mayor parte de las madres sienten poderosos impulsos en mantener en estrecho contacto con sus bebés, y con los hijos pequeños. El que cedan o no, depende de innumerables variables personales, culturales y económicas (Bowlby, 1998a).

Cuando la madre cuida a su hijo siempre tiene otras pautas de conducta; algunas de ellas aunque intrínsecamente, no resultan incompatibles con el cuidado del niño, a pesar de todo compiten con este cuidado en mayor o menor grado. Actividades como el trabajo en el hogar, exigencias de otros miembros de la familia, en especial del marido y otros hijos pequeños etc., hacen inevitable que la madre experimente conflicto, lo que puede ir en detrimento de los cuidados que brinda a su bebé. Estas conductas o actividades maternas que meramente compiten, en cuanto a tiempo y energías, con los cuidados al hijo entran en una categoría diferente de la conducta intrínsecamente incompatible con esos cuidados (Bowlby, 1998a).

La conducta antitética de la crianza es cuando, por ejemplo, se produce disgusto al contacto con el hijo o la molestia que causan sus llantos, estos factores pueden dar lugar al alejamiento de la madre. En una madre común, aunque la conducta de alejamiento pueda producirse ocasionalmente, no suele darse con frecuencia, ni ser prolongada, y ella estará siempre dispuesta a brindar sus cuidados al hijo cuando lo exijan las circunstancias. Pero en una madre con perturbaciones emocionales, la tendencia al alejamiento puede interferir de una manera muy grave con sus cuidados (Bowlby, 1998a).

Así vemos, que la conducta de apego del bebé, se contrapone al juego y a la conducta exploratoria. Así es como las distintas pautas de la conducta de la madre y del hijo se van consolidando gracias a la interacción de ambos. Y todas estas interacciones se acompañan de poderosos sentimientos y emociones felices o no. Cuando la interacción entre la pareja sigue

cauces normales, cada uno de sus miembros manifiesta intenso placer por estar en compañía del otro, y en especial ante sus muestras de afecto. En cambio cuando la interacción da pie a un conflicto persistente, cada miembro de la pareja suele experimentar, de vez en cuando una intensa sensación de ansiedad o de tristeza, en especial por el rechazo del otro (Bowlby, 1998a).

Consideraciones teóricas

En 1969, Ainsworth publicó, una revisión teórica, comparando y contrastando, las tres teorías más aceptadas, sobre el origen y desarrollo de las relaciones madre-hijo. Las teorías psicodinámicas, conceptualizan al infante, a merced de los impulsos básicos. De acuerdo a este punto de vista, el infante, forma un vínculo emocional con la madre, basado en la manera en que ella actúa, para reducir estos impulsos, particularmente a través de la actividad de alimentar al infante. Las teorías del aprendizaje, en ese tiempo, tenían la noción de un patrón de dependencia en la relación madre-hijo, que respondían a las mismas “leyes del aprendizaje” que se tenían para todos los comportamientos. Esto es que el énfasis en los impulsos psicológicos primarios ó en un amplio rango de reforzamientos; las teorías del aprendizaje, enfocan al infante como aprendiz y a la madre como proveedora de las experiencias del aprendizaje. En contraste con las teorías psicoanalíticas y de aprendizaje, que consideran al infante jugando un papel más pasivo en la formación de la relación del vínculo. Ainsworth subrayó que la teoría del apego ve al infante con una participación activa en el desarrollo de su primera relación. Más que siendo un conjunto indiferenciado de impulsos primarios, esperando a ser organizado; ó una tabla rasa, en el cual la experiencia es grabada; el infante de la teoría de apego tiene una base genética orientada hacia la interacción social, que lleva al lazo emocional con sus cuidadores. Aunque, el repertorio de conductas del infante sean un poco limitadas, éstas

incluyen conductas que son altamente efectivas para atraer la atención, y obtener de los adultos las conductas de cuidado (Golberg, 2000).

A pesar, del énfasis en la contribución del infante en la relación infante-madre, Bowlby, Ainsworth y muchos teóricos del apego, identificaron experiencias tempranas dadas por los cuidadores, como determinantes primarios de los patrones de apego en los infantes. Esta aparente contradicción, puede ser entendida de muchas maneras; Bowlby (1998a) construyó una teoría sobre la evolución y la función de los comportamientos o conductas de apego. Más que una teoría de diferencias individuales, donde el énfasis es en el porqué y cómo los infantes forman el apego (Golberg, 2000).

Ainsworth, es la que inicia el estudio de las diferencias individuales, con base en la teoría del apego, en el que encontró que el comportamiento maternal, y particularmente el *sensitivo* a las señales del infante, eran de gran importancia, en la determinación de la naturaleza de los patrones de apego. Es evidente hasta para un novato, que observa a un bebé, que no importa que tanta capacidad pueda tener un infante, el cuidador adulto es infinitamente más sofisticado. El adulto tiene habilidades cognitivas complejas, incluyendo el concepto de relaciones y además tiene metas para los infantes, mientras que el infante no tiene una cognición comparable con la del adulto (Golberg, 2000).

Es natural inferir que la cognición del infante se desarrollará en el contexto de la primera relación con el cuidador primario o de los cuidadores en general. Esto es, cuando se examina el comportamiento maternal, se puede ver que se refleja una relación diádica. Esto va cambiar al desarrollarse la relación, pero fija la noción de lo que son, las relaciones desde el principio. En contraste, cuando se examina el comportamiento de los infantes, se advierte el reflejo de las experiencias diádicas, pero cuando empieza es un simple comportamiento individual.

Ainsworth enfatizó, que su definición de la sensibilidad materna, no se enfocaba en el comportamiento maternal en abstracto, sino en un concepto diádico del comportamiento maternal *sensitivo* a las iniciativas del bebé. Esto señala, la importancia del comportamiento maternal como determinante, en la calidad del apego. Con la prueba que Ainsworth desarrolló llamada “situación extraña”, se evalúa la influencia que las madres tienen en los infantes, y esto sirve para determinar la calidad del apego en estos infantes (Golberg, 2000).

Primeros estudios de Ainsworth

Ainsworth (citado en Cassidy y Shaver, 1999) llevó a cabo observaciones en hogares en Uganda y Baltimore. En el estudio de Uganda visitó hogares cada dos semanas, y en Baltimore, hizo visitas en hogares de cuatro horas cada tres semanas. En ambos estudios las madres fueron evaluadas con escalas que reflejaban la disponibilidad, la cantidad de contacto físico y la sensibilidad para las señales del infante. Sus conclusiones fueron las siguientes:

- 1) El efecto maternal en el llanto infantil, es más mayor que el efecto del llanto infantil en el comportamiento materno.
- 2) La respuesta maternal temprana, reduce la tendencia infantil al llanto en los meses siguientes.
- 3) Los bebés que lloraron mucho en la segunda mitad del primer año, tenían una historia de respuesta maternal baja en los primeros meses.

Lo que sugirió, es que en los últimos cuatro meses del primer año, el llanto del infante, no es sólo una manera de expresión, sino que algunas veces es un sustituto de otra forma de comunicación. Ya que las madres que respondieron a los llantos, generalmente respondieron a otras señales del infante, se consideró codificar estas expresiones. Se desarrollaron escalas desarrollado para reflejar estos aspectos del comportamiento materno. Sensibilidad /

insensibilidad, aceptación/rechazo, cooperación/interferencia, y accesibilidad/desconocimiento (Goldberg, 2000).

Las ideas que surgieron de este trabajo inicial y las nociones sobre patrones de comportamiento maternal, llevaron a identificar a los tres grandes patrones de apego. El “apego seguro” se dijo que sugería una respuesta consistente y apropiada de las señales del infante, particularmente de las respuestas relevantes del apego. El “apego evitativo” fue relacionado con poca respuesta a las mismas señales. El “apego resistente” se consideró que sugería una inconsistente respuesta materna a las señales infantiles. Los infantes seguros, aprendieron, que las señales de desasosiego, obtenían una respuesta maternal, y que éstas parecían reducir la angustia. Los infantes evitativos aprendieron que las señales de desasosiego obtenían poca asistencia maternal y ellos desarrollaron estrategias para confortarse ó distraerse. Los infantes resistentes aprendieron que la madre era impredecible, y ellos se convirtieron en infantes preocupados por mantener la atención de la madre (Goldberg, 2000).

En 1985 en un trabajo de infantes maltratados, fue donde se observaron por primera vez, las conductas desorganizadas de los infantes y donde se reportó que muchos de los padres tenían experiencias no resueltas, de pérdidas o traumas. Este trabajo llega a la conclusión que el apego desorganizado, se desarrolla, cuando el cuidador no puede aliviar el miedo por que él o ella se han convertido en la causa del miedo. En este caso, el infante se encontraba en un problema sin solución, ya que cuando sentía ansiedad ó miedo, no podía alejarse o acercarse a la figura de apego. Si esta experiencia se repetía con suficiente frecuencia, el infante no podía aprender una estrategia organizada para manejar la angustia y no puede implementar una adecuada estrategia aprendida antes, ya que la relación de apego es la primera relación de un infante. En estas circunstancias, se espera que aparezca, el comportamiento inusual, que caracteriza el apego desorganizado. En un grupo de niños maltratados se encontró que el 48% tenían apego

desorganizado, y en el caso de los niños maltratados donde se había dado el abuso, el rechazo ó ambos con repetidas exposiciones a experiencias de miedo incontrolable, estaba ligado al comportamiento del cuidador; y que éste era miedoso o producía miedo (Goldberg, 2000).

Una base segura

Para que el niño manifieste un apego seguro deben existir las siguientes conductas maternas, caracterizadas por la sensibilidad y flexibilidad:

- a) Contacto físico, frecuente y sostenido, entre la madre y el niño, especialmente durante los primeros tres meses, con capacidad de la madre para apaciguar al bebé cuando está angustiado al tomarlo en brazos.
- b) La manera en que la madre toma en brazos al bebé, de tal forma que éste se adapta a sus características y ritmo.
- c) La sensibilidad de la madre, para captar las señales del bebé y la habilidad para sincronizar sus intervenciones en armonía con los ritmos de bebé.
- d) La manera en que estimula y anima al niño, tanto a reaccionar socialmente, como a expresar sus necesidades y hacer progresos evolutivos.
- e) Los materiales y experiencias que se le proporcionan al bebé son apropiados para sus capacidades individuales.
- f) La capacidad de regular el ambiente, de tal manera que el bebé pueda percibir el sentido de las consecuencias de sus propios actos.
- g) La frecuencia e intensidad de la expresión de sentimientos positivos hacia el bebé, por parte de la madre y goce mutuo que la madre y el bebé descubren al estar uno en compañía del otro.

En resumen, las condiciones son especialmente: sensibilidad de la madre a las señales del niño y capacidad para intervenir en el momento adecuado. Para que el bebé sienta, que sus iniciativas sociales tienen a resultados previsibles y le permiten establecer un intercambio recíproco con la madre, cuando se dan estas condiciones, lo más probable, es que tenga lugar, un intercambio activo y feliz de la diada y que se desarrolle un apego seguro, si las condiciones sólo se dan en parte, aparece algo de fricción y descontento en los intercambios y el apego que se desarrollará será es menos seguro. Cuando no se dan estas condiciones en absoluto, pueden tener lugar graves deficiencias en el intercambio y el apego. Algunas de las deficiencias que podemos citar – un gran retraso en el desarrollo del apego debido a la insuficiencia de la interacción- y probablemente algunas formas de autismo, se deban a que para el niño resulta difícil predecir las reacciones sociales de su figura materna (George y Solomon; citado en Cassidy y Shaver, 1999).

La responsabilidad por el mantenimiento de la proximidad

En todas las especies incluyendo la humana, en un principio, la conducta de apego del infante es ineficaz, o no tiene la fuerza necesaria para mantener la cercanía, o bien dificulta la movilidad. Así que la conducta de proximidad depende, sobre todo de la madre. Inicialmente, la madre mantiene al hijo cerca de ella; en las sociedades avanzadas, esta etapa corresponde, a cuando la madre deposita al bebé en una cuna o en un carrito. En ambos casos la madre se hace plenamente responsable del niño y rara vez se aleja de él, e inclusive no delega la responsabilidad de su cuidado en alguna otra persona. La siguiente etapa, está dada por la movilidad que adquiere el niño (después de los seis meses), aunque todavía su movilidad es inadecuada, por lo tanto, también durante esta etapa, es la conducta de la madre, más que la del niño, la que permite mantener la proximidad entre ambos. Esta etapa se prolonga más allá de los

dos años de vida. Durante estos dos años y medio la conducta del apego, aunque fuerte, no siempre resulta eficaz y coherente (George y Solomon; citado en Cassidy y Shaver, 1999).

En la siguiente etapa de los tres años hasta aproximadamente los diez, en sociedades modernas, aunque tal vez menos en sociedades rurales, se produce un cambio en el equilibrio. Al llegar a este punto, la conducta de apego del niño se vuelve más eficaz y aumenta su capacidad de juicio para determinar cuándo es indispensable mantenerse junto a la madre y cuando no; entonces, ambos, tanto el hijo como la madre son los que mantienen la proximidad, aunque desde luego, en algunos casos la madre puede rechazarle e inducirle a que permanezca alejado de ella. Pero si se siente alarmada, lo primero que hace es buscar a su hijo para mantenerlo aferrado a ella. Y siempre que estén en un ambiente extraño, la madre vigilará de cerca al hijo para cerciorarse que la curiosidad de éste, no lo lleve a cometer una imprudencia. Esta fase dura muchos años y su duración depende de las condiciones de la vida familiar (George y Solomon; citado en Cassidy y Shaver, 1999).

La etapa final, se da cuando la cual, la madre va a dejar la responsabilidad de mantener la proximidad, casi totalmente en manos del hijo, a medida que éste crece, excepto en casos de emergencia; durante esta etapa, la madre desempeña un papel menor (George y Solomon; citado en Cassidy y Shaver, 1999).

El Sistema de Conductas del Cuidador

La teoría del apego, centra su atención en un tipo especial de relación social: la del apego a la persona que da cuidados. Se dice que hay una relación social entre dos personas, cuando cada una de ellas ha hecho programas de interacción diádica que comparte con otra. El término lazo social, implica un cierto compromiso de unión, y que sólo es aplicable a las pocas relaciones sociales en las que ambas partes se comprometen. Las relaciones padres- hijos,

suelen ser consideradas como un compromiso, tanto por la sociedad como por las partes. La teoría del apego de Bowlby, ocasionó un cambio dramático, en la manera de entender, el desarrollo de un infante, su relación con el cuidador y como se da esta relación a través del ciclo vital (Bowlby, 1998a).

Por el término “apego” se entiende, una relación duradera, rodeada de varias clases de conductas observables que de acuerdo a la teoría etológica, está regulada por el sistema del apego. El sistema de apego es uno de los muchos sistemas que se han asociado para promover la reproducción y la sobrevivencia de la especie (Bowlby, 1998a).

Apego se refiere a la conducta dirigida hacia alguien, para alcanzar y/o mantener la proximidad deseada, cualquier forma de tal conducta puede estar presente o ausente y esto va a depender de las condiciones del momento (Bowlby, 1998a). La meta del comportamiento del apego, es la búsqueda de protección, manteniendo la proximidad a la figura de apego en respuesta a la aflicción real ó percibida y al peligro. Aunque el comportamiento puede variar de acuerdo a la edad, su finalidad persiste a través del “ciclo vital”. La evidencia empírica apoya el importante papel de la relación de apego en el desarrollo del niño. Más de tres décadas de investigación han mostrado, que esta relación, es un factor importante, que contribuye a la habilidad que acompaña al individuo para el desarrollo en las áreas socio-emocionales y en sus tareas cognitivas desde su niñez hasta su madurez. Estas investigaciones han mostrado, las desviaciones que pueden llegar a presentarse en la organización de esta relación, asociadas a problemas en el comportamiento y la salud mental del niño (George y Solomon; citado en Cassidy y Shaver, 1999).

De acuerdo a la teoría del apego, el factor más importante, durante la crianza es “la experiencia del niño con su cuidador”. La crianza o provisión de cuidados se refiere a la conducta complementaria del apego, dirigida hacia alguien con menos capacidad, para

enfrentarse a diversas situaciones. Todos los infantes que reciben el cuidado básico y regular, parece ser que seleccionan a las figuras de apego, sugiriendo que la simple proximidad de la figura de apego, es suficiente, para desarrollar el apego (Bowlby, 1998a). La calidad del apego determinara la organización cualitativa de esta relación y a través del efecto de la “confianza” en la disposición del cuidador (Ainsworth, Blehar, Waters y Wall; DeWolff y van Ijzendoorn; citados en Cassidy y Shaver, 1999).

¿Cuales son los orígenes de la sensibilidad de la figura de apego? ¿Qué causa realmente, que los padres den los cuidados a sus infantes, cuidados que requieren costosos sacrificios personales de parte de los padres?

Bowlby (1998a) propuso que el comportamiento de la figura de apego está organizada por un sistema de conductas del cuidador. Hasta hace poco no había ningún interés en el cuidador como un sistema de conductas organizadas, pues se desconocía, cómo el sistema de cuidados contribuía al desarrollo de las relaciones madre-hijo.

Definición del Sistema de Conductas del Cuidador

La teoría del apego de Bowlby se apoyó en la etología, por lo que se hace necesario examinar el concepto de “sistema de conductas”, uno de los conceptos claves de la etología. De acuerdo con los etólogos, mucho del repertorio de las conductas en humanos y de otras especies, se organiza en sistemas de conductas. El primer paso para definir los sistemas de cuidado, es delinear su función adaptativa y la meta del comportamiento (protección al joven y en última instancia la perpetuación de uno mismo). El fin del comportamiento es entonces proveer de protección al niño.

Los sistemas de conducta son definidos por los siguientes principios básicos: (Bowlby; Hiden; citados en Cassidy y Shaver, 1999).

- 1) Los sistemas contienen conductas que se coordinan para llegar a una meta específica y una función adaptativa.
- 2) Son activados y terminados por señales endógenas y del medio ambiente.
- 3) Tienen corrección de la meta (están regulados por metas que abarcan largos periodos de tiempo, con conductas que necesitan mantener estas metas siendo flexibles en sus ajustes, en un estilo definido por el propósito en un amplio rango de medios y de acuerdo al desarrollo individual).
- 4) Las conductas están guiadas a nivel biológico, por un sistema de retroalimentación que monitorean las señales internas (actividad del sistema nervioso, sistema hormonal) y las señales del medio ambiente, las cuales conducen a la activación o terminación de los sistemas conductuales.
- 5) Los sistemas se relacionan e interactúan con otros sistemas conductuales.
- 6) Los sistemas de conducta se involucran en el desarrollo de la integración de conductas que se vuelven funcionales al paso del tiempo como producto de las interacciones organismo-medio ambiente.
- 7) Están organizados e integrados por un sistema de control cognitivo específico (en el caso de los humanos, por representaciones mentales).

Se propone que la función adaptativa y la meta propuesta del sistema de cuidados, es la protección del pequeño y esto es para que la reproducción sea exitosa y así haya la supervivencia de los genes que porta el individuo. Los factores que activan, terminan y regulan el sistema de cuidados son los siguientes. Situaciones que activan: a) situaciones que el niño percibe como peligrosas; b) Los indicadores internos y externos asociados con las situaciones, que los padres perciben como peligrosas (por ejemplo a la separación, peligro o riesgo del niño, señales verbales o no verbales de incomodidad y aflicción). Una vez que el sistema es activado,

el cuidador puede usar un repertorio de conductas para la meta prefijada; el fin de esas conductas es recuperar la proximidad, mantener la proximidad, cargarlo, seguirlo, hacer señales para ser seguido, llamarlo, buscarlo, y en los humanos sonreírle todo esto es para asegurar la protección del niño (George y Solomon; citado en Cassidy y Shaver, 1999).

El sistema de apego en el niño es desactivado por la proximidad o el contacto físico y/o psicológico con la figura de apego, cuando ella o él responden a las necesidades de una manera satisfactoria. Siguiendo el patrón de Bowlby para el apego, el sistema de cuidados de los padres debería ser desactivado por la proximidad física ó psicológica, y cuando las señales del niño dejan ver que está cómodo, contento y satisfecho. El apego está asociado regularmente con fuertes sentimientos, que incluyen respuestas de alegría y coraje. Independientemente de la proximidad del cuidador a quién se le asocia con la regulación de fuertes emociones en el niño, las madres expresan sentimientos intensos de placer y satisfacción, cuando pueden dar protección a sus hijos, experimentando un gran enojo, tristeza, ansiedad y desesperación, cuando están separadas de su hijo ó cuando su habilidad para proteger al niño es amenazada o bloqueada. Los sistemas de conductas tienen la propiedad de auto-corregirse para ir logrando su objetivo, y esta característica es la que potencialmente le da una flexibilidad máxima al comportamiento. Esto sugiere un rango y tipo específico de comportamiento del cuidador que puede variar dependiendo del contexto, edad y experiencia del padre o el niño, se cree que como en el sistema de conductas, esta “corrección del objetivo o de la meta” es regulada en parte por el sistema nervioso (George y Solomon; citado en Cassidy y Shaver, 1999).

Una vez activado el sistema de cuidados, el cuidador debe decidir cuando y cómo conducirse. El comportamiento del cuidador depende de su evaluación conciente e inconsciente de las fuentes de información confiables: a) Una fuente de información es la evaluación del cuidador de las señales del niño. b) Otra fuente de información es su propia percepción de

peligro o amenaza de cualquier tipo. En el papel de cuidador, la madre debe estar siempre vigilando, supervisando regularmente las pistas de estas fuentes de información. Desde la perspectiva del cuidador, ella ó él deben organizar las diferentes percepciones y seleccionar las respuestas. A las “madres sensibles” se les ha dado un lugar central en la etiología de “apego seguro”. Las “madres sensibles” han sido definidas, como las que perciben y evalúan apropiadamente los indicadores de los hijos y responden rápidamente y adecuadamente. “El concepto de sensibilidad enfatiza el comportamiento del cuidador, desde el punto de vista del niño” (George y Solomon; citado en Cassidy y Shaver, 1999).

“La madre buena es aquella que es capaz de hacer frente a las necesidades de su criatura al principio, y hacerlo tan bien que la criatura, al tener lugar su salida de la matriz de la relación madre-criatura, es capaz de vivir una breve experiencia de omnipotencia .. su capacidad para ponerse en el lugar del bebé y cuales son sus necesidades dentro del gobierno general del cuerpo, por ende, de la persona. El amor, en esta fase, sólo puede demostrarse en términos de cuidados corporales ...Al hacer referencia a la capacidad de adaptación de la madre, sólo muy superficialmente tocamos su habilidad para satisfacer los impulsos orales de la criatura” (Winnicott, 1981).

Al examinar al cuidador desde la perspectiva de los padres, se puede notar que los padres han tenido acceso a más información que el niño, incluyendo una abundante información de sus experiencias personales del pasado (como niños y/o como padre o madre) y del contexto donde se encuentran. Además, especialmente entre humanos, cognitivamente son más maduros que el niño, y son potencialmente capaces de evaluar la situación para proveer cuidados desde muchas perspectivas y de una manera mas sofisticada (George y Solomon; citado en Cassidy y Shaver, 1999).

Cuando el niño crece, el cuidado se hace más difícil, considerando por ejemplo situaciones en las cuales, el sistema de cuidados de los padres es activado, pero el sistema de apego del niño no lo es. Como padres que han “sobrevivido”, sus hijos adolescentes saben que

el deseo de sus padres es protegerlos, pero su hijo/hija entran normalmente en conflicto con los deseos de los padres, y quieren que abandonen ese comportamiento protector y sus demostraciones (que es frecuentemente interpretado por los adolescentes como control o intrusión). Este conflicto de los sistemas del comportamiento entre padres e hijos, es una fuente de argumentos entre los adolescentes y sus padres. Se considera que los padres les convendrían considerar tantas perspectivas de la situación como sea posible, antes de decidir como ó de que manera se pueden dar pasos para proteger a su hijo / hija (George y Solomon; citado en Cassidy y Shaver, 1999).

En suma, proveer cuidados es extremadamente complejo, y en última instancia, la información y el afecto que son los que contribuyen a la respuesta, tienen que ver más con la organización interna del cuidador, que con las señales del niño. Las señales del niño activan el sistema de cuidados y posteriormente la respuesta es influenciada por el sistema de cuidados de los padres (George y Solomon; citados en Cassidy y Shaver 1999).

El Sistema de Cuidados: Interacciones y Competencias entre los Sistemas de Conducta.

Desde el punto de vista etológico, la conducta es el producto de la interacción entre sistemas conductuales (Hinde, citados en Cassidy y Shaver, 1999), por lo tanto es importante examinar la interacción del sistema de cuidados y otros sistemas de conducta que pueden competir en dar cuidados. La conducta de crianza es un ejemplo de una clase limitada de tipos de conducta enraizada biológicamente, de los cuales la conducta de apego es otro ejemplo, la conducta sexual otro, y la conducta exploratoria y la de alimentación, otros más. Para Bowlby (1998a), cada uno de estos tipos de conducta puede ser conceptualmente diferenciados entre sí. Cada conducta sirve a su propia función biológica: la protección, la reproducción, la nutrición y el conocimiento del entorno; difieren pero también interactúan y se superponen. A la vez, los

padres y el niño da origen a intereses sobrepuestos, y eso también tiene conflictos inherentes e inevitables. Para el análisis evolutivo de la adaptación deben considerarse estos puntos, ya que el conflicto entre los sistemas de conductas es también parte inherente de los cuidados (George y Solomon; citado en Cassidy y Shaver, 1999).

El papel de los padres, dentro del sistema de cuidados, es biológico y socialmente definido. Cuando se ve el papel de los padres, en términos de otros sistemas de conductas, los padres pueden tener todos o algunos de los siguientes sistemas de conductas: amistad (sistema afiliativo), trabajo (sistema exploratorio), relaciones románticas (sistema sexual), familiares (sistema de apego, ser hijo/a, hermanos, etc). Al igual que en el niño o el infante, se debe de buscar un balance dinámico, entre el apego y otros sistemas de conductas. Como consecuencia la estrategia de un cuidado óptimo, requiere de los padres ser flexibles en relación con todos sus objetivos. El comportamiento de los padres, está determinado por los factores del medio ambiente, la distribución de los recursos y riesgos. En otro nivel los padres están restringidos por factores culturales e individuales (Solomon y George; citados en Cassidy y Shaver, 1999).

Un cuidado flexible (un alto nivel de involucramiento en la infancia, seguido por una menor supervisión de acuerdo al desarrollo del niño) parece caracterizar a casi todos los humanos.

"La flexibilidad del yo se refiere a la capacidad de una persona para modificar su nivel de control según las circunstancias. Entre las características de una persona con gran flexibilidad están el tener muchos recursos para adaptarse a las diferentes situaciones, un uso flexible de su repertorio de conductas y una capacidad para procesar información contradictoria y conflictiva. Por el contrario, una persona frágil muestra poca flexibilidad y reacciona a las situaciones cambiantes y angustiosas o con reacciones rígidamente fijadas en un modelo o desorganizándose. Las informaciones contradictorias y conflictivas le hacen sentirse indebidamente ansiosa" (Bowlby, 1998a).

Esta flexibilidad tiene como base la habilidad de la madre para atender y balancear los indicadores del niño (incluyendo los indicadores del desarrollo) y los del medio ambiente

(incluyendo la presión social) para poder determinar, cuando la protección es o no necesaria. La flexibilidad parece contribuir a una conveniente selección de respuestas bajo circunstancias difíciles (Kaplan; citados en Cassidy y Shaver, 1999).

El Dador de Cuidados, Madres Versus Padres

Hay muy poca investigación del comportamiento del padre en relación con el apego pues se han enfocado en la madre, por la misma razón, no se han definido las conductas en relación con el sistema de cuidados en los padres humanos. La función de los cuidados es la protección, y no hay dudas que los padres protegen a sus pequeños, pero la organización del sistema de cuidados y el contexto por el cual se activa el sistema parece ser diferente en las madres y en los padres (George y Solomon; citado en Cassidy y Shaver, 1999).

“...la función del padre ... es ocuparse del medio ambiente en beneficio de la madre (en las primeras fases del desarrollo del niño)... Hay que tener en cuenta que las madres que por naturaleza son capaces de prestar un cuidado satisfactorio, son susceptibles de ejercer, aún mejor su cometido si ellas mismas son objeto de cuidados que tengan presente la naturaleza esencial de la misión a ellas encomendadas” (Winnicott, 1965)

El cuidado maternal en la especie humana y no humana incluye formas directas de cuidado y protección, que han sido bien documentadas. Las descripciones de protección de los padres a sus pequeños, en primates son cualitativamente diferentes de las de la madre. Bowlby (1998) describió como, el macho puede algunas veces atacar ó amenazar al infante, cuando el peligro se acerca, para que el infante huya hacia su madre y ésta lo proteja, que lo carga y después lo lleva a un lugar seguro, mientras el padre se hace cargo de la situación. Entre los gorilas, los machos proveen protección de una manera más general para todo el grupo, señalando el peligro con golpes en el pecho o enfureciéndose (Schaller; George y Solomon; citado en Cassidy y Shaver, 1999).

Las investigaciones, han demostrado que los padres humanos, son perfectamente capaces de dar cuidados de una manera sensible, pero al igual que los primates, ellos permanecen menos involucrados, con sus infantes, que las madres. En las investigaciones, el comportamiento asociado con sensibilidad que se definió para las madres, no permite predecir el apego seguro de los infantes con sus padres. La seguridad parece estar más asociada con el juego paternal y la interacción que se da con la resolución de problemas (Belsky; Easterbrooks y Goldberg; Grossmann; Schneider-Rosen y Rothbaum; citados en Cassidy y Shaver, 1999).

Desde el punto de vista de los sistemas de conductas, el tipo de conductas del padre puede ser la expresión de los sistemas de conducta de la exploración ó de la afiliación más que de los sistemas de cuidados. De cualquier manera se tiene que hacer más investigación al respecto, para así entender la naturaleza de la relación padre- hijo/a (George y Solomon; citados en Cassidy y Shaver, 1999).

Ontogénesis del Cuidado Maternal

En una reflexión de las raíces psicoanalíticas de la teoría de apego y del desarrollo del sistema de cuidados, los teóricos e investigadores del apego han investigado a los sistemas de cuidados considerándolos como el punto final de las experiencias tempranas del apego.(Bowlby; Bretherton, ; Sroufe y Fleeson; citados en Cassidy y Shaver, 1999), se ha denominado a este fenómeno como “asimilación del modelo” de los cuidados (Salomón y George; citados en Cassidy y Shaver, 1999).

De acuerdo con la teoría del desarrollo cognitivo, “asimilación” es el proceso en el cual las experiencias nuevas y la información son integradas en esquemas que ya existen. La teoría del apego, ha sugerido que en situaciones normales, la madre integra sus experiencias con las de

su hijo, dentro de sus esquemas mentales de apego. Este mecanismo ha sido aceptado desde hace mucho tiempo, como un mecanismo de integración que proviene del psicoanálisis (George y Solomon; citado en Cassidy y Shaver, 1999).

“La fase autística normal sirve para la consolidación postnatal del desarrollo fisiológico extrauterino. Promueve la homeostasis posfetal. La fase simbiótica normal marca la importantísima capacidad filogenética del ser humano para investir a la madre dentro de una vaga unidad dual, que constituye la tierra primordial a partir de la cual se forman todas las relaciones humanas siguientes. La fase de separación individuación se caracteriza por un aumento de la conciencia de separación del si mismo y del “otro”, que coincide con los orígenes del sentimiento del si mismo, de la verdadera relación de objeto, y de la conciencia de una realidad existente en el mundo exterior” (Mahler, 1975).

“Hay un periodo durante el cual es imposible describir una criatura sin describir también a la madre... Ya que el niño pequeño y el cuidado materno forman conjuntamente una unidad...cuidado que se basa más en la identificación emocional por parte de la madre que en la comprensión de lo que expresa o podría expresar verbalmente... Lo corriente es que las madres no deformadas por la mala salud o por la tensión ambiental cotidiana tiendan, en conjunto, a saber con suficiente exactitud cuáles son las necesidades de sus hijos y, además, gusten de satisfacerlas. He aquí la esencia del cuidado materno (Winnicott, 1965).

A primera vista, la “asimilación del modelo”, parece que puede ser apoyada empíricamente. Muchos investigadores que estudian el fenómeno han reportado una alta correlación entre la representación de apego de la madre y la calidad del apego de sus infantes. (Benoit y Parker; citado en Cassidy y Shaver, 1999). Esta concordancia, se ha visto como el producto de la transmisión directa del apego de la niñez de la madre. De acuerdo con la asimilación del modelo, el mecanismo para la “transmisión a través de las generaciones”, se da a través de la “sensibilidad” de la madre, la cual está basada en su “representación mental” del apego. Cuando una madre responde a las señales de su infante, esto contribuye a que se construyan poco a poco las bases del apego del bebé (Bretherton; Fonagy y cols.; Main; Kaplan y Cassidy; van IJzendoorn; George y Solomon; citado en Cassidy y Shaver, 1999).

Esto puede parecer, ya que las evidencias son altas, que “la asimilación del modelo”, sin duda, (la representación del modelo del apego en la madre) contribuye mucho a la interacción de la madre con su bebé. Pero en un análisis más cuidadoso de los datos, muestran que la concordancia entre el apego de la madre y el apego del hijo, se encuentran predominantemente en madres evaluadas como “seguras”. La concordancia es menor con los niños de apegos inseguros, particularmente cuando las madres no han resuelto una “pérdida temprana”. Cuando se revisan cuidadosamente las evidencias están apoyadas en la sensibilidad como un mecanismo de transmisión. DeWolf y IJzendoorn (citado en Cassidy y Shaver, 1999) proponen que, en el mejor de los casos la correlación entre sensibilidad y el apego seguro y concluyen “La sensibilidad ha perdido su posición privilegiada como el único factor causal”. Un estudio multidimensional de antecedentes parentales, debería reemplazar la sensibilidad como única contribución. Esta afirmación es el eco de un grupo pequeño de investigadores del apego, quienes han reclamado un entendimiento contextual del apego, y piden que en particular se examinen las características de la madre, el sistema familiar y del medio ambiente (George y Solomon; citado en Cassidy y Shaver, 1999).

Factores Importantes del Desarrollo del Sistema de Cuidados

La perspectiva etológica presupone que la conducta de crianza, como la conducta de apego, está en cierto grado preprogramada y por lo tanto preparada para desarrollarse en cierto sentido cuando las condiciones lo hacen posible. Bowlby explica que la conducta de crianza tiene poderosas raíces biológicas; pero la forma detallada que la conducta adopta en cada uno de nosotros depende, sobre todo, de las experiencias durante la infancia, de las experiencias de la adolescencia, de las experiencias antes y durante el matrimonio, y de las experiencias con cada niño individual (Bowlby; George y Solomon; citado en Cassidy y Shaver, 1999).

Influencias de la niñez

Todos los sistemas de comportamiento empiezan con formas inmaduras de conductas, que se integran y se convierten en sistemas organizados o maduros. Los sistemas de conductas contribuyen a la adaptación del individuo, pero no todos ellos se desarrollan al mismo nivel o al mismo tiempo en el curso de la vida. Los sistemas de maduración temprana son esenciales para la sobrevivencia de los infantes y estos son, por ejemplo: los sistemas de apego y de alimentación. Los sistemas tardíos de conductas son, por ejemplo: los sistemas sexuales y de cuidados que maduran más despacio. Las formas incompletas, inmaduras y aisladas se asocian en un sistema de conducta, y éstas pueden ser observadas, antes de que el sistema llegue a la madurez. La conducta resultante de sistemas inmaduros, también difiere cualitativamente de los sistemas maduros. Los estímulos que activan el sistema de conductas inmaduras son más variados, que los que activan los sistemas de conductas maduras. En la maduración, el individuo discrimina los estímulos de una mejor manera, y los sistemas cambian, se organizan, integran y tienen a corregirse para lograr sus objetivos (Bowlby, 1998a).

El sistema de cuidados que se ha observado en primates y humanos, en edades tempranas parece ser que se manifiestan en forma aislada, inmadura y no funcional. Por ejemplo en primates jóvenes y en especial entre las hembras, juegan a ser mamás. (Pryce; citado en Cassidy y Shaver, 1999) A través de la niñez y la adolescencia, los niños expresan el deseo de proveer cuidados, cuando están cerca de bebés, animales o jugando con muñecas. Pero hay una diferencia importante, entre jugar a la mamá y el sistema de cuidados maduro, pues cuando juegan a la mamá, el comportamiento es fragmentario y la secuencia del comportamiento es incompleta. También la atención del niño se pierde fácilmente con cualquier otro estímulo. Este comportamiento maternal en los pequeños es probablemente una reacción a la presencia de un

infante, pero también a la experiencia del niño del cuidado materno. (Pryce; Bretherton y Sroufe; y Fleeson; citado en Cassidy y Shaver, 1999) han sugerido que el niño desarrolla un sentido de los cuidados (especialmente, representaciones mentales de proveer cuidados), a través de la experiencia con la madre. El sistema de dar cuidados madura gradualmente, pero en muchas culturas los hermanos tienen una gran responsabilidad, cuidando a sus hermanos pequeños, en ese contexto la madre es el tutor y la guía para sus hijos mayores. No se ha determinado el grado en el cual, esta experiencia contribuye a una maduración temprana del sistema de cuidados (haciéndola totalmente organizada e integrada) (George y Solomon; citado en Cassidy y Shaver, 1999)

Influencias de la adolescencia

Se dice que el sistema de dar cuidados, empieza a lograr su madurez durante la adolescencia. Este punto de vista, concuerda con la perspectiva del desarrollo en la adolescencia, en el cual muchas características (físicas, mentales y psicológicas) maduran hacia formas más adultas. Aunque la madurez psicológica normalmente es más lenta. Dadas las influencias de las hormonas en mamíferos y en madres primates, se especula que estos cambios pueden iniciar la transición hacia la madurez del sistema de cuidados durante la adolescencia. Esta transición está influenciada por la experiencia. Las experiencias de dolorosas durante la niñez, por ejemplo pueden provocar una menarquia temprana (Moffit, Caspi, Belsky y Silva; (George y Solomon; citado en Cassidy y Shaver, 1999).

Respecto al maternaje, en culturas como la nuestra, el comportamiento sexual y el embarazo, están influenciados por los tabúes y la moral cultural, y éstos pueden vencer la disposición biológica para tener un bebé en la adolescente. Muchas adolescentes entre los 17 y 19 años muestran un gran interés y quieren saber todo del maternaje, lo cual se extiende mas

allá del conocimiento intelectual de la reproducción, las adolescentes se preguntan si serán o no buenas madres, de que manera una madre llega amar a su bebé y que será ser responsable de un infante (George y Solomon; citado en Cassidy y Shaver, 1999).

Transición al parentaje

El sistema de cuidados probablemente, experimenta su mayor desarrollo durante la transición a ser padres (embarazo, nacimiento y los meses que siguen al nacimiento). Las teorías del desarrollo, conceptualizan esta transición como una “crisis” o un “cambio del comportamiento biosocial” que resulta de la interacción entre factores biológicos, psicológicos y sociales únicos (Cole y Cole; Lee; citado en Cassidy y Shaver, 1999). El modelo de cuidados de la teoría de apego, enfatiza un tipo similar de cambios cualitativos durante este periodo. En el nivel biológico, las madres presentan cambios hormonales y neurológicos intensos que están influenciados por el hipotálamo y el sistema límbico. Pryce y Fleming (citado en Cassidy y Shaver, 1999) ha propuesto, que las hormonas pueden tener un papel importante (aunque no exclusivo) en producir agudeza sensorial, tranquilidad emocional y cercanía con los infantes, un papel similar al que se ha demostrado en las madres de animales. Finalmente los investigadores han relacionado la enorme agitación en los pensamientos, dudas y preocupaciones de los futuros padres, con una forma esencial para la reorganización del “sí mismo” (Ammaniti; Benedek; Bibring, Dwyer, Huntington y Valenstein; Brazelton; Cowan; Deutscher; Lee; Liefer; George y Solomon; citado en Cassidy y Shaver, 1999).

El bebé

Otro factor que puede influir en el desarrollo de sistema de cuidados, está asociado al bebé. El bebé tiene un enorme poder para evocar el sistema de cuidados (Bell; Crockenberg; Fraiberg; Sameroff; George y Solomon; citado en Cassidy y Shaver, 1999).

Lorenz (citado en Cassidy y Shaver, 1999) sugirió que las características físicas de los bebés como la cabeza muy grande, redonda y los ojos grandes evocan el sistema de cuidados. Además del atractivo físico, su comportamiento, la percepción y la socialización del infante, hacen al bebé atractivo para cualquier cuidador (Suomi; citado en Cassidy y Shaver, 1999). Las anomalías físicas en un bebé, pueden producir rechazo y descuido, los bebés percibidos como poco atractivos por sus madres reciben menos atención que los niños atractivos (Langois, Ritter, Casey y Sawin; citado en Cassidy y Shaver, 1999).

La activación del sistema de cuidados, y las conductas resultantes son despertadas por el bebé, parecen estar influenciadas fuertemente por otros factores asociados con la madre incluyendo su propia representación del apego. La percepción de la madre de su infante y de la relación de ambos, parece ser un factor muy importante, más que cualquier cualidad en el bebé (Egeland y Farber; Pianta, Marvin, Britner y Borowitz; citado en Cassidy y Shaver, 1999). Y se piensa que la percepción del infante, está influenciada por el sistema de cuidados de la madre. El temperamento (la reactividad emocional del infante, su respuesta psicomotora y la capacidad de regulación) no parece influenciar el desarrollo del apego seguro o inseguro con la madre (Belsky y Rovine; Vaughn y Bost; citado en Cassidy y Shaver, 1999).

Factores del contexto social que se relacionan con la manera de cuidar al niño

Las variables sociales, como el grado de satisfacción de la madre con su red de apoyo social, su matrimonio, sus circunstancias económicas, pueden facilitar o interferir con sus

habilidades en proveer cuidados. Estos factores han sido relacionados con la calidad de la relación madre-hijo (Anisfeld y cols.; Belsky, Gilstrap y Rovine; Belsky y cols.; Cowan, Cowan, Heming y Miller; Diamond, Heinicke y Mintz; Kerig, Cowan y Cowan; citado en Cassidy y Shaver, 1999). La participación del papá con el bebé u de otra persona, influye especialmente en la habilidad de proveer cuidados. Desde la perspectiva de sistemas de comportamiento, el compañero de la madre puede facilitar o competir directamente con la habilidad o el deseo de ser cuidadora (George y Solomon; citado en Cassidy y Shaver, 1999).

Influencia del matrimonio

En la investigación de Solomon y George (citado en Cassidy y Shaver, 1999), cuyo objetivo fue el determinar la influencia de los conflictos parentales y patrones de comunicación, se observó que los infantes cuyos padres estaban divorciados, la madre reportaba un alto conflicto en su rol materno, así como poca comunicación con el padre del bebé, lo que se relaciono con un apego inseguro del bebé, especialmente con apegos desorganizados. En un análisis de las entrevistas de madres cuidadoras, se observó que las relaciones conflictivas eran algunas veces el producto de la indisposición del padre a participar como compañero en dar cuidados. En algunos de los casos más severos de la muestra, el padre bloqueaba a la madre cuando proporcionaba cuidados y protección a los bebés.

La importancia del contexto marital en la capacidad de la madre para proveer cuidados ha sido demostrada por los estudios de los sistemas familiares de Cowans (citado en Cassidy y Shaver, 1999), en que se investigaron las ligas entre las representaciones de apego en la madre y el padre, calidad marital, y el desarrollo del niño y se encontró que la calidad de la interacción marital y la clasificación del padre AAI (Adult Attachment Interview) (Kaplan, Cassidy; citado en Cassidy y Shaver, 1999), estaban relacionadas con el ajuste del niño en la escuela. También

se encontró que las mujeres seguras e inseguras funcionaban mejor como esposas y madres cuando estaban casadas con hombres seguros. En otras palabras, un esposo seguro parece que empuja a la madre sin importar el estatus de su apego, del conflicto personal, de la insatisfacción matrimonial, y de la pobre interacción con su hijo. La interpretación de estos resultados basándose en el sistema de cuidados, fue que un compañero seguro provee una “base segura” para la madre. Es como si el compañero seguro participara en proveer cuidados, como no poniendo otras demandas y conflictos a la madre ó llamando su atención fuera del niño. Finalmente parece que un compañero seguro es para la madre “un paraíso de seguridad”, al que puede volver cuando su propio sistema de apego está activado (Berman, Marcus y Berman; citado en Cassidy y Shaver, 1999).

Modelos de Representación de Cuidados

De acuerdo con la teoría etológica, los sistemas de comportamiento están regulados por modelos operativos cognitivos que evalúan, estiman la emocionalidad y organizan las experiencias de la vida real y del organismo. Estos deben estar al día, y se rehacen para guardar consistencia interna y estar disponibles para usarse en situaciones nuevas y servir como bases de planes futuros (Bowlby, 1998a).

Las madres de niños con apego seguro se caracterizaron por ser “flexibles” y sus representaciones mentales son positivas y realistas: evaluando los cuidados, de acuerdo a la situación, a la personalidad del niño y a las necesidades del desarrollo, la crianza y sus metas y así como sus propias necesidades. Las madres de niños con apego “inseguro” (evitativo y ambivalente) parecía que habían desarrollado representaciones condicionadas, apegadas a modelos cuidados preestablecidos. Las madres de niños con apego “evitativo”, al hacerles una entrevista semiestructurada se encontró: que describieron estrategias para proteger al niño desde

la distancia. Al evaluarse ellas y a sus hijos enfatizan los aspectos negativos de sus interacciones. La característica mas fuerte fue la calidad de su proceso defensivo en las respuestas a la entrevista. El modelo de representación mental de las madres rechazantes fue caracterizado por la desactivación cognitiva. Esto es que descartan o rechazan las necesidades de sus hijos y esto desactiva su sistema de cuidados, pero ellas nunca abandonan su papel de proveedoras de cuidados y protección. En contraste, las madres de niños con apego “ambivalente” se caracterizaron por su comportamiento y su modelo de representación incierto, al hacerles la entrevista semiestructurada se encontró que describieron estrategias para tener a los niños cerca de ellas (promoviendo la dependencia, pareciendo insensibles a los indicadores de los niños). En términos de los procesos defensivos y de las representaciones mentales inciertas, estas madres se caracterizaron por su ambivalencia cognoscitiva. Esto se reveló por su incapacidad para integrar positivo y negativo, bueno y malo, deseable e indeseable. Esta posición mental parece dejarlas confusas, y como producto de su incertidumbre, su sistema de dar cuidados parece ser de alguna manera inefectivo (George y Solomon; citado en Cassidy y Shaver, 1999).

Ya que se ha descrito la representación mental del cuidado asociado con flexibilidad, rechazo, y un maternaje incierto, regresaremos a examinar la proposición, en la cual estos tres grupos de cuidados están asociados con protección y cuidados “suficientemente buenos”. En el marco teórico de los sistemas de conductas, la conducta maternal no es sólo el producto de la activación y desconexión del sistema de cuidados, sino también la integración de los sistemas de conductas que rivalizan entre ellas, tanto de la madre como los del niño ó sea encontrar el camino para integrar y balancear las necesidades de la madre y las necesidades del niño. Aunque es responsabilidad de la madre la integración de estos sistemas, para ella es difícil mantener un balance adecuado. Aún aquellas que tienen niños seguros, por ejemplo, las madres

divorciadas describieron un tremendo estrés asociado a objetivos conflictivos y por lo tanto una gran dificultad para llegar a una solución satisfactoria. En cambio las madres rechazantes e inciertas, fueron muy exitosas para establecer la integración de los sistemas de conductas, además de evaluar los indicadores contextuales y los suyos, sin embargo el comportamiento de los niños está de alguna manera fuera de balance. Las madres rechazantes enfatizan sus necesidades y deseos sobre los de sus hijos. Pasan más tiempo y gastan más energía en lo que ellas perciben como su papel como cuidadoras que en responder a los indicadores actuales del apego de los niños. Por ejemplo, estas madres dicen muchas veces que el trabajo más importante que han tenido es el de ser madres; también interpretan las heridas y aflicciones de sus hijos como maneras de manipulación. Exageran la importancia de actividades y objetivos de otros sistemas de conductas (como la relación con sus compañeros). Las madres inciertas acentúan las necesidades sus hijos sobre ellas mismas, y así sacrificando objetivos de otros sistemas de conducta. Tienden a sobre exagerar los cuidados y a sobre interpretar los indicadores de apego de sus hijos. Por ejemplo estaban muy preocupan de su disponibilidad para sus hijos. De cualquier manera también su sistema de cuidados está fuera de balance. Las madres rechazantes e inciertas, proveen algún grado de cuidado y protección para sus hijos, en comparación con las madres con apego desorganizado (George y Solomon; citado en Cassidy y Shaver, 1999).

Falla en el Sistema de Cuidados

Al subrayar la enorme influencia que ejerce la madre en el desarrollo del niño, también es necesario considerar qué factores la han llevado a adoptar ese estilo en sus cuidados. Un factor que tiene gran influencia es el grado de apoyo emocional (o la falta de éste) que ella

recibe en ese momento. Otro es el tipo de cuidados maternos que ella recibió de niña (Bowlby, 1998c).

La contribución del cuidado materno al apego desorganizado, se observó en una investigación con niños maltratados que después fue confirmado en investigaciones posteriores, esto llevo a la idea que el apego desorganizado se desarrolla cuando el cuidador no puede aliviar el miedo por que ella se ha vuelto la fuente del miedo (Main y Hesse; citado en Golberg, 2000).

Para Bowlby (1998c) algunos de estos casos se producen cuando las madres padece una forma grave de enfermedad afectiva bipolar y trata al niño de una forma irregular e imprevisible. En otros casos cuando las madres aún están ocupada en el duelo de una figura parental pérdida durante su infancia y también por las madres que sufrieron de niñas maltratos fisicos o sexuales.

En las investigaciones recientes, se ha encontrado que la abdicación del cuidado caracteriza a las madres de niños desorganizados y niños controladores. Estas madres se describen a sí mismas como incapaces de proteger a sus hijos (y a menudo de ellas mismas), en su discurso hacen referencia frecuente a su inadecuación, desamparo y pérdida de control. La mayoría de las madres de este grupo describieron como les faltaban recursos efectivos y apropiados para manejar las situaciones de la crianza. Explicaban esta situación como la debida a su percepción de ser totalmente ineficientes o estar incapacitadas, o bien no poder proveer cuidados por ser bloqueadas por otros individuos, por la misma situación o alguna circunstancia. Se describían como impotentes para dar seguridad a sus hijos asustados, estas madres se representaron a sí mismas, como estando fuera de control o desesperadas para controlar a los niños. Para muchas madres, la descripción de sus hijos era generalmente paralela a la descripción de ellas mismas. Si describen a los hijos como fuera de control (por ejemplo salvajes, actuando como maniacos, con una fuerte o mala voluntad, desafiantes, o histéricos), la

madre se describe como impotente para organizar la conducta de los niños (George y Solomon; citado en Cassidy y Shaver, 1999).

“Si la “preocupación primaria” de la madre con su infante es impredecible, inestable y cargada de ansiedad, hostil, si su confianza en sí misma, como madre es vacilante, entonces el niño en proceso de individuación tiene que manejarse sin cuadro de referencia, para reexaminar perceptual y emocionalmente a la compañera simbiótica” (Spingel; citado por Mahler 1972).

El resultado será un trastorno en el “sentimiento propio del ser”. Winnicott (1979) señalo en relación con este punto:

“En las primeras etapas del desarrollo emocional del niño desempeña un papel vital el ambiente (madre), que en verdad aún no ha sido separado del niño por éste. Poco a poco se produce la separación del no-yo y el yo, y el ritmo varía según el niño y el ambiente.... En cierto momento el bebé echa una mirada alrededor... mira la cara ¿Qué ve en ella?... ¿Qué ve el bebé cuando mira el rostro de la madre? Yo sugiero que por lo general se ve a sí mismo. En otras palabras, la madre lo mira y lo que ella parece se relaciona con lo que ve en él ... (como) el caso del bebé cuya madre refleja su propio estado de animo o, peor aún, la rigidez de sus propias defensas. En este caso ¿qué ve el bebé?... Muchos bebés tienen una larga experiencia de no recibir de vuelta lo que dan. Miran y no se ven a sí mismos. Surgen consecuencias. Primero empiezan a atrofiarse su capacidad creadora, y de una y otra manera buscan alrededor otras formas de conseguir que el ambiente le devuelva algo de sí... El que es así tratado crecerá con desconcierto en lo que respecta a los espejos y a lo que estos pueden ofrecer. Si el rostro de la madre no responde, un espejo será entonces algo que se mira, no algo dentro de lo cual se mira (Winnicott, 1971).

Algunas madres veían completamente diferentes a sus hijos de ellas: precavidos y con un control increíble de las situaciones o de las otras personas como muy adultos, inclusive con cualidades para dar cuidados o que tenían extraordinarios dones o cualidades. Estas madres abdicaban al cuidado de sus hijos, ya que al ver que son los niños los que proveen los cuidados, los papeles se invierten; las madres consideraban su manera de proveer cuidados como poco importante e ineficaz o inefectivo. Winnicott (1965) llamo a este ocurrir, el desarrollo de un “ falso self”, por lo cual creyó que significaba, el inicio de la personalidad “como sí”,

“El ser falso ... se desarrolla al comienzo de la relación madre-hijo ... en este proceso ... es esencial tener en cuenta el comportamiento y la actitud de la madre ... ya que la dependencia es real y casi absoluta. De manera periódica, el gesto del niño da expresión a un impulso espontáneo; la fuente del gesto es el ser verdadero, por lo que el gesto indica la existencia de un ser verdadero en potencia ... Es preciso que veamos de qué manera responde la madre a esta omnipotencia infantil revelada por el gesto (o por algún agrupamiento sensorio-motor). La madre “buena” es la que responde a la omnipotencia del pequeño y en cierto modo le da sentido. Esto lo hace repetidamente. El ser verdadero empieza a cobrar vida a través de la fuerza que la madre, al cumplir las expresiones de omnipotencia infantil, da al débil ego del niño. La madre que “no es buena” es incapaz de cumplir la omnipotencia del pequeño, por lo que repetidamente deja de responder al gesto mismo; en su lugar coloca su propio gesto, cuyo sentido depende de la sumisión o acatamiento del mismo por parte del niño. Esta sumisión constituye la primera fase del ser falso y es propia de la incapacidad materna para interpretar las necesidades del pequeño.... El ser falso tiene una función positiva y muy importante: ocultar (proteger) al ser verdadero, lo que logra sometiéndose a las exigencias ambientales. Si alguna vez llegara a producirse la explotación o aniquilamiento (del ser verdadero) ... la madre no solo “no es buena madre” ... sino que es buena y mala de forma exasperantemente irregular. En tal caso, parte de la enfermedad de la madre consiste en su necesidad de provocar y mantener la confusión en quienes están en contacto con ella (Winnicott, 1981).

Khan citado por Mahler (1972), estableció, que el yo auxiliar, tiene también el rol materno de un escudo protector. Además, parece ser que en algunas de estas madres, la preocupación por ellas mismas entorpecería el cuidado de sus hijos. Los niños estaban tan adelantados, que por lo tanto se podían cuidar solos. En algunas madres, el cuidar y controlar eran las estrategias para el cuidado de sus hijos debido a su especial entendimiento o relación con éstos. Estas madres describen a sus hijos y a sí mismas como fusionadas psicológicamente (yo soy una con este niño), y su reporte de comportamiento y pensamiento sobre proveer cuidados para sus hijos, estaban basados en las evaluaciones de ellas mismas. La individuación defectuosa o ausente se encuentra en el centro de la psicosis simbiótica (Mahler, 1972). En

resumen todas sus representaciones mentales, reflejaban el sistema de cuidados, que estaban disminuidos por una madre incapaz (Solomon y George; citado en Cassidy y Shaver, 1999).

En contraste con las madres de niños evitativos y ambivalentes, las madres de niños desorganizados no utilizan alguna defensa definida. Estas madres describen su comportamiento como reacciones extremas, sentimientos de impotencia, limitación e incapacidad para seleccionar, evaluar o modificar sus propios comportamientos o el de sus hijos. La evaluación, que hacen de ellas mismas o de sus hijos es como desamparados e incapaces de controlar sus afectos (George y Solomon; citado en Cassidy y Shaver, 1999).

“Muchas madres fracasan en su iniciación (separación) porque encuentran difícil el alcanzar un balance óptimo intuitivo y natural entre dar el apoyo – al mismo tiempo, saber cuando estar únicamente disponibles y vigilar a distancia, ... no es fácil abandonar su conducta posesiva simbiótica y en lugar de esto darle al niño el apoyo óptimo a un nivel verbal y emocional más alto, al mismo tiempo que le permitan probar sus nuevas alas de autonomía” (Mahler, 1972).

Se ha propuesto que la abdicación de los sistemas de cuidados y su resultado es una forma desorganizada y disfuncional de proveer cuidados. En algunas circunstancias, puede ser que la madre abdique de proveer cuidados a sus hijos, y en condiciones extremas, una madre puede abandonar o inclusive matar a su infante (Clutton-Brock; Miller; Scheper-Hughes; citado en Cassidy y Shaver, 1999); de cualquier manera, estas formas de abdicación física son relativamente extrañas, pues interfiere con la finalidad de la “supervivencia de sus genes” (George y Solomon; citado en Cassidy y Shaver, 1999).

De particular interés es el subgrupo de madres que no están disponibles para sus hijos infantes, pero no han abdicado al sistema de cuidados. Son las que dejan a sus infantes o a los niños sin cuidado y protección. Su sistema de cuidados es insuficiente, pues excitó un desequilibrio entre su apego y sistema de cuidados. Esto ocasiona en su sistema de conductas

un fracaso en la comunicación de un sistema a otro, y que el sistema de cuidados fracasa en la mediación, entre el sistema de apego de la madre y el sistema de apego del niño. Los niños desorganizados se representan ellos mismos y a sus figuras de apego como desamparados, amenazados y fuera de control (Bretherton, Ridgeway y Cassidy; Kaplan; Solomon, George y De Jong; citado en Cassidy y Shaver, 1999). Los adultos que no han elaborado las pérdidas se representan a ellos mismos y a otros como solos, amenazados, desprotegidos e incapaces de contener o prevenir el peligro (George, West y Pettem; citado en Cassidy y Shaver, 1999).

En suma, la evidencia de los estudios de dar cuidados y el apego, sugieren que estas madres sienten miedo, aunque las madres no necesariamente están constantemente preocupadas o estén concientes de su miedo. Main y Hesse (citado en Cassidy y Shaver, 1999) han sugerido que el miedo de las madres se expresa específicamente, por un comportamiento miedoso o que produce miedo a su infante, causando el apego desorganizado. Basados en esta perspectiva, emergen dos preguntas relacionadas con los cuidados ¿de qué tienen miedo estas madres? ¿que comportamientos de la madre asustan al niño? George y Salomon, (citado en Cassidy y Shaver, 1999) sugieren, que la madre tiene miedo de su profundo desamparo – un desamparo que puede ser producto de miedos sobrepuestos-. Pueden temer acerca de su seguridad y/o la capacidad de proteger a su hijo. También pueden tener miedo, de perder el control de sus emociones y de su conducta, y/o de las circunstancias o de otras personas (ellas, el niño u otros) que amenacen sus frágiles recursos. Determinar las causas inmediatas del miedo de la madre es difícil, las causas son muy idiosincráticas pues se relacionan con la niñez, y/o su experiencia pasada. La pérdida que no ha sido resuelta y los traumas en la niñez han sido relacionados con el apego desorganizado. (Ainsworth y Eichberg; Main y Hesse; Manasi y cols.; citado en Cassidy y Shaver, 1999). Sin embargo, esta relación no ha sido apoyada empíricamente, ya que en estudios recientes del apego desorganizado en la niñez intermedia, la mayoría de los niños no

tenían madres con pérdidas o traumas. Se necesita más investigación, para determinar las causas que están asociadas al miedo de la madre y su desamparo, y explorar otros mecanismos, por los cuales la relación de apego puede convertirse en desorganizado (George y Solomon; citado en Cassidy y Shaver, 1999).

Para explicar que parte del comportamiento de la madre, es la que le produce miedo al hijo, es necesario examinar la cadena de eventos que ocurren durante la interacción madre-hijo de las diadas desorganizadas: hipervigilancia y falta de organización asociadas a fuertes defensas. La madre es susceptible de ser rebasada por sus sentimientos por su impotencia y miedo ante señales del niño, del medio ambiente o de su interior. Este estado de pánico o impotencia interfiere con el cuidado materno, ya que la madre se cierre (sea impermeable) a las señales de su hijo. A esta madre no le es posible cuidar o responder a las necesidades o angustias de su hijo por periodos de tiempo. Desde la perspectiva del sistema de cuidados, lo que produce miedo al niño es que se den simultáneamente tanto la abdicación de cuidados y la incapacidad para captar las señales del niño cuando pide cuidados. Mein y Hesse (citado en Cassidy y Shaver, 1999) han sugerido que cuando la madre está asustada, también manifiesta un comportamiento de miedo. Perry y cols. (citado en Cassidy y Shaver, 1999) sugieren que el miedo a la madre, puede expresarse a través de alguna o más de las siguientes conductas: expresiones faciales o movimientos “congelados”, huidizos de miedo. Este comportamiento puede producir miedo en el niño y a ella misma, o el niño puede experimentar miedo por la extrema incapacidad de la madre. En ambos casos el sistema de apego es activado, y paralelamente una cadena de eventos agrupados se pone en movimiento. El niño se vuelve hipervigilante, y potencialmente asustado, ansioso y desorganizado, dependiendo debido a la evaluación que hace de la disposición de la madre. Esta evaluación es el resultado de la historia de desorganización en la interacción con la madre, caracterizada por conductas limitadas,

hipercomplicidad, arranques, inmovilidad, desafío, disociación, desorientación, insensibilidad y agresividad (Perry y cols.; Solomon y George; citado en Cassidy y Shaver, 1999).

El sistema de apego se vuelve “cerrado” (Bowlby, 1997) ya que el deseo del niño y la búsqueda de seguridad y cuidados de la madre están bloqueados. La madre y el hijo se sienten vulnerables, desamparados, y miedosos en un ciclo diádico donde hay un fracaso en la protección.

CAPÍTULO III

EL PADRE

Hay muy poco escrito alrededor de la relación padre-hijo(a) y en la literatura, lo que más destaca, es la función del padre en la separación del hijo de la madre en el proceso de separación-individuación. Otra función destacada del padre es la de ser “agente” de la realidad, representante del mundo exterior, proveedor, protector, apoyo y guía que son acciones relacionadas con el principio de realidad.

Autores como Malher y Gosliner (1955), Abelin (1976), Burlingham (1973) y Lax (1994), sostienen que el padre es de suma importancia para ayudar al niño a diferenciarse e individualizarse de la madre. Es el padre el que a través de la relación con la madre, puede funcionar como modelo para el niño de que es posible tener una relación íntima con la madre y al mismo tiempo mantener la propia autonomía. Una relación buena del padre, puede servir como un reaseguramiento para el niño, que teme ser reabsorbido por la madre, demostrando que sus temores, son infundados, y que la individualidad no necesariamente significa falta de lealtad hacia la madre, ya que ella “permite” que el padre se separe de ella y aún así lo continúa valorando.

Blos (1984) ha remarcado la importancia que para el niño tiene ser amado sin rivalidad. Freud (1975) destacó la importancia del padre diádico en la “historia temprana” del complejo de Edipo; el niño exhibirá un interés especial en su padre, querrá crecer y ser como él, tomar su lugar en todas partes, tomado a su padre como ideal. El padre se empieza a reconocer como crucial en la separación temprana y en el desarrollo del sí

mismo; las dificultades de un niño en la separación se pueden trazar por la carencia en la identificación con el padre en la fase de individuación.

Autores posteriores a Freud, enfatizaron que la figura paterna real comenzaba a tener un papel determinante en la vida emocional del niño/a desde etapas muy tempranas, más aún, inclusive desde la concepción y su influencia puede ser tan buena o nociva como la de la madre. El padre es el segundo objeto organizador del psiquismo, con una función inicial en la vida del bebé, que incursiona en la simbiosis entre madre-hijo representando al mundo exterior y promueve así el desarrollo armónico con la realidad. El padre es el representante del mundo exterior fuera de la díada madre-hijo, el padre es quien trae la productividad, la sociedad, marca las normas éticas y morales, la disciplina y al mismo tiempo la posibilidad de derivar placer en las actividades que realizan los hijos, del hedonismo y de la creatividad (González Núñez, 1984).

Lo paternal es símbolo de propósito, meta y determinación, en el desarrollo temprano de los hijos, una representación consistente del padre se incorpora al yo influenciando su estructura y enriqueciéndolo, cuando la autoridad proveniente del padre es razonable, considerada y provista de sentimientos de lealtad y solidaridad (Solomon, 1978).

Para Secunda (1993), la paternidad tiene 4 componentes claves, sus raíces culturales, historia emocional, temperamento y las fases ó etapas de la vida del padre. Según Secunda los buenos padres tienen una ó más de las siguientes características: la capacidad de escuchar a sus propias necesidades instintuales, código ético y actuar acorde al rol que culturalmente se espera de él como padre. El buen paternaje, ha sido definido, como la capacidad de pedir prestadas ciertas cualidades del sexo opuesto, es decir son personas que estuvieron cercanos a sus madres y se sintieron cómodos con el rol materno.

El buen padre se identifica con la madre nutriente, está a gusto con su aspecto femenino, no está obsesionado con su masculinidad, ni inseguro con su sexualidad, por lo tanto no está preocupado con la división de género en cuanto a las labores de la crianza. Los padres están involucrados con sus bebés desde el inicio, sonriéndoles, cargándolos y hablándoles. El bebé aprende que el diálogo con la madre no es el único que existe en la vida, este diálogo protege al bebé de ser absorbido por la cercana relación con la madre en ésta etapa de la vida (Kaplan, 1994).

(Lacan, 2001) Los niños y niñas requieren de una imagen propia, para ello los padres les sirven como espejos, que son imágenes de la realidad: Si el espejo del padre es opaco y no refleja nada objetivo, el niño no puede superar lo imaginario; la serie de imágenes está incompleta no hay una integración de las imágenes imaginarias y las imágenes de la realidad. Como consecuencia de esto encontramos que la capacidad de negociar con la realidad disminuye considerablemente. Bowlby afirma que, toda persona construye su modelo de sí mismo sobre la base de la aceptabilidad de su propio ser a ojos de las figuras de afecto. De estas figuras de afecto y de su capacidad de respuesta en los momentos en que se requiera su apoyo, de la disponibilidad o la ausencia de ella, ya sea ocasional, frecuente o definitiva, va a depender la propensión a responder con temor siempre que la persona tenga que enfrentar una situación potencialmente alarmante en el curso normal de los acontecimientos. Basta con la posibilidad de que estas figuras sean accesibles o estén disponibles para que la persona desarrolle confianza que permita enfrentar situaciones de riesgo (Bowlby 1998b).

Para Kramer y Prall (1978), la paternidad en algunos hombres ayuda a la resolución de conflictos, especialmente sobre la masculinidad, estimula su maduración, incrementa la separación y la independencia de sus padres mejora la autoestima, la confianza y puede

revivir la identificación con su “buena madre” y su “buen padre” de la niñez temprana. Cuando la patología es excesiva, Klein (1988) señala la importancia de la envidia temprana del hombre a la mujer por su capacidad procreativa y su función maternal en la que las angustias tempranas de muerte en el varón, se manifiestan posteriormente, como infertilidad y las defensas frente a estas ansiedades se expresan en las fantasías y/o conductas del robo del hijo a la madre, y su unión con éste/a. Aquellos padres que adoptan el rol posesivo, anulan a la madre, se apropian del hijo/a, y lo moldean con la finalidad de satisfacer sus propias necesidades. Cuando coinciden trastornos del proceso de separación-individuación, con envidia a la maternidad, el resultado, es el vínculo posesivo, padre-hijo/a, con distintas modalidades que pueden abarcar formas vinculares ansiosas, simbióticas, relaciones de posesión y control narcisista. Los padres posesivos, tienen en su historia antecedentes de que son hombres hambrientos de padre, sea por muerte, ausencia o negligencia, y esta privación de afecto paterno se ha visto sofocada por la atención materna.

Gerson (citado en Torres Torija, 2002) hizo un estudio sobre la agresividad en niños con padres ausentes, en donde concluyó que una de las funciones paternas es la de servir como modulador de la agresión. La ausencia del padre durante las etapas tempranas del desarrollo puede afectar la función del yo, como regulador de la agresión y de los impulsos, así cuando el padre se relaciona adecuadamente, el vínculo entre padre-hijo actúa como una “capa protectora” para el niño ya que este vínculo absorbe algunos afectos y permite que ambos protejan y cuiden al niño del mundo externo.

La pérdida del padre obstruye el desarrollo psicológico del hijo. Le falta una figura de afecto y el espejo reflectivo para conformar su propia imagen. El padre es la figura de separación respecto a la madre preedípica y también la posibilidad de una identidad, dos percepciones del mundo que lo rodea, sus decisiones y futuras relaciones se integran,

estableciendo el equilibrio entre el mundo interno y la realidad externa. El amor de la madre no es suficiente. El padre es un elemento para el éxito tanto en el aspecto laboral como en el amor (Secunda, 1978).

Los padres que abandonan a sus hijos son esencialmente inmaduros, fijados en el narcisismo primario infantil, incapacitados para sentir el dolor o alegría de nadie más que de ellos mismos (Secunda, 1978).

Ontogénesis de la Representación del Padre

Richard Atkins (1984) en su artículo sobre la relación temprana padre-hijo. Describe como el niño durante su infancia, adquiere una representación física o una imagen mental de su padre.

La evidencia que ha aportado la investigación, ha demostrado que la representación del padre puede derivar de las interacciones directas y recíprocas de la díada padre- hijo. Aunque también contribuye en la representación mental infantil, la inaccesibilidad del padre, ya que, la ausencia del padre tradicional puede generar una cierta riqueza en el pensamiento del niño sobre el padre. También la madre según Atkins, juega un rol crucial – lo que él le llama vitalización transitiva, que también ha sido llamado de “segundo orden” o efecto “indirecto” por otros autores, que ayuda al niño a tener un puente afectivo y mental de las idas y venidas del padre, de la “poca presencia” de los padres de nuestra cultura. Atkins sugiere, que para poder entender el origen de la representación del padre, el contexto debe ser triádico, familiar. Así, podemos entender que la idea del padre involucra más de lo que los ojos pueden ver – tanto en el niño como en el observador. Claramente, el padre aparece como una fuerza vital y dinámica, en la vida temprana. Cualquier padre y su infante demuestran patrones importantes y dramáticos de relación entre ellos, únicos y

diferentes aunque paralelos, a los importantes patrones de relación que existen entre el niño y la madre (Atkins, 1984).

El modelo madre-infante sirve como prototipo, a través del cual se puede entender la ontogénesis de todas las relaciones sociales tempranas, incluyendo la del padre. El niño en el primer año de vida, forma un apego claramente enfocado y significativo con su padre. El padre provee un contexto para tal apego y presumiblemente un pensamiento representativo emerge (Atkins, 1984).

Como muchos investigadores han señalado, los padres actúan más como compañeros de juego y las madres como cuidadoras de sus infantes. Los patrones de interacción padre-infante son estables y diferentes de los patrones madre-infante desde el primer mes de vida (Yogman, citado en Atkins, 1984). La literatura sugiere generalmente, que el padre puede proveer un importante contexto vital de estimulación para el infante; se ha encontrado que la cantidad de tiempo que el padre interactúa con el infante no se correlaciona con la medida en que el bebé está apegado a éste. Por lo tanto la cualidad de la interacción diádica y no la cantidad de tiempo juntos, es la que gobierna tanto el apego al padre como a las vicisitudes de las representaciones concomitantes (Atkins, 1984).

Sí los niños pueden desarrollar un apego manifiesto hacia sus padres y empiezan a pensar sobre ellos, en la vida temprana, a pesar de las pocas y cuestionables exposiciones significativas – entonces tanto el apego y las representaciones tendrían que recibir las contribuciones o influencias de otras fuentes, que están más allá de la diada padre-infante. Es importante recordar que una ausencia relativa del padre es la norma en las familias tradicionales. Esta ausencia relativa hace que el pensamiento se haga más fuerte. Es el balance entre la gratificación y su ausencia – donde emergen los precursores del pensamiento. Sigel (citado en Atkins, 1984) sugiere que la “distancia” implica, el desarrollo

representacional del pensamiento, y esto está involucrado con la separación del objeto del niño. En las familias tradicionales, es el padre el que trabaja fuera. Las idas y venidas del padre – distancia – requieren que el infante construya, elabore y nivele la ausencia del padre. La abstracción temprana es promovida. Ciertamente, de acuerdo a lo que conocemos sobre la cantidad de tiempo que los padres parecen pasar con sus hijos, y el argumento de una representación por contacto directo parece poco plausible. Lewis (citado en Atkins, 1984) propone que el infante puede formar una relación con el padre a través de la mediación de la madre, y que la mediación del apego hacia el padre puede ocurrir independientemente del contacto directo que el niño tiene con su padre (Atkins, 1984).

“Atkins (1984) propone que tanto el postulado cognitivo como el psicoanalítico son adecuados. Los efectos transividad pueden ser encontrados en la génesis de las representaciones psíquicas a través de la potencialización de la madre de la presencia del padre y tal vez, la más interesante es la vitalización hace la madre del padre, en la ausencia este”.

Para completar la revisión del tema debe abordarse al modelo de relaciones objetales, fue Abelin (citado en Atkins, 1984), él que primero sugirió una transformación particular en el mundo representacional de los niños a la mitad del segundo año. Con la emergencia de la memoria evocativa (Fraiberg, citado en Atkins, 1984) los niños pequeños empiezan a concebir a la relación con los padres, y por lo tanto a entender la díada yo-tú con cada uno de los padres. Abelin llama a esta capacidad “triangulación temprana” y sugiere que esta función es un presagio importante en la configuración edípica (Atkins, 1984).

“Atkins (1984) postula que la triangulación de la constelación familiar tiene impacto en el niño desde el nacimiento – aún cuando la compleja relación triangular aún no este objetivada o diferenciada en la experiencia mental del niño”

Atkins pone por ejemplo, como ya se ha notado, en el esquema tradicional de la relación objetal, que el actuar de la madre alimenta el interés del infante en ella. Pero también es claro que la madre alimenta el interés en otras personas u objetos en el medio ambiente del niño, especialmente en el padre. Durante el primer año de vida, la manera en la cual la madre trae a su bebé en contacto con su padre, puede catalizar o decolorar el apego afectivo hacia el padre. Durante la fase autística o simbiótica, la madre puede facilitar o retardar los periodos sostenidos de la tranquila alerta inactiva dirigidos a otros. Ella puede hacer crecer o inhibir la capacidad del padre y hacer lo mismo con su hijo. Es importante remarcar la afectividad en la relación de la madre y el padre, tanto como si la presencia del padre conduce al amor, cuidado y felicidad o si su presencia induce al coraje, depresión y odio. Estos afectos sutiles, que de alguna manera se traducen en movimientos corporales de la madre que el niño siente, sostienen el nivel de las representaciones imaginarias sobre el padre, cuando estas empiezan a formarse. Al final del primer año el niño tiene una idea de la representación de su padre mediante la actuación de su madre. En la familia nuclear la constelación madre-infante, puede ser que la madre establezca el balance afectivo para la presencia del padre. Si ella nutre cálidamente una posición vital para el padre o lo declara un intruso hostil, sus signos afectivos declaran un contexto de actitudes para el sostenimiento y cuidados del padre. Sus placeres e incomodidades se pueden manifestar a través tanto de sus expresiones como de los cambios en su cuerpo cuando la madre está cargando a su bebé. Estos sutiles cambios “en su lenguaje corporal” pueden ser registrados directamente en su infante como representaciones primitivas de

afectos motrices o como signos de comunicación, que pueden ser la anticipación del “contexto del padre”. Estos pueden bien ser algunos de los orígenes de la mediación transitiva del niño que tengan carga positiva o negativa en las representaciones del padre. (Atkins, 1984).

Regresando a la área cognitiva, en la literatura de la teoría del apego, las conductas progenitor-hijo están categorizadas en dos modelos globales: conductas de apego y conductas afiliativas. Por mucho, la conducta de apego es una conducta próxima: apoyarse o acercarse, recostarse, tocar, palpar, etc. La conducta afiliativa es distante: mirar, vocalizar, sonreír, gesticular etc. La conducta cercana o próxima aparece más frecuentemente en el contexto madre-infante y la conducta de relativa distancia es más frecuente en el contexto padre-infante cuando los dos padres están presentes (Lewis, Weinraub y Ban; Parke y O’Leary; Clarke-Stewart; citado en Atkins, 1984). Si, se pidiera hacer la construcción mental de la situación que se describe de la dicotomía proximidad-distancia, se podría ver al infante sentado en el regazo de la madre, o cargado en el brazo de la madre, y los ojos dirigidos al padre, se podría sugerir que la conducta de distancia vive en algún lugar en el amplio mundo entre los objetos presentes y ausentes. Gunsberg (citado en Atkins, 1984) propone que, ontogenéticamente, las conductas de apego son más primitivas o fundamentales en el repertorio psicoconductual. Las conductas afiliativas son más avanzadas. La apariencia de las conductas afiliativas, por la distancia, puede ser una estación intermedia o transicional en la composición del pensamiento representacional o simbólico (Atkins, 1984).

La Relación Específica del Niño con el Padre

En una observación longitudinal llevada a cabo por Abelin (1975), en el medio ambiente familiar se estudiaron las reacciones de un niño durante sus primeros dos años de vida. La idea fue explorar las manifestaciones del niño hacia su padre y en que momentos aparecían éstas.

A los cuatro meses y tres semanas – dos semanas después de que se percibió la relación simbiótica con la madre – el infante mostró signos de haber establecido una relación específica con su padre. Alrededor de los seis meses, era ya evidente que el infante podía, formar el apego con los tres adultos con los que vivía (incluyendo a la mujer de servicio); con su padre, el infante iniciaba cierto tipo de juegos rituales que habían desarrollado anteriormente. Los juegos no eran de “padre”, solo eran diferentes (Abelin, 1975).

Después de los siete meses el infante bajaba su tono emocional cuando su madre se encontraba ausente, pero el “reabastecimiento” se daba tanto con su madre como con su padre. Algunas veces él prefería ser abrazado por la madre; otras veces parecía ser su padre al que prefería. Esto dio para pensar en un “reabastecimiento” específico con cada padre. Esta hipótesis ha probado ser invaluable como una manera de entender varios cambios de estados de ánimos y preferencias que se dieron en los primeros dieciocho meses del infante. Básicamente, el buscaría el “reabastecimiento” del padre que hubiera estado ausente por más tiempo, y de lo amplia que fuera su necesidad para este “reabastecimiento” (Abelin, 1975).

Cualidades Específicas en la Relación con el Padre

Según las observaciones de Abelin (1975), el infante alrededor de los seis y siete meses muestra un comportamiento más alerta y activo con sólo ver al padre. A los ocho meses el padre parecía actuar como un “energetizador”. Entre los ocho y medio meses y los trece y medio meses se observa un tipo de apego específico a la madre, mientras que el apego al padre está representado por una fuerte emoción así como a la realidad externa. A esta representación se le ha llamado “el significado del padre” (Abelin, 1975).

En el desarrollo de las subfases de práctica y reaceramiento se empiezan a desarrollar los intereses mecánicos como cavar y martillar, que están relacionados con el mundo de “papi”. A los catorce meses el infante camina en dirección opuesta de donde está la madre, mientras que trata de estar lejos de ella de muchas maneras. En tanto que el padre seguía siendo simplemente admirado y querido. El infante parecía tener miedo de perder el amor de su padre y trataba de cumplir con las demandas de éste más rápidamente que con las demandas de la madre. Alrededor de los diecisiete meses, el infante empieza a evocar los gestos de prohibición del padre cuando se le pide abstenerse de algo particularmente difícil de lograr. En esta fase, la autoridad del padre es más efectiva que la de la madre (Abelin, 1975).

Las diferencias de la relación con el padre y con la madre, son claras. El amor de la madre se da como un hecho, mientras que el amor del padre no. Por esta cualidad del amor al padre, este se volverá la raíz de la autoridad y de la disciplina, mucho más temprano de lo que se suponía. La relación del padre se da al mismo tiempo que la relación con la madre, desde las primeras semanas de vida y comparte muchas de las cualidades simbióticas, donde tal vez los espacios de las relaciones madre y padre están “sobrepuestas” (Abelin, 1975).

El Padre y su Rol Temprano

El padre es realmente importante en los primeros meses, no sólo como “influencia” mediante el pensamiento de la madre, sino por su propia contribución con una “magia” especial y con cualidades “omnipotentes” que da vida al niño (Greenacre, citado en Abelin, 1976). El reconocimiento del padre empieza durante la simbiosis, un poco después del reconocimiento de la madre. Las reacciones ante el extraño (padre), gradualmente van desapareciendo hasta que la presencia del padre se hace irremplazable e interesante. En la fase de “prácticas”, el padre se hace una figura excitante y “diferente”, es el otro progenitor que está en “un espacio que no es el de la madre” mientras que la madre constituye una “base en el hogar” para el “reabastecimiento” (Abelin, 1976).

“En muchos de los casos, el padre juega con los niños de maneras típicas – brincando, de una manera tosca, aventándolo al aire etc. – especialmente durante el primer año y el principio del segundo año cuando el bebé empieza a deambular. Estos comportamientos renuevan la actividad muscular, intensifican el erotismo del cuerpo y lo alientan a la exploración del cuerpo. Este niño se puede identificar con los movimientos del padre que producen una gran excitación, mientras, el niño esta fascinado por la presencia del padre, que le sirve para lograr “un enamoramiento con el mundo”... Gradualmente, el padre se va delineando como un carácter donde su “actividad es más poderosa, misteriosa y glamorosa que la madre de todos los días” (Greenacre, citado por Abelin, 1976).

Los bebés giran fuera de la órbita de la madre hacia el padre. El padre alineado con la realidad, y el pequeño en crecimiento irá en conquista de esta realidad. El padre es una presencia vital, desde el cual el niño extrae (especialmente durante las fases de transición) y articula un sentido de autoidentidad, idealmente podrá estar lleno de alegría y confianza por sus destrezas (Abelin, 1975).

Benjamin (1991) enfatiza que en este periodo de reaproximación, no sólo se involucra la ansiedad de separación, de pérdidas o de pérdida de la omnipotencia, sino también la necesidad de reconocimiento. Particularmente la necesidad de reconocimiento, por parte de la persona de la cual el niño ha sido dependiente (la madre); no es sólo que ella tolere la separación sino que el niño reconoce que la madre no hará lo que él desea. Es deseo general de ser reconocido como sujeto de deseo, más que un sujeto sólo tiene necesidades. Esto es un conflicto entre el miedo a la separación y el deseo de ser independiente, es la contradicción entre la seguridad y la autonomía que muchas veces se siente como inmanejable, ya que la madre significa el apego y el padre la independencia. Dos necesidades irreconciliables, empiezan a ser formuladas como divisiones de los roles tradicionales en la crianza, en la cual la madre es la figura primaria de nutrimento, asociada a la dependencia y la seguridad; y el padre asume el rol de la búsqueda de libertad, separación y deseo. El padre ahora representa un tipo diferente de objeto – un sujeto- que no es la fuente de bondad sino espejo de deseo. El niño gana de él no sólo el reconocimiento directo a través de su aprobación o confirmación, sino el reconocimiento a través de la identificación simbólica con un sujeto poderoso que es su ideal.

“En muchos cuentos y leyendas el padre es representado como rey, como gigante, como un animal feroz, que es, como un ser poderoso que puede destruir, matar, castigar, y que tiene el poder sobre la vida y la muerte, pero finalmente es conquistado por el héroe, el niño. La fuerza atrás de estas fantasías es probablemente edípica. El niño, en todo caso, también es representado como el joven poderoso, que desea copiar e imitar al padre... (La fuerza atrás de estas fantasías está probablemente) en la fase de la vida del niño que precede a la edípica (preedípica)” (Burlingham, 1973).

La identificación con el padre es un vínculo, para evitar conflictos como también para la separación, para negar el desamparo y para perder la grandiosidad de la fase de “prácticas”. En la mente del niño, el padre mágico, con el cual se identifica, es omnipotente

como a él le gustaría ser. La identificación juega un rol importante para el amor y el deseo. La identificación, no es solamente un proceso interno, sino también un tipo de relación. En esta fase peculiar del desarrollo, es una identificación de amor. Es una relación en la cual el sujeto se reorganiza a sí mismo en el otro (Benjamin, 1991).

Claro, que el niño se identifica y busca el reconocimiento de ambos padres en este momento y atribuye omnipotencia a los dos. Pero mientras el poder de la madre parece apoyarse en el control sobre el niño y puede estar “contaminada” por la simbiosis materna, el poder del excitante padre se apoya más en la relación con el mundo de afuera, más allá del poder de la madre. Los niños necesitan identificarse con el padre antes de que, escojan el objeto de amor. El niño o la niña buscan, en la subfase de reaceramiento al padre para identificarse, el amor al padre, que simbólicamente representa el “enamoramiento con el mundo exterior”. Esta identificación se puede frustrar por la ausencia del padre o su incapacidad de reconocer tanto a la hija como al hijo (Benjamin, 1991).

Lowald (1951) sugirió dos tipos de relación con las figuras parentales: a) Una relación positiva con la madre, al salir fuera de la posición narcisística y un temor defensivo y negativo a se absorbido por la madre, de hundirse otra vez en un estado desestructurado de identidad con ella; b) Una relación donde se ve al padre como una identificación positiva, que permite un soporte poderoso en contra de la dañina matriz y; una relación defensiva contra la amenaza de castración paterna. Las dos relaciones con el padre positiva y negativa, facilitan al niño la diferenciación de la madre, ya que ambas relaciones lo mueven para escapar del ser absorbido por ella. Esta “fuerza paternal” es crucial para prevenirlo de “sumergirse” dentro de la unidad destructora de la cual el “ego emerge”.

Abelin (1971) sugirió que la experiencia del padre es tanto traumática como organizativa. A esto él le ha llamado “triangulación temprana”, indicando el momento

cuando el niño pequeño tiene que entender e internalizar la relación entre sus dos objetos más queridos, el padre y la madre. Una característica de la triangulación temprana, es que se espera que produzca un impulso para el proceso de pensamiento abstracto, donde se encuentran deficiencias habrá repercusiones en la imagen del sí mismo, en el objeto de amor y en el pensamiento abstracto. Esta triangulación le permite al infante ser miembro de un grupo pequeño, con un nivel mental nuevo y más complejo; éste proceso al principio es frágil y puede ser resquebrajado por las demandas exclusivas de uno de los padres. Esta es una etapa donde el padre generalmente se involucra más con sus hijos, ya que éstos le responden de una manera más conciente y con gran orgullo, alegría y atención. Sólo podemos especular que pasaría si los padres no responden o si estuvieran ausentes durante ésta etapa (Abelin, 1976).

Otra característica del rol del padre según Rosenfeld (1992), es el padre como “decodificador” de mensajes. El niño al ir relacionándose con el mundo, no lo hace solo, sino en un grupo familiar, y es a través de este grupo, que se obtiene el contacto con la realidad y su conocimiento. El grupo pequeño (familia) es el intermediario, pues es grupo, no sólo el niño el que enfrenta al mundo. Es a través de este grupo donde se da la inclusión de códigos afectivos, simbólicos y sociales, como también los códigos de conocimiento y pensamiento. Por lo tanto una de las tareas del padre es, ser responsable de aclarar, desenredar y deshacer los mensajes paradójicos (mensajes dobles, órdenes contradictorias, preguntas tangenciales, comentarios descalificadores, etc.) de la madre o de cualquier otro miembro de la familia, es ser facilitador de un grupo primario, impartir una coherencia afectiva a las sensaciones y percepciones en el mundo de objetos vivos que rodean al niño. Este papel consiste en sostener y contener los afectos, ansiedades y miedos, es complementario de forma indisoluble del rol maternal y constituyendo ambos un proceso

dialéctico (tesis, antítesis y síntesis). La receptividad es indispensable para contener al niño, se debe crear un espacio psicológico que envuelva al niño, como una especie de segunda piel protectora, tarea que involucra a los dos padres. Es bien sabido que el papel del padre o el padre real, juega el rol principal en el complejo de Edipo, el cual es estructurante, y su resolución es fundamental para la estructura mental.

El Padre Edípico

El complejo de Edipo implica la atracción romántica del niño hacia el progenitor del sexo opuesto. Al mismo tiempo, el progenitor del mismo sexo es temido y amado. Como consecuencia del miedo, el niño deja de lado su atracción y competencia y en cambio se identifica con el progenitor del mismo sexo. Esta identificación es mucho más intensa que la preedípica, Si la resolución del complejo de Edipo es normal tiene cambios importantes en el superyo, donde se forman actitudes fundamentales con los miembros del mismo sexo y del sexo opuesto, hacia papeles ordenados por la cultura, y muchas otras.(Dicaprio; 2000). Las identificaciones preedípicas se pueden entender como identificaciones primarias y las identificaciones que se dan después del complejo de Edipo son secundarias (Avenburg; citado en Rosenfeld, 1992).

El niño necesita una relación “positiva, no hostil” con su padre, que provea bases de identificación para la posterior posición edípica. El niño pequeño manifiesta un especial interés por su padre, y quiere volverse igual que él. El niño muestra dos apegos psicológicos diferentes, uno hacia la madre como objeto sexual catártico y otro hacia el padre como identificación con el ideal del yo. (Lowald, 1951). En la etapa edípica, cuando el niño ha logrado la separación de su madre, puede entrar en una relación triangular rival con amor y odio ambivalentes hacia el padre. La culminación óptima de este periodo

incluye una aceptación de la realidad, el abandono de la aspiración de poseer exclusivamente a la madre y la identificación del padre con sus normas (superyo) (Kisnher, 1992). Se debe decir, que el padre que restringe y castiga, es también él que rescata a su hijo, de ser arrollado por las desilusiones infantiles; el llamado rescatador es la personificación temprana del principio de realidad, lo que hace crecer a la masculinidad con una expectativa adecuada. (Bloss, 1984)

La niña necesita identificarse con el padre, como figura de separación de la madre preedípica, ya que el padre es una fuerza independiente de la madre; es una respuesta a la omnipotencia, al control anal y la represión sexual; el padre es un objeto de deseo tanto para el niño como la niña. Benjamín ha sugerido que en el periodo de conflicto máximo de la separación – reaceramiento- es cuando surge la representación del padre, y esto es muy significativo. La idealización del padre es crucial no sólo para el yo sino para el desarrollo sexual. En la etapa edípica el padre de la niña se ha vuelto su objeto de amor, y se espera que en el curso normal de desarrollo, ella encontrará el camino para escoger otro objeto fuera de la órbita familiar (Leonard). La culminación óptima de este periodo incluye una aceptación de la realidad, el abandono de la aspiración de poseer exclusivamente al padre y la identificación con la madre, debido al miedo a perder el amor de ésta. (Benjamín, 1991 y Leonard, 1966)

Como Freud (1975) señala, el padre simboliza la autoridad de la sociedad, ya que es él, el que incita a los hijos a incorporar las prohibiciones, las reglas, principios y los valores de la sociedad. El padre es el representante de la sociedad en la familia y el representante de la familia en la sociedad. A través de la disciplina y control que proporciona y orienta a los niños para dejar la dependencia de la madre y así poder dejar la dependencia con su madre

por lo tanto crecer y aceptar sus responsabilidades como adultos en la sociedad. Del padre se espera que proporcione autoridad, disciplina y un juicio neutral y objetivo.

“ La aparición de padre en sus tres etapas: primero, como objeto interno dentro de la figura de la madre y, por lo tanto, transmitido por ella desde las fases más tempranas; segundo, como “partero”, cuya función es la de rescatar al niño de la simbiosis con la madre y promover su autonomía como ser independiente; y tercero, como rival edípico en la clásica relación triangular, cuyo destino final en los casos aproximadamente armónicos se caracterizará por la posibilidad de consolidación de la identidad del niño bajo el modelo de esa segunda figura de identificación que es el padre; la aparición de esta otra figura marca las características evolutivas del niño, y los sucesivos pasos en la conformación y consolidación de su identidad” (Vives; citado en Estrada Inda, 1990).

El padre continúa desempeñando el papel de freno, ya que el yo y el superyo del niño/a aún están inmaduros y siguen necesitando tanto apoyo como control. El padre junto con la madre colaboran para resolver los problemas relacionados con la relación del niño en la sociedad de la cual forman parte. Cuando los padres trabajan y juegan con el niño, pueden expresar su identificación común con los individuos, ideas y valores, más allá de sí mismos. El padre irá apoyando a su hijo/a en las nuevas relaciones y conflictos subyacentes, y estimulando en las capacidades que el niño está desarrollando, permitiendo así nuevas identificaciones con otros adultos y sus iguales (Kindlon y Thompson, 1999).

“ Al promediar la infancia, la forma en que un padre se comporta durante el juego u otras actividades compartidas con su hijo, le enseñan a éste cómo manejar sus emociones. Las estrategias de resolución de problemas ... que se traslada a las situaciones sociales durante la adolescencia y la adultez están en relación directa con las lecciones aprendidas de su padre durante las actividades recreativas compartidas ...(al observar) de qué manera su papá resuelve conflictos, coopera con otros y trabaja como “socio igualitario” en la familia, en la comunidad y en el trabajo. En todas las áreas de la vida, las acciones del padre son más elocuentes que sus palabras y el niño escucha cuidadosamente ambas manifestaciones. Si el padre puede ser

honesto, franco, considerado y sensible en sus respuestas, el respeto del hijo será la consecuencia inmediata de esta actitud". (Kindlon y Thompson, 1999).

Ser padre de un adolescente, es difícil ya que la adolescencia es un periodo de altibajos emocionales, los jóvenes luchan por ejercer cierto control sobre sus vidas, pero siguen necesitando todavía emocionalmente a su papá, aunque no lo quieran admitir. El padre es un incomodo recordatorio de su dependencia y su necesidad de amor, atención y aprobación, lo cual se contrapone a la creciente lealtad con sus pares. El padre, en esta época, se espera que sea un negociador donde los límites se irán abriendo de acuerdo a la edad del adolescente, lo cual conlleva a escuchar al hijo, formular preguntas y demostrar un interés genuino en lo que él dice. Celebrar los logros del hijo/a para reconocer su identidad e ir permitiendo cada vez más al joven el control de su vida y siempre apoyarlo en caso de necesidad (Allen y Land; Cassidy y Shaver, 1999).

Para la teoría del apego, la función central de los padres en la adolescencia, es proveer una base emocional segura, para que el adolescente pueda explorar un amplio rango de estados emocionales, que surgen al estar aprendiendo a vivir como adulto autónomo y así poder desarrollar la capacidad de regular los afectos sin distorsiones y aunque estas tareas tienen un alto costo, incrementarán las habilidades para la formación y sostenimiento de futuras relaciones y en último termino poder cuidar a sus propios hijos. La última tarea importante de los padres es convertirse en el apoyo y tener capacidad de sostener o contener los afectos engendrados por el aprendizaje de vivir independientemente de los cuidados parentales.

CAPÍTULO IV

EL CICLO VITAL DEL INDIVIDUO Y DE LA FAMILIA

El ser humano pasa por un ciclo donde despliega las funciones de todos los seres vivos funciones: nacer, crecer, reproducirse y morir, las cuales pueden encontrarse dentro de un marco de salud y normalidad o bien adquirir ciertas características de enfermedad o patología. Una de las ventajas del concepto de ciclo vital es que nos permite la organización y sistematización del pensamiento clínico. En este capítulo se describirá la evolución psicológica del hombre y al sistema de crianza que lo acompaña.

La Confianza Básica versus Desconfianza Básica

(La Crianza y el Proceso de la Paternidad)

Para Estrada- Inda (1997), la llegada de un hijo requiere de espacio físico y emocional. Esto demanda la reestructuración o reorganización de los padres, donde la pareja ayude y apoye al otro emocionalmente para hacer este espacio a un nuevo miembro. Esto evita que cada uno de los cónyuges, regrese a buscar seguridad en los padres y que cada uno de la pareja tenga seguridad de que habrá consideraciones y cuidados, en especial para la nueva madre y su bebé.

La madre, mucho más unida a su papel por la biología, se adapta mucho más pronto a sus funciones. Ya que, desde el momento mismo del embarazo, irá formando un nido emocional para su hijo, que le irá substrayendo del intenso mundo exterior y le permite formar imágenes, pensamientos y planes para el futuro desarrollo de su hijo. Cuando esto sucede queda en cierta forma desactivado, su aparato defensivo que la adapta al medio ambiente.

Como consecuencia, requiere de alguien que la apoye, la ayude y en cierta forma la proteja, para que dicho nido emocional continúe progresando hasta el nacimiento y aún varios meses después (Estrada- Inda, 1997).

La función del padre, no sólo comprende el cuidado del niño, sino al de la madre. El padre debe cumplir ciertas funciones maternas con su esposa, antes de que tenga que actuar directamente con el hijo. Debe servir de vínculo con el mundo externo, con la sociedad y sus constantes cambios y sirve de conexión con el mundo social y con otros seres. Debe tener flexibilidad suficiente para poder intercambiar roles con la esposa cuando sea necesario. Es decir, como ella actúa como madre del niño, el padre actúa como madre de su esposa, todos en un momento dado necesitamos cuidados maternos. El padre puede y debe desarrollar lo que se acepta como conducta maternal, sin temor al concepto (Estrada- Inda, 1997).

De ésta manera el anclaje emocional no será desplazado, por la madre-bebé a otros, que cumplan con sus necesidades de afecto, como por ejemplo los padres de ésta, los amigos o antiguos amoríos; ni por el padre que pueda buscar este anclaje emocional en los negocios, deportes, eventos sociales y en aventuras sentimentales. Cada uno de los padres deberá mantener y expresar su individualidad y su identidad, y no utilizar al niño para gratificaciones de sus propias fantasías infantiles de paternidad o como complemento patológico de la propia identidad. Tener un manejo adecuado del medio ambiente para evitar ser diluido a través de su acción demandante (Estrada- Inda, 1997).

“Para ilustrar el impacto que desde el embarazo mismo hasta la aparición del nuevo ser se produce en el sistema de pareja, describiré el caso de dos jóvenes esposos ... ambos acudieron a buscar ayuda profesional después de un año y medio de casados, cuando prácticamente acababa de nacer su primer hijo. Los síntomas aparecieron en forma de un estado depresivo que se inició en el esposo casi tan pronto de que su esposa estaba embarazada ... conforme avanzó el embarazo y cuando se presentó el parto, se hizo más fuerte y aparente un

sentimiento de soledad en el esposo, en contraposición con el gran entusiasmo que mostraba su esposa con el recién nacido... El decidió buscar ... consuelo y acudió a su novia anterior...Ella, ... estableció un "anclaje simbiótico" con el niño dejando prácticamente fuera de lugar al esposo....El resultado inevitable de esta situación no se hizo esperar mucho y fueron peleas, demandas agresivas y la desesperación que apareció en ambos, lo que les hizo percatarse que ni la novia anterior ni el bebé satisfacían sus necesidades reales y las expectativas que ambos habían decidido buscar y encontrar en el matrimonio y en la formación de una nueva familia...El tratamiento se basó en tres puntos esenciales...Encontrarle lugar y espacio tanto físico como emocional "al nuevo huésped"....Encontrar un anclaje emocional mutuo con el hijo, sin que por esto se perdiera la pareja... Y desarrollar una capacidad de apoyo mutuo para aprender los nuevos roles de padre y madre, que implicaban cierta separación entre si y soledades momentáneas (Estrada Inda, 1997).

El tener un hijo debe favorecer la intimidad de la pareja, estimulando la diferenciación y la elaboración de diversas facetas de la personalidad de cada uno. El hijo puede producir y realizar además un sentimiento de continuidad; convertirse en la energía, que mueve al humano a través del tiempo, hacernos pertenecer a los ancestros y unimos a las generaciones futuras (Estrada-Inda, 1997).

Si más o menos todas estas condiciones están dadas encontraremos a *una madre dispuesta y abierta emocionalmente para sintonizarse con su bebé*. Y éste podrá desarrollar un sentido de confianza, *si las necesidades son satisfechas sin demasiada frustración, donde encuentre una comodidad física y experiencias mínimas de temor o incertidumbre*. Esto determinará la confianza en el propio yo y la seguridad en sí mismo. Esta confianza le permitirá abrirse a nuevas experiencias. Esta confianza se percibe en el niño, ya que todo cuanto lo rodea, entonces, es predecible y congruente, para él, las experiencias físicas y psicológicas no gratificantes o fuera de tiempo, determinarán un sentido de desconfianza, que conduce a una percepción temerosa de las situaciones futuras. Este sentido de desconfianza se manifiesta como suspicacia, introversión y una temerosa angustia y preocupación respecto a la

seguridad (Erikson, 1993a).

La primera zona que se desarrolla en el bebé es la de la boca y los sentidos. Uno de los primeros encuentros que se producen entre la madre y el recién nacido, es *darle pecho*, ya que ahora ya está privado de su simbiosis con el cuerpo materno. Debido a la capacidad congénita y más o menos coordinada para incorporar a través de la boca, que se encuentra con la intención del pecho, de la madre y de la sociedad, de alimentarlo y darle la bienvenida. En este momento, el recién nacido vive a través de la boca y ama con ella y *la madre ama con sus senos*. Así, de la misma manera los ojos quieren incorporar lo que aparece en su campo visual y su sentido del tacto todo lo que siente como bueno (Erikson, 1993a).

La primera modalidad social aprendida del niño, es recibir, aceptar lo que es dado. El organismo vacilante e inestable del recién nacido adquiere la modalidad de recibir y aceptar, sólo cuando *aprende a regular sus sistemas de órganos de acuerdo a los métodos de cuidados infantiles o métodos de crianza*. La primera demostración social, es la confianza del niño en obtener sus alimentos, poder tener un sueño profundo que tiene relación con sus intestinos. El primer logro social, es permitir que la madre se aleje de su lado, sin experimentar ansiedad o rabia; ya que ella se ha convertido en una certeza interior, así como algo exterior previsible. A partir de este momento aparece un sentimiento rudimentario de identidad yoica debido a la persistencia y continuidad de la experiencia, la cual promueve el reconocimiento de que existe una población interna de sensaciones e imágenes recordadas y anticipadas que correlacionan con la población externa de cosas y de personas familiares y previsibles. Debido a las horas de vigilia, cuyo número va en aumento, sus sentidos se van despertando con una sensación de familiaridad; esta coincidencia produce un sentimiento de bienestar interior. Así, es como las formas de bienestar y los procesos asociados a ellos, se vuelven familiares tanto como la incomodidad intestinal (Erikson, 1993a).

También a este periodo se le ha llamado de dominio, en el cual, el niño ha aprendido a controlar el cuerpo y sus funciones. El dominio oral sería una de esas funciones, el dominio de la relación de dependencia con los padres es otra forma de dominio, ya que el amor, en este periodo, es un amor primitivo de dependencia, en el que se trata de recibir de los demás, más que de dar (Erikson, 1993a).

El temprano proceso de diferenciación entre, adentro y afuera, es el origen de la proyección y la introyección que permanecen como dos de nuestros más profundos y peligrosos mecanismos de defensa. En la introyección sentimos y actuamos como si un bienestar exterior se hubiese convertido en una certeza interior. En la proyección, experimentamos una amenaza interna como externa: atribuimos a personas significativas, el mal que en realidad existe en nosotros (Erikson, 1993a).

Estos dos mecanismos están modelados, de acuerdo a lo que tiene lugar en los niños cuando estos quieren internalizar el placer y externalizar el dolor, intento que en última instancia debe ceder ante el testimonio de los sentidos en maduración y en última instancia, de la razón. En la edad adulta, estos mecanismos reaparecen, más o menos normalmente, en las crisis agudas del amor, la confianza y la fe y pueden caracterizar las actitudes irracionales hacia los adversarios y los enemigos (Erikson, 1993a).

La resolución de esta crisis es obra básicamente de la madre, ya que ella representa su primer mundo y cuenta con la disposición para alimentarlo; la representación de la madre es casi somática, donde ella es confiable para satisfacer y regular sus necesidades. Para Erikson, si la relación entre la madre y el hijo es armónica y satisfactoria, el niño desarrolla un sentido de bienestar interno. La conducta del infante inspira esperanza en los adultos, haciéndoles desear darle esa esperanza al infante; despierta en ellos una fuerza que, necesitan ver confirmada en la experiencia de la crianza del recién nacido. Sin embargo, el inevitable

dolor y el aplazamiento de la satisfacción y el inexorable destete hacen que esta etapa sea prototípica de un sentido de abandono y de ira impotente. Incluso en las circunstancias más favorables, esta etapa parece introducir, en la vida psíquica, un sentimiento de división interior y de nostalgia universal del paraíso perdido, el cual se convierte en prototipo. Este sería la primera añoranza humana en la que debe mantenerse la esperanza a lo largo de la vida (Erikson, 1993a).

“La falta de capacidad para expresar afecto, probablemente tiene sus raíces en este periodo. El niño que ha recibido amor generosamente e incondicionalmente parece ser capaz de dar amor, más tarde en su vida, con menos esfuerzos. Los niños que experimentan contrariedad y rechazo en sus primeras relaciones de amor pueden en los años posteriores, exigir indebidamente amor, atención y dependencia. Otros, temiendo rechazo de sus tiernos sentimientos, pueden rehuir la dependencia y la intimidad con otros para evitar la repetición de las experiencias desagradables” (Brammer y Shostrom, 1960).

La ausencia de la confianza básica. Se puede observar en la esquizofrenia infantil, mientras que la debilidad subyacente de esta confianza a lo largo de toda la vida resulta evidente en las personalidades adultas en las que es habitual un retraimiento hacia estados esquizoides y depresivos, la conducta de estos individuos oculta un intento por recuperar la mutualidad social mediante una verificación de las líneas fronterizas entre los sentidos y la realidad física, entre las palabras y los significados sociales (Erikson, 1993a).

La 1ª tarea de la crianza: *es el firme establecimiento de patrones perdurables con cualidad en la relación materna. La situación óptima implica la disposición del recién nacido de obtener lo que se le da, en una regulación mutua con la madre. Las madres crean en sus hijos un sentimiento de confianza mediante el firme establecimiento de patrones perdurables donde se combinan el cuidado sensible de las necesidades individuales del niño y un firme sentido de confiabilidad personal, dentro de un marco seguro del estilo de vida de su cultura. La experiencia de una regulación mutua entre las capacidades cada vez más receptivas y las*

técnicas maternas de abastecimiento, ayudan al niño gradualmente a contrarrestar el malestar provocado por la inmadurez homeostática con la que ha nacido. Esto es que se le permita desarrollar y coordinar sus medios de obtener a medida que la madre desarrolla y coordina sus medios de dar. La mutualidad relajada que se desarrolla es de importancia fundamental para la primera experiencia cordial de "el otro". El niño al obtener relajadamente lo que se le da y al aprender a conseguir que alguien haga lo que él desea, desarrolla el fundamento yoico necesario para llegar a ser un dador. Y cuando esto fracasa, esta situación se desbarata en una variedad de intentos por controlar a través de la compulsión o la fantasía el recibir, sin la reciprocidad. La madre tiene uno de sus primeros contactos con su recién nacido al alimentarlo, la darle pecho y así es como ella expresa su amor, el cual depende en gran medida del amor que ella puede tener la seguridad de recibir de otros, de la autoestima que acompaña el acto de amamantar y de la respuesta del recién nacido" (Erikson, 1993a).

Autonomía versus Vergüenza y Duda

La unión conyugal sana de los padres, es la base que permite asegurar el cuidado y el desarrollo satisfactorio de la nueva generación y la preocupación por esta última es lo que da un sentido de generatividad. Cada adulto acepta o rechaza el desafío de aceptar a la nueva generación, como responsabilidad propia y de asegurar la confianza de ésta, basada en las primeras fases de desarrollo. Algunas de las maneras en que el sistema familiar se organiza puede influir tanto en el sentimiento de seguridad de sus miembros, como en su capacidad de apego, en otras relaciones que proveen seguridad (Erikson, 1993^a).

Un problema común de esta etapa, es la dificultad de la madre para permitir que el niño vaya buscando su autonomía, sin que esto signifique abandono. En ésta, como en todas

las etapas, el papel del padre es muy importante, tanto como apoyo a la esposa y como padre, de una manera más activa en la relación con su hijo. En cada nueva etapa, los hijos necesitan más libertad y ser apoyados de maneras diferentes, por lo tanto, se necesita flexibilidad para poder irse adecuando a los nuevos requerimientos de la edad (Estrada- Inda, 1997).

“Es creencia popular que el papel de padre o madre se da simplemente porque sí, porque ahí enfrente aparece un bebé... (Los padres) deben aprender una gran variedad de comportamientos. Por esto, es necesario la mayor parte de las veces aprender el rol de madre al igual que el padre, lo que hace indispensable la ayuda y el apoyo del compañero, al grado de que inclusive sea posible intercambiar roles cuando esto es preciso” (Estrada-Inda, 1997).

El niño al final de la etapa anterior cuenta ya con una rica afectividad, que se ha moldeado fundamentalmente a partir de su relación con la madre o persona que lo cuida. Ahora el niño debe extender sus relaciones afectivas hacia los demás miembros de la familia y adaptarse a las normas de convivencia. La adaptación a las normas familiares, que son una versión peculiar de las formas sociales predominantes, provoca conflicto en el niño. Este proceso de socialización familiar tiene una gran importancia en el futuro del niño, puesto que supone una organización y estructuración mental que más tarde difícilmente podrá cambiar (Monedero, 1986).

La adaptación emocional va ligada al proceso de adaptación familiar y social. Este ser que estaba dominado por sus necesidades biológicas termina por dar muestras de una alto grado de adaptación y aceptación de las normas familiares y sociales. El niño, al empezar a caminar no es precisamente manejable. Las exigencias continuas por parte de sus familiares para que se adapte a las normas de convivencia, suelen chocar con una gran resistencia. El niño, llora cuando no se cumplen sus deseos y muestra abiertamente todas sus fuerzas destructivas, que en el periodo anterior, se limitaba a vivir de una forma fantástica

(Monedero, 1986).

“Habiendo adquirido la locomoción, el infante se esfuerza por alcanzar la autonomía y logra salirse del alcance materno. Puede escaparse también a la mirada de ella, pero no es fácil eludir su voz.... La locomoción hace con frecuencia que medie un espacio entre él y su madre, la intervención de ésta ha de valerse cada vez más del gesto y de la palabra” (Spitz, 1965).

El aprendizaje del “no” tiene lugar durante el segundo año y está relacionado con las conductas de oposición, que para muchos teóricos del desarrollo, significa el reconocimiento de la madre como una persona y la distinción del padre como otra persona diferente. Alrededor de los 16 o 17, meses los niños gustan de pasar periodos cada vez más largos apartados de sus madres, con el fin desarrollar relaciones con otras personas de su ambiente (Malher, 1975).

Para Spitz (1965):

“El tercer organizador de la psique. El dominio del “no” (gesto y palabra) es un logro de consecuencias trascendentales para el desarrollo mental y emocional del niño; presupone haber adquirido la capacidad primera para el juicio y la negación... Con la adquisición del gesto de negación, la acción es remplazada por mensajes y se inicia la comunicación a distancia... Es la primera abstracción realizada por el niño, el primer concepto abstracto en el sentido de mentalidad adulta... Es el origen de la comunicación verbal”.

“El deseo de una autonomía más amplia por parte del niño, no sólo se expresa por el negativismo hacia la madre y otras personas, ampliando el mundo activo del niño: principalmente para incluir al padre. El padre, como objeto de amor, desde época muy temprana pertenece a una categoría de objetos de amor totalmente distinta de la madre. Aunque no está totalmente fuera de la unión simbiótica, tampoco es siempre plenamente parte de ella” (Mahler, 1975).

“La primera relación bipersonal es la del niño con la madre real o substitutiva, antes de que el niño haya escogido alguna de las propiedades de la madre para forjarse con ella la idea de un padre” (Winnicott, 1965).

El periodo “negativista” es donde el niño pone a prueba el amor de los otros y coincide con la regulación de sus funciones de evacuación, esto debido a la maduración muscular. El

conflicto que se le plantea al niño es el de entregarse a sus placeres anales, con el consiguiente rechazo de la madre, o, por el contrario, renunciar a estos placeres con la finalidad de conservar el amor de la madre. Aquí la maduración muscular, *el aumento de confianza en la madre, en su medio y en su modo de vida*, le hacen ver que la conducta que él está desarrollando es la suya propia; todo esto lo lleva a desarrollar un sentido de autonomía. Pero cuando el niño siente su poder, empieza a rebelarse más directamente contra las restricciones y quiere hacer lo que se le antoja; *aquí la agresión y el modo de manejarla de una manera adecuada, por los padres, es muy importante* (Mahler, 1975, Erikson 1993^a).

La pérdida de autocontrol y de un excesivo control de los padres derivará un sentimiento de "impotencia muscular y anal", lo que producirá sentimiento de duda y vergüenza. Esta duda se puede dar tempranamente, si se le niega al niño, la experiencia gradual y bien guiada de la autonomía de la libre elección, pues volverá contra sí mismo toda su urgencia de discriminar y manipular. Sé sobremanipulará a sí mismo, desarrollará una conciencia precoz, y en lugar de tomar posesión de las cosas, llegará a obsesionarse con la repetición y adquirir el poder mediante un control empecinado y detallado. La vergüenza supone que uno está completamente expuesto y consciente de ser mirado, en una palabra conciente de uno mismo. Esto se expresa en un impulso a ocultar el rostro, a hundirse en el suelo. Erikson propone que en esencia es la rabia vuelta contra sí mismo (Erikson, 1993a).

Aquí la tarea de la madre y de quienes cuiden al niño es tener "un control exterior que sea firmemente tranquilizador, a pesar del cambio de actitud, donde el niño quiere elegir por su cuenta, de apoderarse de las cosas con actitud exigente y de aventarlas o romperlas. La firmeza debe protegerlo contra su discriminar inmaduro. Tranquilizador porque al mismo tiempo que se le alienta para que "se pare sobre sus propios pies" se le debe proteger contra experiencias de vergüenza sin sentido y de duda temprana. La canalización de la agresión debe darse de

modo que, no sea ineludiblemente pospuesta, disfrazada o desplazada, ya que es tan perjudicial dar al niño libertad ilimitada, como sujetarlo en exceso. El control parental debe darse con amor y actitudes consideradas. En esta etapa, el niño desarrolla una necesidad de independencia, no obstante continúa necesitando dependencia y apoyo. En función del desarrollo de la capacidad de amor del individuo, *el niño necesita saber que es amado por sí mismo, por su propia "sucias y malvada personita. Necesita saber que es respetado por su independencia, tanto como por su dependencia* (Erikson, 1993a).

Iniciativa versus Culpa

En esta etapa el niño experimenta una necesidad todavía mayor de libertad, de acuerdo a su creciente movilidad y dominio de su ambiente al haber asimilado la capacidad de alcanzar, tomar, retener, y ahora está asimilando la de caminar y correr; su cuerpo más desarrollado puede expresar sus impulsos innatos. "Su curiosidad y sus actividades exploratorias se expanden en muchas direcciones y el niño empieza a desarrollar una conciencia, cuya naturaleza, es determinada de muchas maneras por la forma que sus padres se relacionan con él" (Brammer y Shostrom, 1961).

La curiosidad sobre sus órganos sexuales se da, como consecuencia del descubrimiento de una excitación agradable por medio de la exploración de su cuerpo. *El modo como los padres reaccionan ante la curiosidad del niño sobre el sexo y la masturbación tiene importantes consecuencias en la autopercepción del niño y los sentimientos posteriores sobre los impulsos y actividades sexuales.* "No se le debe dar, ni excesiva ni poca importancia, a las actividades sexuales del niño, ni avergonzarlo, regañándolo, o amenazándolo con severos castigos por las primeras e inocentes actividades sexuales". La parte de la gentilidad infantil está destinada a permanecer rudimentaria, una mera promesa de cosas por venir, que luego

Falta página

N° 133

determinada por los roles sexuales cultivados e integrados en la familia (Brammer y Shostrom, 1961).

El desarrollo de la conciencia se da, al dejar el niño atrás su apego exclusivo y pregenital hacia padres y abrirse al mundo. Es aquí donde se produce una división de los fragmentos instintivos que antes habían fomentado el crecimiento de su cuerpo y de su mente infantil: al establecerse una voz interna, el superyo, que al principio correspondería a los padres, se sustenta e incrementa la auto-observación, la auto-orientación y el auto-castigo. Los fragmentos instintivos que antes habían fomentado el crecimiento de su cuerpo y su mente infantiles ahora se dividen en un grupo infantil que perpetúa la exuberancia de los potenciales del crecimiento y un grupo correspondiente a los padres que sustenta e incrementa la auto-observación, la auto-orientación y el auto-castigo. Naturalmente la serie de fragmentos instintivos correspondientes a los padres, son al principio de naturaleza infantil: el hecho de que la conciencia humana siga siendo parcialmente infantil durante toda la vida constituye el núcleo de la tragedia humana, pues el superyo del niño puede ser primitivo, cruel e inflexible, como los casos de los niños que se sobre controlan y se sobre restringen hasta el punto de la sobre anulación. En este periodo, *los padres tienen que ejercer controles prácticos que a su vez ayuden al niño en el desarrollo de una conciencia.* La clase y cualidades de esos controles parentales son exteriores al niño pero tienen importantes consecuencias para los controles internos que el niño desarrollará y para la dirección que tome su iniciativa. Mucho del conflicto de esta edad es el resultado de la reacción negativa del niño a la autoridad parental. Es un combate entre la libertad o espontaneidad del niño, por una parte; y por otra lo que esperan los padres de él, así como, la irracional autoridad de éstos. Si es derrotado en su lucha por la libertad, es muy probable que se establezcan los cimientos para la sumisión neurótica en años posteriores. *Los padres pueden ayudar al desarrollo de la conciencia con combinación de*

elogios y castigos administrados con comprensión, alentando la curiosidad, la equidad y la voluntad de probar cosas nuevas y la disposición a ver soluciones nuevas (Brammer y Shostrom, 1961; Erikson, 1993a).

El proceso de socialización familiar se completa con las relaciones que el niño tiene con sus iguales. El niño ahora tiene ocasión de contactar con otros niños y al jugar establecen con ellos un tipo de relación de igual a igual. Al principio el niño no toma en cuenta al otro niño, sino que se interesa sólo en sus juguetes. Más tarde sabe que esto no debe hacerse y se limita a llorar desconsoladamente cuando aparece un niño con un juguete que él desea. A partir de los cinco años aparece una colaboración que se inicia al aproximarse a un niño para jugar. Esto se conoce como juego paralelo. En el que los dos juegan cada uno con su juguete, pero próximos uno a otro. Durante el juego paralelo pueden comentar en voz alta las actividades que emprenderá para ser oído por el compañero. Esto dará paso a una colaboración mutua en las actividades. Luego vendrá el juego reglamentado para que exista una verdadera colaboración, que se hace patente al final de esta etapa. Este juego supone la aceptación de un conjunto de normas que en último término, hacen posible la participación de todos en el juego con el mínimo de conflicto y el máximo de satisfacción. El modo como el niño acepte estas normas de relación social es predictivo de su aceptación de las normas sociales (Monedero, 1986).

La culpa, un conflicto residual de la iniciativa, se expresa en el área patológica, en la negación histérica que provoca la represión del deseo o la anulación de su órgano ejecutivo mediante la parálisis, la inhibición o la impotencia, o por otro lado se puede dar el exhibicionismo compensatorio donde el individuo está atemorizado y tan ansioso por “ocultarse”, que “asoma la cabeza”; otra forma sería la enfermedad psicósomática donde sólo la enfermedad puede ofrecer una vía de salida. También se puede detectar una rabia oculta, al igual que las esperanzas más caras y las fantasías más desenfrenadas, las cuales quedaron

reprimidas e inhibidas. Estas pueden dar una sensación de virtud que puede volcarse más adelante en intolerancia hacia los demás bajo la forma de “supervisión moralista permanente” de modo que llegue a ser prohibición y no orientación hacia la iniciativa (Erikson, 1993^a).

En ésta etapa se puede ver que el niño está dispuesto a aprender rápida y ávidamente y hacerse más grande en el sentido de compartir obligaciones y actividades. Está ansioso y es capaz de hacer las cosas en forma cooperativa, y de combinarse con otros niños con el propósito de construir y planear, y está dispuesto a aprovechar a sus maestros y a encontrar prototipos ideales. Desde luego, “permanece identificado con el padre del mismo sexo, pero lo quiere hacer de una forma más realista, en el campo del trabajo con un espíritu de igualdad en el hecho de hacer las cosas juntos”. Al final de ésta etapa, el niño aprende a gozar haciendo cosas, es donde el niño desarrolla “la conciencia del trabajo” un sentido de responsabilidad referente a su tarea. Los niños pueden crear y sentir una obligación ética hacia sus creaciones así como a sus otras actividades (Erikson, 1993^a).

Ésta no es sólo una etapa donde el sentido moral limita lo permitido, sino que también determina la dirección hacia lo posible y lo tangible, donde los sueños de la temprana infancia se vinculan a las metas de una vida adulta activa (Erikson, 1993^a).

Industria versus Inferioridad

Entre los 7 y los 11 años, el niño empieza a comprender que necesita hallar un lugar entre los individuos de su misma edad, ya que no puede tener un sitio de igualdad con los adultos, por lo tanto dirige sus energías hacia los problemas sociales que puede dominar con éxito y la vida escolar que es como “la entrada a la vida”, donde aprenderá las necesidades de su cultura, ya que antes de ser un progenitor biológico, debe comenzar por ser un proveedor potencial. En este periodo con un desarrollo normal olvida, ó sublima, las necesidades de

conquistar a las personas mediante un ataque directo o de convertirse en mamá o papá en forma apresurada y así aprende a obtener reconocimiento mediante la producción de cosas. En esta etapa todos los niños en cualquier cultura reciben alguna instrucción sistemática. El niño entra, por primera vez, en un mundo que no está completamente dominado por los padres o los sustitutos de éstos y durante muchas horas “obra por su cuenta”. Es responsable ante las autoridades que no son sus padres. El pequeño es disparado súbitamente por la obligación de ir a la escuela, entre un grupo de compañeros al cual debe aprender a adaptarse y con el que debe cooperar y compartir (Maier, 1979).

“El sistema de conductas de apego no es menos importante que antes, en los niños de edad escolar ya que siguen sin tener el conocimiento para tomar decisiones solos y necesitan supervisión o protección mientras los padres no estén. Es importante para los niños, el saber donde están sus padres y tener un sentido de seguridad en la accesibilidad, y esto es igual para los padres que deben de saber donde está el niño y quien es responsable de la protección de su hijo” (Marvin y Britner, citado en Cassidy y Shaver, 1999).

Al mismo tiempo está consolidando su papel sexual, interesándose más por las actividades de su propio sexo que por las del opuesto, ya que las diferencias le parecen más evidentes y quiere emular el comportamiento de sus amigos en ésta y otras áreas. Es una época en la que se exploran y se aprende muchas y variadas maneras de comportarse con referencia a su papel sexual. La selección de amigos, ya no está limitada a la inmediata vecindad del niño y también se amplían sus intereses intelectuales, deportivos y culturales. Los intereses típicos son múltiples: perros, insectos, espectáculos, deportes, juegos y otras actividades de grupo (Brammer y Shostrom, 1961).

La modalidad social de esta etapa es aprender; el niño aprende a ser un organismo en el tiempo y espacio de su cultura, es decir que todas las funciones de las partes aprendidas necesitan ser integradas, todas las modalidades de los órganos en sí, tanto como el aprendizaje

de su cultura. El niño invierte una gran parte de sí mismo y de su energía, trabajando incesantemente para desarrollar cualidades corporales, musculares y perceptivas, así como en un creciente conocimiento del mundo, que tiene para él una importancia cada vez mayor. Se concentra sobre todo, en su capacidad para relacionarse y comunicarse con los individuos que le son significativos: sus pares (Erikson, 1993*).

La demostración social es la competencia, la mayoría de los esfuerzos están consagrados al mejoramiento, ya que su sociedad le da entender que el modo en que maneje su situación actual determinará su futuro. El niño siente que demostrando sus cualidades en las áreas que es más competente se asegura un futuro exitoso. Cuando el niño juega se apoya mucho en el aspecto social e incorpora dicha actividad a situaciones de la vida real. Esto produce un sentido de realización por haber actuado eficazmente, por ser el más fuerte, el mejor, el más inteligente o el más rápido, estos son los éxitos que el niño procura alcanzar. Al tratar de destacarse en todas y cada una de las cosas, el niño no intenta eliminar psicológicamente o realmente a los demás – por el contrario, quiere y necesita la permanente asociación y cooperación -, pues tiene necesidad de sus contemporáneos, sobre todo para medir sus propias cualidades y su propia valía (Erikson, 1993*).

La industria es un logro social donde puede obtener reconocimiento mediante la producción de cosas. Desde el punto de vista social: la industria implica hacer cosas junto a los demás y con ellos, en esta época se desarrolla un primer sentido de la división del trabajo. Para adquirir un sentido de industria, el niño necesita haber sublimado eficazmente gran parte sus deseos anteriores. Él consagrará abundantes energías en el mejoramiento de sí mismo y en la conquista de personas y cosas. El impulso al éxito incluye la consciente amenaza del fracaso. Este temor subyacente lo incita a trabajar más duramente para tener éxito, por que cualquier acción a medias, lo acerca demasiado a un sentido de inferioridad, sensación que debe

combatir para avanzar seguro de sí mismo hacia la edad adulta (Erikson, 1993^a).

La inferioridad, es un sentimiento de inadecuación de las herramientas, habilidades o de estatus entre los compañeros, al darse esto el niño puede renunciar a la identificación con estos y a un sector del mundo de las herramientas. El hecho de perder toda esperanza de tal asociación “industrial” puede hacerlo regresar a la rivalidad familiar más aislada, y centrada en las herramientas de la época edípica. El niño desesperará de sus dotes, en el mundo de las herramientas y de la autonomía y se considerará condenado a la mediocridad y a la inadecuación. Ya que es el momento cuando la sociedad vuelve significativas las maneras de admitir al niño en una comprensión de roles significativos en su tecnología y economía. Por otro lado cuando el individuo acepta como única obligación y lo “eficaz” como único criterio de valor, este se puede convertir en conformista y esclavo irreflexivo de su tecnología y de quienes se encuentren en situación de explotarla (Erikson, 1993^a).

En este periodo de laboriosidad, *el niño continúa necesitando amor, comprensión y juiciosa disciplina, combinado con la libertad de iniciativa. Los padres pueden proporcionar un ambiente fértil donde el niño pueda aprender y experimentar con una gran variedad de objetos y de relaciones humanas y también tener la sensación de pertenecer a un grupo más amplio que la familia. Erikson “establece una relación entre el grado de iniciativa individual estimulada o permitida por los padres y el sistema económico de la comunidad”*. Sugiere que la capacidad potencial de trabajo y de éxito material del individuo depende del dominio que llegue a tener en esta fase del desarrollo, es un periodo en el que se desarrolla un sentimiento de finalidad o logro (Maier, 1979).

En esta etapa, *las relaciones niño-progenitor evolucionan hacia otro nivel, “donde la dependencia sólo se da en algunas áreas necesarias y en otras áreas el niño tenderá a relacionarse con sus padres y con otros adultos sobre bases más igualitarias*. Los varones y

las niñas buscarán identificarse con otros adultos, *por que los padres ya no pueden satisfacer totalmente sus requerimientos*. Ya que estos necesitan explorar otros roles o la combinación de los mismos, para poder identificarse con los aspectos de los individuos más significativos para ellos, sin contemplar la personalidad y la situación total de éstos (Maier, 1979).

“Si los padres, por indebida restricción, desinterés o privación, obligan al niño a permanecer en una estrecha órbita de frustración en la que sienta su diferencia de los demás, sus potenciales de expansión pueden ser ahogados o fijados en este periodo de desarrollo ” (Maier, 1979).

“El desarrollo de más de un niño se ve desbaratado cuando la familia no ha logrado prepararlo para la vida escolar, o cuando ésta no alcanza a cumplir las promesas de las etapas previas (Erikson, 1993)*.

Identidad versus Confusión de la Identidad

Preadolescencia

La preadolescencia es un periodo de “transición”, donde el mundo del niño se sacude. Los desarrollos más importantes de esta etapa, son la maduración sexual, un sentimiento de separación e individualidad y los esfuerzos para desprenderse del dominio familiar. Empieza a experimentar un aumento de intereses heterosexuales y su capacidad de amor, que hasta entonces había tenido calidad de dependencia y identificación, empieza a cambiar en dirección de una amor con interés por las necesidades de los demás, no sólo de él mismo. *El pre-adolescente tiene más percepción de sí mismo como persona separada de sus padres. Las primeras relaciones sociales fuera del ámbito familiar substituyen hasta cierto punto las relaciones con los padres de una manera natural (Brammer y Shostrom, 1961)*.

Adolescencia

El adolescente se siente extraño en ese nuevo cuerpo que de una forma tan brusca ha

cambiado de tamaño y forma, cambio igualmente brusco en las sensaciones que provienen de su cuerpo, cuyo significado no conoce por completo: han cambiado sus emociones, sentimientos y su manera de comprender intelectualmente las cosas. Lo mismo que tiene dificultad para reconocer su cuerpo como suyo, también encuentra dificultades, con una identidad determinada. El adolescente se cuestiona una y otra vez sobre las razones de su nueva situación, es un extraño en un mundo extraño. Ha cambiado su cuerpo pero también ha cambiado su “yo”, al tener que aceptar dentro de él muchos elementos que habían permanecido en el inconsciente y que se han reactivado (Monedero, 1986).

La angustia hace acto de presencia en el adolescente como un sentimiento de peligro indefinido, que tal vez sea el enfrentar la vida de adulto con la historia que ha ido acumulando durante la infancia. Para los psicoanalistas, es tener que integrar la sexualidad dentro de su “yo”, esta sexualidad adolescente que aparece ligada a su libido infantil. Es un temor a unas fuerzas desconocidas que proceden de su interior y amenazan con desintegrarlo. La angustia es la vivencia del “yo” en peligro, es un yo que lucha por seguir siendo el mismo, para mantener su identidad que teme que se desintegre. Pero el “yo” necesita una reorganización, ya que el adolescente se encuentra en una situación de cambios reales de todo tipo y el progresar significa gran cantidad de dificultades (Monedero, 1968).

Erikson se refiere a esta etapa como el “periodo de identidad” donde el problema parece ser la duda del adolescente sobre su identidad sexual, de sí mismo y su papel en la vida; donde la fuerza se busca en la fidelidad, que es una oportunidad de cumplir con ciertas potencialidades personales (incluyendo la vitalidad erótica o sublimación) en un marco que permita al joven ser fiel a sí mismo y ser fiel a otros que le son significativos. Una de sus demostraciones es el tratar de vestirse y comportarse igual que sus compañeros para poder “identificarse” con ellos. Los enamoramientos parecen ser la ayuda más segura para

sobreponerse a la duda sobre su seguridad sexual hasta llegar a una relación heterosexual estable. Los jóvenes son presa de pánico cuando sienten amenazada a su seguridad sexual, especialmente cuando han sido rechazados por el sexo opuesto. Este temor puede ser provocado por la interpretación del papel sexual, o conflictos en el desarrollo del periodo medio de la infancia o en la etapa edípica. También puede sentir una tristeza por el encuentro de una realidad tan distante a la esperada, lo que en muchos provoca un desinterés, un “me vale” (Erikson, 1993^a; Monedero, 1968).

Una de las tareas del adolescente es funcionar con autonomía en lo social, en lo cognoscitivo y emocional, y para esto se apoya en sus iguales. *Ahora las normas familiares entran en conflicto con las normas en el grupo que sus iguales dicta. Estamos en el momento en que los padres empiezan a reprocharle a sus hijos los modales bruscos, sus expresiones groseras, la forma de vestir, la hora de regresar a casa, sus amistades, etc.*; el joven, desde luego, tomará partido por sus amigos. Lo habitual es que no atienda los requerimientos de sus padres, y acepte sólo un mínimo de sus exigencias formales para que los enfrentamientos no suban de tono. *Pero también son frecuentes las disputas más o menos violentas con sus padres, en las que se reactivan todos los resentimientos mutuos.* La fuga del hogar, más o menos sostenida, puede ser un final de esta situación insoportable para el joven. Está claro que en situaciones de conflicto, el joven no dudará en elegir a los de afuera (Monedero, 1968).

“La amistad adolescente no está basada ni en la vecindad, como en la primera infancia, ni en las características del amigo, como en la segunda infancia, sino en las cualidades personales del amigo... La forma de afrontar la vida, diferentes de una persona a otra. Esta preferencia por las características personales hacen que los adolescentes puedan tener amigos características muy diversas a ellos mismos, ...ya que busca en el amigo lo que no tiene pero desearía” (Monedero, 1986).

Se ha dicho que el adolescente busca en el amigo el apoyo emocional que necesita;

siente que los padres le comprenden poco y el amigo acepta sin discusión todas sus peculiaridades. Los fracasos y decepciones que ahora tiene que afrontar encontrarán en el hombro del amigo el consuelo que la realidad le niega” (Monedero, 1986).

La adolescencia del hijo pone a prueba a los padres, ya que estos deben tener a una madurez tal que permita el desprendimiento del hijo, para que este pueda separarse y formar una nueva pareja. No es tan fácil separarse después de tantos años y de experiencias compartidas; ni resulta sencillo ceder a la propia creación que ahora se manifiesta en forma de un hermoso/a joven que va en busca de una persona extraña, pero esta es la única promesa de una nueva etapa de que no se detenga el ciclo de la vida. *El saber “soltar” a tiempo a los hijos es una función difícil de los padres; es difícil que lo logre uno solo de los padres, es necesario contar con la ayuda y el apoyo del compañero, es necesario que uno y otro se apoyen y ayuden* (Estrada-Inda, 1997).

Una de las tendencias de los padres, es regresar a etapas anteriores, donde no había los múltiples impactos que ahora se dan. Mediante mecanismos de sobreprotección, por ejemplo, es posible mantener a un adolescente sin crecer indefinidamente. La dificultad de perder el trono, que indiscutiblemente pertenecía al padre o la madre y que no quieren compartir y menos con los hijos. Con la confrontación de áreas de identidad, ya que el adolescente los compara con amigos, maestros, líderes, ídolos etc, *los padres se ven confrontados en sus propias áreas de identidad*, por ejemplo, su capacidad de trabajo, su fortaleza física y su moral, su inteligencia, y su capacidad de tolerar el cambio a la madurez etc. La abdicación al trono y con ello a las funciones de rey y reina de los padres frente a sus hijos adolescentes, llega a ser tan seria que puede amenazar con la identidad de la pareja (Estrada-Inda, 1997).

“... un matrimonio que ha durado 15 años, cada uno de los esposos está iniciando la cuarta década de la

vida; tienen dos hijos. Una niña de 10 años ... y un muchacho de trece y medio, entrando a la adolescencia, que es quien manifiesta la sintomatología de esta familia. Los síntomas se pueden sintetizar en dos categorías... una rápida y sorpresiva falla en su rendimiento escolar y aparición de manierismos que cada día se hacen más fuertes y marcados. La madre es una mujer de buena presencia e inteligente, muy apegada a su madre, aunque con fuertes sentimientos de ambivalencia hacia ella y con un fuerte y claro sentimiento de odio hacia su padre... Estos sentimientos se proyectan hacia los otros hombres de su vida (principalmente esposo e hijo) sobre los cuales ha ejercido un tremendo control y dominio con matices agresivos, disfrazados de bondad y sacrificio personal. El padre, un exitoso ingeniero, presenta a su vez una seria conflictiva con sus propios padres de la cual resulta un fuerte resentimiento y desapego hacia su padre, quien ha sido sumamente agresivo con él. Esta situación le ha producido una seria conflictiva con su identidad sexual y ha desarrollado tendencias pasivas e importantes áreas de inseguridad. Su esposa ha sido para él, su padre y su madre idealizados, esto junto a su gran éxito en la construcción enmascararon por algún tiempo su conflictiva. La llegada a la adolescencia del muchacho, con sus múltiples demandas, puso a prueba la estabilidad del sistema familiar que amenazó con derrumbarse..." (Estrada-Inda, 1997).

Se debe reestablecer el anclaje emocional de la pareja para poder ayudarse en las regresiones temporales a etapas anteriores de comportamiento, ya que muchas veces, a estas alturas se han olvidado los roles de esposa y esposo, puesto que se han transferido exclusivamente a ser padres. En muchas ocasiones, los hijos no han permitido a los padres tomar sus papeles de esposos; es tal la carga y la demanda que han invertido sobre ellos, que les han impedido obtener nuevamente su libertad e independencia. Los hijos se van y con ellos la propia juventud. Primero se van desde el punto de vista emocional, se separan y cambian, lo que requiere que los padres inicien un drástico movimiento en la distribución de las corrientes emocionales, que hasta entonces habían cumplido su misión satisfactoriamente. No es fácil para los padres pasar con gracia y ecuanimidad estas pruebas (Estrada-Inda, 1997).

Los nuevos modelos, basados en la visión de Bowlby del ciclo vital, enfatizan la importancia del apego o la conexión de las figuras parentales durante los años de la

adolescencia, a pesar del decremento en las interacciones y las actividades compartidas. Aunque la proximidad física es menos necesaria debe mantenerse la creencia de la disponibilidad de las figuras de apego (padres) para la comunicación y para una respuesta de ayuda, si ésta es necesaria (Allen y Land; citados en Cassidy y Shaver, 1999).

Las exigencias del exterior que complican la lucha del adolescente para encontrarse a sí mismo y su papel en la vida incluyen las siguientes: a) el joven debe elegir el trabajo para toda la vida, b) elegir los estudios para toda la vida, lo cual se complica al tener que seguir dependiendo de sus padres durante estos años, c) tener cierta autonomía de sus padres, d) elegir el compañero/a (Brammer y Shostrom, 1961).

Las restricciones del exterior en esta etapa consisten: a) los padres tienen varias formas de autoridad legal sobre el adolescente, hasta los dieciocho años, lo que les da un sentimiento de responsabilidad por la conducta del adolescente, lo cual lleva a muchos enfrentamientos; así el adolescente se encuentra en conflicto continuo, pues quiere ser dependiente y que sean satisfechas sus necesidades y quiere los privilegios que aporta la independencia, b) el adolescente depende de los padres para su sostén económico y requiere ayuda para sus estudios, proceso largo y costoso; al final de la adolescencia los jóvenes están listos para el matrimonio, pero económicamente son incapaces, c) las prohibiciones contra la satisfacción sexual son origen de conflicto también. Los jóvenes de dieciocho años han llegado a la cima del interés sexual, pero la sociedad no les permite la satisfacción hasta el matrimonio. Los jóvenes desean desesperadamente soluciones pero es difícil dárselas. La manera en que resuelva todas estas situaciones lo llevarán a encontrar su identidad psicosocial (Brammer y Shostrom, 1961).

La identidad psicosocial depende de una síntesis interna (ego) complementaria, en el individuo como en la integración de un rol en su grupo. En el desarrollo individual, la

integridad psicosocial no es factible anteriormente, pero es indispensable después del término de la adolescencia, cuando el cuerpo ya se desarrolló, la sexualidad madura busca pareja y la mente busca una perspectiva histórica con nuevas lealtades, todo esto debe integrarse, en un nuevo sentido del sí mismo y de continuidad. Para obtener una identidad definitiva en las áreas psicológica, sexual, social y cultural del individuo. Las identificaciones infantiles persisten, pero son puestas en armonía con nuevas autodefiniciones y con la elección del rol. Desde luego, la identidad no se origina ni termina en la adolescencia: desde el nacimiento, el niño aprende lo que cuenta en el espacio-tiempo de su cultura y en su plan de vida por las respuestas diferenciales de la comunidad a su conducta al madurar; aprende a identificarse con los prototipos ideales y apartarse de los que no son adecuados. Pero la formación de identidad llega a una crisis decisiva en la juventud. Al igual que en otros momentos críticos del crecimiento y del desarrollo, en éste se presentan movimientos de progresión alternados con tendencias regresivas de conducta, del pensamiento y de las emociones (Erikson, 1993^a).

El peligro de esta etapa es la confusión de rol, cuando ésta se basa en una marcada duda previa en cuanto a la propia identidad sexual. En la mayoría de los casos, lo que perturba a la gente joven es la incapacidad para decidirse por una identidad ocupacional. Y el trastorno más frecuente es la ansiedad que despierta todo proceso de cambio (Erikson, 1993^a).

La fantasía, es la conexión entre lo individual y grupal, es un proceso mental que aunque no es nuevo, cobra especial importancia durante la adolescencia, por la intensidad, frecuencia y tiempo que ocupa en la vida despierta del joven, se mete en su adentro particular y privado, entrando en contacto consigo mismo y estableciendo un monólogo interminable con el espejo al cual le pregunta continuamente si puede reconocer esta nueva imagen, superpuesta a la infantil, a su nueva cara y facciones que muestran los cambios y las huellas del crecimiento y lo que las hormonas empiezan a dejar, entabla largas conversaciones especulares

personalmente o por teléfono con sus iguales (ya que sufren de los mismos pesares) para compartir con ello sus más íntimas y caras fantasías. La actividad mental de fantasear, permite al adolescente hacer intentos, bajo cierta seguridad, romper con los esquemas infantiles y lograr un desprendimiento de su historia. La fantasía se constituye en un intento de acción sin peligros, ni exigencias que implique un compromiso, para el cual el joven no está dispuesto todavía. El compartir colectivamente las fantasías individuales permite reducir muchas tensiones que no pueden ser comunicadas, ni expresadas a la familia, o a otros adultos por el sentimiento de “vergüenza” que lo impide. La fantasía, le permite ponerse en el lugar de otro, como jugando, y le enseña a dominar los afectos y las sensaciones que comienzan a surgir en su evolución hacia la madurez (Cuevas; citado en Estrada-Inda y Salinas, 1990).

En esta etapa tanto los padres como el joven necesitan confianza en la certeza de que el desarrollo de la autonomía debe realizarse si se quiere que llegue a la madurez adulta. El proceso puede ser mucho menos confuso para todos si se adquiere una buena comunicación antes de que lleguen los malos entendidos. El hecho de que estas relaciones se alternen con regresiones al desvalimiento y la dependencia por parte del joven no les facilita las cosas a los padres. Evidentemente tiene que afrontar una doble tarea: ser poco susceptibles, reservados, y mostrarse dispuestos a pasar a un segundo plano, pero estar preparados en cualquier momento para pasar a ser comprensivos, considerados, atentos y serviciales como en épocas anteriores.

“...La relación hijo-progenitor es transitoria y está anclada exclusivamente en su historia conjunta y en su mutua anticipación del futuro. En otras palabras, los padres entran en la vida del joven sano sólo en virtud de su historia social y psicológica conjunta, y en su creencia común en su futuro. De otra manera, permanecen junto a otras personas como adultos significativos a los ojos del joven” (Mier, 1979).

Intimidad versus Aislamiento

Los padres se encuentran en la etapa del adulto maduro, enfrentando una nueva reorganización emocional, para permitir que sus hijos se independicen, y sólo estar disponibles en caso de necesidad y apoyarlos en esta autonomía. Así, como poder aceptar a los nuevos integrantes de la familias sin pretender ser ellos los protagonistas y e intentar buscar nuevas metas personales y de pareja para sus vidas (Estrada-Inda, 1997).

Si los padres no están listos, para dejar ir a su hijo paulatinamente, y por medio del control y la dominación, intentan que el joven haga lo que ellos quieren tanto en su trabajo o elección de su carrera como en la elección de la pareja, tendremos como resultado una pugna que detendrá el proceso de desprendimiento. Los padres jalarán al joven para que no se suelte de los lazos paternos y él tenderá a liberarse de mil y una formas, las más de las veces infructuosas. Cuando el joven no ha logrado adquirir la individualidad o sea que falló en resolver su relación con los padres, y estos también fallaron en cumplir con su cometido, de prepararlos para formar una nueva relación basada en la libertad de llegar a ser un individuo en sí mismo, con la capacidad de apreciar a otro en todo lo que es, éste se queda preso en las necesidades patológicas de su familia, que no le permitieron aflojar las ligas emocionales y separarse (Estrada-Inda, 1997).

A partir de esta etapa, Erikson (1993^a) *ya no menciona la participación activa de los padres en la crianza*, sino destaca el desarrollo individuo como un ser independiente y autónomo que irá resolviendo los conflictos propios de las siguientes etapas de ciclo vital.

Adulto joven

La finalización de la etapa previa de dependencia de la familia de origen, es paralela a la obtención de autonomía –tanto física como emocional– de las figuras parentales. Es la

característica primordial para la consolidación de la identidad, la cual permitirá una base sólida para, en primer término, el proceso de elección de un área laboral mediante la cual desplegar íntegramente las posibilidades del sujeto desde un punto de vista tanto personal como social, en segundo lugar, la consolidación de una identidad psicosexual que dará pie a la elaboración de un proyecto de vida acorde con la definición de un rol determinado y consecuentemente, a la elección de pareja congruente y complementaria del sujeto (Erikson, 1993^a).

“En el adulto joven ... se consolidan una serie de funciones e instancias psíquicas, cuya automatización concreta una serie de estructuras caracterológicas y de personalidad, que proporcionan al sujeto una sensación de unidad y de congruencia (de identidad), de integración armónica de sus diferentes constituyentes intrapsíquicos, y que tienen como común denominador, .. la liquidación de la etapa ... de dependencia” (Vives, citado en Estrada-Inda y Salinas, 1990).

Basándose en el desarrollo físico y mental logrado, el adulto puede empezar a desplegar una funcionalidad óptima, tanto en su funcionamiento intelectual como en el emocional, su funcionamiento personal, familiar y social se vuelve más adecuado debido a un creciente juicio de realidad. Esta capacidad funcional posibilita, una clara diferenciación entre aquellos deseos y fantasías que pueden ser llevados a cabo en la realidad y los que son imposibles de satisfacer, o que su costo estaría fuera de toda proporción: el principio de realidad está antes que el principio del placer. Gracias a este proceso, el adulto va adquiriendo la capacidad de comprometerse, con metas, proyectos y relaciones íntimas, contemplados como programas a largo plazo. Así, llegar a la genitalidad integrada (Vives, citado en Estrada-Inda y Salinas, 1990).

El tema fundamental del desarrollo gira ahora en torno a una disposición psicológica y a un compromiso de mutua intimidad en el matrimonio. Esta disposición incluye la capacidad

y la voluntad de dispensarse mutua confianza, de regular los ciclos de trabajo, procreación y recreación con vistas a una participación más integral y satisfactoria de cada uno en la sociedad, con el fin de sentar las bases de un desarrollo sano de los posibles hijos (Maier, 1965). La capacidad yoica “adulta” tiene que ver con la potencialidad del sujeto para estar y quedarse a solas consigo mismo, la cual le dará al sujeto la posibilidad de ir teniendo la experiencia auténtica de intimidad con otros seres humanos; y eventualmente será primordial para la formación y consolidación de una vida de pareja. ” (Vives, citado en Estrada-Inda y Salinas, 1990).

“Se trata de dos jóvenes esposos. Él, de 27 años de edad ... con un padre inmigrante, proveniente de familias sumamente tradicionalistas ... con un carácter paternalista absoluto. Una madre abnegada y subyugada que ejerce poder mediante maniobras indirectas culpígenas o bien de tipo histriónico. Ella ... de 23 años... Proviene de una familia en la que la madre casi siempre ha sido la quien lleva las riendas del hogar.... menos tradicionalistas y conservadores, han permitido que exista entre sus miembros una mayor individuación e independencia; por lo tanto ella es un poco más libre y más adaptable que él. Sin embargo, la influencia materna ha sido más fuerte, demandante y exige, entre otras cosas, que en este nuevo matrimonio se cumplan también las pautas matrimoniales que han venido desde varias generaciones atrás... En este caso vemos que la patología también se centra en las primera etapa del “desprendimiento”, puesto que ninguno de los dos esposos ha sido capaz de liberarse de sus sistemas familiares originales, que les permita iniciar la formación de una nueva familia. reuniones frecuentes con toda la familia ... se aprovechaban para impedirles el despegue infundiéndoles, entre otros sentimientos de culpa, que resultan ser uno de los pegamentos más efectivos para continuar y, muchas veces, perpetuar la dependencia... los jóvenes esposos no podían proveerse mutuamente del anclaje emocional necesario para prescindir de los demás familiares. (Tratamiento) una vez superado el problema de comunicación deficiente (se aislaron) totalmente en forma premeditada y desde luego artificial, por el tiempo que fuese necesario, de los familiares de ambos. A decir verdad, la labor más difícil en este caso ha sido mantener a raya y alejados a los familiares, sobre todo a los del esposo, que a través de cartas, mensajes, telefonemas, recados y demás... continúan fomentando la culpa y la dependencia, cosa que en la actualidad ya

sólo logran momentáneamente, puesto que el anclaje con su pareja se ha ido estableciendo paso a paso". (Estrada-Inda, 1997).

El siguiente paso tiene que ver con la vida de pareja, donde algunos puntos importantes son: los factores que inciden en la elección del cónyuge, el desarrollo del vínculo y la modalidad particular que se irá estructurándose, el nacimiento de los hijos, el cambio de una pareja a una familia, y el manejo de diferentes puntos críticos dentro de este nuevo ciclo (Vives, citado en Estrada-Inda y Salinas, 1990).

"La evitación de tales experiencias, debido a un temor a la pérdida del yo puede llevar a un profundo sentido de aislamiento y a una consiguiente auto absorción" (Erikson, 1993b).

La contraparte de la intimidad es el distanciamiento: la disposición a aislarse y de ser ello necesario, a destruir aquellas fuerzas y personas cuya esencia parece peligrosa para la propia, y cuyo territorio parece rebasar los límites de las propias relaciones íntimas. En esta fase, es necesario superar la inclinación a mantener una distancia social segura, el repudio a otros y a destruir a quien pueda aproximarse. Esta crisis está saturada de sentimientos de vacío social y de que se es una unidad aislada en un mundo de unidades familiares. En psicopatología, este trastorno puede llevar a serios "problemas de carácter". Por otro lado, hay vínculos que equivalen a un aislamiento á deus, que protegen a sus integrantes de la necesidad de enfrentar el nuevo desarrollo crítico, el de la generatividad (Erikson, 1993^a).

El peligro de esta etapa es que en las relaciones íntimas, competitivas y combatidas se experimentan con y contra las mismas personas. Pero a medida que van delineando las áreas del deber adulto, y a medida que se diferencian el choque combativo con el abrazo sexual, quedan eventualmente sometidas a ese sentido ético que constituye la característica del adulto (Erikson, 1993a).

La segunda área mencionada, el trabajo es una de las mayores fuentes de gratificación para la expresión de potencialidades creativas y sublimatorias del ser humano, y uno de los

recursos para la creación de un sentimiento de realización personal.

“El trabajo siempre representa la posibilidad de actualizar las capacidades creativas del individuo, pone a prueba su madurez emocional, le proporciona un estatus social y, frecuentemente, lo refuerza narcisísticamente con un prestigio ante la sociedad” (Vives; citado en Estrada-Inda, 1990)

Cuando el matrimonio o el trabajo no han sido satisfactorios, el individuo se aísla para encontrar soluciones, y algunas veces se desvía de la norma aceptada, para orientarse hacia relaciones interpersonales más formales y asociaciones amorosas más bien inorgánicas.

Generatividad versus Estancamiento

Adulto medio

En el curso de la evolución de la vida del adulto llega un momento de independencia y madurez, donde necesita ser necesitado, y la madurez necesita la guía y el aliento de aquello que ha producido y debe cuidar (Erikson, 1993^a).

Es una etapa a la cual Erikson (1993^a) llama “generatividad”. La generatividad es una etapa esencial en el desarrollo psicosexual y también psicosocial, ya cuando hay la posibilidad de perderse en el encuentro entre dos cuerpos y dos mentes esto lleva a una expansión gradual de los intereses del yo y de una inversión libidinal en aquello que se genera en esta forma. La creación de una nueva unidad basada en la confianza y en la intimidad mutua incluye la preparación de un hogar para comenzar un nuevo ciclo de desarrollo, mediante una división del trabajo en la vivienda compartida. Esta es una etapa larga que incluye normalmente desde el nacimiento de los hijos hasta que los hijos se van para formar nuevas familias. Por lo tanto pasa por las diferentes fases de la familia. Desde su crecimiento, cambios que produce la adolescencia de los hijos y su salida del hogar por trabajo o por formar su propia familia. La primera etapa de la generatividad, los individuos

están tan involucrados en el cuidado de los hijos y en su rol de padres como en el trabajo para satisfacer las crecientes necesidades familiares. Los años pasan volando y casi sin darse cuenta se encuentran inmersos en la etapa intermedia de la generatividad, cuando los hijos empiezan a tocar la adolescencia:

"Los Proust están cada vez más ansiosos e indecisos sobre como tratar a Wendy, que tiene 15 años, es su hija más grande. ¿Le deberían dar permiso de salir? Si, si ¿a que hora? ¿Ellos deberían seguir preocupándose por las tareas de la escuela? ¿Insistir que vaya a las reuniones familiares? ¿qué sobre las fiestas?La madre se acuerda de una manera resentida, de las restricciones que ella tuvo en su adolescencia. ¿No debería tener Wendy la oportunidad para divertirse, la cual ella no tuvo? La verdad es que algunas veces Wendy no toma decisiones inteligentes, ¿pero no es eso lo que significa crecer? ¿Tal vez ella lo hubiera hecho mejor, si hubiera sabido que sus padre confiaban en ella?..... Wendy quiere ser popular y tener amigos. Ella quiere tener novio, y es curiosa sobre el sexo. ¿Pero que piensan sus padres? ¿Cómo reaccionaran ellos? ¿Qué pensar sobre sus amigas? (Garcia Prieto; citada en Carter y McGoldrick, 1989).

En la etapa intermedia del adulto, se combinan varios factores, tanto físicos, psicológicos y sociales como los siguientes: es una edad en que se presentan con mayor frecuencia los problemas emocionales serios; el individuo aunque se encuentre muchas veces en la madurez, muy a su pesar se ve obligado nuevamente a revivir su propia adolescencia (al tener por lo general hijos adolescentes); y sus padres por lo general llegan a una edad critica, se acercan a no poderse mantener a sí mismos, la soledad y la muerte se avecinan, esto es otro motivo de preocupación (Estrada-Inda, 1997).

Algunos de los factores psicológicos de esta etapa tienen que ver con que en algún momento se llega a un punto crucial y decisivo, que en vez de contemplar la vida desde la perspectiva de los años que se han vivido, se comienza a visualizar desde el punto de vista de los años que quedan por vivir. Es la confrontación con la propia muerte, como

posibilidad, ya no tan remota ni negable, sino como una eventualidad real que hay que tomar en cuenta (Vives; citado en Estrada-Inda y Salinas, 1990).

“en términos generales suele empezar alrededor de los 35 a 40 años y casi nunca se presenta más allá de los 45. Una de las manifestaciones más notorias de la crisis de la mitad de la vida es una suerte de “balance general” de la existencia, balance en el que se “pesan” los haberes y los deberes de la vida, los éxitos y los fracasos, los logros reales y las ilusiones no realizadas” (Vives; citado en Estrada-Inda y Salinas, 1990).

Esto también tiene que ver con el trabajo que desempeña el sujeto, si ha logrado las metas que se propuso, y si éstas lo satisfacen, o si necesita darle un giro o cambio al curso actual en su vida laboral, esto también tiene que ver con la productividad y la creatividad que proporciona auto satisfacción (Vives; citado en Estrada-Inda y Salinas, 1990).

Los factores psicológicos y sociales en la familia se unen a, la llegada de la adolescencia en los hijos, que tarde o temprano sucede y los cambios que esto produce en la vida diaria, el estado de ánimo de estos últimos, tan cambiante e impredecible, y sus nuevas demandas de autonomía y apoyo, y el modo en que reviven en los padres, su propia adolescencia y algunos conflictos que se dejaron sin resolver. Aunado a la edad de los abuelos que también piden de alguna manera más atención y cuidados, el individuo se ve en medio de las necesidades de cada uno de estos miembros; esto en sí es como diría Erikson (1994) un sistema de generación y regeneración donde las etapas se mezclan y donde la atención y el cuidado son la preocupación cada vez mayor de lo que ha sido generado por el amor, la necesidad o el acaso, preocupación que continuamente debe superar la ambivalencia que se adhiere a la obligación irreversible y a la estrechez de la preocupación por uno mismo.

“De este “balance general” junto con el hecho cada vez más evidente del fenómeno de la muerte, y la toma de conciencia de que ya no se tiene todo el tiempo del mundo, como se creía antes, provocan, en

primer termino, la aparición de depresión y angustia transitorias, cuyo grado y duración dependerán de la historia particular de cada sujeto y del resultado que dicha evaluación arroje" (Vives; citado en Estrada-Inda, 1990)

De la crisis de la generatividad misma surge la fuerza necesaria para cuidar y atender, pero si el enriquecimiento falla, sobreviene una sensación de hastío, con un sentimiento general de estancamiento y empobrecimiento personal cuyos síntomas patológicos dependerán de las variaciones de la enfermedad mental (Erikson, 1993^a).

"Los individuos, entonces, empiezan a tratarse a sí mismos como si fueran su propio y único hijo, cuando las condiciones los favorecen, la temprana invalidez física o psicológica se convierten en el vehículo de esta autopreocupación. El mero hecho de desear o de tener hijos, sin embargo no basta para alcanzar la generatividad. De hecho algunos padres jóvenes sufren a causa de la demora con que aparece esta capacidad" (Erikson, 1993a).

El origen de esta situación de acuerdo Erikson se encuentra normalmente en el desarrollo temprano, en un excesivo autoamor que está basado en una personalidad demasiado autofabricada, y por último en una falta de fe en la especie, lo cual convierte al niño, en una responsabilidad demasiado grande (Erikson, 1993^a).

Adulto maduro

Es en esta etapa donde se tiene que enfrentar el pasaje de la edad adulta hacia la vejez. Por lo tanto, aquí aparece clara la percepción del lugar que se ha ocupado en la vida y las limitaciones inherentes a uno mismo, que anteriormente había sido posible postergar o negar. Otra vez aquí la naturaleza exige que se haya logrado una individuación definitiva o de otro modo se tendrá que pagar un precio, como es cerrar la posibilidad de continuar renovándose o de disminuir la posibilidad creativa de la propia vida con las consecuencias del vacío y depresión que frecuentemente trae consigo (Estrada-Inda, 1997).

“Varios autores al describir la edad madura, coinciden en que es una etapa, en la cual se intenta diferenciar los resultados exitosos de los resultados que no han sido exitosos, de los perfiles que son maduros de los perfiles que no son maduros. Para Bowen (1978) ... la madurez se basa en la diferenciación de cómo los individuos han manejado su balance entre la individualidad/compartir” (McCullough y Rutenber; citados en Carter y McGoldrick, 1989).

En esta etapa los individuos tienen que asumir varias tareas como: a) cambiar la función de su matrimonio, b) el desarrollo de relaciones de adulto- adulto con sus hijos adultos, c) la expansión de sus relaciones donde se incluyen los yernos y/o nueras y sus nietos, d) la oportunidad de resolver sus relaciones con sus padres ya mayores (Estrada-Inda, 1997).

Es una fase de reencuentro con la pareja, ya que la mayoría de las veces los hijos ya se han ido, ya sea porque se casan o porque se da el cambio emocional que produce su independencia, no queda otra salida que enfrentarse nuevamente con uno mismo y con el compañero. Esta fase es conocida como la del “nido vacío”. Los hijos se han ido a formar otras familias. Los sujetos se encuentran alrededor de los cincuenta o más. Si las cosas han marchado bien en las etapas precedentes, les será más fácil aceptar los cambios de una biología que tiende a declinar, y enfrentarán los cambios familiares y sociales que se les presentan: el hacer un espacio emocional y a veces físico para aquellos que van formando las nuevas familias de los hijos. La aceptación de los nietos, que no resulta tan fácil como se pudiera pensar, puesto que aquí se renuevan conflictos no resueltos, y hay quienes sienten fuertes rechazos hacia alguno de sus nietos. La aceptación del rol de abuelo el cual requiere haber madurado adecuadamente algunos puntos conflictivos, concernientes a la vejez que está en puertas, muerte de generaciones anteriores o resolver tareas irresueltas con sus propios padres, y algunas veces problemas de trabajo o económicos, debido a que los hijos empiezan una carrera, un oficio y otra familia (Estrada-Inda, 1997).

La resolución de asuntos inconclusos con los padres. Muchas veces tienen que ver con una separación emocional adecuada con éstos. Que pueda llegar a bloquear en ambas generaciones, el terminar las tareas impuestas de las etapas. La generación mayor puede estar enfrentando situaciones como: retiro del trabajo, inseguridad financiera, decrecimiento de las funciones físicas e incremento de síntomas físicos o muerte de su cónyuge; todo esto impacta en sus hijos maduros. Los problemas de la edad de los padres, no sólo se tienen que manejar, sino que de alguna manera hacen conscientes a los hijos de las situaciones, que ellos afrontarán en el futuro. La muerte de uno de los padres, es una de las mayores transiciones que ocurre en el adulto, que puede involucrar una nueva conciencia de las responsabilidades de ser el guía de las otras generaciones y la conciencia de la propia mortalidad (Estrada-Inda, 1997).

En esta época es necesario explorar nuevos caminos y horizontes, aunque resulte paradójico, independizarse de hijos y nietos con objeto de nuevamente formar una pareja. Si se sigue casado, las tareas de la crianza, la adolescencia y el desprendimiento; los que son padres han necesitado un gran esfuerzo, constancia y fortaleza que hace que se olviden o por lo menos que pasen a un segundo término a los cónyuges y hagan que el reencuentro sea una etapa difícil (Estrada-Inda, 1997).

“Se trata de una familia de cuatro miembros, el papá ... exitoso en sus negocios y muy apegado a su familia paterna, los cuales son muy conservadores, es obsesivo pesimista y poco sociable. Siempre ha estado preocupado por sus dos hijos ... y en constante pugna con su mujer ... a quien le gustan mucho los eventos sociales. A él le gusta el alpinismo y acampar en las montañas, a ella los buenos restaurantes y el teatro. Difícilmente coinciden en gustos y actividades, excepto en la gran aceptación y cuidado que han puesto en sus hijos. Ella proviene de una familia problemática, sus padres están separados, él (padre) es solitario y gruñón y ella (su madre) histriónica y alcohólica por temporadas. (La pareja) le es difícil apoyarse como esposos, cómo uno no tolera lo que el otro hace y menos sus gustos y caprichos como el otro quiere ... El área sexual se ha deteriorado. ... La ausencia de los hijos al salir a estudiar en el extranjero sin duda agravó la situación. Sin

embargo, no fue esto lo más serio, sino la enfermedad grave de uno de los hijos ... que falleció en unos cuantos meses. Los padres amargados y confundidos, no pudieron ponerse de acuerdo para atender adecuadamente, como pareja, al moribundo, al contrario arremetieron los ataques, las demandas y las quejas de uno al otro, de tal suerte que al morir el joven no pudieron apoyarse mutuamente para resolver el duelo. El otro hijo decidió no regresar al hogar paterno y ellos decidieron separarse" (Estrada Inda, 1997).

Esta etapa requiere más que nunca el apoyo mutuo entre la pareja, para continuar en la búsqueda de estímulos y nuevas metas. Permittedose a uno mismo y a la pareja que exprese su ser tal como es, para ir preparándose para ser fuerte en la etapa final, dando cariño y cuidados al otro, aún cuando se tengan diferentes intereses; en la sexualidad buscar y dar un apoyo incondicional para las dificultades que produce la edad misma, encontrar caminos para sentir y compartir satisfacción de haber producido y ayudado a salir adelante a otra generación, desarrollar la capacidad de afrontar el temor por la economía, o aprovechar las mejoras obtenidas en la vida por el trabajo y prepararse a la soledad y aceptar el envejecimiento (Estrada-Inda, 1997).

Integridad del Yo versus Desesperación

La vejez

En este período, el camino del futuro está hasta cierto punto limitado desde el horizonte individual y desde el social sólo queda trascender, lo que matiza la actitud psicológica con un sentido de urgencia y definición, que impone ciertos límites a la acción. Este sentido de urgencia, es muy distinto del de la etapa adolescente, donde hay oportunidad para la impulsividad que cae dentro del marco de la posibilidad de corregir errores. Aunque los aspectos de impulsividad se presentan aquí también, están teñidos con la ausencia de la posibilidad de corrección de otras etapas de la vida. Durante la vejez, se deposita en la acción

la experiencia anterior, que pone freno a la impulsividad, que demanda la definición (Parres; citado en Estrada-Inda y Salinas, 1990).

La adquisición de este equilibrio psicodinámico es sin duda alguna, uno de los grandes desafíos adaptativos de esta etapa de la vida, para que adquiera su carácter verdaderamente productivo, ya que se espera que el viejo destile la sabiduría que da la experiencia, y además lleva consigo la obligación y la responsabilidad, quiéralo o no de ser y considerarse como modelo objetal, que además alimentan la necesidad de trascendencia (Parres; citado en Estrada-Inda y Salinas, 1990).

Stanley-Hall (citado en Estrada-Inda y Salinas, 1990) se refirió a los aspectos psicológicos relacionados con el envejecimiento y su importancia social. Él concibió a la vejez como una etapa de desarrollo, durante la cual las pasiones de la juventud y los esfuerzos de toda una vida se consolidan. “Saber que ha llegado a ser viejo es una experiencia larga, compleja y dolorosa. En cada década el círculo de la fatiga se cierra un poco más a nuestro alrededor, restringiendo la intensidad y duración de nuestras actividades... existe cierta madurez de juicio acerca de los hombres, las cosas, las causas de la vida en general, que nada queda en el mundo sino los años que puedan traer una auténtica sabiduría, que únicamente la edad pueda enseñar” (Parres; citado en Estrada-Inda y Salinas, 1990).

En la vejez, uno se da cuenta de lo que ha hecho y de lo que no ha logrado (Russel citado en Estrada-Inda y Salinas, 1990). El conflicto central como lo apunta Erikson (1993^a), postula que la fase final del desarrollo del yo, solamente emerge hacia el final de la carrera de la vida, donde uno ha sido objeto confiable para otros. Esta conflictiva psicológica se desenvuelve alrededor de la “integridad” en contra de la “desesperación”. La integridad es: “la aceptación del único y propio ciclo vital y de las personas que han sido significativas, como lo son y desde luego no permite substitución. Significa una forma nueva y diferente de amor a

nuestros padres, despojada de todo deseo de que deberían haber sido diferentes, y a la aceptación del hecho de que la propia vida es la responsabilidad de uno mismo... aunque al darse cuenta de la relatividad de todos los estilos de vida que han dado significado a las luchas humanas, el poseedor de "integridad", está preparado para defender la dignidad de su propio estilo de vida, en contra de las amenazas físicas y económicas. Porque sabemos que la vida individual es la coincidencia del ciclo de vida con un segmento de historia" (Parres; citado en Estrada-Inda y Salinas, 1990).

Parres (citado en Estrada-Inda, 1990) agrega que clínicamente, "la falta o pérdida de este aumento en la integración del yo, se manifiesta en la desesperación, y con frecuencia por el miedo inconsciente a la muerte; el único y propio ciclo vital no se acepta como último en la búsqueda de rutas alternadas para la integridad. Tal desesperación se la encuentra escondida detrás del disgusto, la misantropía, por el displacer altanero, especialmente ante las instituciones y hacia algunas gentes en particular, -disgusto y displacer-, que si no están unidos con aspectos constructivos y a una vida de cooperación, solamente indican desprecio por uno mismo".

Dentro de la familia, el viejo tiene un papel de gran trascendencia, pero también presenta una conflictiva muy particular; Estrada-Inda comenta que una familia sin viejos, es una familia sin complemento histórico, es una familia mutilada. El rol de la paternidad, que es una de las fases de maduración más importantes en el ser humano, se corona digamos con ser abuelo. Esta etapa en el desarrollo de la personalidad ofrece un nuevo horizonte en la vida, enciende el deseo de vivir, al aceptar la propia mortalidad. En presencia del nieto, el abuelo, pasado y futuro se funden en el presente; se da la oportunidad de experimentar una nueva relación diferente a la del padre con los nietos (Parres; citado en Estrada-Inda y Salinas, 1990).

"Después de la muerte de su padre y de su divorcio, Joan de 36 años y su hijo Billy de 10 años, se mudaron a la casa de la madre de Joan para consolidar sus limitados recursos económicos.... Joan se quejaba del mal comportamiento de Billy, este era irrespetuoso con ella, y estaba fuera de su control... La abuela se quejaba

que estaba agobiada por cuidar ambos "niños". Pero, ella cortaba los esfuerzos de Joan para asumir mayor responsabilidad en la casa, criticando todo lo que hacía la madre como diciendo por ejemplo "eso no está bien". La abuela necesitaba estar en control debido a una depresión y ansiedad subyacente sobre su bienestar después de la muerte de su marido. Los objetivos de la terapia se centraron en balancear los roles de la relación, así Joan podría ser más efectiva como madre para su hijo mientras, que el rol de la abuela como jefe familiar fue redefinido a una posición de control honorable del mayor de la familia" (Walsh, citados en Carter y McGoldrick, 1989).

La liga emocional entre abuelos y nietos, es sólo segunda en importancia a la de los padres con los hijos. Cuando los abuelos cumplen un rol, crean la familia de tres generaciones, cuando no ocurre así, por lo menos son figuras simbólicas de la familia nuclear de dos generaciones. Independientemente de cómo actúen, afectan el bienestar de sus nietos; para bien o para mal (Kornhaber y Woodward citado en Estrada-Inda y Salinas, 1990). En síntesis esta liga emocional entre abuelos y nietos, confiere a los niños una forma natural de inmunidad social, que no pueden obtener de ninguna otra persona o institución social. Esta relación es un santuario emocional frente a las presiones del mundo externo (Parres; citado en Estrada-Inda y Salinas, 1990).

En esta etapa de la vida, la relación de la pareja se hace más cercana, más íntimamente relacionada e interdependiente. Los viejos quieren ver a sus hijos bien logrados, bien establecidos y a sus nietos por el mismo camino. La familia adquiere gran importancia, ya que esperan un poco de su propio futuro y se obtiene gran satisfacción de los logros y de la felicidad de los descendientes. Los placeres se derivan en gran parte de experimentar los logros y el éxito de aquellos que uno ha creado y también de las instituciones que uno ha ayudado a crear (Parres; citado en Estrada-Inda y Salinas, 1990).

Aunque las pérdidas emocionales representan una seria amenaza en esta etapa de la vida, son personas que han logrado muchas cosas en la vida y su capacidad de comprensión es

Falta página

N° 162

METODOLOGÍA

Justificación y Planteamiento del Problema

Muchas de las descripciones del parentaje óptimo, enfatizan la provisión de una base afectiva segura de los padres, primero para cuidar del niño y después para permitir y promover el movimiento progresivo hacia la autonomía en la competencia social.

La teoría de Bowlby (1998a) es un importante marco teórico para la conceptualización de las relaciones padre, madre-hijo. La premisa básica de esta teoría es que la calidad de las relaciones de apego se da por las interacciones de los infantes y cuidadores, especialmente por el grado en que los niños pueden confiar en sus figuras de apego como fuentes de seguridad; la inconsistencia e insensibilidad de los cuidadores pueden producir un apego inseguro en los niños.

A lo largo del tiempo, tanto la frecuencia e intensidad de las conductas de apego van declinado, hasta quedar estables de la adolescencia temprana en adelante. Las teorías psicodinámicas ponen un fuerte énfasis en la calidad del maternaje y en la crianza, y a partir de ellas y otros factores de la infancia y la niñez postulan las hipótesis que explican tanto las características de la personalidad, como las neurosis. Los padres buscan satisfacer sus propias necesidades inconscientes y tienden a recrear las características de esos conflictos en su matrimonio y en la vida mental de sus hijos.

La comprensión de la crianza constituye un prerrequisito para ocuparse de las desviaciones del desarrollo normal. La crianza pobre ha sido vista como una contribución para muchos trastornos de la personalidad. Dado que no hay investigaciones acerca de que ciertos componentes de la relación de apego puedan seguir estables con la edad, este

estudio se planteó como objetivo el dar respuesta a las preguntas que a continuación se mencionan, dada la ya reconocida importancia que guarda el apego en el desarrollo del sujeto:

- a) ¿Cambia la percepción del parentaje o crianza a lo largo de la vida?
- b) ¿Mejora la percepción de la crianza temprana conforme el sujeto madura o envejece?

Debido a que en México y en otros países no existen investigaciones que respondan a dichos cuestionamientos se buscó determinar si a través de la aplicación de un instrumento validado, como el Instrumento de Evaluación Parental (Parental Bonding Instrument, PBI) exponer la percepción de la crianza a través del ciclo vital, con este propósito se buscó una muestra homogénea, en cuanto a la clase social y no-clínica, en la cual pudieran identificarse las características y percepciones del apego de acuerdo a la edad y al género.

Tipo de Estudio

Se trata de un estudio con elementos descriptivos, correlacionales y de diferencias de grupos (género, edad).

Diseño

Se trata de un diseño no experimental, que algunos autores denominarían de pseudocohorte, dado que en lugar de hacer un estudio longitudinal prospectivo (cohorte), se utilizan sujetos de distintas edades para completar las distintas etapas del ciclo vital.

Hipótesis

Hipótesis 1

La percepción de la relación que se tuvo en la infancia, niñez y adolescencia con los padres (parentaje o crianza) varía conforme el sujeto va madurando a lo largo de la vida.

Hipótesis 2

Si la persona tiene una mayor edad entonces la percepción de la crianza es mejor.

Hipótesis 3

La persona percibe la crianza del padre como de mayor control.

Hipótesis 4

La persona percibe la crianza de la madre como de mayor cuidado.

Objetivos

Objetivo 1

Medir la percepción de la crianza en sujetos que se encontraban en distintas etapas del ciclo vital (adolescentes, adultos y ancianos).

Objetivo 2

Comparar la percepción de la crianza en las distintas edades de la vida.

Objetivo 3

Determinar la percepción que tienen los sujetos acerca de la crianza del padre.

Objetivo 4

Determinar la percepción que tienen los sujetos acerca de la crianza de la madre.

Variables

Variables independientes

Las variables independientes son la edad y el género de los sujetos.

Variables dependientes

La variable dependiente fue la puntuación en el Instrumento de Evaluación del Vínculo Parental (PBI)

Instrumento

Instrumento de Evaluación del Vínculo Parental en Español

(Parental Bonding Instrument, PBI)

Para esta investigación se utilizó el Instrumento de Evaluación del Vínculo Parental (Parental Bonding Instrument), para determinar la percepción que tienen los sujetos de distintas edades, a través del ciclo vital, de la crianza que recibieron por parte de la madre y del padre.

El PBI es un instrumento autoaplicable que ha sido elaborado por Parker, Tupling y Brown (1979), con la finalidad de medir las características de la crianza parental. El PBI ha sido construido sobre la base de dos dimensiones, el cuidado y protección-control en la crianza que refleja la calidad del vínculo parental entre los padres-hijo y donde se describe la relación del progenitor con el niño. Esta prueba está basada en el marco teórico de las teorías de apego (Ainsworth, Bell y Stayton; Bowlby y Rutter, citados en Parker, Tupling y Brown 1979). El postulado en que se basan es que el vínculo entre progenitor-hijo; puede ser influido ampliamente por las características del hijo, por las características de los padres o los sistemas de cuidado (influencias psicológicas), por la cultura, por la reciprocidad en las dinámicas y por el tipo de involucramiento dentro de la relación hijo-progenitor (Parker, Tupling y Brown 1979).

El PBI es una prueba confiable y válida con la cual se han hecho numerosas investigaciones de patrones de crianza disfuncionales, los cuales han sido definidos por un bajo cuidado y alto puntaje de protección y relacionándolas a una variedad de trastornos psiquiátricos (Boyce, Hickie y Parker; Byrne, Velamoor, Cernovsky, Cortese y Loszty; Faravelli y cols.; Parker; citados en Parker, Tupling y Brown, 1979).

El PBI es un instrumento autoaplicable que consta de 25 reactivos tipo Likert (1-4). Aunque se ha demostrado su validez y confiabilidad en los distintos estudios, en la presente investigación se determinaron 4 dimensiones, a través de análisis factorial.

El factor **Afecto / Aceptación** está formado de 9 reactivos en las madres y de 8 reactivos en los padres; permite una puntuación en las madres máxima 36 y en los padres de 32. El factor **Control / Sobreprotección** contiene 6 reactivos, tanto para los padres como para las madres, y su puntuación máxima es de 24. El factor **Frialdad** tiene 6 reactivos en el caso del PBI materno, con una puntuación máxima de 24, y 5 reactivos en el caso de los padres, con una puntuación máxima de 20. El factor **Independencia / Autonomía** está formado de 4 reactivos con una puntuación máxima de 16, en el caso de las madres, y en el padre de 6 reactivos que dan una puntuación máxima de 24 (Cuadro I)

Para definir estos cuatro factores, se utilizaron los siguientes conceptos:

- Comportamiento de los padres
- Actitudes relacionadas con el cuidado, el afecto, la sensibilidad y la cooperación
- Accesibilidad
- Indiferencia
- Castigo estricto
- Rechazo
- Interferencia
- Control
- Sobreprotección
- Apoyo a la autonomía y a la independencia.

Se realizaron dos cuestionarios uno para las madres y otro para los padres, constando de las mismas reactivos, así mismas las preguntas se diseñaron para ser contestadas de acuerdo a una escala tipo Likert donde la calificación: nunca = 1, pocas veces = 2, muchas veces = 3 y siempre = 4.

Cuadro 1. Análisis Factorial del Instrumento de Evaluación del Vínculo Parental, para la Madre y para el Padre

Factor	PBI MATERNO		PBI PATERNO	
	Reactivo	Carga Factorial	Reactivo	Carga Factorial
Afecto/ Aceptación	12	.698	12	.820
	6	.675	6	.856
	5	.658	5	.489
	17	.657	17	.712
	11	.627	11	.736
	1	.609	1	.778
	13	.533	13	.715
	7	.522	4	.658
Control/Sobreprotección	25	.434		
	23	.725	23	.712
	10	.654	10	.581
	9	.648	9	.704
	19	.594	19	.550
	20	.553	20	.700
Frialdad	8	.541	8	.743
	18	.688	18	.729
	2	.661	2	.732
	14	.562	14	.575
	16	.481	16	.387
	24	.345	24	.521
Independencia/ Autonomía	4	.694		
	21	.878	21	.853
	22	.859	22	.849
	3	.573	3	.560
	15	.522	15	.572
			25	.729
		7	.411	

Confiabilidad y Validez del Inventario de Evaluación del Vínculo Parental de las Madres

Se realizó el cálculo de la validez del instrumento para las madres, a través del Alfa de Cronbach, que resultó en 0.8789.

El análisis factorial para el Instrumento de Evaluación del Vínculo Parental de la madre y tuvo la siguiente distribución, de acuerdo a la carga factorial mayor a .30. El factor Afecto / Aceptación quedó constituido por 9 reactivos (12, 6, 5,17,11,1,7,13 y 25), con una alfa de Cronbach de .8252. El factor Control / Sobreprotección quedó constituido por 6 reactivos (23, 10, 9, 19, 20 y 8) con un alfa de .7129. El factor Frialdad quedó constituido por 6 reactivos (18, 2, 14, 16,24 y 4), alfa de .7192. El factor Independencia / Autonomía quedó constituido por 4 reactivos (21, 22, 3 y 15) con un alfa de .7899. (Cuadro 2)

Cuadro 2. Análisis Factorial con Rotación Varimax del P B I para la Madre

Factor	Reactivo	Carga Factorial
Afecto / Aceptación	12	.698
	6	.675
	5	.658
	17	.657
	11	.627
	1	.609
	7	.533
	13	.522
	25	.434
Control/ Sobreprotección	23	.725
	10	.654
	9	.648
	19	.594
	20	.553
	8	.541
	Frialdad	18
2		.661
14		.562
16		.481
24		.345
4		.694
Independencia/ Autonomía	21	.878
	22	.859
	3	.573
	15	.522

Confiabilidad del Instrumento de Evaluación del Vínculo Parental de los Padres

Se realizó el cálculo de la validez del instrumento para los padres, a través del Alfa de Cronbach, que resultó de 0.8806

El análisis factorial para el PBI para el padre tuvo la siguiente distribución, de acuerdo a la carga factorial mayor a .30. El factor Afecto / Aceptación quedó constituido por 8 reactivos (12, 6, 5, 17, 11, 1, 7, 13 y 4), con un alfa de Cronbach de .8844. El factor Control / Sobreprotección quedó constituido por 6 reactivos (23, 10, 9, 19, 20 y 8) con un alfa de .7962. El factor Frialdad quedó constituido por 5 reactivos (18, 2, 14, 16 y 24) con un alfa de .6599. El factor Independencia / Autonomía quedó constituido por 6 factores (21, 22, 15, 25 y 7), con un alfa de .8234. (Cuadro 3 para los índices de carga factorial).

Cuadro 3. Análisis Factorial con Rotación Varimax del P B I para el Padre

Factor	Reactivo	Carga Factorial
Afecto / Aceptación	6	.856
	12	.820
	1	.778
	11	.736
	13	.715
	17	.712
	4	.658
Control/ Sobreprotección	5	.489
	8	.743
	23	.712
	9	.704
	20	.700
	10	.581
	19	.550
Frialdad	2	.732
	18	.729
	14	.575
	24	.521
	16	.387
Independencia/ Autonomía	21	.853
	22	.849
	25	.729
	15	.572
	3	.560
	7	.411

Análisis Estadístico

Procedimiento

Se eligieron sujetos de diversas edades en distintos ambientes (escuelas privadas, clubes deportivos, Universidad Anáhuac del Norte y Tecnológico de Monterrey campus Querétaro, parientes, amigos y conocidos), a los que se entrevistó individualmente, pidiéndoles que participaran en este estudio. Si los sujetos aceptaban, se les proporcionaba la hoja de recolección de datos y el Instrumento del Vínculo Parental (PBI). En algunos casos, se aclaraban dudas, por ejemplo las de los reactivos en sentido negativo y en los sujetos más jóvenes se explicaba el significado de algunos términos que no conocían, por ejemplo la palabra “chiquear”. Una vez terminada, se revisaba que el sujeto hubiera contestado todos los reactivos. Se les agradecía y entonces se explicaban los objetivos de la investigación y su confidencialidad.

Algunas Investigaciones Llevadas a cabo con el Parental Bonding Instrument (PBI)

El PBI ha sido utilizado en diversas investigaciones para determinar patrones interactivos funcionales y disfuncionales, observándose que el vínculo óptimo se caracteriza por un alto cuidado y un bajo control. En cambio el vínculo disfuncional consiste en un alto control y un bajo cuidado; este último se ha relacionado con una variedad de trastornos mentales en el adulto.

Investigaciones en sujetos en población “general”

En un estudio conducido por Boles (1999) donde se examinó el papel de las representaciones mentales de los padres en el proceso de la segunda individuación durante la adolescencia. Debido al gran reconocimiento que se le ha dado a la “negociación satisfactoria” entre padres e hijo, dentro del proceso de autonomía y su influencia significativa en el ajuste psicológico de la adolescencia. Se observó que los individuos que han internalizado representaciones mentales positivas de sus padres les es factible resolver el proceso de la segunda individuación y lograr un ajuste apropiado en la adolescencia. Las representaciones positivas de los padres: consistentes en imágenes cálidas, afectivas que fomentan la autonomía (apego seguro) lo cual permite a los sujetos ser capaces de reconocerse como psicológicamente diferentes a ellos.

En otro estudio llevado a cabo en Israel, por Canetti, Bachar, Galili-Weisstub, Kaplan De-Nour y Shalev(1997) con adolescentes, donde el objetivo fue relacionar el apego parental y la salud mental en la adolescencia, se encontró que en el vínculo óptimo (apego seguro) es el alto cuidado y bajo control. Los sujetos con este tipo de vínculo manifestaron menos síntomas psiquiátricos y menor aflicción, además de sentimientos de bienestar. En el

control sin afecto (donde hay un bajo cuidado y alto control) hubo un aumento de sintomatología psicológica y un menor bienestar. Se encontró que estos dos vínculos, el vínculo óptimo y el vínculo de control sin afecto son los dos extremos desde el punto de vista sintomatológico. Sorpresivamente un vínculo débil (bajo cuidado y bajo control), es mejor que la represión del afecto (alto cuidado y alto control). Otro de los hallazgos fue que el vínculo maternal fue percibido como más cercano y más controlador, que el vínculo con el padre.

En una investigación desarrollada por las Universidad de Harvard en Michigan y la Universidad de California, conducidas por Mickelson, Kessler y Shaver (1997) sobre una muestra representativa (8, 098 sujetos) del apego adulto en los Estados Unidos de América, se observó que el 59% de los sujetos fue clasificado con apego seguro, el 25% con apego evitativo, el 11.3% con apego ansioso, y el 4.5% no tuvieron clasificación, esta clasificación fue similar a estudios previos en infantes. (Shaver y Clark, 1994; Shaver y Hazan, 1993; ver Mickelson, Kessler y Shaver, 1997). Los estilos de apego romántico en la edad adulta se han relacionado sistemáticamente con la representación de los padres. El apego seguro se relacionó con representaciones cálidas y positivas de los padres. Los rasgos asociados con el apego seguro fueron: la autoestima, un control interno, la extroversión y apertura para la experiencia (flexibilidad). Algunas características como estar casado y ser exitoso en el trabajo, afectan y son afectadas por el apego seguro. También se encontró que la sobreprotección paterna fue relacionada con el apego seguro. El estilo de apego ansioso se relacionó con representaciones mezcladas tanto positivas como negativas; estos individuos ven a los otros con desconfianza cuando se acercan y sienten que los otros no se interesan en ellos y a su vez ellos son vistos por los otros como pegajosos. El estilo de apego evitativo, se relacionó con representaciones frías y rechazantes de los padres; estos

individuos se sienten incómodos al estar cerca de otros y encuentran difícil confiar en ellos. Otros hallazgos importantes relacionados con el vínculo parental fueron, que la conducta antisocial de la madre se relacionó más con el apego evitativo que la conducta antisocial del padre, y que la ausencia larga de la madre estuvo relacionada fuertemente con el apego inseguro, más que la ausencia larga del padre. La depresión de la madre correlacionó fuertemente con el apego evitativo, al igual que el abuso de sustancias tanto de la madre como del padre.

Investigaciones en sujetos con trastornos de la alimentación

Algunos autores han investigado los patrones del vínculo parental y los antecedentes familiares en pacientes con trastornos de la alimentación. Leung, Thomas y Waller (2000) estudiaron los esquemas cognoscitivos en pacientes con psicopatología y en los trastornos de la alimentación. El papel de las representaciones al nivel de esquema cognoscitivo fue originalmente estudiado por Beck, (1976; citado por Leung y cols., 2000), definiendo el esquema como una constelación de patrones distorsionados del pensamiento, que cuando se activan tienen una influencia directa en la percepción e interpretación de los eventos en el medio ambiente. Leung y cols. (2000) examinaron el papel de la percepción del vínculo parental en el desarrollo de un grupo de mujeres con trastornos de la alimentación a partir de evidencias en la literatura que sugirieron un patrón poco saludable, donde el vínculo jugaba un papel importante en el desarrollo y mantenimiento de los trastornos de la alimentación. La alta sobreprotección materna se asociaba con la anorexia nervosa, de manera similar que las bulímicas han experimentado más rechazo parental y más control. Las mujeres con anorexia y bulimia obtuvieron altos niveles de conductas “insanas” dentro del contexto familiar, en comparación con mujeres sin trastornos de la alimentación.

Basados en estos resultados, propusieron que el bajo cuidado parental puede influir en el desarrollo de creencias en mujeres con trastornos de la alimentación, específicamente en las anoréxicas, las cuales consideran que sus necesidades emocionales nunca serán atendidas y que ellas nunca deberán demostrarlo. Las mujeres con anorexia desarrollan una falta de identidad y una creencia de que sus relaciones cercanas inevitablemente finalizarán; también manejan la creencia de que no pueden controlar sus propios sentimientos y de que deben sacrificar sus necesidades. Otro patrón observado, en el grupo de las bulímicas, fueron los altos niveles de cuidados parentales que parecían tener un efecto adverso haciéndolas sentir socialmente indeseadas y más vulnerables al peligro. Clínicamente este estudio aporta algunos parámetros sobre como la percepción del vínculo parental puede tener diferentes impactos en el contenido cognoscitivo de las mujeres anoréxicas y bulímicas.

En el estudio dirigido por Yamaguchi, Kobayashi, Tachikawa, Sato, Hori, Suzuki y Shiraishi. (2000) en Japón se examinaron los patrones del vínculo parental y antecedentes familiares en pacientes con trastornos alimenticios que han tenido intentos de suicidio, pacientes con trastornos alimenticios que no han tenido intentos de suicidio y con un grupo de control no psiquiátrico. Lo más importante que se encontró en este estudio fue que los pacientes con trastornos alimenticios con una historia de intentos suicidas recuerdan a sus padres como significativamente más sobreprotectores en contraste con los pacientes con trastornos alimenticios sin intentos suicidas, los cuales no reportaron que sus padres habían sido tan sobreprotectores. Asimismo, los pacientes con trastornos de la alimentación e intentos suicidas reportaron más experiencias de abuso en la niñez, una gran prevaencia a la inestabilidad afectiva, una auto-imagen inestable, un gran temor al abandono y un exagerado perfeccionismo. El sobreinvolucramiento maternal puede interferir con la

habilidad para autorregularse; la autoiniciación es un esfuerzo para defender la fragilidad del self contra la intrusividad de la madre. La alta sobreprotección materna puede hacer que la separación e individuación sean más difíciles y ante el esfuerzo por lograr la individuación aparecen los intentos de suicidio. El rol paternal en la autonomía, como representante del mundo exterior puede facilitar la separación y apoyar a la hija, un padre descuidado puede causar en su hija, un sentimiento de soledad con una falta de confianza en sus propias habilidades, inclusive cuando son afirmadas por otros. La alta sobreprotección paterna puede llevar a una baja autoestima y a un sentimiento de que es difícil la adquisición de nuevos objetos, resultando en atentados de suicidio durante los esfuerzos hacia la individuación.

En un estudio de gemelos, donde uno de ellas padecía bulimia, llevado a cabo por Wade, Treloar, Martín (2001) en Australia. Compararon el funcionamiento familiar, de temperamento y condiciones en la niñez. Las gemelas con bulimia reportaron que sus madres eran significativamente menos afectivas y más sobreprotectoras en los primeros 16 años de su vida. Como consecuencia, las gemelas afectadas tenían una menor autoestima que las gemelas no afectadas. En el caso de la personalidad, las gemelas con Bulimia, mostraron un alto nivel de impulsividad y excitabilidad en la exploración.

Investigación en alcohólicos

Sin embargo tomando como base que los alcohólicos son frecuentemente descritos como individuos “dependientes orales”, y que muchos autores han resaltado la importancia de los estilos de crianza para el desarrollo del alcoholismo, tratando de establecer las características del cuidado materno y paterno, sin observar resultados significativos. De Jong y cols. (citados en Marchori y cols, 1999), Vrasti y Eisemann, (citados en Marchori y

cols, 1999) encontraron que los alcohólicos comparados con la población en general, reportaron altos puntajes de rechazo, sobreprotección y considerablemente menos puntajes en la calidez emocional de los padres. Otros autores como Bernardi y cols. (citados en Marchori y col, 1999) utilizando el PBI encontraron que los alcohólicos tenían mayores puntajes en protección maternal comparados con los grupos control (Marchori, Loschi. Marconi, Mioni y Pavan, 1999).

Relación del PBI con la psicopatología

Parker, Roy, Wilhelm, Michell, Austin, Hadzi-Pavlovic (1999) hicieron una investigación donde se exploraron las relaciones entre las experiencias parentales tempranas y los trastornos de personalidad. Se ha propuesto desde hace mucho tiempo que ciertas experiencias parentales pueden predisponer a un niño a numerosas secuelas psicosociales en la edad adulta. Muchas de las descripciones del parentaje óptimo enfatizan la provisión de una base afectiva segura y la capacidad de promover la independencia (Bowlby, 1998b). Las características parentales contrarias (indiferencia, rechazo y sobreprotección) llevan a un amplio rango de trastornos psiquiátricos y somáticos en la edad adulta (Parker, 1983; citado en Parker y cols., 1999). Teóricamente, es la interacción de los factores genéticos y medioambientales los que predisponen al niño a los trastornos de personalidad. Los resultados de la investigación de Parker permiten algunas conclusiones: la alta indiferencia parental, exceso de control y abuso (del padre y de la madre) se asoció a una mayor frecuencia de trastorno límite o borderline, trastornos de ansiedad, trastornos depresivos y personalidad autodevaluatoria.

En un estudio hecho en Italia por Fossati, Donati, Donini, Novella, Bagnato y Maffetei (2001) sobre patrones de apego en el trastorno de personalidad límite

(borderline), se encontraron diferencias entre el patrón de apego manifestados por los pacientes límites (bajo cuidado maternal y alto control maternal) y el grupo de control con que se comparó, pero no con otros grupos con trastornos de la personalidad.

Otro estudio interesante fue hecho en Italia por Favaretto , Torresani y Zimmermann (2001) donde aplico el PBI a pacientes esquizofrénicos y a sus padres. El cuidado parental está caracterizado por el afecto, calor emocional y cercanía, junto a un bajo control en términos de intrusividad, necesarios para un apego seguro y un desarrollo normal. En contraste, el control parental en términos de intrusividad, demanda por obediencia y sobreprotección, combinados con bajo cuidado, están asociados como fuentes de un vínculo distorsionado y una subsiguiente disfunción psicológica de los hijos. Este estudio confirmó la evidencia clínica general, de una distorsión en el vínculo parental de los pacientes con esquizofrenia, con un patrón parental bajo en cuidado y alto en control. Los resultados del PBI aplicado a los padres de los pacientes esquizofrénicos, tuvieron el siguiente patrón, un control moderado, pero recibieron un cuidado mucho más bajo que el de sus hijos. Además en este estudio, se sugirió que el PBI puede ser de gran valor como herramienta para investigaciones epidemiológicas, como también en el manejo clínico y el tratamiento de pacientes con esta enfermedad. También se confirmó el patrón del vínculo parental en los esquizofrénicos como bajo en cuidados y alto en control, un patrón definido como “control sin afecto”.

Otro estudio cuyo objetivo fue determinar la asociación entre el vínculo familiar y la distorsión cognitiva en individuos vulnerables a la depresión, Ingram y Ritter(2000), utilizaron la propuesta teórica de, que la interacción de los cuidadores tempranos provee las bases para las estructuras de procesamiento de información negativa. Por ejemplo, una variedad de teorías, incluyendo la teoría del apego (Bowlby, 1997), teoría de las relaciones

objétales (Baldwin; Westin; citados en Ingram y Ritter, 2000) y varias teorías cognitivas (Beck; Ingram y cols.; Segal, citados en Ingram y Ritter, 2000) han sugerido que los cuidadores que son indebidamente punitivos, rígidos, críticos o rechazantes llevan a desarrollar y a unir estructuras afectivas con esquemas cognitivos negativos. Y más aún, un substancial cuerpo de trabajo argumenta que la depresión en el adulto tiene que ver con estas variables en la niñez (Bempord y Romano, citados en Ingram y Ritter, 2000), sugiriendo que esta vulnerabilidad en las estructuras es el núcleo de la depresión. El resultado más consistente de este estudio fue, que el déficit en el cuidado materno estaba asociado con un pobre manejo de la atención, al haber estímulos negativos, en individuos vulnerables a la depresión y que además estaban en un ánimo negativo. Entre más descuido o rechazo percibieron los individuos vulnerables, de parte de la madre se encontró que la evidencia era más probable de un proceso de información depresiva, al estar en un estado de ánimo negativo.

Abuso sexual

Hill, Davis, Byatt, Burnside, Rollinson y Fear (2000) hicieron una investigación sobre el abuso infantil y los síntomas afectivos en las mujeres, ya que hay un apoyo substancial en la asociación entre el rechazo y el maltrato en la niñez y los síntomas afectivos en el adulto. Varios estudios han demostrado la asociación de abuso sexual infantil y psicopatología en la mujer adulta, después de haber controlado otras adversidades como el rechazo. A la conclusión a que llegaron fue que la crianza adversa, incrementa el riesgo de abuso sexual en la niñez por un sujeto no familiar e incrementa de manera poco clara, que también haya psicopatología en la edad adulta.

Otra investigación fue la de McLaughlin, Heath, Bucholz, Madden, Beirut, Slutske, Dinwidde, Statham, Dunne, Martin. (2000) cuyo objetivo fue explorar las características de una crianza patológica, específicamente determinar el rechazo emocional y el sobrecontrol, utilizando la prueba del PBI y lo que contribuye al riesgo del abuso sexual en la niñez en ambos sexos. El rechazo parental fue la única variable que se asoció significativamente con el abuso sexual en la infancia.

Muestra

La muestra se colectó a través de cuotas en una población homogénea, desde el punto de vista socioeconómico, perteneciente a un nivel medio alto. Los sujetos fueron incluidos en el estudio si tenían edades entre 11 y 80 años, habían vivido con sus padres durante los primeros 16 años de su vida y aceptaban participar en el estudio.

Para su análisis se agruparon de acuerdo a los siguientes parámetros:

Adolescencia temprana: 11 a 14 años

Adolescencia: 15 a 21 años

Edad adulto joven: 22 a 30 años

Edad adulto medio: 31 a 50 años

Edad adulto maduro: 51 a 60 años

Ancianos: Mayores de 60 años

La muestra consistió en 185 sujetos de ambos sexos, con una edad entre 11 y 80 años (32.33 ± 17.71 años), provenientes de una población homogénea, desde el punto de vista socio-económico, pertenecientes al nivel medio-alto, de familias en las cuales los padres biológicos continuaron casados y viviendo juntos por lo menos hasta que los participantes

tuvieron una edad de 16 años. Ciento dieciséis fueron mujeres (62.7 %), 69 fueron hombres (37.3 %). El 12.97% fueron adolescentes tempranos, el 17.9% adolescentes, el 20.54% fueron adultos jóvenes, 31.35% adultos medios, el 8.10% de adultos maduros, el 9.72% en etapa de vejez. El 52.43% eran solteros, 47.57% casados, separados, divorciados y viudos (Cuadro 5).

Debido al tipo de muestra con un rango de edad que abarca desde la adolescencia hasta la vejez se encontraron diferentes grados de escolaridad, desde primaria hasta maestría, siendo pocos los que optaron por carreras técnicas, teniendo como porcentaje más elevado los sujetos con un nivel profesional. En cuanto a la ocupación de la muestra, el 48.65% fueron como estudiantes, el 22.71% profesionistas, 20% dedicados al hogar, el 2.70% fueron comerciantes, el 1.62% técnicos, 1.62% empleados, el 2.16% jubilados y el 0.54% no respondió a dicho ítem del cuestionario. El 92.44% de los participantes reportaron ser de religión católica, el 1.08% de religión cristiana, el 2.16% de religión judía, el 1.62% reportó no tener ninguna religión y el 2.70% no respondió a éste ítem (Cuadro 4).

Dentro de la muestra 45.95% reportaron vivir con ambos padres, vivían sólo con la madre el 2.16%, sólo con el padre el 0.54%, y los que ya no vivían con los padres el 51.35%, ya que conforme fueron creciendo se fueron independizando de los padres, a una edad promedio 22.54 ± 3.62 años (16 – 35 años) (Cuadro 4, 6).

De acuerdo a la historia familiar, los sujetos reportaron que el tiempo de casados de sus padres al nacer ellos fue de $4.97 \pm .71$ con un rango de (1-34) años de casados. Ciento ochenta y tres sujetos de la muestra reportaron haber tenido hermanos, y siendo la media ocupar el segundo lugar entre los hermanos, la mayoría de los sujetos reportaron tener un hermano y una hermana, el 85.65% reportaron vivos a todos los hermanos (Cuadro 4).

En cuanto a la descripción del padre se encontraron las siguientes características, el 74.05% reportaron que el padre vivía y la edad de los padres fue de 55.54 ± 13.34 (27 – 93). El 77.02% de los padres fueron profesionales, 11.89% fueron técnicos, 3.24% fueron jubilados y el 17.84% no respondió a éste ítem. La mayoría de los padres tuvieron una edad al nacer el sujeto de 31.8 ± 5.63 años y con un rango de 20-50 años. El 54.59% de los padres estaba viviendo en casa al realizarse la investigación, catorce sujetos reportaron ausencia del padre, ocho fueron por divorcio ó separación, cinco por razones de trabajo y uno por fallecimiento. La edad aproximada del sujeto cuando los padres dejaron la casa fue a los 18 ± 2.27 años siendo el rango entre 16-22 años. El 92.43% de los padres vivieron siempre en casa (Cuadro 4).

Las características de la madre de los sujetos de la muestra son las siguientes, el 85.95% de las madres se encontraban vivas en el momento de la investigación, su edad promedio de $54.71\% \pm 14.42$ años. La ocupación de la madre consistió en del 44.86% dedicadas al hogar, el 19.46% con una carrera técnica, el 15.68% con carreras profesionistas, el 0.54% artista, y el 19.46% no respondió a éste ítem. La edad de las madres al nacer el sujeto fue de 27.18 ± 5.79 años. El 48.11% de las mamás vivían en la casa con el sujeto. La ausencia de la madre se debió a divorcio, en el 1.62% de la muestra. El 98.38% de las madres siempre vivió en casa. El 14.05% de las madres habían fallecido en el momento de la aplicación (Cuadro 4).

Cuadro 4. Características Sociodemográficas de la Muestra

	Varones	Mujeres	Grupo Total
N	69 (37.3 %)	116 (62.7 %)	185 (100%)
Edad	N = 69 31.52 ± 18.89 años (11- 80 años)	N = 116 32.81 ± 17.04 años (11- 74 años)	N = 185 32.33 ± 17.71 años (11 – 80 años)
Estado Civil	N = 69	N = 116	N = 185
Casados	23 (33.3 %)	49 (42.3 %)	72 (38.92 %)
Divorciados	1 (1.4 %)	6 (5.2 %)	7 (3.78 %)
Solteros	43 (62.32 %)	54 (46.6 %)	97 (52.43 %)
Separados	1 (1.4 %)	2 (1.7 %)	3 (1.62 %)
Viudos	1 (1.4 %)	5 (4.3 %)	6 (3.24 %)
Número de matrimonios	N = 69	N = 116	N = 185
Uno	26 (100%)	62 (100%)	88 (100%)
Uno	23 (88.46 %)	58 (93.55 %)	81 (92.05%)
Dos	3 (11.54 %)	4 (6.45 %)	7 (7.95 %)
Escolaridad	N = 69	N = 116	N = 185
Primaria	5 (7.24%)	5 (4.31 %)	10 (5.40%)
Secundaria	6 (8.70%)	13 (11.20%)	19 (10.27%)
Técnica	2 (2.90%)	9 (7.76%)	11 (5.95%)
Preparatoria	13 (18.84%)	22 (18.97 %)	35 (18.92%)
Normal Superior	0	4 (3.45 %)	4 (2.16%)
Profesional	33 (47.83%)	57 (49.14 %)	90 (48.65%)
Maestría	10 (14.49%)	5 (4.31 %)	15 (8.11%)
No Respondió	0	1 (0.86 %)	1 (0.54%)
Ocupación	N = 69	N = 116	N = 185
Profesional	23 (33.33%)	19 (16.38%)	42 (22.70%)
Hogar	0	37 (31.90%)	37 (20.%)
Comerciante	2 (2.90%)	3 (2.59%)	5(2.70%)
Estudiante	40 (57.97%)	50 (43.10%)	90 (48.65%)
Técnico	0	3 (2.59%)	3 (1.62%)
Empleado	0	3 (2.59%)	3 (1.62%)
Jubilado	4 (5.80%)	0	4 (2.16%)
No respondió	0	1 (0.86%)	1(0.54%)
Religión	N = 69	N = 116	N = 185
Católica	63 (91.30 %)	108 (93.11 %)	171 (92.44%)
Cristiana	0	2 (1.72 %)	2 (1.08%)
Judía	1 (1.46 %)	3 (2.58 %)	4 (2.16%)
Ninguna	2 (2.91 %)	1 (.86 %)	3 (1.62%)
No Respondió	3 (4.35 %)	2 (1.7 2%)	5 (2.70%)
Tiempo de casados al nacer el sujeto	N = 48 5.35 ± .87 años (1 – 35 años)	N = 79 4.58 ± .55 años (1 – 33 años)	N = 127 4.96 ± 0.71 años (1 – 34 años)

Lugar entre los hermanos	N=69 2.28 ± 1.70 (1 - 11)	N=115 2.30 ± 1.56 (1 - 9)	N=184 2.29 ± 1.60 (1 - 11)
Número total de hermanos	N=68 2.46 ± 1.79 (1 - 11)	N=115 2.69 ± 1.54 (1 - 7)	N=183 2.6 ± 1.63 (1 - 11)
Número de hermanos varones	N=69 1.17 ± 1.15 (0 - 6)	N=116 1.38 ± 1,30 (0 - 7)	N=185 1.3 ± 1.25 (0 - 7)
Número de hermanos mujeres	N=69 1.27 ± 1.12 (0 - 5)	N=116 1.12 ± 1.07 (0 - 5)	N=185 1.21 ± 1.09 (0 - 5)
Hermanos que viven	N=59 (85.5%)	N=105 (90.52%)	N=164 (88.65%)
Edad en que el sujeto dejó la casa	N=28 23.14 ± 4.66 (16-33)	N=66 22.33 ± 3.08 (16-31)	N=95 22.54 ± 3.62 (16 - 33)
Vive el padre	N=52 (75.36%)	N=85 (73.28%)	N=137 (74.05%)
Edad actual del padre	N=51 52.78 ± 11.89 (29 - 86)	N=85 57.19 ± 13.95 (27 - 93)	N=136 55.54 ± 13.34 (27-93)
Edad del padre al nacer el sujeto	N=66 31.95 ± 5.84 (20 - 46)	N=105 31.35 ± 5.51 (20 - 50)	N=171 31.58 ± 5.63 (20-50)
Vive el padre en casa	N=44 (63.77%)	N=57 (49.14%)	N=101 (54.59%)
Ausencia del padre	N= 8	N= 6	N= 14
Por separación /divorcio	6	2	8
Por trabajo	2	3	5
Por muerte	0	1	1
El padre vivió siempre en casa	N=63 (91.30%)	N=108 (93.10%)	N=171 (92.43%)
La madre vive	N=57 (82.61%)	N=102 (87.93%)	N=159 (85.95%)
Edad de la madre	N=53 54.75 ± 14.77 años (35 - 90 años)	N=100 55.74 ± 14.2 años (35 - 92 años)	N=153 54.71 ± 14.42 años (35 - 92 años)
Edad de la madre cuando nació el sujeto	N=63 27.60 ± 5.87 años (18 - 43)	N=112 26.94 ± 5.75 años (18 - 46)	N=175 27.18 ± 5.79 años (18 - 46)

Vive la madre en casa	N=40 (57.97%)	N=53 (45.69%)	N=93 (50.27%)
Muerte madre	N=12 (17.39%)	N=14 (12.07%)	N=26 (14.05%)
Edad madre al dejarlo Divorcio	N=3 18.67 ± 3.79 años (16-23)	N=1 18 años	N=4 18.5 ± 3.11 años (16-23)
Madre ha vivido siempre en casa	N=66 (95.65%)	N=116 (100%)	N=182 (98.38%)
Enfermedad de la madre	No hay	N=6 (5.17%) 2 Alcoholismo 1 Cardiopatía 1 Hepatitis 1 Neurosis 1 Vesícula	N=6 (3.24%)

Cuadro 5. Características sociodemográficas de la muestra: edad

Etapas de la Vida	Hombres	Mujeres	Grupo Total
	N = 69 (%)	N = 116 (%)	N = 185 (%)
Adolescencia temprana	7 (3.78%)	17 (9.18%)	24 (12.97 %)
Adolescencia	17 (9.18%)	15 (8.10%)	32 (17.29 %)
Edad adulta joven	17 (9.18%)	21 (10.81%)	38 (20.54 %)
Edad adulta media	14 (7.56%)	44 (24.32%)	58 (31.35%)
Edad adulta madura	6 (3.24%)	9 (4.86%)	15 (8.10 %)
Vejez	8 (4.32%)	10 (5.40)	18(9.72 %)

Cuadro 6. Edades en las que los sujetos dejaron la casa paterna.

Edad en la que dejaron la casa:	Hombres N = 28 (%)	Mujeres N = 67 (%)	Total N = 95 (%)
De 16 años	1 (3.57%)	3 (4.48%)	4 (4.21%)
De 17 años	2 (7.14%)	0	2 (2.11%)
De 18 años	4 (14.29%)	6 (8.96%)	10 (10.52%)
De 19 años	0	6 (8.96%)	6 (6.32%)
De 20 años	4 (14.29%)	3 (4.48%)	7 (7.37%)
De 21 años	0	10 (14.93%)	10 (10.52%)
De 22 años	2 (7.14%)	3 (4.48%)	5 (5.26%)
De 23 años	2 (7.14%)	10 (14.93%)	12 (12.63%)
De 24 años	2 (7.14%)	11 (16.42%)	13 (13.68%)
De 25 años	1 (3.57%)	5 (7.46%)	6 (6.32%)
De 26 años	2 (7.14%)	7 (10.45%)	9 (9.47%)
De 27 años	2 (7.14%)	1 (1.47%)	3 (3.16%)
De 28 años	3 (10.71%)	1 (1.47%)	4 (4.21%)
De 29 años	0	0	0
De 30 años	2 (7.14%)	0	2 (2.11%)
De 31 años	0	1 (1.47%)	1 (1.05%)
De 33 años	1 (3.57%)	0	1 (1.05%)
Total de sujetos y %	28 (100%)	67 (100%)	95 (100%)

RESULTADO

Los resultados se presentan en función a las hipótesis de investigación.

Hipótesis 1. La percepción de los sujetos sanos en relación con los padres (parentaje - crianza) varía a lo largo de la vida.

PBI Paterno

El grupo de mayor edad (61 años o más) tuvo una puntuación más alta en la subescala de control / sobreprotección paterna que el grupo de adolescentes (15 a 21 años de edad), ($F 2.67$, $gl 5$, 179 $p = .024$ con corrección de Bonferroni $p = .016$), lo que señala que los sujetos al final del ciclo vital sienten que su padre fue controlador / sobreprotector en comparación a la percepción en la adolescencia. El resto de los sujetos de distintos grupos de edad no difieren en las demás escalas del PBI paterno (Cuadro 7).

Cuadro 7. Comparación de las subescalas del PBI paterno por rangos de edad

Rango de Edad	Afecto / Aceptación	Control / Sobreprotección	Independencia/ Autonomía	Frialdad	Total
11 a 14 años n= 24	3.44 ± .48	3.22 ± .47	2.95 ± .70	3.29 ± .49	3.24 ± .33
15 a 21 años n= 55	3.16 ± .65	3.05 ± .74*	3.05 ± .53	3.00 ± .66	3.08 ± .42
22 a 30 años n= 15	3.08 ± .76	2.97 ± .71	2.97 ± .73	3.06 ± .74	3.02 ± .61
31 a 50 años n= 59	3.08 ± .75	3.24 ± .68	3.18 ± .70	3.06 ± .64	3.14 ± .53
51 a 60 años n= 14	2.96 ± .68	3.28 ± .58	2.77 ± .71	3.24 ± .55	3.05 ± .56
61 o más n= 18	3.21 ± .73	3.65 ± .45*	3.32 ± .52	2.99 ± .70	3.30 ± .40
Total n= 185	3.16± .68	3.20 ± .67	3.08 ± .65	3.08 ± .64	3.13 ± .47

* $p < .05$

PBI Materno

El grupo de adolescentes (15 a 21 años) tuvo una puntuación más alta en la subescala de frialdad materna en comparación con el grupo de adultos medianos (31 a 50 años) ($F_{2,29, gl 5 179} p = .047$ con corrección de Bonferroni $p = .033$), lo que denota que los adolescentes perciben a su madre como más fría en esta etapa que los adultos medios. El resto de los sujetos de grupos de edades distintas, no difieren en las otras escalas del PBI materno (Cuadro 8).

Cuadro 8. Comparación de las subescalas del PBI materno por rangos de edad

Rango de Edad	Afecto/Aceptación	Control/Sobreprotección	Independencia/Autonomía	Frialdad	PBI Total
11 a 14 años n= 24	3.32 ± .46	3.12 ± .47	3.01 ± .44	3.34 ± .64	3.20 ± .39
15 a 21 años n= 55	3.42 ± .47	3.11 ± .65	3.14 ± .48	3.43 ± .54*	3.28 ± .37
22 a 30 años n= 15	3.44 ± .36	2.94 ± .53	3.28 ± .36	3.37 ± .65	3.27 ± .30
31 a 50 años n= 59	3.19 ± .59	3.10 ± .65	3.10 ± .55	3.06 ± .71*	3.13 ± .48
51 a 60 años n= 14	3.11 ± .62	3.21 ± .51	2.88 ± .43	3.35 ± .53	3.12 ± .49
61 o más n= 18	3.40 ± .50	3.02 ± .68	3.11 ± .78	3.14 ± .70	3.20 ± .50
Total n= 185	3.31 ± .52	3.09 ± .61	3.10 ± .52	3.26 ± .65	3.20 ± .43

* $p < .05$

Hipótesis 2. Si la persona tiene una mayor edad entonces la percepción de la crianza es mejor

Se llevó a cabo una correlación de Pearson entre la edad de los sujetos y las cuatro subescalas del PBI materno y paterno (Cuadro 9).

En el caso de la percepción de la crianza de la madre se observó que a mayor edad percibieron menor frialdad en el trato (subescala de frialdad $r = -.167$, $p < .02$). En cuanto la percepción de la crianza por parte del padre se observó una correlación positiva entre la edad de los sujetos y la subescala de control / sobreprotección ($r = .207$, $p < .01$).

Cuadro 9. Correlación de subescalas del PBI materno y paterno

	Materno	Paterno
Aceptación / Afecto	-.098	-.090
Control / Sobreprotección	-.012	.207**
Frialdad	-.167*	.121
Independencia / Autonomía	.029	-.048

* $p < .05$

** $p < .01$

Hipótesis 3. La persona percibe la crianza por el padre como de mayor control

Se llevo a cabo una prueba pareada de Student entre las subescalas de control / sobreprotección en el PBI materno y paterno, observándose que los sujetos de mayor edad tuvieron una percepción más alta en la subescala de control / sobreprotección del PBI paterno ($\tau = -2.51$ gl 184 $p = .013$) ($3.20 \pm .66$ vs $3.08 \pm .60$) (Cuadro 10).

Cuadro 10. Comparación de las subescalas del PBI materno y paterno

	PBI Materno	PBI Paterno
Afecto / Aceptación	3.31 ± .52**	3.15 ± .68
Control /Sobreprotección	3.08 ± .60	3.20 ± .66**
Independencia / Autonomía	2.97 ± .64	3.07 ± .64**
Frialdad	3.28 ± .55**	3.08 ± .63

* < .05

** < .01

Hipótesis 4. La persona percibe la crianza de la madre como de mayor cuidado.

Al llevarse acabo la validez de construcción del PBI, a través del análisis factorial, tres de las cuatro dimensiones, tuvieron un agrupamiento de reactivos diferentes para la madre y el padre; aunque la comparación de subescalas nos da un nivel significativo, éste no es valido, en los caso de las dimensiones de aceptación /afecto, independencia / autonomía y frialdad (Cuadro 1 y 10), sólo en el caso de control / sobreprotección, los reactivos fueron los mismos.

Diferencias de percepción de la crianza entre hombres y mujeres

Se usó la prueba t de Student entre los individuos del género femenino y masculino que contestaron la prueba para saber si había diferencias de percepción en las distintas subescalas del PBI, sin que se observaran diferencias significativas entre los sexos (Cuadros 11 y 12).

Cuadro 11. Comparación del PBI materno entre género femenino y masculino

	Mujeres N = 116	Hombres N = 69
Afecto / Aceptación	3.28 ± .56	3.36 ± .46
Control / Sobreprotección	3.08 ± .63	3.11 ± .57
Independencia / Autonomía	3.03 ± .51	3.22 ± .52
Frialdad	3.23 ± .68	3.32 ± .59

Cuadro 12. Comparación del PBI paterno entre género femenino y masculino

	Mujeres N = 116	Hombres N = 69
Afecto / Aceptación	3.22 ± .71	3.05 ± .63
Control / Sobreprotección	3.18 ± .66	3.23 ± .69
Independencia / Autonomía	3.04 ± .69	3.15 ± .66
Frialdad	3.12 ± .69	3.01 ± .63

DISCUSIÓN

El objetivo primordial de esta investigación fue determinar si existía un cambio en la percepción de los sujetos sanos acerca de la crianza a lo largo de la vida. Los resultados observados señalan que existe consistencia en esa percepción. Sin embargo, el grupo de mayor edad tuvo una percepción de mayor control / sobreprotección paterno en comparación con los adolescentes. Asimismo, los adolescentes, tuvieron una percepción de frialdad maternal más alta en comparación con los adultos de 30 a 50 años. También se observó que la actitud de los padres se percibía como de control / sobreprotección en comparación de la actitud de la madre. No se encontraron diferencias en la percepción entre los dos sexos. Al parecer la percepción de la crianza no depende del género del sujeto, aunque si en algunos casos influye el hecho de que se trate del padre o de la madre.

La percepción de control / sobreprotección por parte del grupo de mayor edad en comparación con los adolescentes, puede ser el reflejo de un cambio cultural, donde se produce una transformación en el papel del padre a lo largo de varias décadas. Lo que se mide en el PBI es la percepción (de las conductas y actitudes) de los padres, la cual quedó representada mentalmente en los hijos, después de la infancia, de la niñez y de la adolescencia temprana. Parker, Tupling y Brown (1975) definen a la subescala de control / sobreprotección como un factor donde se sugiere una regulación estricta e intrusividad, junto con demandas de alto cumplimiento y obediencia, con un control a través de la culpa, que indica métodos psicológicos encubiertos para controlar al niño, lo cual no permite el desarrollo como individuo. Levy (citado en Parker, Tupling y Brown, 1979) apunta que la sobreprotección se manifiesta clínicamente como un contacto excesivo, infantilización y

limitación de la conducta de independencia. Para ellos las dimensiones de cuidados y sobreprotección son, interdependientes ya que cuando hay sobreprotección ésta se encuentra ligada a falta de cuidados (cercanía emocional). Al revisar la literatura de la etapa de la vejez, se encontró que es una época donde se integran las vivencias, después de una extensa reevaluación.

Para Erikson la integridad, es: "la aceptación del único y propio ciclo vital y de las personas que han sido significativas, como lo son y desde luego no permite sustitución. Esto significa una forma nueva y diferente de amor a nuestros padres, despojada de todo deseo de que deberían haber sido diferentes, y a la aceptación del hecho de que la propia vida es la responsabilidad de uno mismo... aunque al darse cuenta de la relatividad de todos los estilos de vida que han dado significado a las luchas humanas, el poseedor de "integridad", está preparado para defender la dignidad de su propio estilo de vida, en contra de las amenazas físicas y económicas. Porque sabemos que la vida individual es la coincidencia del ciclo de vida con un segmento de historia" (Erikson, 1993*).

Retomaremos la última frase de Erikson para dar una primera explicación a este resultado; basándonos en el cambio cultural del papel del padre en los últimos años, donde el padre toma un papel más activo en la educación del hijo, lo cual conlleva una comunicación más amplia, cercana y ya no es, esa figura lejana y autoritaria, sino un padre cercano que trata de entender las diferentes situaciones críticas del hijo para apoyarlo y guiarlo en la obtención de su autonomía, esto visto por los mayores produce un extrañamiento, al darse cuenta que ellos no tuvieron ese tipo de relación con su padre. Lo cual no forma parte de su segmento de la historia, pero que de alguna manera la viven con sus hijos y sus nietos.

Ramón Parres (citado en Estrada-Inda; 1990) agrega que clínicamente, "la falta o pérdida de este aumento en la integración del yo, se manifiesta en la desesperación, y con frecuencia por el miedo inconsciente a la muerte; el único y propio ciclo vital no se acepta

como último en la búsqueda de rutas alternadas para la integridad. Tal desesperación se encuentra escondida detrás del disgusto, la misantropía, por el displacer altanero, especialmente ante las instituciones y hacia algunas gentes en particular, - disgusto y displacer, que si no están unidos con aspectos constructivos y con una vida de cooperación, solamente indican desprecio por uno mismo”.

Stanley y Hall (citado en Estrada-Inda; 1990) se refieren a los aspectos psicológicos relacionados con el envejecimiento y su importancia social, concibieron a la vejez como una etapa de desarrollo, durante la cual las pasiones de la juventud y los esfuerzos de toda una vida se consolidan.

“Saber que se ha llegado a ser viejo es una experiencia larga, compleja y dolorosa. En cada década el círculo de la fatiga se cierra un poco más a nuestro alrededor, restringiendo la intensidad y duración de nuestras actividades... existe cierta madurez de juicio acerca de los hombres, las cosas, las causas de la vida en general, que nada queda en el mundo sino los años que puedan traer una auténtica sabiduría, que únicamente la edad pueda enseñar”.

Una manera bellamente sintetizada por Bertrand Russel (citado en Estrada-Inda; 1990) es la siguiente

“En la vejez, uno se da cuenta de lo que ha hecho y de lo que no ha logrado”.

Erikson (1993a), postula que la fase final del desarrollo del yo, solamente emerge hacia el final de la carrera de la vida, donde uno ha sido objeto confiable para otros. El conflicto central gira alrededor de la “Integridad” en contra de la “Desesperación”.

“Sólo el individuo que en alguna forma ha cuidado de cosas y de personas y se ha adaptado a los productos o ideas puede madurar gradualmente el fruto de estas siete etapas. No conozco mejor término para ello que integridad del yo.... La falta o la pérdida de esta integración yoica acumulada se expresa en el temor a la muerte; no se acepta el único ciclo de vida como lo esencial de la vida. La desesperación expresa el

sentimiento de que ahora el tiempo que queda es corto, demasiado corto para intentar otra vida y para probar caminos alternativos hacia la integridad" (Erikson, 1993).

Los adolescentes han sido beneficiarios de los cambios culturales donde los padres han alcanzado un nuevo nivel de cercanía en función al concepto de un vínculo óptimo. La autonomía en la adolescencia es más fácil de establecer, si no se dejan de lado las relaciones de apego paternal, ya que estas son relaciones seguras, que durarán mas allá de la adolescencia.. Una investigación que apoya esta conclusión es la de Leondari y Kiosseoglou (2000). Ellos sugieren:

"... que la concurrencia de la individuación y seguir conectado a las relaciones familiares contribuye al funcionamiento adaptativo emocional. Los adultos jóvenes se benefician del apego seguro con los padres con una comunicación y confianza mutua, y la ausencia de frialdad o enajenación. Estar libres de culpa, ansiedad o de resentimiento (independencia conflictual) con alguno de los padres puede estar relacionado positivamente tanto con el apego seguro y con el funcionamiento psicológico adaptativo".

El sistema de apego parece jugar un papel integral en la autonomía, ya que ayuda al adolescente a enfrentar sus desafíos. La conducta del adolescente hacia sus padres, puede estar llena de conflictos, confusión y contradicción, debido a que por un lado necesita empezar a separarse, pero por el otro lado necesita todavía el apoyo de los padres. Aquí encontramos que para separarse emocionalmente de los padres si se tiene un apego seguro no es necesario un gran conflicto en la adolescencia, lo que ha postulado Bowlby, que apoya el resultado encontrado, donde no se percibió conflicto de control / sobreprotección con el padre en la adolescencia, debido al cambio que ha ejercido la cultura sobre el papel del padre en la clase media alta mexicana.

La percepción de frialdad materna por los adolescentes parece lógica debido a que la adolescencia es un periodo donde surge la necesidad de ser autónomo. Nuevamente

Parker y cols. (1979) señalan que existe un factor bipolar constituido por el factor afecto / calidez, en contraste con el factor frialdad, indiferencia y el rechazo.

“El proceso adolescente es el de la individuación con respecto a los objetos internalizados para permitir el establecimiento de relaciones reales. El trastorno más frecuente es la ansiedad que despierta todo el proceso de cambio” (Cuevas; citado en Estrada-Indra, 1990).

Los adolescentes parecen empeñados en un propósito activo de separación, respecto a las relaciones de apego con los padres y con otras figuras. Los vínculos de apego son considerados por muchos adolescentes como ataduras que limitan, más que como lazos fuente seguridad y estabilidad. La tarea del adolescente, es la de desarrollar la autonomía; de manera que ya no dependerá tanto del apoyo de los padres, cuando haga su camino a través de la vida.

“El adolescente “avanza con rapidez hacia una imagen cultural de la adultez, con mucha ansiedad subyacente y una considerable regresión a actitudes anteriores ... Y por ende, no hay otra fase del ciclo vital en la cual la promesa de hallarse y la amenaza de perderse estén tan estrechamente unidas.” (Munroe, 1955)

Lo que el adolescente busca es explorar la vida, sin depender emocionalmente de los padres. En esta etapa, el sistema exploratorio tiene gran importancia, debido a las capacidades que ha desarrollado, los hace buscar la no dependencia en sus padres (aunque si con sus iguales). La exploración, acompaña las tareas del desarrollo social, tanto en la adolescencia como en el adulto joven, ya que sin ellas sería difícil, si no imposible, establecer relaciones románticas y amistosas largas y un trabajo productivo. Al presentarse la búsqueda de autonomía manifiesta, aparecen también las capacidades de reevaluar la naturaleza de las relaciones de apego con los padres.

“Antes de que haya una reconciliación y se alcance un equilibrio maduro entre las posiciones de actividad y de pasividad, o con frecuencia una oscilación entre ambas, éstas caracterizan la conducta

adolescente por algún tiempo. La temprana dependencia pasiva en la madre posee una atracción innegable para el adolescente de ambos sexos" (Bloss, 1980).

Una de las tareas de la familia del adolescente, es una llevar a cabo una sensible renegociación en la relación de apego, y sobre todo las discusiones de la autonomía. La adolescencia se caracteriza por el crecimiento emocional, conducta de independencia hacia los padres, cambio en las relaciones, tensiones y comportamiento caprichoso.

Aunque el adolescente está buscando la autonomía, esta separación produce diversas respuestas con sentimientos concomitantes, como la ansiedad asociada al estar separado, tristeza con la pérdida inminente o la pérdida real, y coraje o frustración sobre la incapacidad de seguir con una proximidad cercana como se la había tenido antes. Tal vez no es la frialdad de la madre, sino que los adolescentes sienten que ya no son entendidos de la misma manera que antes; en épocas posteriores se revalora la actitud materna. No hay que perder de vista que la conducta del adolescente produce una conducta de alejamiento en la madre, sobre todos los cambios de estado de ánimo de los hijos adolescentes. Lo menciona Winnicott (1979) diciendo.

"Una madre debe ser capaz de tolerar el odio que su bebé le inspira sin hacer nada al respecto. No puede expresárselo... Lo más notable acerca de una madre estriba en su capacidad para recibir tanto daño del pequeño y para odiar tanto sin pagarle a él con la misma moneda, así como su capacidad para esperar una recompensa que puede o no llegar más adelante".

Considerando el incremento de autonomía del adolescente, se espera que la madre (y el padre) experimenten algún nivel de ansiedad que se reducirá al monitorear las actividades del adolescente, pero esta experiencia de ansiedad no debe empujar a los padres para actuar de una manera intrusiva o inhibitoria de la exploración de nuevos ambientes y de relaciones del adolescente. Los padres con representaciones mentales seguras de apego, se inclinarán por un balance en sus relaciones entre la intimidad y la distancia con sus hijos

adolescentes. En contraste los padres que tienen representaciones mentales inseguras de apego, pueden ver la separación como rechazo o como amenaza a la integridad de su relación con su hijo; en estas familias se puede esperar más conflictos y coraje. Por el otro lado otro tipo de padres inseguros encuentra que estar accesibles los agota o cansa y están buscando ser librados de tales responsabilidades.(Hock, Eberly, Barttle-Haring, Ellwanger y Widaman, 2001).

En contraste, el adulto medio llega un momento de independencia y madurez, donde requiere ser necesitado, y la madurez demanda la guía y el aliento de aquello que ha producido y debe cuidar. Es una etapa de productividad y de balances, donde se cuestiona todas las facetas importantes de la vida debido a la crisis de la mediana edad y uno de los puntos importantes es la relación con los padres que por lo general llegan a una edad crítica, se acercan a no poderse mantener a sí mismos, la soledad, la enfermedad y la muerte se avecinan para ellos; piden de alguna manera más atención y cuidados por la edad.

“De este “balance general” junto con el hecho cada vez más evidente del fenómeno de la muerte, y la toma de conciencia de que ya no se tiene todo el tiempo del mundo, como se creía antes” (Vives; citado en Estrada-Inda, 1990).

Los adultos medianos, están bastante lejos de la etapa de la adolescencia donde fue fundamental la separación física y emocional de la madre para poder lograr una identidad, la mayoría ha consolidado una familia, pueden entender y comprender a su madre desde muchos puntos de vista que antes no tenían, ahora la mayoría ellos son padres y esto da otra perspectiva de las relaciones, ya no se sienten amenazada su autonomía como en la adolescencia, y pueden aceptar a su madre tal como es o por lo menos tratan de hacerlo y de resolver los conflictos que se quedaron en el camino. Se puede pedir consejo sin sentirse como orden y compartir tanto recuerdos como experiencias, ya que el adulto medio se

encuentra cercano o dentro de la problemática de la separación de sus hijos adolescentes, y revive mucho de su propia adolescencia lo que lleva a una introspección y a la comunicación para revisar su modelo activo de la madre y así ponerlo al día. Bowlby indica que los estándares internos contra los cuales madre e hijo evalúan las consecuencias de toda conducta al interior de su relación, suelen favorecer en grado sumo el desarrollo del vínculo afectivo, ya que ambos perciben la proximidad y el trato afectuoso como algo placentero, en tanto que la distancia y las expresiones de rechazo resultan desagradables o dolorosas para ambos (Bowlby, 1998c).

De la crisis de la generatividad como la llama Erikson (1993*), surge la fuerza necesaria para cuidar y atender, tanto a los hijos como a los padres. Ya que se da una vez más un amplio proceso de revisión para actualizar vínculo con los hijos y de las figuras de apego.

“Los modelos operantes (activos o de representación) que un niño construye de su madre y de los modos que ella se comunica y se comporta con él, y un modelo comparable de su padreson construidos por el niño durante los primeros años de su vida y, según se postula, pronto se establecen como estructuras cognoscitivas (Main, Kaplan y Cassidy, citados en Bowlby, 1998c). Posteriormente, el modelo de sí mismo que construye también refleja las imágenes que sus padres tienen de él, imágenes que están comunicadas no sólo por el modo en que cada uno lo trata, sino por lo que cada uno le dice. Estos modelos dominan el modo en que se siente con respecto a cada progenitor y con respecto a él mismo, el modo en que espera que cada uno de ellos lo trate, y el modo en que planifica su conducta hacia ellos... La clave para la comprensión de estas diferencias en el grado que estos modelos quedan actualizados se encuentra en las profundas diferencias en la libertad de comunicación entre la madre (padre) y el niño que caracterizan las parejas de los dos tipos...Mientras las parejas seguras ocupadas en una conversación fluida se comunicaban con expresiones de sentimientos y tocaban una variedad de temas incluyendo personales, las parejas inseguras no lo hacían. En algunas la conversación era fragmentada y los temas cambiaban abruptamente. En otras –las parejas elusivas

(evitativas), los temas se limitaban a lo impersonal y quedaba omitida toda referencia a los sentimientos” (Bowlby, 1998c).

Por lo tanto se confirma lo dicho por Bowlby en el caso de las madres, si cambia la percepción de la crianza, debido a una continua revisión en la relación de apego y a la flexibilidad para irse revisando a través de la vida los modelos activos de la figura de apego.

La percepción del padre como más controlador / sobreprotector que la madre, era un resultado esperado teóricamente debidos a las características del padre que la literatura nos proporciona.

Características del padre. El padre es quien va moldeando directa o indirectamente, con su presencia o ausencia, física o emocional, el desarrollo y personalidad de sus hijos. De ahí la importancia de conocer cómo es que su figura va destacando o no durante el desarrollo pues juega en el un papel activo ya sea acompañando, sosteniendo o motivando. De hecho el padre es una figura determinante en el nuevo ser. Es necesario conocer como se forma y evoluciona la imagen paterna durante el desarrollo psicológico; cuales son sus funciones dentro del marco familiar y específicamente, sus repercusiones en el desarrollo de todo ser humano.

La función paterna permite estructurar la separación madre-hijo, de forma tal que al sacarlo de la fusión con la madre el padre se convierte en el representante de lo real e impulsa al hijo hacia la vida, hacia la conquista de su entorno; así, el hijo irá aprendiendo del padre el dominio, la manipulación y organización del medio físico y social.

Kelen (1988) subraya que el padre es “quien permite el acceso a lo simbólico: es el portador de la castración, de lo prohibido. Así, es como se convierte en el símbolo de todo lo que es la ley”

La misma autora postula, que el padre es símbolo de lucha, progreso y éxito, por lo cual, la internalización de tales características favorecerá en el hijo la realización y el esfuerzo por superar la propia labor, así como la superación de obstáculos y la consecución de metas.

De acuerdo a lo anterior, Gonzáles Núñez (1984) señala que “ el padre es el ser que pone límites, y que desde fuera da reglas y exige su cumplimiento. Las reglas son como el toque final al control de impulsos y al establecimiento de la capacidad de demora”.

Según O'Mara (1979) la participación del padre facilita en el hijo el funcionamiento cognoscitivo, la capacidad de controlar sus impulsos, el control interno y la responsabilidad respecto al funcionamiento en el mundo, así como la capacidad para establecer relaciones personales generales.

La cuarta hipótesis, en la cual se buscó determinar la percepción que tienen los sujetos acerca de la crianza por parte de la madre y si está era de mayor cuidado. No se logró obtener debido a que al determinar la validez de la construcción del PBI a través del análisis factorial, mostró un agrupamiento diferente de los reactivos entre la madre y el padre con respecto al los factores de afecto / aceptación, frialdad y autonomía. A diferencia del factor control / sobreprotección donde esto no sucedió. (Cuadro I). Debido a la diferencia de roles en la crianza, propios de género influidos por la cultura. En cada cultura los roles de los padres muestran algunas diferencias. Aunque universalmente, la madre es la figura primaria de nutrimento y seguridad; el padre asume el rol de la búsqueda de libertad, separación y deseo.

Primero veremos los aspectos que fueron considerados de afecto / aceptación en la percepción de la madre así como del padre:

- 1.- Me hablaba con voz cálida y amigable.

5.-Aparentaba entender mis problemas y preocupaciones

6.-Era afectuoso conmigo.

11.-Disfrutaba hablar de diferentes cosas conmigo.

12.- Frecuentemente me sonreía

13.-Tendía a chiquearme.

17.- Cuando estaba enojado /a podía hacerme sentirme mejor.

A continuación veremos los aspectos en donde difirieron las respuestas con la percepción de la madre en el factor de afecto / aceptación:

7.- Le gustaba que tomara mis propias decisiones.

25.- Me dejaba vestirme del modo que a mí me gustaba.

Se encontró que si las madres permiten la toma de decisiones y la manera en que sus hijos se visten es un signo de afecto.

En cambio, si los padres permiten la toma de decisiones y el modo de vestirse se percibe como un apoyo a la independencia / autonomía.

En cuanto a la percepción del padre se encontró un aspectos diferente dentro del factor afecto / aceptación:

4.- Parecía emocionalmente frío /a conmigo.

Esta pregunta es invertida y su puntuación también lo es, por lo tanto significa que tan cercano se percibía tanto al padre como a la madre; en el caso de los padres significó afecto y aceptación y en el caso de las madres se les percibió como más distantes.

No se encontró influencia de género en los sujetos en la percepción de la crianza.

CONCLUSIONES

Como conclusiones del estudio realizado se desglosan las siguientes:

La percepción de la crianza no cambia a través del ciclo vital salvo en algunos momentos críticos propios de las etapas como en la etapa de la adolescencia y la vejez. Para Ana Freud, en el proceso vital del desarrollo, hay dos etapas críticas donde se exacerban los instintos y provocan un desequilibrio en la persona: la adolescencia y la vejez.

“La pubertad es la recapitulación del periodo sexual infantil ... se arriba a la madurez sexual física, en este periodo, la genitalidad ocupa el primer plano y las tendencias genitales dominan los instintos parciales” (Ana Freud, 1979).

Erikson plantea la adolescencia como un proceso crítico en el cual se va a consolidar la identidad, Peter Bloss coincide con esta idea y hace una comparación implícita con el proceso separación-individuación, en la cual el adolescente entra en una crisis que implica, la necesidad de contar con un referente sólido o íntegro de un modelo de identidad que involucre la búsqueda de un objeto externo de amor, así como el establecimiento de metas profesionales y personales, las tareas necesarias para lograr estas metas implican a su vez el desprendimiento del núcleo familiar. Este cambio es una salida definitiva hacia la autonomía que al igual que la identidad al ser asumidas son definitivas e irreversibles, esto produce mucha inquietud y una tendencia a la regresión y de ser absorbido por la madre. Como vemos al adolescente se le plantea una situación ambivalente entre buscar la seguridad, regresando al entorno del cual se había ido desprendido durante la infancia pero le había dado diversos grados de seguridad y confianza y por el otro lado la necesidad de

ascender hacia la separación y búsqueda de metas fuera del entorno familiar pero congruentes con los valores vocacionales y modelos de relación obtenidos de la convivencia al interior de la familia. Es el reto de tomar las riendas de su propia vida y lograr la independencia adulta fuera de conflicto para el desarrollo personal romántico con una persona fuera de la familia.

Asimismo, en el proceso crítico que va de la madurez hacia la senectud aún cuando en la actualidad es relativa la idea de una potencia de generatividad creativa y el ejercicio pleno de la sexualidad (climaterio).

“La segunda revisión (del periodo sexual infantil) sobrevendrá en un periodo ulterior de la vida – el climaterio... las funciones sexuales físicas declinan, los impulsos genitales se despiertan por última vez y los impulsos pregenitales retoman a su formación primitiva”. (Ana Freud, 1979)

En este estadio curiosamente la memoria a largo plazo se hace más importante que la de corto plazo; el anciano vive una crisis que gira alrededor de la relación de sus anhelos y sus metas en la vida para el logro de la trascendencia como suscribe Erikson. Si esta relación es satisfactoria lleva a la plenitud y a la aceptación de la muerte, pero si no es así y el encuentro es con el fracaso lleva a la desesperación. El padre como se planteó en el capítulo III representa o simboliza la sociedad con todas sus prohibiciones, reglas, principios y valores. Además podemos inferir que el cambio que ha habido social y cultural, también hace mella en esta revisión, ya que ha habido algunos cambios en el rol sexual, los valores, las normas, comunicación y hábitos de educación. La figura del padre que representa la autoridad, es la que provee los valores y metas vocacionales orientando el camino hacia la realización personal integral.

La percepción del padre como más controlador o sobreprotector puede deberse, como en esa etapa a que es el portador de las reglas sociales y en un segundo término, que su rol

ha ido cambiando en los últimos años, lo que influiría con esta percepción por los sujetos de mayor edad. Los padres de generaciones próximas pasadas, ejercían como medida de responsabilidad la sobreprotección, los cuales no permitían al joven expresar sus opiniones, ni tomar el mando o la iniciativa para el gobierno de sí mismos. El cambio ha sido dado en el papel del padre como de una mayor cercanía y comunicación, donde se discuten las decisiones y se deja al joven participar en ellas, oyéndolo y dándole razones y compartiendo la responsabilidad.

Como conclusión se puede decir que la percepción de los padres cambia poco en el ciclo vital, sin embargo los resultados nos indican que las relaciones de apego o intra familiares materno- paterno han sufrido un cambio, desde el punto de vista social que inciden en los roles, modalidades, calidad de afecto y que éste puede ver con mayor claridad entre en los adolescentes y en los sujetos de mayor edad. En la adolescencia es el momento donde se sale al mundo y en la vejez hay una recapitulación de logros y metas que tal vez muestren con mayor fuerza estos cambios con los que se enfrentan.

SUGERENCIAS Y LIMITACIONES

Las limitaciones de esta investigación incluyen el tipo de población estudiada ya que debido a su conformación metodológica los resultados sólo pueden ser aplicados a poblaciones similares, es decir con las mismas características.

Otro aspecto fue el estudio de tipo transversal, el cual no permite el seguimiento longitudinal del desarrollo evolutivo en las diferentes etapas del ciclo vital.

Por otro lado, el estudio realizado abarca exclusivamente a sujetos con un nivel socioeconómico medio alto, por lo cual se sugiere ampliarlo a otros niveles sociales.

Es importante resaltar que está investigación es la primera en su tipo, por lo tanto se sugiere hacer otras investigaciones donde se abarque una muestra mayor y con diferentes variables socioeconómicas.

Se sugiere mayor investigación en el impacto del padre dentro del vínculo, al igual que un estudio más profundo en relación con los sujetos de mayor edad.

Es importante resaltar en está investigación el papel que va representar el vínculo a través de la vida, ya que según fue la relación entre la madre y el bebé, será como la persona se irá relacionado con otros personajes significativos y es así como la infancia será determinate en la conformación de la personalidad. Se puede suponer que en la relación terapéutica se repite el mismo modelo, Es decir se establece un vínculo paciente-terapeuta análogo al de hijo-madre, fue Bion (1996) un de los primeros en mencionar la importancia fundamental de esta relación dándole el nombre de “continente contenido” se repite en la relación transferencia- contratransferencia que se establece en el setting terapéutico, en

donde se resignifica en la persona del terapeuta la misma situación que se vivió en la infancia.

Dupont (2000) menciona que el vínculo es una experiencia eminentemente subjetiva que nace del modelo primario de apego y contiene por tanto factores emocionales diversos y desde luego, elementos ideáticos que relacionan al sujeto con los objetos externos y además con la representación interna del mundo objetal externo. La naturaleza y calidad del vínculo hace posible que el sujeto alcance y tolere la separación del objeto de apego en su desarrollo hacia autonomía e individuación. Es el mismo autor que ha estudiado el vínculo que se establece progresivamente entre paciente-terapeuta, así como el estudio acucioso de sus características que conducen como un hilo conductor y guía hacia la zona intermedia (entre apego y vínculo, espacio transicional, Winnicott, citado por Dupont, 2000) en donde la psicoterapia opera selectivamente sobre los contenidos disruptivos heredados del periodo de apego, donde se gestaron las características de los objetos significativos. Es así como la función del psicoterapeuta al percibir los elementos del mismo, operara, como continente (madre) que ayuda al paciente a transformar sus puras emociones en pensamientos comunicables, así las modalidades del vínculo anunciarán lo que está por pensarse.

BIBLIOGRAFÍA

- Abelin, E. (1976) Some Further Observations and Comments on the Earliest Role of the Father. *Int. J. Psycho-Anal.* 66, 293 – 301
- Ainsworth, D. M. Blehar, C. M. Waters, E. y Wall, S. (1978) Patterns of attachment: a psychological study of the strange situation. New Jersey: Erlbaum
- Atkins, R. (1984) Transitive Vitalization and its Impact on Father-Representation. *Contemporary Psychoanalysis.* 20, 663 – 676
- Ballesteros, J. (2002) La realidad psíquica: entre la fantasía y el deseo (en preparación)
- Benjamin, J.(1991). Father and Daughter – A contribution to gender heterodoxy psychoanalytic dial. *The Analytic Press.* 1, 277 – 299
- Bion, W. R. (1996) Volviendo a Pensar. Argentina: Lumen-Hormé.
- Bloss, P. (1980) Psicoanálisis de la Adolescencia. México: Editorial Joaquín Mortiz.
- _____ (1984) Son and father. *Journal of the American Psychoanalytic Association.* 32 301-324}
- _____ (1987) Freud and the father Complex. *Psychoanalytic Study of Child,* 42 425 – 441
- Boles, S.(1999) A model of parental representations, second individuation, and psychological adjustment in late adolescence. *Journal of Clinical Psychology.* 55 (4), 497 –512.
- Bowlby, J. (1981) Cuidado maternal y amor. México: Fondo de Cultura Económico. 1981
- _____ (1998a) El apego. España: Editorial Paidós .
- _____ (1998b) La Separación. España: Editorial Paidós.
- _____ (1979) The making and breaking of affetional bonds. London: Tavistock
- _____ (1997) La Pérdida Afectiva. España: Ediciones Piadós.
- _____ (1998c) Una Base Segura. España: Ediciones Piadós.
- Burlingham, D. (1973) The Preodipal Infant-Father. *Relationship. Psychoanalytic Study of Child.* 28 : 23

- Canetti, L. Bachar, B. Galili-Weisstub, E. Kaplan De-Nour A. and Shalev A.(1997). Parental Bonding and mental health in Adolescence. *Adolescence* **32**, 381 – 394.
- Carter, B. McGoldrick (1989) The Changing Family Life Cycle. U.S.A.: Allyn and Bacon.
- Cassidy, J. Shaver, P. (1999) Handbook of Attachment. New York: The Guilford Press.
- Cueli, J. Redil, L. Martí, Lartigue, T. Menchaca, P.,(2001). Teorías de la Personalidad. México: Editorial Trillas.
- Dicaprio, N. S. (2000) Teorías de la personalidad. México: McGraw-Hill.
- Dupont, M. A. (2000) Apego, Vínculo y Transferencia. Presentado en el XL Congreso Nacional de Psicoanálisis de la Asociación Psicoanalítica Mexicana, A. C. Tecnológico de Monterrey, 22-26 de Noviembre 2000. México, D. F.
- Eells, T. (2001) Attachment Theory and Psychotherapy Research. Research Abstracts. *Journal Psychotherapy Practice Research*. **10:2**, 132 – 135
- Erikson, E.(1993a) Infancia y Sociedad. Argentina: Lumen Hormé.
- _____, (1993b) Ética y Psicoanálisis. Argentina, Editorial Lumen.
- _____, (1994) Un Modo de Ver las Cosas. Escritos selectos de 1930 a 1980. México: Fondo de Cultura Económico.
- Estrada Inda, L.y Salinas Fernández J. L. (1990) La Teoría Psicoanalítica de las Relaciones de Objeto: del individuo a la familia. México: Ediciones y Distribuciones Hispánicas.
- _____, (1997) El Ciclo Vital de la Familia. México: Editorial Gijalbo.
- Favaretto, E. Torresani, S. Zimmermann, C. (2001). Further results on the reliability of the parental bonding instrument (PBI) in an Italian sample of schizophrenic patients and their parents. *Journal of Clinical Psychology*. **57** (1). 115 – 129.
- Fossati, A. Donnati, D. Donini, M. Novella, L. Baganato, M. Maffei, (2001) Temperament, Character, and Attachment Patterns in Borderline Personality Disorder. *Journal of Personality Disorders*. **15** (5). 390 – 402
- Freud A. (1979) El yo y los mecanismos de defensa. Buenos Aires: Editorial Piados.
- Freud S. (1975) Tótem y Tabú, Obras Completas. Buenos Aires: Amorrortú.
- Golberg, S. (2000) Attachment and Development. Great Britain: Arnold.

- González Núñez, J.J. (1984) Conducta Antisocial: Raíces y Manifestaciones. La función del Padre. México: Editorial Aletheia.
- Hill, J. Davis, R. Byatt, M. Burnside, E. Rollinson, L. and Fear, S. (2000). Childhood sexual abuse and affective symptoms in women: a general population study. *Psychological Medicine*. **30**. 1283 – 1291.
- Hock, E. Eberly, M. Barttle-Haring, S. Ellwanger, P. and Widaman, K.(2001). “Separation Anxiety in Parents of Adolescents: Theoretical Significance and Scale Development” *Child Development*. **72**, 284 – 298.
- Ingram, R. and Ritter, J. (2000). Vulnerability to depression: cognitive reactivity and parental bonding in high-risk individuals. *Journal of Abnormal Psychology*. **109** (4) 588 –596
- Kaplan, L. (1986) Adolescencia. El adiós a la infancia. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- _____ (1994) Perversiones femeninas. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Kelen, J. (1988) “El Nuevo Padre”. México: Editorial Grijalbo.
- Kindlon, D. Thompson M. (2000) Educando a Caín. Madrid: Editorial Atlantida.
- Kirshner, L. A. (1992) The Absence of the Father. *Journal of the American Psychoanalytic Association*. **40**, 1117 – 1138
- Klein, M. Heimann, P. Isaacs, I. Rivere, I. (1971) Desarrollos en Psicoanálisis. Argentina: Editorial Hormé.
- Klein, M. (1988) Envidia y Gratitud. Obras completas. Barcelona: Paidós
- _____ (1969) Envidia y Gratitud: Emociones básicas del hombre. Buenos Aires: Editorial Paidós
- Kramer S. Prall R. (1978) The Roll of the Father in the Preoedipal Years. *Journal of the American Psychoanalytic Association*. **26**, 143 – 161
- Lacan J. (2001) Escritos I. México: Siglo Veintiuno Editores.
- Lartigue, T. (1994) Apego y Vinculo Materno Infantil. Impreso por la Universidad de Guadalajara.
- Lax R. (1994) Aspects of Primary and Secondary Genital Feelings and Anxieties in Girls during the Preoedipal and Early Oedipal Phases *Psychoanalytic Quarterly*. **LX111**, 271 -296

- Leondari, A. Kiosseoglou, G.; (2000). The relationship of parental Attachment and psychological functioning of young adults. *The Journal of Psychology* 140 (4), 451-464.
- Leonard, M. R. (1966) Fathers and Daughters – The Significance of “Fathering” in the Psychosexual Development of Girl. *International Journal of Psycho-Analysis*. 47, 325 – 334
- Leung, N. Thomas, G. Waller G.(2000) The relationship between parental bonding and a core beliefs in anorexic and bulimic women. *British Journal of Clinical Psychology*, 39, 205 – 213.
- Lieberman, M. Doyle, A., and Markiewicz (1999). Developmental Patterns in Security of Attachment to Mother and Father in Late Childhood and Early Adolescence: Associations with Peer Relations. *Child Development*. 70, 202 – 213.
- Loewald, H. (1951) Ego and Reality. *International Journal of Psycho-Analysis*. 32, 10 - 18
- Mahler, M. Gosliner, B. (1955) On Symbiotic Child Psychosis. *Relationship. Psychoanalytic Study of Child*. 10:95
- _____, (1972) Simbiosis Humana: las Vicisitudes de la Individuación. México: Editorial Joaquín Mortiz.
- _____, (1977) El Nacimiento Psicológico del Infante Humano. Argentina: Marymar Ediciones.
- Maier, H. (1979) Tres teorías sobre el desarrollo del niño: Erikson, Piaget y Sears. Argentina: Amorrortu Editores.
- Marchori E, Loschi S, Marconi PL, Mioni D, and Pavan (1999) Dependence, locus of control, parental bonding, and personality disorders : a study in alcoholics and controls. *Alcohol y Alcoholism*. 34 (3). 394 – 401.
- McLaughlin, T. Heath A. Bucholz K. Madden P. Bierut L. Slutske W. Dinwiddie S. Statham D. Dunne M. Martin N. (2000) Childhood sexual abuse and pathogenic parenting in the childhood recollections of adult twin pair. *Psychological Medicine*. 30, 1293 - 1302
- Mickelson K. Kessler. R. Shaver, P. (1997). Adult attachment in nationally representative sample. *Journal of Personality and Social Psychology*. 76 (5) 1902 – 1106.
- Monedero, C. (1986) Psicología Evolutiva del Ciclo Vital. Madrid: Editorial Biblioteca Nueva.

- Munroe, R.L. (1955) Schools of Psychoanalytic Thought. New York: Holt, Rinehart y Winston.
- O'Mara, B. (1979) "Efectos de la ausencia del padre en el desarrollo de la personalidad del niño mexicano en la edad de latencia". México: Tesis de licenciatura. U.I.A.
- Parker, G. Tupling, H. and Brown L. (1979) A Parental Bonding Instrument. *British Journal of Medical Psychology*, 52, 1 – 10
- _____, Roy K., Wilhelm K., Mitchell P., Austin M.P., Hadzi – Pavlovic D. (1999). An exploration of a links between early parenting experiences and personality disorder type and disordered personality functioning. *Journal of Personality Disorders* 13 (4), 361 – 374.
- Rosenfeld, D. (1992) Psychic Changes in the Paternal Image. *International Journal of Psycho-Analysis*. 73, 767 – 771.
- Ross, J. (1979) Fathering: A Review of Some Psychoanalytic Contributions on Paternity. *International Journal of Psycho-Analysis*. 60, 317-327
- Secunda, V. (1993) Woman and their Fathers: The Sexual and Romantic impact of the First Man in your Life. New York: Delta Book
- Spitz, R. (1979) El primer Año de Vida del Niño. México: Fondo de Cultura Económica.
- Solomon, J. C. (1978) Between Reality and Fantasy: Transitional Objects and Phenomena. New York: Jason Aronson.
- Torres Torija, A. Rosas B. Berman R. Baram H. Aguilar R.M. Wollmershäuser I. Quijano M.E. Jiménez E Fontanot M.E. y Hoffsl L. (2002) La huella del padre en el desarrollo de la hija. México: Lito Estilo Impresores.
- Wade T. Treloar, S. Martin N. (2001) A Comparison of Family Functioning, Temperament, and Childhood Conditions in Monozygotic Twin Pair Discordant for Lifetime Bulimia Nervosa. *Am J. Psychiatry*. 158, 1155 - 1157
- Waters E, Merrick S, Treboux D, Crowell J, and Albersheim L (2000). Attachment security in early adulthood: a twenty-year longitudinal study. *Child Development*. 71 (3), 684 – 689.
- Winnicott, D. W. (1979). Escritos de Pediatría y Psicoanálisis. Barcelona: Editorial Laia.
- _____, (1981) El Proceso de Maduración en el Niño. España: Editorial Laia.
- _____, (1985) Realidad y Juego. Argentina: Editorial Gedisa., 1985.

Yamaguchi N, Kobayashi J, Tachikawa H, Sato S, Hori M, Suzuki T, Shiraishi H, (2000)
Parental representation in eating disorder patients with suicide. *Journal of
Psychosomatic Research*. 49, 131 – 136.

A p e n d i c e

HOJA DE RECOLECCIÓN DE DATOS
(Vive en casa de sus padres)

Nombre: _____

Número: _____

Sexo: _____

Edad y Fecha de nacimiento: _____

Escolaridad: _____

Escuela o Universidad: _____

Estado civil: _____

Profesión o actividad laboral actual: _____

Religión: _____

Dirección: _____

:

Fecha: _____

Tiempo de casados cuando Ud. Nació. _____

¿Cuántos hermanos tiene? 1 2 3 4 5 6 7 8 9 10

¿Qué número de hermano es Ud.? 1 2 3 4 5 6 7 8 9 10

¿Cuántos hermanos varones tiene ? 1 2 3 4 5 6

¿Cuántas hermanas tiene ? 1 2 3 4 5 6

¿Todos los hermanos viven? _____

Edad del padre: _____

Profesión _____

Edad del padre cuando Ud. nació? _____

Vive el padre en casa: Si No

Si la respuesta es no: ¿Qué edad tenía Ud., cuando su padre dejó de vivir en casa? _____

Motivo por el que el padre no vive en casa: muerte, divorcio, separación, trabajo

¿El padre ha vivido siempre en casa? _____

Tiempo que vivió fuera _____

Motivo _____

¿Su padre padeció alguna enfermedad grave que pudo haber influido en el trato con Ud _____

Edad de la madre: _____

Profesión _____

Edad de la Madre cuando Ud. Nació _____

Vive la madre en casa: Si No

Si la respuesta es no: ¿ ¿Qué edad tenía Ud., cuando su madre dejó de vivir en casa? _____

Motivo por el que la madre no vive en casa: muerte, divorcio, separación, trabajo

¿La madre ha vivido siempre en casa? _____

Tiempo que vivió fuera _____

Motivo _____

¿Su madre padeció alguna enfermedad grave que pudo haber influido en el trato con Ud.? _____

HOJA DE RECOLECCIÓN DE DATOS
(Vive independiente de sus padres: soltero, casado o divorciado)

Nombre: _____

Número: _____

Sexo: _____

Edad y Fecha de nacimiento: _____

Escolaridad: _____

Escuela o Universidad: _____

Estado civil: _____

Soltero(a): si no

Casado(a): si no

Número de matrimonio: 1 2 3,

Tiempo de matrimonio: _____ años.

Divorciado(a): si no

Tiempo que lleva divorciado(a): _____ años

Edad a la que se divorció: _____ años

Separado(a): _____. Tiempo que lleva separado(a): _____ años,

Edad a que se separó: ____ años

Viudo(a): si no

Tiempo que lleva viudo(a): _____ años

Edad en que enviudó: _____ años

Desde que edad dejó de vivir con sus padres: _____

Fecha: _____

Tiempo de casados cuando Ud. Nació_____

¿Cuántos hermanos tiene? 1 2 3 4 5 6 7 8 9 10

¿Qué número de hermano es Ud.? 1 2 3 4 5 6 7 8 9 10

¿Cuántos hermanos varones tiene? 1 2 3 4 5 6

¿Cuántas hermanas tiene? 1 2 3 4 5 6

¿Todos los hermanos viven?_____

Edad del padre (si vive)_____

Profesión _____

Edad del padre cuando Ud. nació?_____

Vivió el padre en casa: Si No

¿Qué edad tenía Ud. cuando su padre dejó la casa?_____

Motivo por el que el padre no vivió en casa: muerte, divorcio, separación, trabajo

¿El padre vivió siempre en casa o por temporadas estuvo ausente?_____

Tiempo que vivió fuera _____

Motivo _____

¿Su padre sufrió alguna enfermedad grave que pudo haber influido en el trato con Ud.?

Edad de la madre:_____

Profesión _____

Edad de la Madre cuando Ud. Nació_____

Vivió la madre en casa: Si No

¿Hasta que edad vivió la madre con Ud.?_____

Motivo por el que la madre no vive en casa: muerte, divorcio, separación, trabajo

¿La madre ha vivido siempre en casa?_____

Tiempo que vivió fuera _____

Motivo_____

¿Su madre padeció alguna enfermedad grave que pudo haber influido en el trato con Ud.?

**Instrumento de Evaluación del Vínculo Parental
(Parental Bonding Instrument)**

Este cuestionario enlista varias actitudes y comportamientos sobre los padres. Marca dentro del paréntesis, la respuesta que más se acerque a lo que tú recuerdas que tu **MADRE** hacia contigo, durante tus primeros 16 años.

MI MADRE.....	Siempre	Muchas Veces	Pocas Veces	Nunca
1. Me hablaba con una voz cálida y amigable				
2. Cuando la necesitaba, no me ayudaba lo suficiente				
3. Me dejaba hacer las cosas que a mí me gustaban				
4. Parecía emocionalmente fría conmigo				
5. Aparentaba entender mis problemas y preocupaciones				
6. Era afectuosa conmigo				
7. Le gustaba que tomara mis propias decisiones				
8. No quería que yo creciera				
9. Trataba de controlar todo lo que yo hacía				
10. Invadía mi privacidad				
11. Disfrutaba hablar diferentes cosas conmigo				
12. Frecuentemente me sonreía				
13. Tendía a chiquearme				
14. No parecía entender lo que necesitaba o quería				
15. Me permitía decidir cosas por mi mismo/ a				
16. Me hacía sentir que no me quería				
17. Cuando yo estaba enojado/ a, podía hacerme sentir mejor				
18. No platicaba mucho conmigo				
19. Trataba de hacerme dependiente de ella				
20. Sentía que yo era incapaz de cuidarme por mi mismo/ a				
21. Me daba tanta libertad como yo quería				
22. Me permitía salir tan seguido como yo quería				
23. Era sobreprotectora conmigo				
24. No me premiaba				
25. Me dejaba vestir del modo que a mí me gustaba				

**Instrumento de Evaluación del Vínculo Parental
(Parental Bonding Instrument)**

Este cuestionario enlista varias actitudes y comportamientos sobre los padres. Marca dentro del paréntesis, la respuesta que más se acerque a lo que tú recuerdas que tu **PADRE** hacía contigo, durante tus primeros 16 años.

MI PADRE.....	Siempre	Muchas Veces	Pocas Veces	Nunca
1. Me hablaba con una voz cálida y amigable				
2. Cuando lo necesitaba, no me ayudaba lo suficiente				
3. Me dejaba hacer las cosas que a mí me gustaban				
4. Parecía emocionalmente frío conmigo				
5. Aparentaba entender mis problemas y preocupaciones				
6. Era afectuoso conmigo				
7. Le gustaba que tomara mis propias decisiones				
8. No quería que yo creciera				
9. Trataba de controlar todo lo que yo hacía				
10. Invasión mi privacidad				
11. Disfrutaba hablar diferentes cosas conmigo				
12. Frecuentemente me sonreía				
13. Tendía a chiquearme				
14. No parecía entender lo que necesitaba o quería				
15. Me permitía decidir cosas por mi mismo/ a				
16. Me hacía sentir que no me quería				
17. Cuando estaba enojado/ a, podía hacerme sentir mejor				
18. No platicaba mucho conmigo				
19. Trataba de hacerme dependiente de él				
20. Sentía que yo era incapaz de cuidarme por mi mismo/ a				
21. Me daba tanta libertad como yo quería				
22. Me permitía salir tan seguido como yo quería				
23. Era sobreprotector conmigo				
24. No me premiaba				
25. Me dejaba vestir del modo que a mí me gustaba				